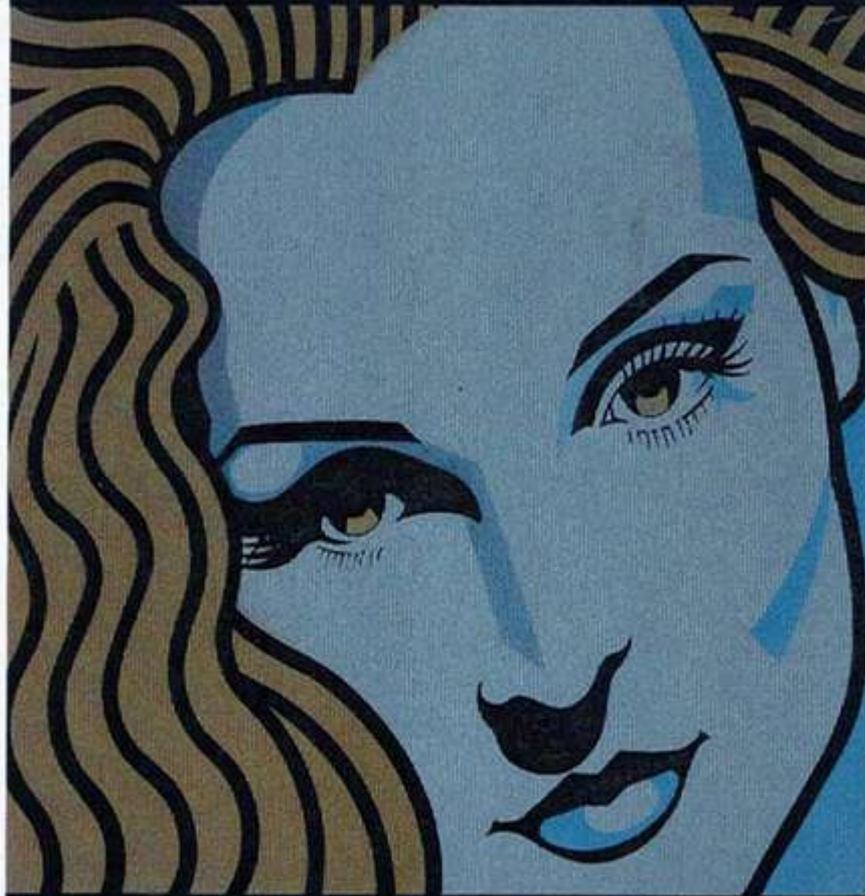


JOHN UPDIKE



confía en mí

se

John Updike es uno de los más importantes autores norteamericanos de nuestros días. Sus obras siempre encierran una notable carga crítica de la sociedad estadounidense. En el presente libro, Updike nos brinda una serie de relatos regocijantes por su fino sentido del humor al tiempo que mueven a la reflexión. El tema de la confianza, traicionada o correspondida, es el denominador común de todas estas narraciones.



John Updike

Confía en mí

ePub r1.0

Titivillus 06.06.16

Título original: *Trust Me*

John Updike, 1987

Traducción: J. Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CONFÍA EN MÍ

Cuando Harold tenía tres o cuatro años, su padre y su madre le llevaron a una piscina. Algo extraño, pues su familia raras veces iba a alguna parte, salvo al cine situado a dos manzanas de su casa. Después de aquel día desdichado, Harold no recordaba haber vuelto a ver a sus padres en traje de baño. Esto era lo que recordaba:

Su padre, casi desnudo, estaba dentro de la piscina, pataleando en el agua. Harold estaba de pie, temblando, en el mojado borde de azulejos de aquella, suspendido sobre el fuerte olor a cloro, hipnotizado por la brillante y ondulada agitación de aquel gran volumen de agua de un verde-azul que no parecía natural. Su madre, en traje de baño negro, en contraste con el cual su piel aparecía muy blanca, estaba apartada en un rincón de su mente. Su padre le pedía que saltase: «Vamos, Hassy, salta —le decía, con voz suave y alentadora—. Todo irá bien. Salta directamente hacia mis manos». Estas palabras resonaron en la acústica apagada del agua y los azulejos y la luz de sol, agudizando la sensación de desnudez de Harold, la conciencia de su propia piel blanca. Su padre parecía extrañamente seguro y tranquilo en el agua, y el niño se preguntó tontamente, al saltar, sobre qué se sostenía el hombre.

Entonces le rodeó toda aquella agua verde-azul, densa y agitada, y cuando trató de respirar fue como si un puño se introdujese en su garganta. Brotaron burbujas de su boca y las vio elevarse delante de su cara, una multitud de ellas, subiendo mientras él se hundía, al parecer durante mucho tiempo, hasta que algo lo encontró en el cada vez más oscuro elemento y le agarró de un brazo.

Estaba de nuevo en el aire, sobre un hombro de su padre, luchando todavía por recobrar el aliento. Salieron de la piscina. Su madre se acercó rápidamente a los dos y, con una destreza notable en una persona tan irritada, le dio una bofetada al padre, una bofetada sonora, junto al oído de Harold. El bofetón pareció resonar en toda la piscina y ser oído por todos los demás bañistas; pero tal vez era solamente la acústica de la memoria. Su impresión de vergüenza entre aquellas relucientes desnudeces, de que todas aquellas caras desconocidas se volvían hacia él al pasar de los brazos mojados del padre a los secos de la madre, persistió después de recobrar el aliento. El enojo de la madre parecía dirigirse contra él tanto como contra el padre. Ahora tenía los pies sobre hierba. Envuelto en una toalla y de pie cerca de las rodillas de la madre, mientras tosía expulsando de los pulmones las últimas pizcas irritantes de agua, se sintió eternamente humillado.

Nunca supo cómo había ocurrido; cuando lo preguntó, habían pasado tanto años que el padre lo había olvidado. «Fue una vergüenza —dijo el viejo, en un tono suave en el que se mezclaban la tristeza y la afectación—. Húndete o nada, y tú te hundiste». Tal vez Harold había saltado un

momento antes de lo esperado, o había resultado inesperadamente pesado y por esto había resbalado de los brazos del padre. Inexplicablemente, siguió confiando en el padre durante todos los años de crecimiento; en cambio, desconfiaba de la madre, presta siempre al enojo y a la mano dura.

No aprendió a nadar hasta que fue a la universidad, e incluso entonces pasó la prueba pataleando como una rana, pero de espaldas a lo largo de la piscina, y con el instructor empuñando un palo grueso para que se agarrase a él si sentía miedo y empezaba a hundirse. El olor a producto químico de las piscinas siempre le asustaban: era como el aliento verde-azul de un dragón.

Sus propios hijos, criados en un mundo anfibio de campamentos de verano y clubes de campo, se convirtieron fácilmente en buenos nadadores. Trataron de enseñarle a lanzarse al agua. «Tienes que mantener *baja* la cabeza, papá. Como no lo haces, siempre te das panzazos».

«Tengo miedo de no volver a salir», confesaba él. Lo que más le disgustaba, cuando estaba debajo del agua, era ver las burbujas que se elevaban alrededor de su cara.

Su primera esposa tenía miedo a volar. Sin embargo volaban con frecuencia. «O esto —le decía él— o renunciar al siglo veinte». Volaron a California, y mientras estaban allí, dos aviones chocaron sobre el Gran Cañón. Volaron desde Boston al día siguiente de que unos estorninos bloqueasen los motores de un «Electra» que se estrelló con tal fuerza en el puerto, que hubo viajeros que fueron partidos al medio por sus cinturones de seguridad. Volaron sobre África, cruzando el ecuador durante la noche, y la tierra era como un negro abismo iluminado por escasos destellos de fogatas tribales. Aterrizaron en pistas polvorientas, con las puertas de la cabina traqueteando. El miedo de su esposa era tan agudo, que él le prometió que nunca tendría que volver a volar con él. Por fin, su último vuelo africano les llevó desde la meseta etiópica, sobre la pálida anchura del desierto de Libia, hasta la orilla del Mediterráneo y Roma.

El avión de la «Pan Am» que salió de Roma no podía ser más cómodo: un reactor «Jumbo» ancho como una casa, bien provisto de revistas americanas y pisco-labis, con música de fondo y muy pocos pasajeros. El gran avión despegó y Harold empezó tranquilamente a leer *Newsweek*, ante la perspectiva de una comida, una siesta y la vuelta a casa. Al cabo de diez minutos, su esposa le preguntó:

—¿Por qué no subimos?

Él miró por la ventanilla y vio que era verdad: la masa de agua no se alejaba debajo de ellos; podía ver claramente pequeñas embarcaciones y las crestas blancas de olas que rompían. Las azafatas pasaban arriba y abajo por el pasillo con desacostumbrada rapidez, con

desacostumbradas expresiones en sus bellos semblantes. Harold se miró las palmas de las manos; ahora estaban sudorosas y salpicadas de manchas, como durante un mareo. Miraba fijamente, pero el mar que estaba tan cerca no se distanciaba. El sol centelleaba en su superficie; una barca de vela de color naranja cambiaba de rumbo.

La voz del piloto crepitó encima de ellos:

—Amigos, se ha encendido una lucecita de aviso correspondiente a uno de nuestros motores de estribor y, de acuerdo con nuestra política de absoluta seguridad, vamos a dar media vuelta y regresar al aeropuerto de Roma.

Durante el viraje y el regreso, que pareció requerir muchísimo tiempo, las azafatas se ciñeron los cinturones en los asientos de atrás; el hombre que estaba al otro lado del pasillo siguió leyendo *L'Osservatore*, y la esposa de Harold, fiel observadora de las instrucciones de seguridad, se quitó los zapatos de alto tacón y las horquillas del cabello. Y él se maravilló de nuevo ante el hábil dinamismo de las mujeres en momentos críticos.

Asió la mano húmeda de ella y miró fijamente por la ventanilla, como empujando el mar con su mirada, como apartándole con su voluntad de vivir. Si pestañeaba, caerían. Volando por encima de las pequeñas embarcaciones, el avión volvía a Roma. El mar azul se entrelazaba visiblemente con el quieto borde de plata del ala, superficies olímpicas serenamente olvidadas de la enorme tensión existente entre ellas. Con frecuencia, al mirar por una de estas ventanillas ovaladas, había sentido algo falsamente tranquilizador en el orden estudiado de los roblones que sujetaban las planchas de aluminio. *Confía en mí*, decía el código metálico; Harold, en el fondo de su corazón y a semejanza de su esposa, se había negado a ello, y esta negativa formaba en él un espacio vacío que siempre podía ser llenado por el terror.

El «747» aterrizó suavemente en Roma y, después de una demora de una hora, durante la cual persuadieron los mecánicos a la luz aviso de que se apagase, reemprendió su vuelo a América. Una vez en casa, el susto se convirtió en un cuento, en una broma. Sin embargo, él cumplió su promesa de que ella no tendría que volver a volar con él; al cabo de un año, se separaron.

Durante el tiempo de separación, pareció que Harold les suplicaba a sus hijos, en silencio, mientras cambiaban de techo, que confiaran en él, como cuando, años atrás, había sujetado el corrector dental de su hija con unas tenacillas. Ella había acudido a él, dolorida, porque un alambre le pinchaba la mejilla. Pero entonces, cuando sintió los torpes dedos de él en su boca, abrió mucho los ojos por miedo a un dolor más fuerte. Él la acusó: «No confías en mí», y en la animación de su voz percibió un espacio crucial, una brecha entre sus respectivas situaciones: el desatino sería de él, pero el dolor lo sufriría ella. El dolor de los otros no es el nuestro. Se presume que la religión trata de salvar esta

distancia, pero los torturadores de cada generación la mantienen abierta. De no ser así, la compasión nos aplastaría; respiramos en un espacio de indiferencia. Harold había percibido esta indiferencia necesaria en la voz del piloto al empezar diciendo «Amigos», y en la voz de su padre cuando le decía «Salta». Y la había percibido en sus propias palabras tranquilizadoras: «Sé que ahora sientes la presión, amor mío, pero si te estás *quieta...* , sólo será un momento. Bueno, te has movido».

Llevó a su amiga a la cima de una montaña. Harold no había tenido una amiga en muchos años y tenía que volver a aprender la delicada mezcla de protección y desafío con que hay que cortejar a la mujer. Priscilla era lo bastante mayor para tener sus propios hijos, y lo bastante mayor para sentirse insegura sobre los esquíes. Había pasado el día en la pista infantil, practicando giros y adquiriendo gradualmente confianza, mientras Harold evolucionaba por toda la montaña, en compañía de los hijos de ella, cuyo padre les había enseñado a esquiar. Al tocar la tarde a su fin, él descendió hasta ella con una fuerte rociada de nieve. Ella le suplicó:

—Monta en el telesilla de niños, para que pueda mostrarte mis giros.

—Si puedes darlos aquí, puedes bajar desde la cima de la montaña —le aseguró Harold.

—¿De veras?

Tenía las mejillas rojas, después de haber pasado el día en la pista de los niños. Llevaba un gorro blanco de punto. Sus ojos eran de un azul infantil.

—De veras. Bajaremos por la pista de principiantes.

Ella confiaba en él. Pero en el telesilla, al aumentar la pendiente debajo de ellos y ponerse de manifiesto el hielo de las pistas altas barridas por el viento, una duda temblorosa se pintó en su semblante, y él se dio cuenta, con la dilatación interior perversamente alegre que siente el torturador, de que había hecho lo que no debía hacer. El telesilla seguía subiendo.

—¿Podré realmente esquiar aquí? —preguntó Priscilla, con el infantil deseo de que le dijese que sí.

En el reino de la empatía, volvía él a estar plantado en el borde de aquella piscina. El agua maloliente estaba muy abajo. Dijo:

—No esquiarás en esta parte. Mira el paisaje. Es prodigioso.

Ella se volvió, rígida en su silla al cruzar una cima. Con mirada obediente, contempló las infinitas perspectivas verde-azules de la montaña boscosa y el lago helado. El aparcamiento, allá en el fondo, parecía un platito con incrustaciones de coches. El cable del telesilla se

deslizaba irresistiblemente; la temperatura del aire era cada vez más fría. Los pinos se habían vuelto canijos y torcidos a su alrededor. La niebla lamía el hielo; estaban en las nubes. Priscilla temblaba de la cabeza a los pies y, cuando estuvieron en la cima, apenas si podía sostenerse sobre los esquíes.

—No puedo hacerlo —declaró.

—Haz lo que hago yo —dijo Harold. Se deslizó rápidamente unos pocos metros delante de ella—. Carga tu peso sobre un esquí y después sobre el otro. No mires la pendiente, piensa sólo en equilibrar tu peso.

Ella se inclinó hacia atrás, contra la pendiente, y se cayó. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuvo miedo de que se helasen y la dejaran ciega. El puso todo su amor en su voz y le dijo, para vencer su terquedad y su miedo:

—Haz lo de siempre. No pienses en el sitio en el que estás.

—No hay nieve —dijo ella—. Sólo hielo.

—No hay hielo en los bordes.

—En los bordes hay *árboles* .

—Vamos, querida. La luz está menguando.

—Nos moriremos de frío.

—No seas tonta; las patrullas recorren las pistas a última hora. Carga tu peso sobre el esquí de la pendiente y deja que el cuerpo gire. *Tienes* que hacerlo. ¡Maldita sea! Es muy *sencillo* .

—Sencillo para *ti* —dijo Priscilla.

Siguió sus instrucciones y empezó a deslizarse cautelosamente. Tropezó con un pequeño obstáculo y cayó de nuevo. Empezó a chillar. Trató de arrojar los palos, pero las correas se mantuvieron firmes en las muñecas. Pataleó como una niña pequeña en un berrinche, y uno de los esquíes se soltó.

—¡Te *odio* ! —gritó—. No puedo hacerlo, no *puedo hacerlo* Me sentía *orgullosa* , en la pista pequeña y sólo quería que me *vieses* , que me observases sólo un minuto; esto es lo que te pedí que hicieras. Tú *sabías* que no estaba preparada para esto, *¿Por qué* me trajiste aquí arriba? *¿Por qué?*

—Pensé que estabas... preparada —dijo débilmente él—. Quería mostrarte la vista.

Como sin duda había querido mostrarle su padre la dicha del agua.

Estaba anocheciendo en la montaña. Adolescentes expertos pasaron disparados por su lado, en un alud de colores, lanzando ocasionalmente curiosas miradas de soslayo. Harold y Priscilla convinieron en quitarse los esquíes y bajar andando. Tardaron una hora, y a él le costó una ampolla en cada talón. Los bosques que les rodeaban, raras veces percibidos a tan poca velocidad, parecían congelados por una magia extraña, tenían la irónica calma de los roblones de un avión. Los hijos de ella les estaban esperando en el borde del aparcamiento que se vaciaba, y tenían lágrimas en los ojos.

—Traté de enseñarle —les explicó él—, pero vuestra madre no confía en mí.

Durante el mismo período peligroso, Harold asistió a la fiesta del decimoséptimo cumpleaños de su hijo, en la casa que había abandonado. Cuando se disponía a salir corriendo para tomar el tren de la tarde y volver a su apartamento en la ciudad, vio una nueva fuente de bizcochos que se estaba enfriando sobre la cocina. Preguntó a su hijo:

—¿Qué son?

El muchacho le dirigió una sonrisa angelical.

—Bizcochos rellenos de picadillo. Toma uno, papá. Puedes comerlo en el tren.

—¿No será una jugarreta?

—¡Qué va! Los otros muchachos los cocieron como broma para mí. Es más bien la impresión que causan; no hacen daño.

El Joven Hassy era goloso y tenía debilidad por el almidón. Harold tomó uno de los bizcochos más grandes y lo comió en el coche, mientras su hijo le llevaba a la estación del ferrocarril. En el tren, apoyó la cabeza en el negro cristal y se sumió en las tristes reflexiones propias del hombre separado. Poco a poco, se dio cuenta de que tenía la boca muy seca y de que sus pensamientos, no sólo se repetían, sino que habían adquirido una forma intensa, vivamente coloreado en su cabeza. Se apretaban unos sobre otros como capas de esquisto, y eran policromas como insignias de campaña. Cuando bajó del tren al andén de la estación de la ciudad, un lado de su cuerpo era mucho más voluminoso que el otro, por lo que tenía que inclinarse para no caer. Más que sostenerle, su cuerpo le acompañaba y se hacía el remolón. Caminando en lo que le parecía una procesión hacia la entrada del Metro, entre una multitud de desconocidos encapuchados y a través de una calle llena de coches inflados, analizó lo que había pasado: había comido un bizcocho relleno.

Una mitad de su cerebro gritaba, sin parar, prudentes consejos a la otra: *Mira en ambas direcciones. Saca un dólar. No, espera, aquí tienes una moneda de veinticinco centavos. Métela en la rendija. Espera el número 16, no tomes el de Symphony. No te asustes*. Cada proceso mental parecía requerir un largo rato, mientras las ideas como cintas se multiplicaban e iban y venían con la rapidez de un ordenador. La otra mitad de su cerebro advertía que estas ideas no eran más que tonterías, y las estuvo prodigando consejos y alabanzas durante todo el trayecto hacia su casa.

Ahora se hallaba de nuevo al aire libre, caminando las tres manzanas que separaban la estación del Metro de su apartamento. Algo ardía en su garganta. Sentía náuseas y buscaba setos y cubos de basura en los que vomitar, si no tenía más remedio; pero la cosa no llegó a tanto. El hecho de que la llave encajase en la cerradura, y de que detrás de la puerta hubiese una habitación llena de deslumbrantes muebles familiares, pareció la confirmación de un teorema sumamente abstruso. Descolgó el teléfono, que tenía el brillo y la magnitud bidimensional de una imagen en una cartelera de la compañía telefónica, y llamó a Priscilla.

—Hola, amor mío.

La voz de ella adquirió un tono agudo.

—¿Qué te ha pasado, Harold?

—¿Te parezco diferente?

—Mucho. —Su voz era ahora afilada como las púas de un puerco espín, negras con las puntas blancas—. ¿Qué te han hecho ellos?

Ellos..., sus hijos, su ex esposa.

—Me dieron un bizcocho relleno. Jimmy dijo que no me haría daño, pero en el tren, mis pensamientos se hicieron embrollados e intensos, y desde que salí de la estación tuve que aleccionarme acerca de la manera de venir hasta aquí.

La parte protectora y digna de confianza de su cerebro le felicitó por lo convincentes que sonaban sus palabras.

Pero algo disgustaba a Priscilla, que gritó:

—¡Oh, esto es asqueroso! No creo que sea gracioso, no creo que *ninguno* de vosotros sea gracioso.

—Ninguno, ¿de quiénes?

—Ya lo sabes.

—No lo sé. —Pero lo sabía. Se miró las palmas de las manos; estaban como jaspeadas—. Amor mío, creo que voy a vomitar. Ayúdame.

—Ahora no puedo —dijo Priscilla, y colgó.

El chasquido sonó como una bofetada, la misma resonante bofetada que había restallado aquella vez junto a su oído. Salvo que su padre se había convertido en el hijo, y que la madre era ahora su amiga. Pero una cosa era cierta: no había sido por su culpa, y de algún modo le echaban en cara que sobreviviese.

Las palmas de sus manos, menos moteadas, parecían pálidas y arrugadas, como almohadas incómodas. En el bolsillo de la camisa, Harold encontró el billete de un dólar rechazado en la entrada del metro, hacía muchísimo tiempo. Mientras esperaba que Priscilla se calmase y le llamara, volvió al billete y observó en el dorso al ojo místico sobre la pirámide truncada, y y leyó, una y otra vez, la máxima impresa por encima del ONE^[1] .

MATAR

La mano del padre de Anne estaba caliente, incluso parecía vigorosa, aunque él yacía inconsciente y se estaba muriendo. En la costosa habitación de la clínica, de paredes pintadas de un color pastel, se estaba muriendo de hambre, se estaba muriendo de sed, como si hubiese sido abandonado en un desierto. Su aliento apestaba. El olor de aquel agujero reseco que había sido su boca no se parecía a ninguno de los que ella había olido jamás: fétido pero en modo alguno fecundo; el ácido último de la carnalidad. Sin embargo, seguía siendo él; en su lucha inconsciente por respirar, su cara gris adoptaba, murmurando en silencio, expresiones que ella conocía bien: aquella manera de arquear las cejas que precedía a un intento de ser chistoso mientras comían, o aquella súbita rigidez del labio superior que era anuncio de una de sus raras, dolorosas y cuidadosamente fraseadas reprimendas. Abogado, perdido para su familia en las maquinaciones de municipios y corporaciones, había sido un padre distanciado, reacio a castigar, y cuyas bromas a la hora de comer era su más cómoda manifestación de afecto. Había pasado sus horas libres fuera de la casa, realizando chapuzas que no podía compartir con ningún hijo varón, pues no lo tenía. En New Hampshire había construido, en varios veranos, cuatrocientos metros de muro de piedra, con sus propias manos en Boston, había desherbado y nivelado la terraza de ladrillos, en el barrio en el que vivió desde que se había retirado, había preparado montones de abono y reparado y reformado vallas. Pero el año pasado había perdido su destreza de trabajador manual. Su mente, cansada ya, no podía orientar a sus manos en ninguna tarea. El verano pasado, Anne, distraídamente, le había pedido que ayudase a uno de sus hijos a construir una pajarera; resueltamente, riendo por lo bajo, había ido en busca de las herramientas, de la madera, de los clavos. Sujetando la pipa con los dientes, garboso como siempre, había realizado toda una serie de operaciones que le eran familiares, mientras su nieto contemplaba con creciente incredulidad el lío que se armaba al martillar los trozos de madera. Finalmente, el viejo se echó atrás, observó su obra con el chico, vio claro por un momento, y renunció para siempre a ese tipo de trabajos. Ahora la mano, seca y sin callosidades, descansaba cálida en la de su hija.

A veces devolvía el apretón, y la agitación reflejada en el semblante hacía que se acelerase el débil pulso.

—Descansa —murmuraba ella, acercándose más, envuelta en el cáustico aliento—. Descansa. Todo va bien. Estoy aquí, papá. No me iré.

En aquellas horas de insensato asimiento de manos y de cruel espera, Anne recordaba un episodio de su infancia, casi olvidado durante treinta años. Había sido tan extraño, tan impropio de los caracteres de los dos... Ella era una niña prometedora, lo que en aquellos tiempos

llamaban «bien equilibrada». Más o menos a los trece años, y siendo la primera de las tres hijas en hacerse mujer, fue atacada por el insomnio, un insomnio inexplicable que hacía que el sueño fuese un reino mágico, imposible de alcanzar, y que las siluetas de los muebles de su habitación se convirtiesen en presencias que, si no las vigilaba, podían cobrar horriblemente vida. Su madre rechazaba su terror con la misma ligereza con que le había explicado la menstruación, como un desorden inherente al «proceso de hacerse mayor»; sorprendentemente, fue su padre quien se tomó en serio aquel fenómeno. Anne recordaba que llegaba a casa pálido, de regreso de una de sus innumerables reuniones (el frío de su grupo político en el semblante, el peso de la Cámara legislativa del Estado sobre sus hombros) y, si la encontraba despierta, se sentaba junto a su cama y permanecía allí durante horas, estrechándole la mano y hablando lo suficiente como para hacerle «compañía». Tal vez lo que ahora le parecían horas no habían sido más que unos pocos minutos; tal vez su memoria había dilatado unos pocos incidentes en un largo episodio. Tal como la recordaba, aquella voz no era simplemente paternal, sino también divertida, pausada, satisfecha de sí misma, como si la visita fuese, más que un deber, una ocasión de disfrutar, a la manera del mundo rural donde había pasado su infancia, y en el que sentarse a charlar era uno de los principales pasatiempos. Él no le había escatimado su tiempo, y ella no quería escatimarle ahora su compañía. Esperaría hasta que se durmiese.

Sin embargo, odiaba la clínica, la odiaba y huía de ella, de sus disimulados olores, su incesante televisión, su caro y falso orden, su hipocresía de falsa alegría, su asfixiante vulgaridad. Aquellos moribundos vulgares y sus toscas enfermeras, eran precisamente la gente que su padre le había enseñado a evitar, a elevarse por encima de ella. «Bueno, ¡usted es aquel guapo mozo!», había exclamado el supervisor, en el momento de su ingreso.

Su cuerpo, templado por las tareas que él se había impuesto siempre, había durado tercamente más que su cerebro sensato; pero de pronto, empezó a ceder. Una serie de pequeños ataques hicieron que el hombre, que una semana antes podía andar arrastrando los pies por el pasillo, entre ella y un enfermero, no pudiese siquiera tragar los alimentos. Había que tomar una decisión. «Es usted quien debe decidir», había dicho el médico. Su semblante era grave, amable, prudente, formal. Lo que había que decidir era si se trasladaba o no a su padre a un hospital, donde podía ser alimentado por vía intravenosa y se podría prolongar su vida. Anne había decidido que no fuese trasladado. El miedo de que el viaje en ambulancia pusiese en entredicho la dignidad de su padre, había pesado más que nada en su mente. Pero, de la manera en que el doctor le asió la mano y dijo, con solemne claridad artificial, «Ha tomado usted una sensata decisión», dedujo Anne que su decisión había sido la de matar a su padre. Éste no podía comer. No podía beber. Como estaba perdido, tenía que morir.

Buscó amparo en el teléfono, tratando de librarse de su responsabilidad. ¿Por qué la habían cargado los médicos sobre ella? ¿Por qué no la

habían asumido los propios doctores? ¿Qué habría hecho su madre? Anne llamó a sus hermanas; una estaba en Chicago; la otra, en Texas. Desde luego, estuvieron de acuerdo en que había tomado la decisión acertada. La única decisión posible. De herencia en común, el sentido común de su madre, hablaron por sus bocas con tanta firmeza, que Anne perdonó de momento a sus hermanas la larga y segura distancia desde la que hablaban. Sin embargo, las seguridades que ellas le dieron se evaporaron en una hora. Entonces telefoneó al pastor; éste fue a visitarla, tomó el té y con ella y le dijo que su decisión había sido justa, incluso santa. Parecía duro y meloso al mismo tiempo. Cuando se hubo marchado, ella se sentó y sostuvo devotamente entre las palmas de las manos una taza de té que había sido de su madre. Su madre había muerto hacía dos años, dejando a sus hijas la porcelana, el sentido común y un viejo majestuoso que se estaba desintegrando desde la cabeza hasta los pies. La taza, con un ribete dorado y una franja de arabescos de un rojo de cinamomo, se había convertido en algo sagrado en esta situación extrema; Anne cerró los ojos y esperó que su madre le hablase a través del frágil y frío objeto que tenía en las manos. Al no sentir nada, salvo un abismo que se iba ensanchando, abrió los ojos y telefoneó a su marido, que se había separado de ella y vivía en Boston. Se alojaba en el distrito de Back Bay, a pocas manzanas de donde ella se había criado.

—Naturalmente, querida —dijo Martin, con la voz grave y paternal que empleaba ahora—. Has tomado la única decisión posible.

—Oh, esto lo dices tú, esto lo decís todos —gritó Anne al duro aparato, más pesado que la taza—. Pero soy yo quien ha tenido que hacerlo. Le estoy matando, y soy la única que irá a ver lo que pasa. Es *increíble*. Su boca *quiere agua*. ¡Él se está *secando*!

—¿Por qué has de visitarle? —preguntó Martin—. ¿No está inconsciente?

—Podría despertar y asustarse —dijo ella, y la imagen provocó un sollozo tan fuerte que tuvo que colgar.

Martin la llamó después de dejar pasar, prudentemente, un rato. Anne se sintió conmovida al pensar que le había dado telepáticamente tiempo para desfogarme, ir al cuarto de baño, y calentar un poco de café. Pero, por lo visto, él había pasado aquel rato hablando de ella con su amante.

—Harriet dice —declaró, en tono autoritario— que la otra alternativa, llevarle al hospital y torturarle con un montón de tubos, habría sido una locura. Por no hablar del dinero que habría costado.

—Dile a Harriet que no quiero hacer nada que le parezca una locura. Pero no tiene que inquietarse por el dinero; ella no es una de sus herederas.

Martin pareció dolido.

—Te compadece de veras. También ella se ha echado a llorar.

—Dile que le estoy muy agradecida por su comprensión. ¿Por qué no la demuestra dejándote volver?

—Yo no quiero volver —dijo Martin, en su nuevo y grave tono paternal.

—¡Oh, vete a la *mierda* !

Anne colgó y se extrañó de su propia sensación de gozo, de alivio; entonces se dio cuenta de que, en su enojo contra aquel hombre y su presuntuosa amante, había pensado, por primera vez en muchos días, en algo diferente de la clínica, de su padre moribundo y de su propia culpabilidad.

No podía resistirlo. Asiría la mano de él durante minutos que le parecerían horas, después de haber anunciado su presencia al oído sordo de él y de haberse decidido a esperar a su lado. Su cara, al secarse, se plegaba sobre sí misma con la expresión sorprendida que tienen las momias; la distancia entre sus cejas levantadas y sus pestañas bajas, parecía enorme. Su mano podría estremecerse, o la de ella; al moverse a la ventura, encontraría el pulso de él, y esta señal de vida la horrorizaría, como la vista de las cucarachas corriendo en el fregadero cuando se encendía de pronto la luz de la cocina en mitad de la noche. «Papá, debo salir un momento», y echaría a correr.

Sus pisadas le parecieron milagrosamente elásticas al caminar por el pasillo. Las cabezas de los moribundos se balanceaban a su alrededor entre las sábanas blancas. La pequeña dama de cabellos sedosos y rojo semblante, que presa en una silla pediátrica no paraba de gritar «Auxilio» y de dar palmadas, se interrumpió al pasar Anne y después reanudó su llamada—. «Auxilio...». Plaf, plaf. «Auxilio». La puerta atrancada. Aire, Vida Berberídeos y paquisandros habían sido plantados en macizos cuadrados alrededor de la entrada. La zona de aparcamiento estaba recién pavimentada. Aquella tierra y aquel asfalto mundanos la sorprendieron. El sol ardía como una llaga de plata en el cielo gris de noviembre. Anne se metió en el coche; el motor cobró vida.

Los alrededores de la clínica no le eran familiares. Compró la cena para ella y sus hijos en el inocente carnaval de un «A & P» en el que no había estado nunca. Tomó un bocadillo y una «Coca-Cola» en una tasca llena de desconocidos. Inhaló las fragancias de una gasolinera donde un hombre gordo y de mono verde llenó su depósito con tanta naturalidad, que parecía imposible que la vida de otro hombre, cuyo semen le había dado vida, se estuviese extinguendo por decisión de ella, bajo el cielo frío y gredoso de aquella ciudad poco importante donde los dos eran forasteros.

En el padre, moribundo, se había despertado la sexualidad. Al faltar la madre, se había revelado su virilidad. Después de morir aquélla, Anne y Martin habían pensado que el viejo podría vivir con ellos. Pero, en la

primera noche de su visita de prueba, les había despertado carraspeando en el pasillo delante del dormitorio de ellos. Y cuando Anne había abierto la puerta, él le había dicho, pálido de rabia el semblante, y envuelto en un pijama cuyas dos piezas estaban desparejadas, que nadie le había ofendido nunca tanto como ella aquella noche. Al principio, ella no le había comprendido. Después se había ruborizado.

—Pero, papá, él es mi marido. Tú eres mi padre. Yo no soy mamá, soy Anne. —Y había añadido, tratando desesperadamente de aclarar conceptos—: Mamá murió, ¿no te acuerdas?

El enojo se borró lentamente de la cara del hombre, aunque pareció haber comprendido. Entornó los párpados con expresión astuta.

—Presuntamente —dijo.

Martin se había reído al oír esto, y entre los dos lo habían llevado de nuevo a la cama. Pero a ambos les costó dormirse de nuevo, como si hubiesen sido ciertamente amantes, y el hombre que se agitaba en la habitación contigua hubiese sido el marido burlado. Sólo más tarde, percibió ella la ironía de aquella noche: el hombre que estaba con ella no se hallaba a gusto. Los amores de Martin con Harriet habían empezado ya, y su decisión de tratar de convivir con su suegro era su última concesión en su vida de casado. Anne recordó, más tarde, el gran alivio que había mostrado él cuando ella había declarado que aquello no funcionaría. Mientras su padre, de nuevo en su propia casa, se volvía más difícil y rebelde, atendido por sucesivas amas de llaves, después por una pareja que convivía con él y, al fin, por un vigoroso enfermero, su marido le fue confesando más cosas y le pidió la separación. Y cuando el viejo estuvo instalado a salvo en una clínica, Martin se marchó. Entonces la abandonada Anne percibió el valor de la negativa de su padre a resignarse a morir. Al enturbiarse su razón, el hombre que había sido tan apacible y ordenado, se había vuelto violento y desaforado; su hábito de toda la vida, de imponer respeto, se torció ahora en furia tiránica, en incontinencia desafiante, en puñetazos a las enfermeras, en luchas contra la silla geriátrica hasta que los dos rodaban por el suelo. En aquella belicosidad y ferocidad, Anne veía la fuerza, ahora desnuda, que había excavado en el mundo un refugio para sus cuatro hembras, y hecho que éstas le respetasen. Al marcharse Martin, también ella había quedado desnuda. Ahora impotente, amaba al final padre en su impotencia. Pero este amor hacía más vergonzosa su incapacidad de permanecer con él, de mitigar su miedo al paso que pronto tendría que dar como había mitigado él antaño el pánico de Anne al entrar ella en la pubertad.

Durante los tres días que siguieron a su aprobada decisión, Anne iba y venía, maravillándose de la enorme voluntad de vivir de su padre. La cara de éste, apergaminada y flaca, se volvió rígida. Su boca se abría como una O, semejante a la de un bebé ante el pecho de su madre. Su aliento fétido brotaba como un chorro de desprecio inexpresable. Su

mano vivía en la de ella. No podía morir, y ella no podía quedarse; como ocurre con los partícipes de un gran amor malvado, nadie podía perdonarles, salvo ellos mismos.

Él murió sin tener nadie a su lado. Poco después, una enfermera lo advirtió, le cubrió la cara con la sábana y llamó al pariente más próximo: Anne había estado rastrillando hojas en su jardín quemado por la escarcha, pensando que hubiese debido estar con él. Entonces, el mundo, que había formado a su alrededor un espacio de soledad y aislamiento, cayó sobre ella en un alud de cartas y visitas, de condolencias y recuerdos; la larga vida triunfal de su padre fue reconstruida en palabras delante de ella. El entierro fue un éxito, una aglomeración de los supervivientes, una salutación al hombre útil y digno que había fenecido tiempo atrás, aunque su cuerpo había seguido viviendo. Las hermanas de Anne llegaron en aviones y lloraron más de lo que ella era capaz. Caras antiguas, que habían flotado sobre la infancia de ella, caras de viejos amigos de su padre, se materializaron. Anne fue besada, abrazada, acariciada, encomiada. Sin embargo, ella había sido su verdugo. Y vio que no era una paradoja. Le estaban agradecidos. El mundo necesitaba la muerte. Necesitaba la muerte exactamente igual que la vida.

Después del entierro, Martin fue a casa con ellas y los niños. Cuando estuvieron a solas, Anne le dijo:

—Me sorprende que Harriet no haya venido.

—¿Querías que viniese? Presumimos que no sería así.

—Es verdad.

—Desde luego, a ella le habría gustado venir. Admira lo que tú hiciste.

Anne comprendió que el entierro había sido para él una oportunidad de mencionar a Harriet. En realidad, era esto lo que hacía; mentalmente, saltaba por encima de su separación, del divorcio, y preveía un día en que ella, su primera esposa, se mostraría complaciente con la segunda, en pago de su presunta admiración. ¡Cuánto se había empequeñecido!, pensó Anne. Ahora era un promotor, un alcahuete.

—Yo no hice nada —dijo ella.

—Lo hiciste todo —respondió él.

Y también esto era parte de su juego: venderla como vendía a Harriet, venderla con la idea de que era competente e independiente, de que podía apañarse sin él.

¿Podía? No por primera vez, desde que la enfermera le había hecho por teléfono el esperado regalo de la noticia de la muerte de su padre, sintió Anne en su nueva libertad, una inutilidad abismal; percibió la posibilidad

de que su padre la había necesitado como ninguno de los que vivían, de que su próximo servicio a todos, después de haberlo matado a él, era morir ella misma. Martin era letal en sus nuevos modales, en su vitalidad eficiente, abrazando afectadamente a los hijos, hablándoles con una gravedad y una atención concentrada, desconocidas a lo largo de los años durante los cuales había compartido, distraídamente, su hogar. Incluso dio una palmada a Anne en el trasero, estando ésta plantada delante de la cocina, como si fuese una hija más a quien tocar. Durante la hora que precedió a la cena, fue de un lado a otro de la casa, cambiando bombillas, atizando el fuego, arreglando persianas que habían saltado de sus caprichosos y pequeños carriles. Su virtuoso afán de mostrarse servicial (la rápida observación de las fotografías reveladas por los chicos en el cuarto oscuro, la clara lección de aritmética dada a su hija menor), pensó Anne que iba encaminado a avergonzarla. Su marcha, en vez de unir a los hijos más con ella, los había distanciado. Ellos la culpaban por haberlo perdido. Y se culpaban ellos mismos. Noche tras noche, permanecían mudos alrededor de la mesa, masticando su culpa. Ahora él estaba aquí, descorchando una botella de vino, celebrando la muerte del suegro.

—Anne, querida —locución que había adquirido de Harriet—, dínos por qué no puedes cambiar las bombillas fundidas. ¿Es desenroscarlas o enroscarlas lo que te da miedo?

Letal, pero atractivo; Harriet había hecho de él algo más pequeño pero más positivo, menos timorato y difuso. Antes, él había estado en la casa como el aire que respiraban inconscientemente; ahora se manifestaba entre ellos como una potencia, y su muestra de energía y eficacia era vengativa, ponía de manifiesto el tesoro que ellos habían malogrado. Anne le dijo:

—Estaba tan ocupada con la agonía de mi padre que no me daba cuenta de qué bombillas se habían fundido. Ni siquiera he leído un periódico en muchos días.

Martin hizo caso omiso de su excusa.

—¡Pobre abuelo! —dijo de pronto, mirando a los niños como si otro deber de padre fuese recordarles que tenían que estar afligidos.

Ella sintió odio, un odio tónico contra aquel hombre, y esto pareció liberarla. Él lo percibió desde el otro extremo de la mesa, a través de las sombras de los hijos, iluminadas por las velas, y sonrió. Quería que ella le odiara. Pero aquel odio se extinguió, como una bombilla fundida. Ella no era libre.

Él la ayudó a fregar los platos. Al vivir solo, Martin había aprendido a realizar algunas tareas caseras: un nuevo truco.

Al moverse alrededor de ella, evitando tocarla, secando cada plato con cómico cuidado de soltero, Anna percibió que se estaba hartando de

aquello; también él era mortal. En su hastío, había salido de la órbita de Harriet y vuelto a la de Anne.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó tímidamente él.

—Claro. ¿Por qué no? Es lo que haces siempre.

—Pensé que, con la muerte del abuelo y todo lo demás, te sentirías demasiado deprimida a solas.

—¿No quieres ir a contarle a Harriet el maravilloso entierro que se ha perdido?

—No. Ella no espera que lo haga. Me dijo que fuese amable contigo.

Así pues, el ofrecimiento venía de Harriet, no de él. Le había dado una noche de permiso, como al más vulgar de los maridos. Y Anne estaba también demasiado cansada para rechazar aquel regalo, para despreciarlo.

—Todos los niños están aquí —dijo—. No hay ninguna cama sobrante. Tendrás que dormir conmigo.

—No será la muerte para nosotros —dijo él.

—¿Quiénes somos nosotros? —preguntó Anne.

Habían pasado meses desde que ella había sentido el cuerpo de él junto al suyo en la cama. Él se había vuelto más delgado, más duro, más compacto, como fruto de la distancia que se esforzaba en mantener entre ellos. Tal vez sólo al principio había sido un esfuerzo para él. Cuando, con una caricia, ella le ofreció hacer el amor, él le dijo:

—No. Eso sería demasiado.

Y ella, en su fatiga, se sintió aliviada. Se durmió rápidamente, aunque la presencia de él la privaba del centro de la cama, al que se había acostumbrado. Soñó que estaba asiendo una mano de su padre, y que éste la espantaba al incorporarse vivamente y empezar a reñirla, con aquel sarcasmo que sentía Anne que siempre le había reservado, porque era la mayor; a sus hermanas menores sólo les mostraba su lado más blando. Se despertó y vio que su marido se estaba retorciendo junto a ella. No le sorprendió que estuviese allí. Sólo sentía sorpresa las otras noches, cuando la cama estaba vacía. Él se había incorporado sobre un codo y trataba de mullir la almohada.

—¿Por qué —preguntó, como prosiguiendo una conversación— has dado todas las almohadas de espuma a los pequeños y te has quedado con estas horribles cosas de plumas? Es como tratar de dormir con la cabeza sobre una tortilla.

—¿No puedes dormir?

—Claro que no.

—¿He dormido yo?

—Como de costumbre.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Supongo que tengo remordimientos. Me siento culpable ante Harriet. Por dormir contigo.

—No me digas. La idea fue tuya, no mía.

—También me duele lo del abuelo. ¡Era tan *bueno* ! Sentía que algo andaba mal, pero no sabía qué era. La manera en que dijo «presuntamente» aquella vez... Y la manera en que aceptó mi autoridad el día que le llevamos a la clínica. Tan valiente y tranquilo, como un niño yendo a un campamento. El gran abogado de Boston, que siempre me había considerado un majadero, vaya que sí. Y entonces era yo el que mandaba. ¿Recuerdas cómo me decía que tuviese cuidado con los otros coches? Se había vuelto..., ¿cómo lo diría...?, diferente.

—Lo sé. Fue algo patético.

—Pero no quería que chocase con otro coche. Quería que cuidase bien de él.

—Lo sé. Me admiraba su voluntad de vivir. Hizo que me avergonzase. Hace que todos tengamos que avergonzarnos.

—¿Por qué?

La ruda pregunta la sobresaltó: el nuevo Martin. El viejo y ella se habían comprendido sin pretenderlo siquiera. Ahora comprendía al nuevo. Le estaba diciendo: *Avergüénzate tú, muérete de vergüenza; pero no me incluyas a mí, porque estoy vivo. Al fin* . Ella trató de explicarle:

—Estos días me siento muy desconectada.

—Bueno, supongo que lo estás.

—No solamente de ti. Desconectada de todo el mundo. Hoy, durante el sermón, no pude llorar. No tenía nada que ver con papá, con ninguna persona real. Yo no podía apartar la mirada de ti y de los chicos. La parte posterior de vuestras cabezas era exactamente igual.

Él se volvió ruidosamente y le rodeó la cintura con un brazo. A ella le palpó el corazón, esperando que la mano de él se cerrase sobre un

pecho, siguiendo una antigua costumbre. Pero no ocurrió. Fue como si le hubiese cercenado la muñeca. Y él dijo, en tono suave y bien intencionado:

—Lo siento. Naturalmente, me siento, sobre todo, culpable ante ti. Yacer aquí es algo muy chocante. He sentido este conflicto durante toda la semana, cuando me llamabas cada hora para decirme que tu querido padre no había estirado aún la pata.

—No exageres. Y no digas «querido».

—Me parece que llamaste muchas veces. Y la cosa seguía y seguía; no quería morirse. Resultó ser muy duro de pelar.

—Sí.

—Tú estabas angustiada. Y yo estaba allí, en Back Bay, sin servirte de nada. Me odié por ello. Y todavía me lo reprocho.

Anne comprendió que esta confesión era una oportunidad que otra mujer, Harriet sin duda alguna, habría aprobado. El cuerpo tenso de él quería hacer el amor. Pero, como había ocurrido tantas noches cuando estaban casados, por el mismo mecanismo con que la adormecían los noticieros de la televisión, volcando anuncios y desastres y deportes y previsiones del tiempo mientras el mundo seguía girando, así la conciencia de los deseos de Martin de hacer el amor, de la viva energía viril que sostenía el mundo, hizo que se durmiese, como se dormía antaño su padre al lado de su cama.

Cuando Anne volvió a despertarse, él seguía luchando con la almohada. A juzgar por la luz de la luna, había pasado tiempo, pero no habría sabido decir si habían sido dos minutos o una hora. Sabía que ella había fallado una vez más, pero también la calidad del fallo era diferente. No era tan ofensivo, porque todo era empinado y allanado bajo el claro de luna del dolor. Preguntó:

—¿Cómo puedes estar todavía despierto?

—Es un experimento desafortunado —dijo él, con satisfacción, refiriéndose al hecho de que durmiesen juntos—. Haces la cama de un modo que me pone nervioso. Siempre la hiciste así. Con Harriet, no tengo problema. Duermo como un niño.

—No me hables de esto.

—Sólo me refiero a ello como un curioso fenómeno psicológico.

—Limítate a descansar. Descansa.

—No puedo. Por lo visto, tú sí que puedes. La muerte de tu pobre padre debe ser un gran alivio para ti.

—No exactamente. Túmbate sobre la espalda.

Él obedeció. Ella puso la mano sobre su pene. Estaba caliente, era pequeño y sedoso y no se parecía a nada; más suave que un pecho, más frágil que una idea y, sin embargo, pesado. Al cabo de un minuto, los dos se dieron cuenta de que no se empinaba, de que no se empinaría. Para Martin, era un triunfo, una prueba.

—Vamos —le incitó a él—, haz lo que quieras.

Para Anne, había sido, como había dicho él, un experimento. Una de las cosas que lamentaba era que, después de haber asido continuamente la mano de su padre moribundo, no la había tenido entre las suyas en el momento en que había pasado de la vida a la muerte; había tenido el deseo infantil de saber qué impresión le habría producido. Seguramente la misma que esto. «Durmamos —suplicaba alguien desde muy lejos—. Durmamos».

TODAVÍA DE ALGUNA UTILIDAD

Cuando Foster ayudó a su ex esposa a limpiar el desván de la casa donde había vivido antaño, y que ahora ella vendía, encontraron docenas de juegos olvidados, rotos. Parchís, monopolio, lotería; juegos que remedaban las estrategias de la bolsa de valores, del descubrimiento de crímenes, de especulaciones inmobiliarias, de diplomacia internacional y de guerra; juegos con flechas giratorias, dados, fichas con letras, astronautas de cartón y buques de guerra de plástico; juegos comprados en tiendas baratas y en almacenes de barrio febriles y musicales con las expectativas navideñas; juegos que servían de diversión durante la tarde un cumpleaños y varias tardes después, y que, cuando se habían perdido una o dos piezas pasaban a un armario, y más tarde al desván. Sin embargo, al ser descubiertos en sus llamativas cajas planas, entre baúles de ropa que había quedado pequeña, y artefactos inservibles, aquellos juegos parecían tener aún algún valor: los muelles de sus pequeños lanzadores todavía funcionaban, y la lógica de sus instrucciones despertarían aún interés si se les daba una oportunidad.

—¿Qué haremos con todos estos juegos? —gritó Foster, casi con angustia, a su dispersa familia que subía y bajaba por la escalera del desván.

—Tíralos —dijo su hijo menor, un fornido muchacho de diecinueve años.

—¿No los querrían en Beneficencia? —preguntó la ex esposa, todavía lo bastante esposa para creer que todas sus preguntas merecían respuesta—. Antes solían darse estas cosas a los orfanatos. Pero ahora ya no los llaman orfanatos, ¿verdad?

—Los llaman hogares americanos normales —dijo Foster.

Su hijo mayor, que tenía ahora veintidós años y una barba de color canela, declaró:

—De todos modos, no funcionarían; a todos les falta alguna pieza. Por esto fueron a parar al desván.

—Bueno, ¿por qué no los tiramos entonces? —preguntó Foster.

Y tuvo que contestarse él mismo: por cobardía. Por inercia. Por aferrarse al pasado.

Sus hijos, con una sombra de antigua obediencia se acercaron y miraron, por encima del hombro de él, el triste montón de juegos

abandonados, buscando a tientas y en silencio, con él, algún día particularmente feliz relacionado con esta y aquella serie de cuadrados en clave y flechas de colores. Sus vidas habían tocado una vez estas fichas; había fluido emoción a lo largo de los senderos de estos paisajes estilizados. Pero aquel día había pasado, y apenas si se conservaba su recuerdo.

—Tíralos —decretó el hijo menor, con su voz varonil.

Para estos días de limpieza, el muchacho había pedido prestada una camioneta a un amigo, y la había aparcado en el jardín, debajo de la ventana del desván, de manera que los pequeños objetos desechados pudiesen arrojararse directamente a ella. Las cosas más grandes eran bajadas por la escalera y llevadas a través del vestíbulo; la camioneta estaba ya cargada de colchones viejos, aparatos de radio rotos, esquíes y botas anticuados. Era un juego de azar el acertar la furgoneta con los objetos arrojados desde lo alto de la casa. Foster tiraba un juego tras otro, tratando de dar en el blanco situado dos pisos más abajo. Cuando acertaba con las cajas, éstas se abrían, arrojando un surtidor de dados y fichas y cartas, al aire y sobre el jardín. Una caja llamada Ratonera, en cuya tapa veíase un grupo de chiquillos que reían alrededor de un artilugio de Rube Goldberg, se deslizó de lado, chocó contra una pared de la camioneta y derramó sus componentes de plástico sobre un macizo de flores. Cuando un juego llamado Carrera de Velocidad flotó suavemente como un copo de nieve antes de caer, muy reducido sobre un colchón sucio, Foster vio, en la profundidad del espacio que se abría debajo de él, la causa de la melancolía: no había jugado lo bastante con aquellos juegos. Ahora, nadie quería jugar.

Desde luego, si él y su esposa no hubiesen querido divorciarse, aquellas cajas habrían seguido acumulando polvo en un desván tranquilo y sin revelar su pena. Los juguetes de su propia infancia estaban todavía en el desván de la casa de su madre. En su última visita, había subido allí y dado cuerda al Pato Donald de latón; éste había respondido cerrando con enojo el pico y tocando secamente su tambor. Un tablero inclinado, y con surcos concéntricos para las bolas, seguía esperando en una cesta grande, junto con sus silabarios y sus aeroplanos de plomo; esperando la vuelta de su infancia.

Su esposa se detuvo junto a él, que se había sentado en la ventana del desván, y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Esos juegos no se usaron mucho.

—Lo sé. Todo pasa de prisa. Pero no pienses más en ello; te estás poniendo triste.

Detrás de él, su familia había limpiado el desván; las habitaciones de techo inclinado estaban vacías, como en lánguido aislamiento.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó, refiriéndose al vacío.

—Oh, es divertido —dijo ella—. Todo es acostumbrarse. Fuera lo viejo, adelante con lo nuevo. Los nuevos propietarios parecen buena gente. Tienen hijos *pequeños*.

Él la miró, y se preguntó si se hacía la valiente o era realmente dura de corazón. El desván tembló ligeramente.

—Es Ted —dijo ella.

Ahora tenía un amigo, un alto y atlético banquero que huía de las complicaciones domésticas en una población vecina. Cuando Ted cerró de golpe la puerta de la cocina, dos plantas más abajo, la pantalla de cristal de una lámpara de petróleo que, a pesar de no haber sido utilizada en mucho tiempo, Foster no había tenido valor para arrojarla por la ventana, vibró en su soporte de cobre, emitiendo un sonido muy ligero, como el zumbido de una avispa atrapada. Foster pensó que había llegado el momento de marcharse. Sus rodillas cubiertas de polvo crujieron al ponerse en pie. Su ex esposa le precedió con paso vivo, bajando la escalera de la casa vacía. Él la siguió, llevando la lámpara y dejándola, finalmente, encima de la desnuda librería que él mismo había montado antaño, en el descansillo del primer piso. Recordaba cómo había atornillado, desde abajo, la tabla superior, magnífico trozo de madera de pino limpia de nudos, para que las cabezas de los clavos no estropearan la lisa superficie.

Después de todas aquellas habitaciones y pasillos vacíos, la cocina parecía indecorosamente llena de calor y de vida.

—Papá, ¿quieres una cerveza? —preguntó el hijo de barba roja—. Ted ha traído unas latas.

El dorso de la mano del muchacho, que le tendían la húmeda lata, estaba erizada de finos pelos rojos. Su novia, que llevaba pendientes de gitana y suéter ceñido, estaba apoyada en la desconectada cocina, sujetos los cabellos con un pañuelo y luciendo una atractiva mancha de tizne en una sien. De la amable sonrisa que dirigió a Foster, dedujo éste que el grupo le aceptaba de buen grado.

—No; será mejor que me vaya.

Ted dio la mano a Foster, como hacía siempre. Tenía un cutis fino y sonrosado, y unos cabellos de plata cuyas esponjosas ondas parecían inducidas mecánicamente. Foster no podía mirarle a los ojos durante más tiempo del que podía mirar al sol. Se preguntaba cómo, un bruto tan radiante, podía dedicarse a un trabajo tan pacífico. Ted no había ayudado hoy en el desván porque había estado en su antigua ciudad, visitando a sus hijos gemelos adolescentes.

—Me han dicho que hoy ha hecho usted una espléndida labor —declaró.

—Ellos la han hecho —dijo Foster—. Yo no he sido de mucha utilidad. Me quedé como pasmado. Todas aquellas cosas que no me acordaba de haber comprado...

—Algunas fueron regalos —le recordó su hijo.

Pasó a la madre la lata que había rehusado el padre, y ella la cogió y soltó la pestaña, que produjo el desafiador silbido de costumbre. Nunca le había gustado la cerveza, pero se llevó la lata a los labios.

—Dame un sorbo —suplicó ahora Foster.

Cogió la lata de la mano de ella, y echó un largo trago. Cuando abrió los ojos, la manaza de Ted estaba ahuecada debajo de la barbilla de Mrs. Foster, mientras el dedo pulgar limpiaba una mancha de polvo a lo largo de la mandíbula inferior, que Foster no había advertido. Este ademán protector hizo que la cara de ella pareciese pequeña, melindrosa y frágil. Foster observó ahora que Ted llevaba con cierta afectación cómica su atuendo sabatino de banquero; jeans de un azul pálido, limpios zapatos de tenis, camisa de leñador con los puños arremangados. Esta vestimenta juvenil acentuaba su edad, su rostro colorado de hipertenso. Foster vio de pronto una pareja conmovedora, un hombre y una mujer que estaban envejeciendo, y esta percepción le pareció que le autorizaba a marcharse.

Devolvió la lata de cerveza. —Gracias por tu ayuda —dijo su ex esposa.

—Sí, todos le damos las gracias —dijo Ted.

—Habla con Tommy —añadió inesperadamente ella, bajando la voz. Todavía tocaba resortes para demorar las partidas de Foster—. Esto ha sido duro para él, aunque no lo demuestra.

Ted miró su reloj, una cosa plena y de negra esfera con la que podía bucear.

—Cuando llegué le dije: «No pierdas el tiempo ni esperes a que cierren el vertedero».

—Ha estado haraganeando todo el día —se lamentó su hermano—, contemplando todos esos trastos viejos, y ahora querrá librarse de ir al vertedero.

—Es muy sentimental —dijo la gitana invitada, interviniendo vivamente, como si repitiese algo que había oído decir.

Fuera, el muchacho estaba recogiendo cosas que habían caído de la camioneta. Foster le ayudó. Había docenas de dados y fichas entre la

hierba, algunos de aquéllos con unas curiosas caritas grabadas (Olive Oyl, Snuffy Smith, Dagwood) y otros con jeroglíficos (números, diamantes, picas, hexágonos), cuya clave se había perdido. Tendió un puñado para que Tommy los viese.

—¿Recuerdas de dónde eran éstos?

—De la Lotería de Dibujos —dijo el muchacho, sin vacilar—. Y de un juego llamado Jugadores Tontos, una especie de máquina donde se echaban las fichas por una rendija.

La luz de viejas apuestas y ganancias centelleó en sus ojos, al mirar aquellas cositas desechadas que su padre tenía en la mano. Aunque Foster era más alto, el muchacho tenía los hombros más anchos y se estaba aún desarrollando.

—¿Quieres venir conmigo al vertedero? —preguntó Tommy.

—Me gustaría, pero tengo que irme.

También él tenía una nueva vida por delante. El mero hecho de estar en aquella propiedad abandonada le daba, en cierto modo, la impresión de hallarse en una casilla equivocada, si no *en prise*. Recordó que una vez había empezado a enseñar a jugar al ajedrez a este muchacho, pero como le daba pena verle perder, inclinada la ensortijada cabecita y fruncido el entrecejo sobre el rey acorralado, había puesto fin a las lecciones.

Foster arrojó las fichas dentro de la camioneta; repicaron al chocar contra el metal.

—¿Te deprime esto? —preguntó a su hijo.

—No. —Pero se corrigió—. Sólo un poco.

—Te alegrarás cuando regreses con la camioneta limpia —le prometió Foster—. A mí me gustaba ir al vertedero, todo aquel montón de trastos viejos, y ver las gaviotas.

—Ha cambiado desde que tú te marchaste. Ahora tienen nuevas normas. La encargada me chilló la última que estuve allí, por verter lo que llevaba, en un sitio equivocado.

—¿De veras?

—Sí. Fue muy desagradable. —Y viendo que su padre vacilaba, añadió—: Sólo son veinte minutos.

Aunque de complexión robusta, Tommy tenía imberbes las mejillas y, entre las espesas cejas, un resto de aquel espacio en blanco, redondeado

y ligeramente desconcertado, que tienen los bebés y que se arruga antes de que empiecen a llorar.

—Muy bien —dijo alegremente Foster—. Tú ganas. Iré contigo. Te protegeré.

LA CIUDAD

El estómago empezó a dolerle en el avión, cuando los motores cambiaron de tono al descender sobre la ciudad. Al principio, Carson atribuyó al dolor a los cacahuets salados que le habían servido en un envoltorio de papel de estaño, para acompañar el whisky que le había traído la azafata a las diez de la mañana. A sus cincuenta años, no se consideraba un bebedor, pero los dos jóvenes vestidos igualmente de gris que se hallaban a su lado en la hilera de tres asientos, habían pedido whisky, y éste parecía ser una manera de congraciarse con la azafata. Contrariamente a lo que suele ocurrir en estos días, la azafata era joven y bonita. Muchas de las de su oficio parecían, como el propio Carson, haber cambiado de carrera, víctimas de la inquietud de la edad madura..., cuando los hijos son mayores y empieza una larga descendencia.

Ex profesor de una escuela de comercio, divorciado desde hacía tiempo, Carson trabajaba ahora como representante de una fábrica de microordenadores y de sistemas de proceso de informática, de New Jersey. En su madurez, después de veinte años de conducir por las mismas calles suburbanas desde su casa hasta la escuela y viceversa, se había convertido en buen conocedor de las ciudades, con sus animados centros comerciales y sus hermosos cinturones industriales, sus herrumbrosas vías muertas y sus nuevos edificios de cristal, sus hoteles con alfombras de color naranja y sus bares imitando los interiores de casas de campo inglesas. Pero siempre había un matiz individual, un estilo en las muchachas locales y un único y pequeño distrito histórico, un extraño rascacielos o un museo donde había un Cézanne, que no podía verse en ninguna otra parte. Carson no había visitado nunca la ciudad hacia la que descendía ahora, y tal vez una aprensión nerviosa por los contratos que tendría que conseguir, y los métodos de persuasión que tendría que emplear, era la causa remota del dolor que se había aposentado en el centro de su estómago, justo por encima del ombligo.

Pero seguía echándole la culpa a los cacahuets. La tentadora y joven azafata, bronceada en las escalas en la Costa Occidental, con un cuello que marcaba delicadamente el sitio donde se detenía el maquillaje, no le había dado una bolsita de papel de estaño, sino dos, y él se había comido el contenido de ambas, sabrosamente ácido, mientras el motor más próximo del «747» aparecía aureolado por un arco iris de vapor bajo la luz del sol que llegaba del este, al volar zumbando el avión hacia el oeste. Este zumbido se le había metido también en el estómago. Además, estaban el whisky, y las primas de la partida, y la presión de los codos sobre los dos brazos de su asiento. Había llegado demasiado tarde para conseguir un asiento justo al pasillo o a la ventanilla. Le parecía que, ahora, los jóvenes eran cada vez más corpulentos y voluminosos, con esa mezcla de ejercicio y de cerveza que fomentaba la

cultura actual. Los dos llevaban pañuelos de seda en el bolsillo superior delantero de las chaquetas, y retocados bigotes de bandido sobre las delicadas, pálidas y satisfechas bocas. Si se cruzaba unas palabras con ellos, oía voces que no sabían nada, que sonaban metálicas como en un aparato de televisión barato.

Carson dejó a un lado los papeles sobre los que había estado bosquejando un sistema —ordenador, terminales, ruedas de impresión, un opcional pero irresistible generador con adecuadas superficies de contacto—, para un próspero pequeño fabricante de reductores eléctricos, e hizo un repaso final de los que podía estar perjudicando su propio sistema. Los cacahuetes. El whisky La aglomeración. Además de todo esto, estaba cansado: cando de los números, de viajar, de la comida, de la competencia, incluso de afeitarse por la mañana y vestirse y, dieciséis horas más tarde, desnudarse. El dolor aumentó ligeramente, como si se hubiese añadido una pizca de algún elemento químico a su pegajosa fórmula. Se imaginó aquel dolor como esférico, como una burbuja caliente que reventaría si pudiese enfocar en ella el láser de la idea adecuada.

Al dirigirse a la parada de taxis, Carson se sintió más cómodo si encorbaba ligeramente el tronco. El aire fresco del otoño se filtraba a través del traje hasta la piel. Debía parecer enfermo: atraía las miradas de otros visitantes de la ciudad. Los dos jóvenes, cuyos hombros le habían estado estrujando durante tres horas, se habían confundido con otros parecidos, todos con sus carteras de ejecutivo y sus zapatos bien lustrados. Carson no dio al taxista la dirección del fabricante de aparatos reductores, sino la del hotel donde había reservado habitación. Una súbita y transparente oleada de náuseas, como las que habría podido producirle el «747» al caer en un pozo de aire, le había hecho tomar aquella súbita resolución. Después, al seguir al botones de uniforme marrón por el pasillo alfombrado de color naranja, no sólo le resultaron repugnantes los colores, sino que los planos de las paredes y del suelo le parecieron alabeados, como si el dolor que no quería cesar le trasladase a una serie de nuevas coordenadas, al tocar alguien con el dedo el teclado de una terminal. Telefonó a la compañía desde su habitación, explicando su caso a la mujer que le respondió, y concertando una cita para la mañana siguiente, antes de la hora que tenía señalada para ver al jefe de contabilidad de otra pequeña y floreciente empresa fabricante de aparatos que producían «ruido blanco» para proteger el sueño de la ciudad.

Estas citas apretadas preocuparon a Carson, pero sólo de un modo abstracto, pues otra persona se encargaría de ellas: su propio yo recuperado. La secretaria con quien había hablado se había mostrado comprensiva y, hablando con el extraño y alentador acento de la región —lánguido en algunas sílabas, cortante en otras—, le había recomendado «Maalox». En las películas que habían llenado la infancia de Carson de imágenes de la vida ideal, la gente «enviaba a buscar» estas cosas, pero en todos sus recientes años de viajar de un lado a otro, de pasar de un hotel con poco personal a otro que aún tenía menos,

había comprobado que aquello era imposible; por consiguiente, bajó él mismo a la farmacia. Un espejo del vestíbulo le impresionó desagradablemente con la imagen de un hombre de brazos flacos, en mangas de camisa, con barriga, y una boca pálida y torcida hacia abajo en uno de sus labios, como la de un difunto.

El medicamento sabía a arcilla y era arenoso y, después de un momento de vacilación, dio al dolor un nuevo matiz, como el que producirían unos pequeños dientes rasposos. La habitación del hotel estaba también alfombrada de color naranja, y tenía cortinas de color marrón que Carson corrió, después de echar un vistazo a un trozo yermo del parque, donde unos niños jugaban al fútbol; sus gritos le lastimaban los tímpanos. Encendió el televisor, pero también éste hizo que le doliesen los oídos. Yaciendo en una de las dos camas de la habitación, y observando el techo entre visitas al cuarto de baño, dejó que transcurriese la tarde y pensó en cómo se convierte el propio sufrimiento en una especie de hogar. El techo había sido enyesado en capas superpuestas, como escamas de un pez enorme y blanco. Para variar, Carson se tendió en el frío suelo del cuarto de baño, contemplando asombrado las complicadas y salientes caras inferiores de los accesorios de porcelana, y el lejano y brillante rombo del espejo. Los repetidos y fuertes purgantes no habían podido disolver aquel terrible intruso, y aquella cosa acre y ardiente ya no era simplemente esférica, sino que se iba alargando. Cuando había empezado a vomitar, Carson había concebido ciertas esperanzas. Pero las esperanzas se desvanecieron igual que la luz. En la sombría habitación, su dolor se había convertido en un compañero que permanecía indiferente a sus constantes preguntas; no empeoraba a cada minuto, pero tampoco le abandonaba. Pensó que su situación era la adecuada para orar, pero Carson nunca había sido un hombre religioso y pudo ahorrarse este tormento adicional.

La luz del día, al despedirse, festoneó delicadamente de gris todas las superficies curvas de los muebles de la habitación: las patas de la mesa, los globos de la lámpara. Carson se imaginó que, si sonaba el teléfono, su estado de salud saltaría hecho pedazos. Acurrucado de costado, se durmió por poco rato; al despertarle el dolor, encontró la habitación a oscuras, con sólo el vago reflejo de la luz de la calle en la ventana. Los jugadores de fútbol se habían marchado. Se preguntó si había alguien, más allá de aquella oscuridad, a quien pudiese llamar. Su ex esposa había vuelto a casarse. Uno de sus hijos, el varón, estaba de viaje en México, y el otro, la niña, había repudiado a su padre. Al recibir su carta de ruptura, Carson había telefoneado, y el hombre con quien había estado viviendo ella le había dicho que se había marchado e ingresado en una comuna feminista.

Llamó a la conserjería del hotel para que le aconsejasen. La voz joven de un varón que, a juzgar por su vivacidad, acababa de comenzar el turno, le sugirió la clínica de urgencias del hospital de la ciudad. Temblando, atando con dificultad los cordones de sus zapatos, sonriendo al considerarse protagonista de un drama sin público, Carson

se vistió y sacó a la calle su dolorido cuerpo. Una hilera de taxis esperaba bajo el corrosivo fulgor amarillo de una lámpara de vapor de sodio de la calle. Anuncios de neón, amontonados cubos de oficinas fluorescentes, y luces rojas y verdes de semáforos, arañaban las ventanillas del taxi; vistas de la ciudad que ahora, en circunstancias normales y terminado el trabajo del día, estaría recorriendo en busca de un restaurante, de un bar, de una conversación casual, de un posible contacto con una de las anfitrionas oficiosas de la ciudad, con los párpados pintados de verde, minifalda y botas altas, y rodillas descubiertas, casi de adolescente.

El hospital estaba a una distancia sorprendente del hotel. Grande y resplandeciente mole, con muchos anexos más y más modernos, esperaba al final de un ondulado paseo que cruzaba un parque oscuro y un barrio de casa bajas. Carson esperaba poder ceder completamente a otros la carga de su cuerpo, pero en vez de esto se vio obligado a realizar toda una nueva serie de esfuerzos: impresos a llenar, pruebas de su capacidad económica para estar enfermo, esperas sucesivas en bancos atestados y sillas acolchadas, mientras sus ojos medían la distancia hasta la puerta de «Caballeros», y él calculaba el tiempo que tardaría en cruzarla cojeando, abrir la puerta de un compartimiento, arrodillarse y tratar en vano de expulsar al furioso visitante de sus propias entrañas.

El primer médico a quien al fin le permitieron verle pareció a Carson tan joven y delicado y escurridizo como su medio olvidado hijo viajero. La esposa del doctor, según le informó éste, daba un banquete en otro sector de la ciudad, y él se estaba retrasando. Sin embargo, cortés y gravemente, le concedió veinte minutos. Confesó que el caso de Carson le desconcertaba un poco. Su dolor no parecía lo bastante localizado para ser de apendicitis, dolencia que, además, no era corriente en un hombre de su edad.

—Tal vez soy un retrasado —sugirió Carson, cuya angustia le hacía pronunciar cada sílaba como un débil y compungido gemido.

Siguió otro enojoso período de dilaciones, animado por pinchazos para análisis de sangre y por el parloteo de las curtidas enfermeras. Después tuvo que desnudarse delante de un armario para poder esperar, junto con otros pacientes, envueltos todos en raídas batas de hospital abotonadas a la espalda, a que le examinasen por rayos X. El robusto técnico, con el clásico bigote de bandido, tenía la alegre aureola de un levantador de pesos y gran conquistador de damas (o de caballeros).

—Ponga la barbilla aquí —dijo—. Adelante los hombros. Respire hondo y contenga el aliento. Buen chico.

Poco a poco, Carson se vistió de nuevo aunque su ropa, prenda por prenda, estaba tan arrugada que no parecía la suya. Pensó que uno podía morir en los intersticios de aquellos procedimientos. A su alrededor, en los bancos y en las brillantes y desnudas salas de espera

de los innumerables pisos del hospital, otros suplicantes, vecinos de la ciudad, y en su mayoría negros, le servían como modelos de calma estoica que él trataba de imitar, aunque sufría mucho si se sentaba tieso, y le dolía la garganta a causa de las náuseas.

Los resultados de los análisis discurrían, poco a poco, por los canales normales. El joven médico debía de estar ahora en su banquete; Carson se imaginó el retintín de la plata, la luz de las velas, los hombros desnudos de las mujeres: un mundo doméstico festivo que a él le estaba vedado desde hacía tiempo.

A eso de la medianoche, le permitieron desvestirse de nuevo y meterse en una cama, en una especie de sala de espera de emergencia. Estaba rodeado de cortinas blancas, pero no de silencio. A ambos lados de él, en las camas contiguas, dos hombres, que al parecer tenían mucho en común, gemían y canturreaban una especie de blues discordante. Cuando eran visitados por los médicos, les suplicaban que les dejaran marchar y prometían ser buenos en lo sucesivo. Al cabo de un rato, llegó desde un lado un ligero ruido de náuseas, como de un gato que se hubiese comido un pájaro con todos sus huesos; al otro lado, parecía que unos internos estaban metiendo un tubo por la nariz de un hombre. Carson se sintió confortado por aquellas pruebas de que al menos había penetrado en un círculo de reconocida ruina. Él era examinado a largos intervalos. Otro joven médico, que le recordó menos a su hijo que al taimado pasante de abogado que había estado viviendo con su hija, y de quien Carson sospechaba que había inspirado, o incluso dictado, la extraña carta formal que ella le había dirigido, entró y, después de palparle el abdomen, se encogió de hombros. Después entró una doctora cuarentona y de cabellos negros, con acento alemán, que miró divertida la cara de Carson y dijo:

—No se cuida usted lo suficiente.

—¿Cuidarme? —gruñó él, y vio por qué los esclavos se habían aficionado a hacer el payaso.

Ella le hundió un dedo pulgar en la barriga, en varios sitios.

—No debería poder hacer esto —dijo—. Tendría usted que saltar hasta el techo.

Su lenguaje concordaba, de un modo extraño, con su acento.

—Me ha dolido —dijo él.

—No lo bastante —dijo ella. Le miró fijamente a los ojos; los suyos eran de un verde pálido y frío—. Creo que tendremos que hacer más análisis de sangre.

Sin embargo, Carson tuvo la impresión de que estaba ganando tiempo. Sentía que detrás de las cortinas blancas, filtrándose entre las voces de

enfermeras y policías y parientes delirantes de aquella sala de urgencias, se estaba preparando algo inminente en su caso, una visita importante. Cerró los ojos durante lo que le pareció un segundo. Cuando los abrió, un nuevo hombre estaba inclinado sobre él: un hombre alto y con aire de tutor, que llevaba una chaqueta de tweed con coderas, camisa abrochada, y gafas montadas al aire que, más que aditamentos a su cara, parecían amplificaciones de una radiación benévola general. Sus cabellos aparecían perfectamente peinados y encanecidos, con raya en medio y cortos al estilo de los tiempos de Camelot. A diferencia de los médicos que le habían visitado anteriormente, se sentó en el borde de la estrecha cama de Carson. Su voz y su tacto eran amables; explicó, mientras palpaba, que algunos apéndices eran retrocecales, es decir, emplazados detrás del intestino grueso, de manera que podía inflamarse mucho sin que se manifestasen las sensibilidad superficial y el reflejo protector propios de la apendicitis.

Carson se preguntó de qué banquete habría sido arrancado el doctor, después de medianoche, con su chaqueta y su corbata intemporales. Hubiese querido disculparse cortésmente, pero se hallaba en mala posición para ello, tumbado de espaldas y casi desnudo. Sonriendo ligeramente, el médico le escrutó el semblante, como para resolver un acertijo, y Carson le respondió con una mirada suplicante, desesperadamente esperanzada, mudo como los perros, que sólo saben gemir y aullar. Estaba tan harto del dolor y de su estado de emergencia como le había estado, doce horas antes, de su vida normal.

—Quisiera operar —dijo suavemente el doctor, como haciendo una sugerencia que Carson podía rechazar.

—¡Oh, sí, *por favor* —dijo Carson—. ¿Cuándo cree que podrá hacerlo?

Comprendía que, a pesar de la hora intempestiva y del lamentable medio ambiente que se había convertido en su propio hábitat, el doctor era un hombre rebosante de salud, que debía tener una casa decente, una familia y una rutina por la que regirse.

—Bueno, *ahora* mismo —fue la respuesta, en tono sorprendido, mientras el hombre se ponía en pie y empezaba a quitarse la chaqueta, como si fuese a enfrentarse con Carson en una competición atlética concertada de antemano.

Tal vez Carson sólo se imaginó los ademanes del médico. Tal vez sólo pensó la palabra «maravilloso» o quizá la murmuró en voz alta. Después, todo transcurrió rápidamente. Volvió el hombre taimado con aspecto de pasante de abogado, más campechano ahora que Carson había ascendido de categoría; le pidió que se volviese de lado y le clavó una aguja en la nalga. Una pareja birracial de enfermeros trasladaron su cuerpo de la cama a una camilla larga sobre ruedas suaves; pasaron entre las cortinas blancas descorridas; caras, luces y dinteles de puertas de acero quedaron atrás. Carson entró flotando, con los pies por delante, en una sala que reconoció por haberla visto a menudo

brillantemente reproducida en las películas: un quirófano. Una joven multitud enmascarada estaba ya allí, charlando, divirtiéndose. «¡Cuántos son!», exclamó Carson, y se sintió inmensamente feliz. Sus dolores habían cesado. Fue trasladado de la camilla a una mesa alta, muy estrecha, acolchonada. Le extendieron los brazos sobre unas protuberancias de maderas, y los sujetaron a ellas con correas. Le pincharon en las muñecas. Una goma hinchada fue aplicada a su cara, como para probar si se ajustaba bien. Trató de decir, de asegurar al grupo enmascarado, que no tenía miedo y que podía demostrarles lo «buen chico» que era, y que alguien tendría que cancelar sus citas de mañana.

En el momento y lugar en que la niebla se levantó caprichosamente, apareció el cirujano en persona, no con chaqueta de tweed, sino con una bata verde de hospital, y ahora jubiloso, inclinándose sobre él. Levantó el meñique encorvado de una mano delante de los ojos de Carson, que no podía enfocar la mirada.

—Así, de gordo —gritó, a través de una especie de vendaval.

—¿De qué tamaño hubiese debido ser? —preguntó Carson, comprendiendo que estaban hablando de su apéndice.

—No más grueso que un lápiz —fue la respuesta, inducida por una brillante ola de alivio contagioso.

—Pero, ¿cuándo ha dormido usted? —preguntó Carson, pero esta vez no le respondieron, porque se había pasado de la raya.

Antes se había encontrado en una habitación subterránea llena de estalactitas. Un joven tosco y corpulento le estaba llamando. «Eh, Bob, vamos, Bob, despierta y sonríe un poco, Bob». Había otros además de él, estirados en esta catacumba de techo festoneado de tubos colgantes y transparentes; eran las estalactitas. A un brazo de distancia de él, yacía otro hombre, inmóvil como un caballero de piedra caliza, esculpido sobre una tumba. Carson se daba cuenta de que le habían hecho pasar a viva fuerza por un túnel (los brazos atados, la hinchada mordaza) y había salido por el otro extremo. «Eh, Bob, vamos, sonríe. Asiii». Tenía una tremenda necesidad de orinar: le estaban introduciendo, gota a gota, un líquido en el brazo.

Más tarde, después del chispeante intercambio de palabras con el cirujano, Carson se despertó en una habitación corriente de hospital. En una cama al lado de la suya, yacía un hombre que debía ser bajito a juzgar por el perfil desabrido y amargado de su semblante, fumando y mirando fijamente la televisión.

Aunque las imágenes se movían, ningún sonido parecía salir de aquella caja.

—Hola —dijo Carson, sintiéndose tímido y precavido, como si en sueños se hubiese casado con aquel hombre.

—Hola —dijo el otro, sin apartar la mirada del televisor y exhalando humo con una fuerza, a un tiempo de complacencia y de fastidio, que había sido una de las más irritantes peculiaridades de su ex esposa.

Cuando Carson se despertó de nuevo, estaba anocheciendo y él se hallaba en otra habitación, esta vez individual, solo, con el abdomen dolorido y más despejada la cabeza. Una media luna se reclinaba en el cielo, pequeña y fría, sobre las refulgentes ventanas cuadradas de otra ala del hospital, y Carson pensó que su posición, en el mundo y en el universo, estaba bastante clara. Había empezado su convalecencia.

En los cinco días que siguieron, se preguntó a menudo por qué era tan feliz. Desde su infancia, después de ver que algunos condiscípulos eran llevados rápidamente al hospital y volvían al colegio mostrando orgullosamente una cicatriz en el bajo vientre, había tenido miedo a la apendicitis. Por fin, en su sexto decenio, había ocurrido lo que tanto temía, y tenía la impresión de que se había comportado con valor y tranquilidad aceptables.

La cicatriz no era la rajita lateral de que se habían jactado sus condiscípulos, sino una incisión central sanguinolenta, desde el ombligo hacia abajo; le habían abierto la panza, le explicaron, porque a su edad, la dolencia podía ser cualquier cosa, desde una úlcera hasta un cáncer. La profundidad de la sima en que había flotado, estando inconsciente, le estremecía ahora. Había habido también cierta intimidación inconcebible. Le habían «manipulado» los intestinos, le recordó amablemente el cirujano al explicarle una fase de su recuperación. Carson trató de imaginarse la manipulación: pinzas y guantes blancos de goma, y algo brillante y pesado y purpúreo que era suyo. Ciertamente, el apéndice había sido retrocecal; los favorecidos sólo representaban el diez por ciento, y él había sido uno de ellos. El examen al microscopio había revelado que incluso empezaba a romperse. Todas estas aclaraciones retrospectivas, reduciendo a fríos hechos el abrasador y pertinaz demonio que había llevado dentro, justificaban a Carson. Pues los enfermos se sienten tan avergonzados, tan perdidos, como los pecadores.

El cirujano, con su porte aristocrático, se guardó de repente aquel momento de suma intimidación en el que, apiadado de la angustia de Carson, había resuelto manipular sus intestinos. Se dejaba caer por allí, en el curso de sus visitas, para breves sesiones docentes sobre la comida, los paseos, las idas al cuarto de baño; cosas, todas ellas, que necesitaban ser aprendidas de nuevo. También pasaban otros. Volvió aquella extranjera ligeramente divertida y de ojos fríos, para cambiarle el vendaje y arrancar los esparadrapos con, según pensó él, innecesaria brusquedad. «Fue demasiado valiente», le amonestó, refiriéndose a la noche en que ella había querido infligirle más análisis de sangre. Y también volvió el joven médico de aquella misma noche, que ya no se

parecía en absoluto al abogado a quien la hija de Carson había dado la patada por mor de su propio sexo; y apareció una multitud de especialistas en las diversas partes de la anatomía de Carson; de manera que se sentía enorme, como Gulliver, sujeto a estacas en Lilibut, para ser examinado. Todos ellos le visitaban tan natural y amablemente, como de pasada, que Carson se sorprendió, meses más tarde, al descubrir que cada visita, con su fecha y hora exactas, figuraba en las hojas de la factura que le envió el hospital, impresas por ordenador, un viejo «Centronics» 739, a juzgar por los caracteres.

La propia vida de hospital, con sus detalles, le hacía sentirse feliz. La tensa cama blanca tenía controles manuales que levantaban y doblaban el colchón de mil cómodas maneras. Un aparato de televisión había sido instalado alto en la pared delante de él, y obedecía a un mando a distancia que se adaptaba a la palma de su mano como una inocente y etérea pistola. Sin ningún esfuerzo, deambulaba entre los noticiarios de primera hora, los concursos de media mañana, las actualidades del mediodía y, por la tarde, seriales y entrevistas y reposiciones de clásicos como *Carol Burnett* y *Hogan's Héroes*. Por la noche, cuando los visitantes se marchaban de las salas y el hospital quedaba en calma, la televisión se convertía en un compañero todavía más intenso y cariñoso, con sus colores danzantes y su fluctuante resplandor. La primera noche que había pasado en esta preciosa habitación, cuando estaba todavía *groggy* por la anestesia, había mirado una figurita blanca que, como dando una súbita y gran puntada, había logrado un alto *home run* en el segundo del Yankee Stadium; la penetración de la pelota le había parecido preciosa, como si se hubiese producido en sus propias gradas interiores. Entonces había pulsado un botón del pequeño control, empleado otro botón para regular la inclinación de la cama y se había dormido con la misma sencillez.

Normalmente, le gustaba tener mucha ropa en la cama; aquí, una manta ligera era suficiente. Normalmente, no podía dormir nunca boca arriba; aquí, por pura necesidad, no podía dormir de otra manera, aunque ligeramente girado el cuerpo para aliviar el dolor vertical de su abdomen, y de brazo izquierdo estirado, paralelo al cuerpo, para recibir durante toda la noche los líquidos nutritivos del tubo IV. Las luces estaban siempre encendidas; siempre murmurando voces en el pasillo; este mundo no era más silencioso que el que rodea la cuna de un bebé.

En mitad de la misma noche en que se logró el *home run*, algo que tocó su brazo derecho despertó a Carson. Abrió los ojos y allí, en el cuadrante de espacio donde había estado el rectángulo del televisor, una regia y joven cara negra le sonrió. Era una enfermera que le estaba tomando la presión sanguínea; no había encendido la luz de la cabecera de la cama, y por esto el óvalo de su cara estaba solamente iluminado de modo indirecto, desde lejos, como lo habían estado los muebles de su habitación del hotel. Sin mirar la esfera luminosa de su reloj de pulsera que estaba sobre la mesita de noche, supo que era una de esas horas abismales en que la desesperación visita a los hombres, en que los insomnes se retuercen en un océano de silencio, en que los parados y los

quebrados quieren chillar para romper sus cálculos circulares, en que los enamorados desdeñados pasan de un dulce sueño a unas sábanas vacías, en que los soldados despiertan al sabor metálico de la batalla inminente. En esa hora de intimidad total, ella le había despertado con su contacto. Sólo una fina manta cubría su cuerpo en la caldeada habitación en penumbra. *Te perdono*, decía la presencia de ella. Hinchó el brazal que le había puesto, lo aflojó y lo hinchó de nuevo. Introdujo en la boca de Carson uno de esos instrumentos de plástico en forma de cohete que han sustituido a los termómetros de vidrio y, mientras esperaba que la temperatura se registrase en números electrónicos en un aparato que ella llevaba a la cintura, canturreó una tonadilla, como desentendiéndose humorísticamente de su propia belleza, de esa belleza que las mujeres han llegado ahora a considerar como una enemiga, como una carga y un motivo de agobio que les han sido impuestos. Él pensó en su hija.

Aunque muchas enfermeras le atendían y él, al recobrar sus fuerzas, solía charlar con ellas incluso a las cuatro de la mañana, nunca volvió a ver a ésta, de cara perfectamente negra y simétrica que se perfilaba bajo la luz como un sol eclipsado.

—Camine —ordenó el cirujano a Carson—. Levántese y camine en cuanto pueda. Haga mover ese cuerpo. Lo cierto es que, muchas veces, no era la enfermedad lo que mataba a mucha gente en los hospitales, sino el hecho de quedarse en la cama y dejar que los pulmones se llenasen de fluido.

Caminar significó, al principio, llevar con él la larga y ruidosa barra del gota a gota. Ello requería cierta habilidad garbosa: hacer pasar las ruedas sobre las elevadas tiras metálicas colocadas aquí y allá en el linóleo del pasillo, colocar la mano izquierda en el lugar de la barra que consideraba adecuado para equilibrarla, apartarla del camino de otro paciente que paseaba con su propio y desgalichado compañero de metal cromado. Observando a otros pacientes, aprendió Carson el truco de remover la bolsa del gota a gota y pasarla por la manga de su albornoz y colgarla de nuevo, de manera que aquél pudiese ceñirse perfectamente. Sus primeros pasos, calzado con las zapatillas de esponja color verde musgo que proporcionaba el hospital, fueron tímidos y precavidos, pero a medida que pasaron los días, sus paseos se hicieron más largos: hasta el extremo del pasillo, donde las ventanas de una sala de espera dominaban el centro lejano de la ciudad; girando después en la esquina, pasando por delante de un snack bar raras veces abierto, y penetrando en una zona de enfermedades infantiles, y todavía más lejos, llegando hasta donde se hallaban los ascensores y a un salón alfombrado donde mujeres embarazadas y sus jóvenes maridos, bebían «Tab» y se estrechaban las manos. Los empleados que se hallaban en los diversos escritorios de las salas, llegaron a conocerle y le saludaban al pasar él, con sus zancadas cada vez más largas y su cuerpo cada día más erguido, y manejando pronto el gota a gota con tanta destreza que resultaba cómicamente natural.

Renació su curiosidad por la ciudad. Desde la ventana de su habitación sólo veía la pared de otra ala del hospital, con plantas de regalo en los alféizares y, aquí y allá, pensativas figuras en albornoz que miraban hacia la pared de la que era parte su propia figura, también con albornoz. Desde las ventanas de la sala de espera, el corazón de la ciudad, con su amasijo de rascacielos pardos y azules, y sus calles serpenteantes, parecía a menudo soleado, mientras las nubes sombreaban los jardines y las zonas de aparcamiento del hospital, y la acumulación de taxis alrededor de la entrada. Carson era incapaz de localizar el hotel donde se había alojado, o el distrito industrial donde había esperado vender sus sistemas, o el museo de arte que contenía, según recordaba haber leído, algunos típicos Renoir y un inestimable Hieronymus Bosch. Podía ver, al pie de la masa parda-azul de edificios lejanos, un puente de un verde pálido, y se imaginaba el fangoso río que debía cruzar, y el fuerte que había sido construido allí durante el siglo XVIII para defender el río contra los indios, y el tráfico de barcazas que, en el siglo XIX, había alimentado la colonia y después sus industrias, que atraían inmigrantes que fueron extendiendo la cuadrícula de las calles urbanas a las tierras labrantías circundantes.

Aquí reinaba todavía un ambiente rural; voces gangosas, pausadas, pacientes y piadosas, sonaban arrastrando las palabras alrededor de Carson, mientras éste permanecía de pie, mirando al exterior y escuchando disimuladamente. Las lacónicas y devotas frases de resignación eran las más adecuadas en este lugar de muebles estandarizados, y pies calzados con zapatillas, y piezas de rompecabezas a medio juntar sobre las mesas de juego. Mujeres gordas, de vulgares trajes estampados y zapatos de tacón bajo, habían sido sacadas de sus cocinas para venir aquí, y hombres de cuellos morenos y manos que tenían el aspecto tosco y redondeado de útiles usados, habían venido de los campos.

Las enfermedades y las lesiones son grandes demócratas, y habían conseguido una pintoresca amalgama. Carson llegó a conocer de vista a un hombre flaco, de piel absolutamente negra y sesgadas facciones orientales; su reluciente cabeza afeitada aparecía con una raja en forma de Y, cosida ahora con numerosos puntos. Envuelto en una lujosa bata de color castaño claro, casi dorado, y apoyada la cabeza herida en una mano cargada de anillos, solía sentarse en la sala con una mujer embarazada y las puertas plateadas de los ascensores. Cuando Carson saludó una vez, prudentemente, con la cabeza, aquella aparición dijo con voz fuerte: «Hola, hombre», como si ambos compartiesen un sorprendente secreto. A través de las puertas abiertas de las habitaciones, a lo largo de los pasillos, Carson atisbaba prodigios; hombres con picos de vendas blancas y tubos de plástico, parecidos a aquellos porrones en forma de pájaro que habían estado de moda tiempo atrás; viejas damas que se estremecían por nada, en un bosque de flores y grandes y graciosas postales llenas de buenos deseos, y una mujer inmensamente gorda y del color del café, que vestía pantalón de seda y llevaba una peca hindú escarlata en mitad de la frente. Recibía muchos visitantes, hombres delgados, morenos y delicados, y niños de

grandes ojos; al igual que Carson, ella era miembro honorario de la ciudad y, cuando él pasaba, le saludaba levantando lánguidamente los gruesos dedos, afilados en la punta como los conos de incienso de su mesita de noche.

El tercer día, sirvieron a Carson comida sólida y le desconectaron el tubo intravenoso. Quitada de la habitación la fiel y dócil barra metálica, pudo emplear ambos brazos y subir la escalera. En su última visita, el cirujano (vistiendo camisa de leñador y pantalón caqui, contento de «largarse», pues había llegado el fin de semana) había aconsejado a su paciente la subida de escaleras como el mejor ejercicio posible. En el extremo del corredor, en dirección opuesta a la sala de espera desde cuyas ventanas podía verse el corazón de la ciudad, había una salida que daba a una escalera de acero y cemento, que casi nunca se usaba. Desde aquí, bajaba cuatro tramos hasta el sótano, subía seis hasta la puerta cerrada del terrado, y volvía a bajar hasta su propia planta, sumisamente, envuelto en su albornoz y calzado con las verdes zapatillas de esponja que se estaban ya desintegrando.

Aquí, su felicidad era más pura, en este sector desierto y resonante donde era invisible y anónimo. En su habitación, el teléfono había empezado a sonar. El jefe de compañía en New Jersey llamó repetidas veces, al principio para interesarse por él, y después para buscar la manera en que las entrevistas fallidas de Carson pudiesen remediarse sin los gastos de un viaje adicional. Por consiguiente, Carson, incorporado sobre su colchón adaptable, telefoneó al personal adecuado y ofreció una versión suavizada de su contratiempo; la empresa de ruido blanco expresó gran interés en las imágenes digitales gráficas en color, y Carson les envió el llamativo folleto de su compañía, sobre el novísimo sistema (resoluciones a 640 pixels por línea, 65.536 colores simultáneos, memoria de imagen hasta 256K bytes). La secretaria de la otra compañía, que hacía tiempo se había mostrado simpática por teléfono, le visitó personalmente; resultó ser algo más joven que su voz, y atractiva a su manera tosca, de cabellos decolorados y rizados con restos del bronceado adquirido en la piscina, y unas piernas inquietantes que cruzaba y descruzaba continuamente mientras relataba su divorcio: el dinero, los hijos, la vuelta al trabajo después de años de una vida regalada en zona residencial. Esas mujeres que cantan el goce de estar en las fuerzas de trabajo, pueden *quedarse* con eso. Aquella mujer fumaba muchísimo, exhalando ruidosamente el humo, y aplastando cada colilla manchada de rojo contra una tapa que había traído en su monedero, sabiendo que el hospital desaprobaba el fumar y no ofrecían ceniceros. Carson había proyectado distribuir la tarde en etapas de media hora cuidadosamente observadas: subir y bajar tres veces la escalera, una visita a la sala de espera donde había empezado a montar uno de los rompecabezas: una visita a su cuarto de baño, si sus revueltos intestinos así lo querían; por último, una placentera inmersión en el *Newsweek* de la semana anterior, y en los últimos *innings* del partido de desempate del sábado. Su visitante desbarató estos planes de la misma manera que aplastaba sus muchos cigarrillos. Después le telefoneó su propia ex esposa, con el aire coquetón que había adoptado al casarse de nuevo, pero conservando algo de su tono quejumbroso, y

con una pizca de burla en su voz, como si el hecho de trasladarse él a una ciudad extraña con el apéndice a punto de reventar, hubiese sido otro de sus estúpidos antojos, después de abandonarla a ella y de dejar de enseñar matemáticas en la escuela mercantil. Al día siguiente, su hijo telefoneó desde México a cobro revertido, pareciendo estar ominosamente cerca, y al mismo tiempo distanciado, mientras las largas y penosas pausas entre padre e hijo estaban devorando los dolores. Su hija no le telefoneó, lo cual pareció una muestra de consideración y de cariño por su parte. Ella y Carson sabían que no puede disfrazarse la soledad esencial.

Carson descubrió que, después de estar una hora en su habitación y en la cama, añoraba la escalera. Al principio, todos los tramos le habían parecido idénticos, pero ahora se había dado cuenta de que existían sutiles diferencias entre ellos: viejas huellas de pintura derramada en unos escalones; una serie de números escritos con tinta, por un obrero, en la pared de un descansillo; manchas de humedad y grietas en el tosco yeso amarillo de un lugar, y no en el de otros. Al pie de la escalera había cubos de plástico para la basura, y una puerta roja con una inscripción en grandes caracteres que advertían que sólo debía quitarse la barra de cierre en caso de emergencia; en la cima de aquella, una simple puerta de acero, sin tirador ni ventanilla, desafiaba toda penetración. A alturas intermedias, las puertas de los rellanos daban a un extraño espacio exterior, una especie de plataforma, colgada fuera de la puerta que conducía al hospital propiamente dicho; enrejados de cemento impedían todo salto o caída, o una clara visión del panorama, pero permitían la entrada de aire fresco y una vista parcial de la ciudad.

El barrio era llano y vulgar: casas edificadas sobre solares de un cuarto de acre que llevaban construidas el tiempo suficiente como para que se hubiese desvanecido el brillo de lo nuevo y empezado el deterioro. La pared del hospital, que se extendía más allá de la saliente escalera, sólo permitía ver, mirando hacia abajo, un sector reducido donde había algunos jardines descuidados, uno de ellos con un triciclo en uno de sus lados, otro con una estatua pintada de la Virgen y paredes de tonos pastel necesitadas de nuevas capas de pintura, y trozos de bajos tejados de tablillas; todo ello mezquino y propio de un pueblo pequeño a los ojos de Carson, pero en realidad dentro de los límites de la ciudad. Nunca vio a nadie caminando por las anchas aceras, y pocos coches circulaban por la calle, incluso en las horas punta. En primer término, y más vívidamente, un montón de tabloncillos gastados y de tubos herrumbrosos de andamiaje, y un contenedor de escombros revestidos de polvo blanco y lleno de yeso y listones, revelaban una nueva fase de construcción, al seguir expandiéndose el hospital. A veces acudían jóvenes que vertían más escombros o removían ruidosamente las tablas. Estos trabajos parecían desorganizados y terminaban el fin de semana.

Las grises viviendas y los amontonados cascotes, que era lo que veía a través del enrejado de la barrera de cemento que impedía una vista más amplia, le parecían, sin embargo, a Carson brillantemente reales, fresco colorido y cabal. Vida, esto era vida. Esto era el mundo. Cuando había

venido por primera vez a este rellano (todavía incapaz de subir la escalera y con la barra del gota a gota a su lado), la simple acción de abrir la puerta le había costado un gran esfuerzo y el crudo aire exterior se había filtrado en su todavía drogado sistema como un beso avasallador y tosco; un aire de primeros de otoño en el que se mezclaba el fútbol y el béisbol, el verano y el invierno, rígido y frío, aún húmedo y no en su apogeo. Una vez oyó el lejano ruido de una segadora de césped. Hasta la mañana en que le dieron de alta volvió allí todos los días, al anochecer, y apoyó la frente en el cemento y respiró, tratando de absorber nuevamente el milagro del mundo, reprogramándose, por decirlo así, para la vida: el aire fresco en sus tobillos desnudos, su aliento convertido en un vapor visible, sus intestinos volviendo a su posición alrededor de la dolorosa herida en cicatrización. El taxi le llevó directamente al aeropuerto; Carson nada vio de la ciudad, salvo las siluetas de la orilla de la autopista, y el desgastado carril central de ésta. Por un instante, una especie de mapa surgido del aire se extendió a sus pies y desapareció en seguida. Sin embargo, más tarde, al recordar las voces campesinas, los lejanos rascacielos, las visitas nocturnas de las enfermeras, las docenas de caras elevándose como burbujas hasta la superficie de su dolor, le pareció que había llegado a conocer íntimamente la ciudad; era como aquellas mujeres que, en otros viajes, había encontrado en los bares y a las que había pagado al fin, y que, prescindiendo de cumplidos, se le habían entregado sin decirle siquiera sus nombres.

LAS ADORABLES Y DESCONCERTADAS HIJAS DE NUESTRA VIEJA PANDILLA

¿Por qué no se casan? Las veis por la ciudad, haciéndose mayores, ya como pequeñas solteronas, pedaleando en sus bicicletas para ir al trabajo, o caminando cuesta arriba entre las rocas con libros bajo el brazo. Annie Langhorne, Betsey Caly, Jennifer Wilcombe, Mary Jo Morison: las conocemos a todas desde que tenían dos o tres años, y ahora pasan bastante de los veinte, han vuelto del *college*, han vuelto del Año en el Extranjero, son mujeres adultas pero no van a ninguna parte, no van a Nueva York ni a San Francisco, ni siquiera a Boston; sólo andan por aquí, en esta pequeña ciudad, viendo pasar las estaciones, caminando por las mismas calles en las que crecieron, vegetando a la sombra de sus seguros y viejos hogares. Todavía puedo verlas en una fiesta al aire libre, en Wilcombe, con sus bien peinadas cabecitas rubias como velas ardiendo a la luz del sol del verano, sujetos los cabellos con una cinta o un pasador de plástico, con sus vestidos de fiesta de volantes y pálidos colores, y descalzos los pies sobre la hierba, unos delicados pies infantiles, de dedos morenos y huesudos que uno tenía la impresión de que habían de dejar huellas de conejo en la tierra mojada de rocío. Jennifer y Annie, íntimas amigas entonces y ahora, habían sido engatusadas para repartir las entremeses; llevaban torcida la bandeja, tan débiles eran sus muñecas, y los huevos con salsa picante resbalaban en aquélla; sus grandes ojos, de globos ligeramente azulados, miraban solemnemente hacia arriba a las caras de los mayores al tomar éstos el huevo picante y reír para animarlas. Entonces estábamos nosotros cerca de los treinta, la mejor edad, pues se es joven y viejo al mismo tiempo. Los olores veraniegos del líquido insecticida sobre el césped, y de la menta fresca en la ginebra; las jóvenes esposas rebosantes de salud, con su tez bronceada y sus vestidos de verano; la sensación de la piel cálida a través del algodón; los niños todavía pequeños, congregados en el herbazal de más allá del césped, corriendo y dando volteretas, manchados de verde sus vestidos claros, sus voces resonando en el campo como una especie de eco estridente de las nuestras, creando su propio mundo bajo sus pies, mientras el licor y la luz del sol empapaban a los mayores y el cielo se llenaba de amor.

Todavía puedo ver a Betsey y a mi propia hija la noche en que conocimos a los Clay. Acababan de trasladarse a nuestra población. Una prima de Maureen había ido al colegio con mi esposa y nos envió una nota. Pasamos por su casa para darles los nombres de nuestro dentista y de nuestro médico, y simpatizamos en seguida. Debí ser en abril, o tal vez en mayo. Los cócteles se prolongaron hasta el anochecer, y Maureen sirvió una cena improvisada en la mesa del patio. Las dos niñas pequeñas, que se veían por primera vez y no tendrían mucho más de dos años, fueron acostadas en la misma cama. Después bajaron a la oscuridad, al fresco aire libre, saliendo asidas de la mano, de una casa

que era extraña para ambas; Betsey, como un fantasma blanco en su camisa de noche, misteriosa y fina la voz, pero muy clara. «¿Veis la luna?», dijo. Incapaces de dormir, habían visto la luna desde la cama. Los Clay venían de la ciudad, donde tal vez la luna pasaba más inadvertida. «¿Veis la luna?», y su voz era fina y distinta como el canto lejano de un mochuelo. Y desde luego tenían razón: allí estaba la luna, ladeada y fría sobre los árboles cuyas hojas empezaban a brotar. Había llegado (al fin) la hora de marcharnos a casa.

Ahora trabaja Betsey en el almacén de pinturas y linóleo de la Calle Segunda y, además, da lecciones de guitarra. Se enamoró de su maestro de música, de Smith, hombre mayor y casado, y llegó bastante lejos en sus estudios de guitarra clásica, pasando incluso un año en España. Cuando el último invierno protegió la Iglesia Anglicana a una familia de refugiados cubanos, llamaron a Betsey como intérprete de español. Vive con su madre en la misma casa donde vio la luna, un lugar sombrío ahora que Maureen ha cerrado la mitad de las habitaciones para ahorrar calefacción. Los Clay se separaron debe hacer unos diez años. Habíamos pasado ratos deliciosos en aquel patio.

Betsey canta en el coro congregacionalista junto con Mary Jo Morison, que después de un período de anorexia en su adolescencia vuelve a estar ahora muy rolliza. Tiene las cejas oscuras de su madre, chocantes en su cara blanca y pecosa, planas en toda su longitud y casi uniéndose en el entrecejo. Ambos Morison han vuelto a casarse, y se han marchado de la población, pero Mary Jo tiene alquiladas dos habitaciones sobre la agencia de viajes «Rites of Passage», y colecciona antigüedades y libros de Historia, principalmente medieval. Mi hija la invitó a la cena de Navidad, pero ella rehusó, diciendo que prefería sentarse cómodamente delante de su propia chimenea, rodeada de sus cosas. «Sus lindas y viejas cosas», como dijo ella.

A Helen Morison le gustaban también las cosas bonitas, pero en su caso tenían que ser modernas: sofás D.R. tapizados de algodón haitiano, mesitas danesas de bordes redondeados, sillones mariposa. ¿Dónde están, me pregunto, todos aquellos pesados montantes de hierro para las raídas tiras de lona de aquellos sillones mariposa en que solíamos sentarnos? Un hombre podía sentarse a horcajadas en uno de sus brazos. Pero una mujer sólo podía dejarse caer de trasero en él y esperar que, cuando llegase el momento de marcharse, su marido estuviese cerca para ayudarla a levantarse. Los Morrison tenían una auténtica casa de 1690 en la calle de Salem y, aunque parezca extraño, sus muebles modernos quedaban muy bien en las sencillas y viejas habitaciones de vigas descubiertas, con grandes chimeneas con sus espetones de hierro forjado, y sus rincones de ladrillos ennegrecidos donde solía cocerse el pan. Es posible que sea esto lo que Mary Jo trata de recuperar con sus antigüedades. Sus vestidos concuerdan también con esto, parecen polvorientos y recatados, y peina sus cabellos en un moño apretado sujeto con una horquilla de concha. Tiene los cabellos rojos de su madre, pero sin el fuego de éstos. Ninguna de estas jóvenes, hijas de nuestra vieja pandilla, parecen usar muchos afeites.

El día de Año Nuevo, poco después de haberse marchado Fred, recuerdo que acompañé a Helen a casa desde la de los Langhorns, calle de Salem arriba, justo antes del amanecer, con una pulgada de nieve recién caída sobre la acera, y reinando un silencio sólo interrumpido por su voz, hablando una y otra vez de Fred. Apenas si podía andar, y yo no estaba en condiciones mucho mejores. Las fachadas de las casas, a lo largo de la calle, permanecían tranquilas como fantasmas, y la nieve resplandecía a la luz de los árboles. Subimos los peldaños del porche, y el salón, con las anchas tablas del suelo, el árbol de Navidad todavía en pie, y una corona de ramitas de pino colgando de un gancho en la repisa de la chimenea, me causó la impresión de que había entrado de pronto en un anticuado libro infantil. Tal vez se debió al olor a pino, o a cierto brillo del papel de envolver, o a la escarcha en un rincón del cristal de la ventana. El embrujo de la Navidad. Nos sentamos juntos en el áspero sofá «D.R.» para que ella pudiese terminar su historia acerca de Fred, y yo pudiese calentarme para el largo camino de regreso. Estaba amaneciendo y, de pronto, Helen pareció desolada; yo tenía que consolarla y, precisamente entonces, con los largos cabellos de Helen caídos sobre nuestras caras y con sus cejas exactamente debajo de mis ojos, oímos que Mary Jo empezaba a toser en el piso de arriba. Nos quedamos inmóviles, sintiendo en los tobillos una pequeña ráfaga que venía de la vieja y grande chimenea llena de ceniza fría, y desde arriba, siguió llegando aquella tos, prolongada y seca. Mary Jo, que debía tener entonces unos quince años y estaba debilitada por la anorexia, había pillado un resfriado que se había convertido en pulmonía. Helen culpaba también de esto, de la pulmonía, al abandono de Fred. La niña tosía y tosía, y Helen, entre mis brazos, olía a whisky y a lágrimas y a Navidad. Ella le echaba la culpa a Fred, pero yo culpaba más bien al ambiente; en aquellas viejas casas de madera hay muchas corrientes de aire.

Al pensar en el piso de arriba y en la planta baja, me acuerdo de Betsey Clay en lo alto de su escalera, ya no con una camisa de noche blanca, sino con un pijama de color limón muy adornado, observando desde arriba una fiesta demasiado ruidosa para dejarla dormir. Nosotros habíamos entrado desde el patio y puesto unos viejos discos de twist, que no podían tocarse sin armar ruido. Yo estaba sentado en el suelo, con alguien, de manera que el ángulo de mi visión era bajo y, como en una lección de perspectiva, los escalones se estrechaban al subir hasta sus pies descalzos, ahora demasiado grandes para dejar huellas de pisadas de conejo. Nos miramos durante lo que pareció un rato muy largo (ella tenía los ojos hundidos y el aspecto frágil de su madre) hasta que la mujer con quien yo estaba, y no creo que fuese Maureen, advirtió mi distracción y se volvió a su vez para mirar a la escalera, y Betsey volvió corriendo a su habitación.

Su habitación debía ser como la de mi hija en aquellos tiempos: pósters de los Beatles, o tal vez de los Monkees, y premios ganados en concursos locales de equitación. Y muñecas y animales Steiff que no habían sido quitados de allí, sino que compartían los estantes con ediciones Signet de Hawthorne y *Hará Times* y Camus, que eran tema

de estudio en el colegio. Ahora nos damos cuenta de que todos, padres e hijos, éramos muy jóvenes y aprendíamos muchas cosas juntos.

Eran los tiempos en que Harry Langhorne se había comprado una moto y estuvo una noche de sábado rodando y rodando por el ejido, hasta que llegó la Policía y le obligó a detenerse más o menos delicadamente. Y los Wilcombe habían instalado un baño con agua caliente en la galería del segundo piso, y habían tenido que reforzar ésta con una columna de acero para impedir que cualquier noche de verano cayésemos todos mientras nos bañábamos. En invierno, practicábamos mucho el esquí por mor de los chicos, y alquilábamos toda una casa en New Hampshire: montones de botas y de anoraks mojados en el rincón debajo de la cabeza de alce, más allá del aporreado piano, y mejillas sonrosadas durante la cena en las largas mesas, donde el jamón con salsa de uva era siempre el plato fuerte. De pronto, las niñas, ceñidas las largas piernas por los pantalones, con los cabellos revueltos azotando sus caras al detenerse al pie del telesilla, se habían convertido en mujeres. Por la noche, cuando los chicos habían salido o habían bajado a jugar a pingpong en el sótano, las muchachas se quedaban con nosotros, jugando a *Crazy Eights* o *Spit* con los gastados tableros que estaban siempre a mano, y sorbiendo de nuestras latas de cerveza, hasta que el peso de todo aquel aire fresco nos enviaba a todos a la cama, en grupos renuentes. Las pequeñas habitaciones con cortinas con topos y gruesos heléchos de escarcha en los cristales de las ventanas, todo tan inocente; la impresión de un dormitorio común debida a los delgados tabiques, y el arrastrar de pies y las risitas en el pasillo donde estaban los lavabos, uno para las chicas y otro para los chicos... Era como una familia numerosa. En realidad, fueron los hijos quienes, con su menguante entusiasmo y su resistencia, pusieron fin a aquellas excursiones. Esto, y los divorcios que empezaron a sucederse. Margaret y yo somos casi el último matrimonio que permanece; ella dice que tal vez perdimos el tren, pero no puede hablar en serio.

Las meriendas en la playa, el fútbol sin placajes y los partidos de softball en aquel campo grande que tenían los Clay. Pasamos muchos buenos ratos, y mientras tanto los hijos iban creciendo como la hierba bajo la luz del sol, y ahora, cuando las hijas de personas a quienes apenas conocíamos se han casado con corredores de Bolsa, o se han marchado a hacer de enfermeras en Oregón, o a enseñar agronomía en México, nuestras hijas vagan por la ciudad como buscando algo que pasaron por alto, tomando lecciones de macramé o de danza aeróbica, viviendo con sus madres, sin maquillarse, caminando junto a las rocas con libros bajo el brazo como monjitas.

Se pueden ver sus madres en ellas: mujeres hermosas, llenas de vida. La otra mañana vi a Annie Langhorne en la estación del ferrocarril, y hablamos durante unos minutos, sobre todo de la tienda de antigüedades que Mary Jo quiere montar con Betsey, y, a propósito de la inutilidad de la empresa, me dirigió una sonrisa exactamente igual que la de su madre en las muchas veces en las que Louise y yo nos habíamos despedido o enfrentado con el hecho de que nunca veríamos realizados

nuestros deseos, levantando el labio inferior de manera que se arrugaba su barbilla, torciendo hacia abajo las comisuras de su boca grande y bella, como para contener las lágrimas. Exactamente la misma sonrisa de Lou en la pequeña Annie, y fue como estar enamorado de nuevo, cuando todo el mundo es un coto de caza y la visión del coche de la mujer aparcado en una gasolinera o delante de una tienda, es una fiesta para uno, hace correr la sangre más de prisa, y entumece las palmas de las manos y encoge el corazón. Pero estas chicas... ¿Qué es lo que las detiene? ¿De qué tienen miedo?

DESATASCADO

En su sueño, Mark mezclaba y mezclaba, sobre una paleta ovalada, un turbio tono gris que no podía lograr completamente, y este tono gris era de esa absurda pero neutra manera de los sueños, tanto su matrimonio como la posición doctrinal de la Iglesia congregacionista local, que se resistía a una fusión de ámbito nacional con las confesiones evangélica y reformada. Se alegró de despertarse, aunque el cuerpo dormido de su esposa le rechazaba en silencio. La noche pasada habían hecho el amor y, una vez más ella no había logrado una satisfacción completa.

Al levantarse las telarañas de pintura gris y concebir él como irreal la opresiva necesidad de conseguir *el tono preciso exacto*, un color de la infancia se infiltró en sus ojos. El aire de su dormitorio estaba teñido de azul. El techo tenía la apariencia de la cera. El propio viso del papel de la pared declaraba: nieve. Recordó: había empezado a nevar ayer, a última hora de la tarde, y los copos caían trazando brillantes líneas paralelas a través del halo del farol de la calle, cuando ellos dos se habían ido a la cama, una hora antes de lo acostumbrado.

Pasó un automóvil, repicando sus cadenas con solemne sonido de fiesta. Muy lejos, en la ciudad madrugadora, chirrió un neumático atascado. El reloj de la mesita de noche, cuya vítrea esfera brillaba como pulida por la excitación que flotaba en el aire, marcaba las seis y cincuenta y cinco. Los cristales de las ventanas estaban decorados con esas pequeñas dunas cóncavas que él había imitado, a menudo, con algodón. Mark era, por oficio, decorador de escaparates, y trabajaba en un almacén de una ciudad situada a quince millas de distancia. Saltó de la cama y vio que la tormenta había terminado; unos pocos copos secos, sacudidos tardíamente de las ramas altas del olmo, cayeron zigzagueando para añadir sus partículas a la carga blanca que había transformado la ciudad (tejados con peluca, aleros barbudos, verdor de postal de Navidad, una señal de STOP como un polo escarchado), en un gran escaparate.

El campanario de la iglesia congregacionista, pintado de blanco, parecía iluminado por un foco, en contraste con las pesadas nubes grises que, después de haber hecho aquí su trabajo, se dirigían al norte, hacia New Hampshire. Él calculó que habían dejado casi dos palmos de nieve. En la calle que discurría al pie de las ventanas, las máquinas quitanieves habían estado muy atareadas; tal vez había sido la labor de toda la noche la que habían hecho sus sueños tan chirriantes. Podía ver rayas de asfalto entre la nieve, y en todos los otros sitios la costra había sido secada y batida por el tráfico mañanero. Por consiguiente, las carreteras estarían en buen estado; podría ir al trabajo si podía sacar el coche a la calle.

Ahora, a las siete, la sirena de los bomberos dio los cinco toques espaciados que indicaban que la escuela permanecería cerrada durante el día: un ruido que envolvía el aire de muchas millas a la redonda. La esposa de Mark abrió los ojos, alarmada, y después se tranquilizó. Llevaban poco tiempo de casados y no tenían hijos.

—¡Qué divertido! —dijo ella—. Una verdadera tormenta. Haré empanadillas.

—No seas demasiado ambiciosa —dijo él, en un tono más agrio de lo que había pretendido.

—Quiero hacerlas —insistió ella—. De todos modos, el tocino lleva semanas en el frigorífico y tendríamos que consumirlo.

Quería que fuese un día de fiesta. Y tal vez, pensó, él, tenía la esperanza, propia de una esposa, de enterrar en comida la culpa del marido. Él se duchó, se vistió y salió en busca del coche. La tarde anterior, después de ver el pronóstico del tiempo en la televisión, había vuelto a aparcarlo, prudentemente, más cerca de la calle con el morro apuntando hacia fuera. La casa vieja y grande (innecesariamente grande) que habían comprado recientemente, no tenía garaje. El paseo de entrada describía una curva desde Hillerest Road, y terminaba en la parte de atrás del jardín. Las máquinas habían amontonado la nieve, sucia ya y apelmazada, entre su parachoques y la calle despejada. El montículo de nieve le llegaba a las caderas pero imaginó que, con el impulso que podrían tomar los neumáticos de atrás sobre la tierra seca de debajo del coche, podría abrirse camino. A fin de cuentas, la nieve es poca cosa; pensó en los ligeros cristales hexagonales, tan comúnmente empleados como motivo en su oficina.

Pero, al colocarse detrás del volante, se encontró como en una tumba. Todas las ventanillas estaban brillantemente cegadas. El motor arrancó en seguida y él dio gracias a Dios por este milagro de la ignición. Dejando el motor en punto muerto, se apeó y paseó alrededor del coche, limpiando las ventanillas con la combinación de cepillo raspador que le había dado el vendedor de automóviles. Cuando limpió el parabrisas, las escobillas le sorprendieron al cobrar vida y oscilar alegremente. *Flip, flop; flip flop*. Las había dejado conectadas la noche pasada. Se puso de nuevo detrás del volante y paró aquel mecanismo. A través del ahora limpio parabrisas, el cielo era de un azul liso y esmaltado sobre el tejado de su vecino. La chimenea despedía un humo de un azul más pálido, y una bandada de pajarillos pardos revoloteó y se posó, en busca de calor, al abrigo de aquélla. Su vecina en persona, una mujer que llevaba un delantal a cuadros, salió de la puerta principal y empezó a barrer el porche con una escoba. Vio a Mark a través del parabrisas, y le saludó agitando la mano; él correspondió de mala gana al saludo. Era una mujer entrada en años, no tenía marido, llevaba demasiado pintados los labios y parecía excesivamente deseosa de trabar amistad con la joven pareja nueva en el barrio.

Él metió la primera. La nieve se había corrido debajo de los lados del automóvil de manera que, el impulso que había esperado que se produjese, se retrasó más de lo debido. Aunque los neumáticos delanteros cruzaron el montículo, la parte inferior de la carrocería rozó con él, y los neumáticos de atrás se detuvieron en la cóncava cuneta que discurría por la orilla de Hillerest Road. Trató de dar marcha atrás. La parte trasera del coche se levantó un poco y después se hundió de lado, girando las ruedas en el vacío. Volvió a poner primera, pisó a fondo el acelerador y, con esta acción, sólo consiguió que el coche resbalase y se inclinase un poco más. Trató nuevamente de dar marcha atrás, y esta vez no hubo el menor movimiento; era como si tratase de hacer girar el pomo de una puerta con las manos enjabonadas. Le embargó un indignado sentimiento de injusticia y de impotencia. «¡Joder!», dijo. Quiso abrir la portezuela, descubrió que la nieve le había bloqueado, empujó furiosamente y abrió un espacio por el que podía deslizarse. Se deslizó por él y la nieve helada se introdujo en sus holgados chanclos.

—¡Buenos días! —le gritó su vecina desde el otro lado de la calle.

Aquel sonido hizo que cayese un poco de nieve de un cable del teléfono.

—¿No es estupendo? —siguió diciendo ella.

—Sí que lo es —respondió él, y su voz sonó estridente, un poco cascada.

Los labios pintarrajeados se movieron, pero las palabras «Si se es joven» llegaron débiles y tardías hasta él, como si, debido a un efecto retardado y amortiguador de la tormenta, el sonido cruzase la calle a contrapelo.

Mark cruzó con dificultad el jardín de atrás, caminando sobre sus propias pisadas para reducir al mínimo la profanación de la nieve virgen. Las patas de los herrerillos habían marcado la nieve con líneas paralelas debajo del comedero. El aire de la cocina le golpeó la cara con el calor y los olores, casi excesivos, del tocino hirviendo a fuego lento y de la pasta en cocción para las empanadillas.

—Ese maldito cacharro se ha atascado —dijo a su mujer—. Quítate el camisón y ven a ayudarme.

Ella tenía un aspecto doliente y lívido, envuelto en el viejo albornoz.

—¿No podríamos desayunar primero? De todos modos, vas a llegar tarde. ¿Por qué no llamas al almacén? Es posible que hoy no abran.

—Estará abierto, y aunque no lo estuviese, yo tendría que ir. La Pascua no espera.

El tono exacto de gris que había estado mezclando en sueños, correspondía, tal vez, a unos recortes de árboles floridos que estaba preparando para los escaparates de la nueva moda de primavera.

—Los *colegios* están cerrados —observó ella.

—Bueno, comamos —accedió él, pero comió sin quitarse el anorak, para darle prisa. Y mientras tragaba el zumo de naranja, la nieve que llevaba en los chanclos se deslizó por los tobillos. Mark dijo—: Si hubiésemos comprado aquel rancho que te pareció poco refinado para ti, tendríamos un garaje y esto no me ocurriría. Los coches duran muchos años menos si se dejan aparcados al aire libre.

—¡Está echando humo! ¡Apaga esa cosita! ¡A la izquierda, a la izquierda! —dijo ella—. No sé *por qué* me preocupo en tratar de hacerte empanadillas; esa plancha que nos regaló tu madre no ha funcionado nunca bien. Nunca, nunca.

—Bueno, tendría que funcionar. No es barata.

—Era la mejor que pude encontrar. Se supone que se engrasa ella misma, o algo parecido, ¿no?

—No lo sé. No lo entiendo. Nunca lo he entendido. Traté de hacerlas de manera que estuviesen a *tu* gusto.

—No te preocupes tanto. En realidad, las empanadillas están muy buenas.

Pero las comió sin paladearlas, tan ansioso estaba de volver al coche y corregir su error. Si pasara una máquina quitanieves, su coche le entorpecería el paso y esto sería una prueba de su ineptitud. Jóvenes maridos, jóvenes dueños de coche. Se preguntó si la vecina de enfrente había querido burlarse de él, al verle en un atasco. Y sólo tenía que cruzar aquel pequeño montículo. Había estado seguro de que podría hacerlo.

—No creo —dijo él— que esto impida, esta noche, ese maldito acto en la iglesia.

—No vayamos —dijo ella tirando la última hornada al cubo de la basura y rascando con un tenedor los trozos de empanadilla que se habían pegado—. ¿Por qué tenemos que ir?

—Porque —dijo enérgicamente él— ya sabes que esos reformados tienen mucho poder. Y son muy intransigentes en cosa» tales como la divinidad de Cristo.

—Bueno, ¿quién no lo es? O se cree o no se cree, diría yo.

Él hizo una mueca, sintiéndose culpable. Si le hubiese dado plena satisfacción la noche pasada, no se mostraría tan quisquillosa.

—Ha sido un desayuno estupendo —dijo—. ¿Cómo te las arreglas para que el tocino quede tan bien tostado?

—Se deja durante un minuto encima de una bola de papel —dijo ella—. ¿De veras se te ha atascado el coche? Tal vez deberías llamar al hombre del garaje.

—Sólo necesita un pequeño empujón —prometió él—. Vamos, anímate. Será divertido. La vieja señora Como-se-llame, de la casa de enfrente, está allá fuera con los pájaros, barriendo el porche. Todo está precioso.

—Lo sé —dijo ella—. A mí solían *gustarme* las tormentas de nieve.

—Pero ahora no, ¿eh? —Se puso de pie y preguntó—: ¿Dónde está la maldita pala?

Ella subió al piso de arriba, arrastrando el cordón de su triste albornoz, y él encontró la pala en el sótano. El horno, que zumbaba y olía ligeramente mal, le recordó agradablemente que la nieve en el tejado reducía la factura del combustible. La vieja casa necesitaba aislamiento. Todo necesitaba algo. Al pasar por la cocina, observó la humeante taza de café que ella le había preparado, como una de esas pequeñas reservas que deja un explorador para el que venga detrás. Para complacerla, bebió un par de sorbos del hirviente líquido, y salió al brillante jardín de atrás.

Cuando la esposa de Mark se reunió con él, pareciendo infantil y gorda y alegre, con la capucha, los guantes, calcetines de esquiador y botas forradas de piel, él había quitado ya, con la pala, toda la nieve a la que podía llegar, debajo y alrededor del coche. La vecina de enfrente había entrado en la casa, los pájaros del tejado habían volado, y un camión amarillo del municipio había bajado por Hillerst Road esparciendo ceniza. Mark se había apoyado en la pala y saludado con la mano a los hombres que iban en la parte de atrás del vehículo, como si todos fuesen camaradas combatiendo juntos en una alegre guerra.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó ella.

—No; empuja. Ahora sólo hará falta un pequeño empujón. Yo conduciré, pues sé cómo mover este cacharro.

Hizo que su mujer se colocase a la derecha, detrás del coche, donde había un montón de nieve que le llegaba hasta las rodillas. Sintió que ella hacía un silencioso esfuerzo para no discutir.

—La cuestión es —dijo él— impedir que se corra lateralmente.

—Que resbale —le corrigió ella.

—Sea lo que sea —dijo él—, impide que lo haga.

Pero resbalar era precisamente lo que hacía el coche; por más que intentase poner primera, y marcha atrás alternativamente, podía darse cuenta de que lo único que conseguía era que el neumático derecho trasero se hundiese más en el resbaladizo surco que había abierto en la pendiente. Presumió que ella estaba empujando, pero no podía verla en el espejo retrovisor ni sentir su presencia.

Le dolía el estómago a causa de la frustración y del jarabe de arce; se apeó del coche. Su mujer tenía la cara colorada, excitada. Se había echado la capucha atrás y sus cabellos se habían despeinado.

—Estás más cerca de lograrlo de lo que te imaginas —dijo ella—. ¿Dónde está la pala?

Trajinó con ella alrededor del neumático atascado, pero él no vio que consiguiese nada.

—Es esa maldita cuneta —dijo Mark, deseando, impotentemente, quitarle la pala—. En verano ni siquiera te das cuenta de que está aquí.

Ella clavó la pala en un montón de nieve, de modo que se mantuvo vertical, y dijo:

—Ahora empuja tú, querido. Tienes más fuerza que yo.

Él, a pesar suyo, se sintió halagado.

—Está bien. Lo intentaremos. Ahora bien, ten cuidado con el acelerador; no lo pises demasiado fuerte. Con ello sólo conseguirías que las ruedas girasen más de prisa y se hundiesen más.

—Esto es precisamente lo que hacías *tú* .

—Porque tú no empujabas lo bastante. Procura poner el coche en dirección al centro de la calle, y avanza, y retrocede suavemente; y no te asustes.

Mientras ella escuchaba estas instrucciones, aparecía y desaparecía un hoyuelo junto a la comisura de sus labios. Subió al coche y ocupó el asiento del conductor. Una pequeña rociada de nieve, desprendida por el sol ascendente, cayó susurrando de un árbol próximo, y la vecina de enfrente salió a su porche sin la escoba, con la evidente intención de observar. A esta distancia, sus labios pintados eran como esas marcas, esas manchas de color que identifican a algunos pájaros.

Mark se agachó, apoyó un hombro en la carrocería del automóvil, y agarró el parachoques con ambas manos. Ahora vio un arañazo en la pintura. ¿Cómo se había producido? Todavía consideraba su coche como nuevo. Volvió a sentir el frío de la nieve a través de los chanclos. Nerviosos chorros de sucio humo pardo brotaban del tubo de escape, contra sus piernas. Se daba cuenta de que la mujer del porche, y todas las ventanas del barrio, le estaban observando.

La conductora soltó el embrague. Los neumáticos giraron y la resbaladiza rueda trasera del coche amenazó con seguir deslizándose de lado; pero él aguantó y ella dio más gas, y pareció que ganaban una pulgada. Siguiendo las instrucciones que él le había dado, dio marcha atrás y después volvió a poner primera, y él sintió que esta vez habían avanzado más. *Buena chica*. Él empujó; hicieron una pausa: el coche retrocedió y avanzó, y él empujó tan fuerte que los músculos planos de las ingles empezaron a dolerle. Mark creyó percibir que, en alguna parte interna de las masas inertes que aquéllos trataban de mover, su fuerza personal registraba una delicada respuesta, un destello femenino en lo más hondo. El coche retrocedió un poco y descansó, y él, aprovechando esta pausa, se irguió y vio, a través de la ventanilla de atrás, la nuca de la conductora, su fino cuello muy tieso debajo de un óvalo de cabellos sueltos. Las ruedas giraron de nuevo; el coche avanzó en la depresión que él mismo había formado, y su peso pareció pender, sostenido por la fuerza del hombre, sobre el borde del obstáculo.

—Otra vez —gritó él, sintiendo un temblor a lo largo de las piernas.

El coche retrocedió en un arco que se había ampliado visiblemente, y Mark, al empujarlo para aumentar su impulso, tuvo que dar varios pasos: uno, dos..., ¡tres! Los neumáticos de atrás, girando frenéticamente y escupiendo nieve contra la mitad inferior del cuerpo del hombre, se deslizaron sobre aquel borde invisible y palpable. El obstáculo había sido vencido y, al seguir él empujando, lo hizo como un ejercicio gratuito, para contribuir por mero sentimentalismo a un impulso delicado, irresistible. Volvían a ser libres.

Sintiendo también esto, ella hizo girar el volante para dirigir el coche cuesta abajo y frenó al cabo de unos metros. El automóvil, exhalando humo azul por el tubo de escape, permaneció sano y salvo en el centro de la franja de ceniza de Hillcrest Road. Era un «Plymouth Sona Romic Commando V-8» de 1960, con aletas. Su conductora, en la silueta de cuya cara se advertía su nariz respingona, parecía demasiado pequeña para haber conseguido dominar una cosa tan grande.

—¡Magnífico! —gritó Mark, saltando sobre el montículo y blandiendo la pala.

La mujer del porche le gritó algo que él no pudo entender del todo pero que tomó como un cumplido. Se dirigió a su coche, abrió la portezuela y

se sentó al lado de su esposa. La calefacción funcionaba; se estaba caliente en el interior.

—Has estado magnífica —repitió él, todavía jadeando.

Ella sonrió y dijo:

—También lo has estado tú.

UNA CONSTELACIÓN DE SUCESOS

Los sucesos parecían espaciados en un cielo vasto y profundo, deslumbrante en su tercera dimensión. Mirando hacia atrás, Betty casi no podía creer que los días se habían sucedido con tanta rapidez. Pero, no, estaban aquí, en el calendario, uno tras otro: cuatro brillantes días de febrero.

El domingo, al salir de la iglesia, Rob les había llevado, a ella y a los hijos, a hacer esquí de fondo. Lo convirtieron en una fiesta. Él telefoneó a Evan, porque el viernes habían comentado dicha posibilidad en la oficina, mientras descargaba la tormenta alrededor de su edificio de cristales verdes, en Hartford, y ella telefoneó a los Smith y también les invitó, porque Evan, que era soltero, era el amante de Lydia Smith; una acción festiva y maliciosa que Rob consideró excesiva. Pero Lydia respondió al teléfono y se mostró encantada. Al vibrar su voz en el oído de Betty, ésta sacó la lengua al ver el fruncimiento de cejas de Rob.

Se encontraron todos en el campo de los Patterson, al que llegaron en sus coches de diferentes colores, y pronto formaron una línea de siluetas oscuras sobre el blanco pastizal. Evan y Lydia se deslizaban despreocupadamente en cabeza; Rob y Billy, el hijo que era ahora casi tan alto como el padre, y Fritzie Smith, que a imitación de su madre era la encarnación de la muchacha atleta, marchaban en segundo lugar, esforzándose el pequeño Smith en no perder terreno con relación a este grupo; y Betty y su hija pequeña, la gemebunda y mal equipada Jennifer, iban las últimas junto con Rafe Smith, que no esquiaba tanto como Lydia y cuyas fijaciones se soltaban continuamente. Era más delgado que Rob, más patán, más lleno de dudas, de rostro afilado y ojos verdes: un hombre triste pero alentador. No paraba de decirle a Jennifer: «Ánimo, Jenny, sigue las huellas de los otros, ahora que has cogido el ritmo», mientras la niña se hacía un lío con los esquís y se caía una y otra vez. Mientras tanto, uno de los pies de Rafe se soltaba de su fijación y Betty tenía que esperar, y los otros se convertían en puntos cada vez más pequeños en la lejanía.

Los campos eran inmensos y brillantes, haciendo que a Betty le escociesen los ojos. Las huellas de su grupo y de los trineos que habían pasado por allí después de la tormenta, apenas alteraban la maravillosa blancura: pendientes cuesta arriba y cuesta abajo, un roble sobre una loma, vallas metálicas que parecían dibujadas a lápiz, rótulos de PROHIBIDO EL PASO estropeados por los elementos y que no contaban para ellos. Rob había hecho negocios con uno de los hijos Patterson, y no se dejaría impresionar por la prohibición: los campos parecían extenderse bajo una cúpula transparente que protegía a Rob. Un riachuelo, que al deshelarse había cobrado vida audible, discurría en el lugar donde se unían dos vertientes. Betty tenía miedo de seguir las huellas de los otros por aquí; representaba que pasar, sobre los esquís,

de una orilla nevada a otra, sobre una corriente de agua muy fría, confiada y secreta. Le entró pánico y se desvió cincuenta yardas del camino, para pasar por el puente de madera. Rafe levantó a Jennifer y lo cruzó también, y su fijación volvió a soltarse en el otro lado, pero sin graves consecuencias. La niña se rió por primera vez aquella tarde.

El sol reflejado por la nieve era cálido; Betty pensó que su cara empezaría a broncearse hoy, y después no pasarían muchas semanas antes de que las vacas volviesen a pacer aquí, y floreciesen los espinos. Al subir la cuneta, al otro lado del arroyo en dirección al bosque, resbaló hacia atrás y cayó de lado. La nieve era húmeda, tibia.

—¡Mierda! —dijo, y le satisfizo ver la curva abultada de su cadera, dentro de los jeans, al mirar por encima de ella a Rafe que la seguía, medio cerrados los ojos a causa del sol, pero alertas, sorprendidos.

—¿Te ayudo a levantarte? —preguntó él, tendiéndole una mano enguantada de negro. Y al ir a asirla ella, se quitó el guante, ofreciéndole una mano desnuda, huesuda y colorada, sorprendente al quedar de pronto descubierta—. ¡Arriba! —dijo, y el esfuerzo hizo que perdiese el equilibrio y se soltase de nuevo una fijación.

Tanto ella como Jenny rieron esta vez.

Rob les estaba esperando con visible paciencia en la entrada del camino del bosque. Ella se anticipó a sus quejas:

—Jennifer se está volviendo loca con esos horribles esquíes que le han prestado. ¿Por qué no puede tener un equipo decente, como los otros niños?

—Yo me quedaré con ella —dijo su marido, a un tiempo firme y evasivo, a su manera, eludiendo la pregunta cuando parecía contestarla, y mostrándose desinteresado para avergonzarla.

Pero ella sintió que su propia sonrisa permanecía, tan innegable, tan imborrable como la luz del sol sobre el campo. El semblante de Rob se ensombreció, al disponerse él a hablar; pero Rafe le interrumpió, disculpándose, culpando del retraso a sus deficientes fijaciones. Durante un momento en que algo hizo que ella se estremeciese interiormente (tal vez sólo el calor del ejercicio al encontrarse con la fría sombra azul del bosque aquí, en el límite de éste), los dos hombres permanecieron juntos, de pie, y centraron su atención en el mecanismo, olvidándose de su presencia. Rob encontró el defecto, y los esquíes de Rafe no volvieron a soltarse.

En el bosque, Rob y Jennifer se quedaron atrás, y Rafe se adelantó a toda prisa para alcanzar a sus hijos y, más allá, a su esposa y Evan. Betty trató de quedarse con su marido y su hija, pero los dos eran exasperantes, ella por sus gimoteos y él por su ceño fruncido, y sin que ninguno de los dos apreciase su compañía. Avanzó pues, sobre los

esquíes, y se encontró sola en el bosque, percibiendo voces lejanas y el susurro de los esquíes y el suave murmullo de su propia respiración. Los troncos de los pinos se deslizaban junto a ella, uno tras otro, y después otro, alineados y no alineados, en sombreada armonía. Aquí y allá, crecían árboles en el camino; una rama le rozó un ojo, tan ligeramente que después se sorprendió que persistiese el dolor y de que ella misma estuviese llorando. Llegó a un claro del bosque donde se bifurcaba el camino. Rafe la estaba esperando; delgado, apoyado en sus palos, parecía una sombra más entre las otras.

—¿Qué camino crees que han tomado?

Parecía desalentado y se comportaba como si se hubiese perdido. Su esposa se le había escapado con el amante.

—El de la izquierda es el que lleva a los coches.

—No sé cuáles son las huellas de ellos —dijo él.

—Lo siento —dijo Betty.

—No importa. —Descansó sobre los palos y no dio señales de moverse—. ¿Dónde está Rob? —preguntó.

—Ahora vendrá. Tomó a su cargo la querida Jennifer. Les esperaré; tú sigue adelante.

—Esperaré contigo. Este lugar es pavoroso. ¿Quieres que te preste aquel libro?

Las frases se habían sucedido como si existiese una ilación entre ellas.

El libro era acerca de Jane Austin, escrito por un profesor inglés que Betty había estudiado hacía años, antes de que Radcliffe se llamase Harvard. Lo había visto tirado en el asiento delantero del coche de los Smith, mientras éstos andaban atareados con los esquíes, y había lanzado una exclamación al reconocerlo. Durante un extraño verano de su vida en que todo quedó en suspenso, el mismo verano en que había nacido Billy, había leído las seis novelas de Jane Austin, sentada en el porche soleado, esperando y esperando, y amamantando. Súbitamente después.

—Si lo has terminado.

—Sí. Es un poco soso, pero tiene encanto, podríamos decir. ¿Puedo llevártelo mañana por la mañana?

Había dejado hacía poco un bufete de abogados de Hartford y abierto el suyo en la población. Tenía pocos clientes, pero le divertía estar ocioso. Había algo frágil e incapaz en él.

—Muy bien —dijo ella, y añadió—: Jennifer vuelve del colegio al mediodía.

Y entonces llegaron Jennifer y Rob, ambos necesitados de sosiego, y ella olvidó la promesa de aquel hombre sombrío, como si su mente hubiese sido poseída por el vacío donde se bifurcaban los nevados caminos.

El lunes fue esplendoroso, y la llamada a la puerta acentuó el goteo musical de los carámbanos que rodeaban la casa desprendiendo perlas. Rafe estaba cómicamente encorvado bajo las gotas que caían del alero, apretando el libro seco contra su anorak. Él no hizo más que ofrecérselo, pero ella le invitó a tomar café, porque él parecía profundamente triste, aún perdido. Se sentaron en el sofá, con las tazas de café, pero pronto estuvo ella entre los brazos de él y sintió los labios cálidos y con sabor a café sobre su propia boca, y las manos frías sobre la piel, debajo del suéter, y no pudo impedir que su mente flotase en el aire, percibiendo las manchas doradas de sol sobre las tablas del suelo, grandes pinceladas oblicuas de luz de sol, romboides quebrados por las plumosas siluetas de las plantas en los antepechos de las ventanas. Desde su ángulo visual, al tenderla él sobre el sofá, las sombras de las gotas saltaban hacia arriba en las manchas de sol, pareciendo desafiar la gravedad al volver ella la cabeza. Se incorporó, lo empujó sin resentimiento, y se arregló los cabellos.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

—No lo sé —dijo Rafe y, ciertamente, no parecía saberlo.

Su propio ataque le había parecido torpe, temeroso, hipócrita; parecía agradecer que ella le hubiese detenido. Tenía el rostro rojo, como lo habían estado antes sus manos. A la luz de las ventanas de detrás del sofá, sus ojos eran muy verdes. Un asparagus que pendía allí proyectaba una red de sombras, en la que sus facciones entraban y salían mientras él se disculpaba, hablaba, bromeaba. «¡Qué gordita!», había exclamado, refiriéndose al vientre de ella, al levantarle el suéter, inclinándose de pronto para besarla, cálida la cara y afilada como una hoja de cuchillo. Estaba asustado, comprendió Betty, y esto desvaneció su propio miedo.

Consiguió apartarle delicadamente y llevarle a la puerta. No era muy difícil; recordó cómo había repelido a los chicos del *college* en unos tiempos que el libro había hecho que evocase.

El cuerpo de él, al cruzar la fangosa calle, parecía bailar aliviado. En cuanto a ella, sola nuevamente en la casa vacía, era como si hubiese desterrado una parte de su alma junto con su miedo; sin sentir remordimiento ni esperanza, flotó sobre las manchas de sol punteadas por las gotas que caían, entre el brillo curvo del cristal y la porcelana y los utensilios de aluminio de la cocina, en el calor extraño de la casa, tan extraño como parecen todas las cosas cuando somos nosotros los únicos testigos. Betty se levantó el suéter para mirar su pálido vientre.

¡Qué gordita! Los años habían abultado su cintura. En cambio, Lydia era una atleta, esbelta y un poco marimacho, veloz con los esquíes, con algo romano y andrógino y enigmático en su aspecto. Rafe estaba acostumbrado a esto; el contraste le había sorprendido.

Cogió el libro de encima del sofá. Él era uno de esos hombres que pueden leer un libro cuidadosamente; por consiguiente, parecía nuevo. Y Betty se sorprendió al ver que, a pesar de su absoluta calma, era incapaz de leer una palabra.

El martes, tal como habían proyectado hacía semanas, Rob la llevó a Filadelfia. Ella había nacido allí, y él tenía que resolver algunos asuntos. Llevarla con él era un tributo a su condición, claramente manifestada, de esposa aburrida. Sin embargo, a ella le gustó y se lo agradeció, después de pasado el terror agitado y sibilante que le produjo el viaje en avión. La ciudad, a la luz del sol invernal, parecía más lustrosa y más limpia de como recordaba ella a su tosca y enorme y querida Ciudad del Amor Fraternal. Job había venido porque su compañía de seguros contribuía a la financiación de un centro comercial en el sur de New Jersey, y desapareció cruzando la puerta de la fachada extrañamente egipcia del Penn Mutual Building, ahora doblemente falsa porque había sido dejada como reliquia histórica en un rascacielos nuevo, una alta caja de cristal esmerilado. Ella paseó, mirando los escaparates de Walnut Street, hasta que le dolieron los pies, y entonces cogió un taxi en Rittenhouse Square, para ir al Museo de Arte. En Filadelfia había menos nieve que en Connecticut; incluso algunas hierbas, en las orillas de la avenida, estaban verdes.

En lo alto de la escalera, dentro del museo, la gran Diana de Saint-Gaudens, con su pátina de cardenillo, que Betty, en su infancia, había en cierto modo confundido con la bruja buena de los cuentos de hadas (aunque desnuda, después de haber tirado el traje de baile y las enaguas que suelen llevar las brujas buenas, para mover mejor sus largas piernas), posaba todavía, en la punta de un pie, sobre su umbroso pedestal. Pero en las otras partes del museo se habían producido muchos cambios, mucho esplendor adicional. Las tres versiones de *Mujer Desnuda Bajando una Escalera* y la lamentablemente agrietada *Esposa Desnuda por sus Pretendientes* ya no la intrigaban ni escandalizaban. Lo atrevido se convierte en clásico en el curso de nuestra vida, mientras envejecemos y morimos. Rob se encontró con ella exactamente cuando le había prometido, a las tres y media, ante los cuadros de los impresionistas; y su súbito amor por él, en esta sala de crudos colores y de luz, resultaba enternecedor. Ella se apoyó en él; él se apartó al sentir su contacto, y Betty, que no estaba acostumbrada a llevar tacones altos, tuvo que dar un paso de lado para mantener el equilibrio.

Tomaron el té en la cafetería, fuera de lugar con sus trajes oscuros entre los estudiantes, las barbas y los estudiados harapos que eran restos de la revolución del último decenio. También aquí lo radical se había convertido en aceptable.

—¿Cómo te sientes, de vuelta aquí? —le preguntó Rob.

—Esto ha cambiado, y yo he cambiado. Me gusta el lugar donde vivo ahora. Pero fuiste muy amable al traerme contigo.

Le tocó la mano y él no la retiró sobre la mesa lisa, cuya blancura le recordó a ella la de la nieve.

La dicha debió de reflejarse en su semblante, resplandeciente como bronceado por el sol, pues él la miró y, por un instante, pareció verla. Y aquel instante le desconcertó. Aunque demasiado corpulento para ser apuesto, tenía unos bellos ojos, castaños e indiferentes como los de un león; los entornó y frunció el ceño al esforzarse, contra su costumbre, en hacer un cumplido.

—Es una lástima que seas mi esposa —dijo.

Ella se echó a reír, asombrada.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Serías una amante adorable.

—¿Tú crees? ¿Cómo lo sabes? ¿Has tenido alguna vez una amante? — Estaba tan segura de la respuesta que prosiguió antes de que él pudiese decirle que no—. Entonces, ¿cómo sabes que yo sería una amante adorable? Tal vez sería horrible. Chillona, dominante. Será mejor que me aceptes como esposa —le aconsejó, satisfecha.

La mesa era blanca y el sucio servicio del té se interponía entre ellos; ella deseaba ardientemente estar con él en casa, en la cama. Su manera de hacer el amor era como él, firme e incansable, y siempre daba buen resultado. Ella admiraba esto. Antaño lo había adorado. Hasta que su adoración pareció que; lo deprimía a él. También ahora, sentados a esta brillante mesa, había en ella algo que lo deprimía; tal vez la amante que había visto en ella, la amante que, precisamente a él, le estaba prohibida y no tendría jamás. Ella le acarició la mano, como reconociendo un pesar compartido. Pero aquella impresión gozosa seguía creciendo en ella, vertiginosa y sin sentido, inexplicable, imparable, como si ella viese que en alas de ella estaba dejando a Rob atrás. Y él nunca había parecido tan cabal ni tal amable, ni ella más en su papel de esposa, como cuando se levantaron y pagaron y se encaminaron a la entrada del museo donde esperaban los taxis.

En el vuelo de regreso, Betty, para calmar su terror, sacó el libro de su bolso y leyó: «*Como diría Lionel Trillingt en 1957 (antes de que las mujeres alcanzasen su poder), "lo extraordinario de Emma es que tiene una vida moral, como la tiene el hombre". "La conciencia está siempre presente en ella, un sentido de lo que debería ser y hacer"*» .

Rob miró por encima del hombro de ella y preguntó:

—¿No es ése el libro de Rafe?

—Igual que el suyo —respondió al punto ella, comprobando que, a fin de cuentas, mentir no era muy difícil—. Debiste verlo el domingo en el asiento delantero de su coche. Yo también lo vi, y esta mañana he comprado un ejemplar en «Wanamaker's».

—Parece usado.

—Lo he estado leyendo, mientras te esperaba.

Ella interpretó su silencio como una muestra de convencimiento. Él hojeó su periódico. Después preguntó:

—¿No es terriblemente aburrido?

Ella fingió preocupación. Un zumbido precario cambió del tono debajo de ellos.

—¡Hum! Aburrido pero amable.

—¿No es él un pobre hombre? —preguntó bruscamente Rob—. Me refiero a Rafe.

—¿Qué ves de pobre en él?

—Ya lo sabes. Es un cornudo.

—Tal vez Lydia le quiere más por esto —dijo Betty.

—Imposible —declaró su marido, y se sumió de nuevo en el *Inquirer*, mientras el «727» zumbando y trepidando, se disponía a estrellarse.

Ella se agarró al brazo de Rob con aquel fervor irracional que a él tanto le disgustaba; él mantuvo deliberadamente la mirada fija en el periódico, desentendiéndose de ella. Sin embargo, el avión aterrizó sano y salvo, como si él le obligase a hacerlo, respondiendo de mala gana a las oraciones de ella.

Betty soñó que estaba enseñando de nuevo y que, entre sus alumnos, Rafe parecía perdido. Tenía que hacerle una pregunta y parecía incapaz de captar su atención, aunque él no se portaba exactamente mal; estaba medio vuelto de espaldas, hablando con una arrogante condiscípula... Algo tan desesperante que se despertó, sintiéndose vacía y ligeramente asustada. Rob no estaba ya en la cama. Oyó el golpe de la puerta al marcharse él al trabajo.

Los hijos se estaban peleando en la planta baja, un ruido despiadado como de una olla en ebullición. Era miércoles. Cuando se levantó, un residuo del acto amoroso de la noche pasada resbaló por la cara interna de su muslo.

Cuando hubieron salido los niños para ir al colegio, recorrió ella la casa vacía comprobando que estaba enamorada. Como las tablas del suelo, los marcos de las puertas, el papel de las paredes, aquel lecho parecía más necesario que agradable, no ornamental sino funcional, en un sentido que debía esforzarse en percibir. La nieve del tejado se había fundido; el goteo de los aleros había cesado y una seca luz de sol reposaba en silencio sobre la casa caldeada, la calle vacía, los moteados tejados de la población más allá de las sucias ventanas heridas por el sol. La repisa de la cocina estaba llena de postales del Día de San Valentín que los niños habían traído del colegio. El calendario mostraba el mes más corto, como una caja de caramelos rebosante de fiestas en rojo. El número de la oficina de Rafe había sido incluido hacía poco en la libreta de teléfonos. Betty lo marcó, menos para comunicar con él que para comprobar la extensión de su vacío. De un modo alarmante, el tiempo dejó de sonar, y él respondió a la llamada.

—¿Rafe? —dijo ella, y se sorprendió al advertir el tono cascado de su propia voz.

—Hola, Betty —dijo él—. ¿Cómo has encontrado Filadelfia?

—¿Cómo sabes que estuve allí?

—Lo sabe todo el mundo. No tienes secretos para nosotros. —Dejó de bromear, percibiendo el miedo de ella—. Lydia me lo dijo.

Evan se lo había dicho a ella; Rob se lo había dicho a él en su lugar de trabajo. Había un mundo de amor en el que todo se veía; la brillante casa de ella parecía transparente.

—¿Te ha gustado? —preguntó Rafe.

—Es estupenda. —Tuvo la impresión de que se estaba defendiendo—. Me pareció... más apacible, por alguna razón.

—¿Qué hiciste?

—Estuve dando vueltas, sintiéndome nostálgica. Fui al museo que está sobre una colina. Rob fue a buscarme allí y tomamos el té juntos.

—Esto está muy bien. —Su voz era, por sí sola, más rica y más tranquila que su presencia física, su irremediable y humillante aire de payaso. El silencio de ella le obligó a continuar—: ¿Has tenido tiempo de echar una ojeada al libro?

—Me encanta —dijo ella—. Es instructivo y sedante. Lo estoy leyendo muy despacio; quisiera que durase para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo.

—¿Tienes ganas de verme?

Su voz había sonado, involuntariamente, más ronca.

La respuesta de él fue tan sencilla y viva como lo había sido su mirada verde cuando ella había exclamado «¡Mierda!».

—Claro —dijo.

—¿Dónde? Esta casa resulta muy visible.

—Ven aquí. Todo el día está entrando y saliendo gente de la casa. Hay una peluquería en el piso de al lado del mío.

—¿No tienes ningún cliente?

—No hasta esta tarde.

—¿Me atreveré?

—No lo sé. Tú has de decirlo. —Más amablemente, añadió—: No tendrás que *hacer* nada. Sólo quieres *verme*, ¿no? Un asunto incompleto, más o menos.

—Sí.

En el centro de la ciudad reinaba un silencio misterioso, a pesar del movimiento de los coches y la gente. Betty se dio cuenta de que echaba en falta un sonido de invierno de su infancia: la canción de las cadenas de los automóviles. Los neumáticos para la nieve lo habían eliminado. El tiempo lo elimina todo, si uno sabe esperar. La casa de Rafe era un frío «bloque» de ladrillos construido hacía un siglo, cuando este suburbio de Hartford había parecido que tendría un futuro independiente. Un presuntuoso blasón de granito remataba la fachada; tal vez un día sería considerado histórico. Las escaleras eran de linóleo y olían como un guardarropa en día de lluvia. Un olor a chamusquina y a champú salía del piso contiguo al de él. Rafe le estaba esperando en su cuarto de estar, y cerró la puerta con llave. En su sofá, la yacija fría, estrecha y pegajosa de Naugahyde, al pie de una estantería de textos legales encuadernados en piel. Rafe se mostró impotente. El hecho de verla desnuda pareció aturdirle. Pero en aquella situación embarazosa, no dejó un momento de sonreír. Y ella de sonreírle a él. Era bello, esbelto y bien formado, pero necesitaba que le enseñasen a saberlo.

—¿Qué crees que me pasa? —preguntó.

—Tienes miedo —dijo ella—. No te censuro. Soy un adversario de cuidado.

Él asintió con la cabeza, menos verdes los ojos, en el cuarto de estar cerrado y sin ventanas.

—Vamos a armar mucho jaleo, ¿no crees?

—Sí.

—Sospecho que mi cuerpo nos está diciendo que todavía es tiempo de hacer marcha atrás. ¿Quieres?

Sobre una serie de estatutos encuadernados, con sus lomos uniformes formando franjas horizontales como las ventanillas de un tren que pasa, había un libro de otra clase, un pequeño libro en rústica. En la habitación en penumbra, donde su desnudez ponía la nota más brillante, ella descifró el título: *Emma*. Y respondió:

—No.

Y, aunque hubo muchas secuelas que lamentar y un daño que no cesaría nunca, Betty recordaba aquellos días (los campos abiertos, los goteantes aleros, los cuadros, los libros de leyes) como brillantes, como una sola unidad iridiscente, no desparramada como una constelación, sino continua, como un arco iris, un giro de ciento ochenta grados.

MUERTES DE AMIGOS LEJANOS

Mientras yo me hallaba entre dos matrimonios de varios años, en un desorden que me preocupaba de veras, otras personas siguieron viviendo y muriendo. Len, un viejo compañero de golf, que fue llevado una tarde al hospital para lo que dijeron que era un reconocimiento de rutina, cayó muerto en el lavabo momentos después de telefonar a su ferretería diciendo que estaría detrás del mostrador por la mañana. Era el dueño de la tienda y podía dejar un encargado al frente de ella durante las lardes soleadas. Su golpe era demasiado rápido y cargaba su peso sobre el pie derecho, y la pelota se desviaba a menudo hacia la izquierda sin elevarse en el aire; pero en sus buenos tiempos había conseguido algunos *puts* magníficos, y siempre vestía con una pulcritud que parecía presagiar grandes éxitos en su juego. Vistiendo pantalones amarillos, jersey azul celeste con cuello de tortuga y chaqueta de cachemir color naranja, me saludaba con la mano desde el *green* de entrenamiento cuando yo, habiendo salido de las brumas de pesar e insomnio y confusión moral de Boston, arrastraba mi carretilla sobre el asfalto del aparcamiento, haciendo rechinar los clavos de mis zapatos, como las garras de un monstruo, a cada paso.

Aunque Len había conocido a Julia, la esposa de quien yo me había separado, y ella le había gustado, nunca me hablaba de mi situación personal, ni del hecho de que ahora recorriese en mi coche un trayecto de una hora desde Boston para encontrarme con él, en vez de llegar en diez minutos, como hacía antaño. En aquel ínterin, el golf era un magnífico refugio; en cuanto salía del primer *tee* persiguiendo mi *drive*, me sentía como encerrado en una gran burbuja luminosa, a salvo de las mujeres, de los hijos afligidos, de los solemnes abogados, de los viejos conocidos desaprobadores, de todo el ofendido orden social. El golf tenía su propia orden y su propio amor, mientras los tres o cuatro de nuestro grupo caminábamos gritando hacia nuestros hoyos, riéndonos de la mala suerte y aplaudiendo los raros golpes de relativa brillantez. A veces, se oscurecía el cielo estival y descargaba una tormenta, y nos agrupábamos en un cobertizo abandonado, o al pie de un árbol que parecía menos alto y vulnerable a los rayos que sus hermanos. Nuestro nerviosismo natural y nuestra impaciencia, al ver interrumpida la emoción del golf, se concentraban en un calor casi amoroso en el refugio; el calor del aliento y del sudor de hombre maduros, amontonados bajo la lluvia como cabezas de ganado en un furgón. La cara de Len tenía varias manchas de queratosis actínica; pensaba hacérselas extirpar quirúrgicamente antes de que se convirtiesen en cáncer de piel. ¿Quién iba a pensar que un infarto de miocardio destruiría sus planes y le eliminaría a él de mi embarullada vida? Nunca volverá a ver (no hay dos copos de nieve ni dos huellas dactilares, ni dos latidos del corazón en el osciloscopio, ni dos golpes de golf, que sean exactamente iguales), aquel tiro bajo hacia la izquierda característico de él, ni le oiré exclamar con irritada frustración (había vuelto a la

religión baptista e inventado un lenguaje personal que evitaba las maldiciones): «¡Puerca pelota traviesa!».

Asistí al entierro de Len y traté de decirle a su hijo: «Tu padre era un tipo estupendo»; pero estas palabras no habrían estado bien en aquella fría y desnuda iglesia baptista. Los llamativos colores de Len, su efervescencia cristiana, su golpe esperanzado y fútil, nuestras idas y venidas, nuestra camaradería dentro del universo artificial compuesto de hierbas de clase y alturas y resistencias diversas, eran matices de vida demasiado delicados para ser captados, y se habían extinguido.

Algún tiempo más tarde, leí en el periódico que Miss Aniy Merrymount, de noventa y un años, había muerto al fin, como pasa al mantillo una hoja seca. Siempre había parecido anciana; era una de esas mujeres de Nueva Inglaterra, una de las últimas, que hablaban de Henry James como si acabase de salir de la habitación. Poseía cartas, casi en pedazos después de doblarlas y desdoblarlas tantas veces, de James a los padres de ella, y en las que era mencionada, no sólo como una niña, sino como una joven dama que estaba entrando en su vida «propia», en una vida plenamente redondeada». Vivía en unas pocas habitaciones, llenas de antigüedades, de una gran casa de campo heredada y de la que se veía obligada a alquilar la mayor parte. La razón de que no se hubiese casado era un misterio que gravitaba ligeramente sobre ella en su ancianidad; la delicada y suave belleza que recordaban las fotografías en sepia, la educación y la inteligencia y el ardor (en sentido espiritual) que todavía poseía, debieron de intimidar a los muchos pretendientes que se habían sentido atraídos por estas virtudes, y debieron de darle ante los propios ojos de ella, en unos tiempos en que la palabra «inviolada» tenía aún la fuerza de la renunciación, cierto prestigio, un valor cuyo fugaz momento de despilfarrarlo no llegó jamás. También tenía una sequedad irónica en la voz, y algo de impaciencia y de distanciamiento en sus modales. Era una perfecta autodidacta; estaba al corriente de todos los adelantos artísticos y científicos, adoptaba las dietas alimenticias y la oposición política que se ponían de moda, y le gustaba rodearse de personas jóvenes. Cuando Julia y yo nos trasladamos a su ciudad con nuestros pequeños y nuestras caras nuevas, entramos a formar parte del círculo de su té y, en un ambiente de tibio pero mutuo atractivo, mantuvimos durante veinte años nuestra relación con ella.

Pero tal vez no era tan tibio: ahora creo que Miss Merrymount nos quería, o al menos quería a Julia, que siempre mostraba una animación cortés, un aire delicadamente filial, en aquellas frías habitaciones que recibían la luz de las ventanas y estaban atestadas de frágiles y sutiles reliquias de familia, las cuales habían estado antaño distribuidas entre los cuatro pisos de una casa de Back Bay. En mi recuerdo, el esplendor de la firme barbilla, y del cuello y los hombros descubiertos de mi ex esposa, se confunde con la misteriosa placidez de las viejas fotos enmarcadas de las hermanas Merrymount, pues habían sido tres, aunque, lamentablemente, dos habían muerto jóvenes, como queriendo legar sus años a la tercera, la superviviente que se sentaba ahora con

nosotros en un sillón de orejas tapizado con brocado de oro. Su cara se había vuelto imprevisiblemente cetrina con la edad, y totalmente arrugada, como la de una india, con algo de chispeante crueldad india en sus negros ojos. «La encuentro bastante desagradable, —podía decir de una amiga común ausente, o de una que había sido excluida de su círculo—. No era de primera categoría».

La busca de la primera categoría había sido un pasatiempo de su generación. Yo no sé de nadie a quien aprobase sin reservas, salvo el padre Daniel Berrigan y Sir Kenneth Clark. Les veía a ambos en la televisión. Los ojos de brillo opaco le estaban fallando, y sustituyó sus apreciadas tardes de lectura (cuando se extinguía la luz fuera de su ventana y una pequeña fogata de leños de abedul danzaba en la chimenea con adornos de metal), por los programas educativos de la radio y la televisión. En aquellos últimos años, Julia solía ir a leerle libros: Austen, *Middlemarch*. Joan Didion, y también Proust y Mauriac en francés, cuando Miss Merrymount decidió que el acento de Julia era aceptable. Julia practicaba un poco conmigo, y al observar cómo sacaba y fruncía y tensaba los labios en torno a las palabras francesas, a semejanza de los labios de una máscara africana de marfil, casi volví a enamorarme de ella. El afecto entre mujeres es conmovedor, doloroso y excitante para el hombre, y tal como yo lo veía (sustituido el té por el jerez, en aquellas atestadas habitaciones donde la luz del crepúsculo se espesaba hasta que, las páginas que se volvían con lentitud y la paciente melodía de la voz de Julia, eran las únicas señales de vida), era amor lo que había nacido entre aquella anciana que se estaba muriendo y mi esposa, que había llegado gradualmente a la edad mediana, convertidos nuestros hijos en adultos ausentes, y cuya voz no era escuchada en parte alguna como allí. Sin duda se hacían también confidencias entre las páginas. Siempre que Julia volvía de la casa de Miss Merrymount para prepararme la cena, parecía más joven e incluso alegre, como envalentonada.

En aquella embarazosa fase posmatrimonial, en que los viejos amigos se creen todavía obligados a cursar invitaciones y uno no tiene todavía la habilidad o el valor de rehusarlas, me encontré en una importante reunión en la que Miss Merrymount se hallaba presente. No estaba completamente ciega y, como siempre, la acompañaba una muchacha de cara redonda a la que había contratado como guía y dama de compañía. La frágil anciana, exhibida como plumas de pavo real bajo una campana de cristal, había sido acomodada en un sillón de un rincón de la estancia, más allá de la ponchera. Al acercarme yo, percibió que alguien se aproximaba y tendió su mano marchita; pero, cuando oyó mi voz, la dejó caer. «Has hecho una cosa horrible», dijo de un tirón, y su voz vibró como un fragmento de crujiente celofán bajo una corriente de aire. Volvió la cara mostrando su perfil aguileño, como si mi vista la ofendiese. La cara de su joven acompañante, redonda como una pantalla de radar, expresó un ligero sobresalto; pero yo sonreí, en realidad no disgustado. Todo juicio produce alivio, aunque sea adverso. Es bueno saber que, en alguna parte, un sismógrafo registra nuestros temblores y resbalones. Me imagino la muerte de Miss Merrimount, pocos meses después de esto, como una línea final y serenamente plana

en la pantalla a la que estaba conectada en su habitación de hospital. Aquella línea plana tenía también la ironía de una rectitud inviolada, de una magnífica paciencia ante un mundo que, durante más de noventa años, sólo había resultado ser desconcertante para ella. En aquellos días, Julia y yo nos habíamos divorciado al fin.

Desde luego, todo se ha perdido en la casa abandonada: los cuadros de las paredes, la manera en que las sombras y la luz luchaban en este o en aquel rincón, la agradable ráfaga de calor de los radiadores por la noche. Los animales favoritos. *Canute* era un perro cobrador macho, rubio, que habíamos comprado cuando todavía era un cachorro y nuestros hijos no habían alcanzado aún la adolescencia. Siempre amable, como suelen serlo los de su raza, lo aguantó todo, incluso la castración, como si la vida fuese una lluvia continuada de bendiciones. Curiosamente, mi hija menor, que canta en un grupo punk femenino recién fundado, trajo a *Canute*, poco antes de morir éste, a la casa donde vivo ahora con Lisa como esposa. Husmeó delicadamente a un lado y otro y sólo expresó, bajando las orejas, el asombro que le producía su antiguo dueño instalado en una casa que olía de un modo tan extraño; después se dejó caer en el suelo de la cocina, lanzando un profundo suspiro. Parecía gordo y aletargado. Mi hija, que lleva el cabello corto y con mechas de color malva, dijo que el perro rondaba por las noches y se metía en los cubos de basura, e incluso en el corral de un vecino. Esto me sonó a desorden. El nuevo amigo de Julia es un hombre entrado en años, ex *quarterback* de Dartmouth, fanático del golf y del tenis, y ella está raras veces en casa, empeñada en mantenerse a la altura de él y tratar de aprender nuevos juegos. La casa y el jardín están abandonados; los hijos van de un lado a otro con sus amigos y de vez en cuando, sacan la comida corrompida del frigorífico. Jenny, percibiendo mis emociones reprimidas, dijo discretamente algo y se agachó para rascar a *Canute* detrás de una oreja. Como la oreja estaba infectada y muy sensible, el perro respondió con un débil mordisco, y después golpeó el suelo de la cocina con el rabo, para disculparse.

Como yo cuando había sido desairado por Miss Merrymount, mi esposa pareció más complacida que disgustada al tropezar con aquella resistencia, como si ello confirmase su posición en el mundo. Discutió sobre antibióticos para perro con mi hija y, a primera vista, habría sido difícil saber cuál de las dos era la mayor, aunque estaba claro cuál era la que llevaba los cabellos más raros. Es verdad que, empleando una frase estereotipada, Lisa podría ser mi hija por la edad. Pero ahora que tengo cincuenta años, toda mujer de menos de treinta y cinco podría ser hija mía. La mayoría de las personas del mundo son lo bastante jóvenes como para que yo pudiese ser su padre.

Pocos días después de aquella visita, *Canute* desapareció, y pocos días más tarde fue encontrado en los fangales próximos a mi antigua casa, con el cuerpo hinchado. El diagnóstico del veterinario fue un ataque al corazón. ¿Podía ocurrirles esto a las criaturas de cuatro patas?, me pregunté. Mi ex perro preferido había sufrido el ataque a la luz de la

luna, lleno el corazón del gozo de los pantanos y repleta su panza de basura, y había yacido durante días con la pelambre erizada mientras subían y bajaban las mareas. Esta imagen me complace, como la vista de una vela hinchada por el viento y arrastrando su barca rápidamente lejos de la playa. En verdad, y es terrible tener que reconocerlo, aquellas tres muertes me satisfacen en cierto sentido. Han hecho desaparecer otros tantos testigos de mi ignominia. El mundo es ahora más ligero para mí. En definitiva, no habrá nadie que me recuerde tal como era en aquellos años turbulentos y desordenados, mientras yo corría sin protección de una casa a otra y de una esposa a otra, como una serpiente mudando la piel, un monstruo de egoísmo, desnudas y rosáceas mis grotescas necesidades, mendigada y vulnerable mi presencia social. Las muertes de otros nos van matando poco a poco, hasta que no quede nada; y también esto, esta nada, será en cierto modo una merced.

PIGMALIÓN

Lo que más le gustaba de su primera esposa eran sus dotes de imitadora; después de una fiesta, dada por ellos o por otra pareja, ella imitaba para él lo que habían visto, las caras, las voces, torciendo su linda boca en pequeñas contorsiones que evocaban, durante un sorprendente instante, la presencia de un amigo ausente.

—Bueno, si yo *reagmente* ..., ¿no es así como habla Gwen? Si yo reagmente me preocupase de la consergvación...

Y él, el marido, se reía a carcajadas, aunque Gwen era, en secreto, su amante y habría de convertirse en su segunda esposa. Lo que le gustaba de *ella* era su vivacidad en la cama, y lo que le disgustaba de su primera esposa era que le pedía que le frotase la espalda y después, noche tras noche, el contacto de sus manos, se quedaba dormida.

Durante los primeros años de su nuevo matrimonio, cuando él y Gwen volvían de una fiesta, él esperaba inconscientemente que empezasen las imitaciones, la recapitulación. Incluso la incitaba:

—¿Qué te ha parecido el hermano de vuestra anfitriona?

—¡Oh! —decía simplemente Gwen—. Me pareció muy agradable. —Y percibiendo, con intuición femenina, que él esperaba más, añadió—: Inofensivo. Tal vez un poco envarado. —Sus ojos centelleaban al percibir una súplica tácita en su expectante silencio, y con aquel conmovedor e infantil defecto de pronunciación, farfullaba—: ¿Qué quieres reagmente?

—Oh, nada. Nada. Sólo es que... Marguerite le conoció hace unos años, y le chocó lo tonto y pomposo que era. Su manera de chupar su pipa y de terminar todas sus declaraciones con un «¿Me sigues?».

—A mí me pareció muy agradable —dijo fríamente Gwen, volviéndose de espalda para quitarse el plateado y ceñido traje de noche. Mientras lo deslizaba sobre sus caderas, volvió la cabeza y añadió en tono desafiante. Tenía *mucho* que decir sobre la evasión de impuestos.

—No me extraña —se burló débilmente Pigmalión, aturdido por la visión de su esposa que avanzaba desnuda hacia él y su lecho marital—. Es muy tarde —le advirtió.

—¡Oh, vamos! —dijo ella, apagando las luces.

La primera imitación que hizo Gwen fue de Marvin, el segundo marido de Marguerite; se habían conocido inesperadamente en un baile

benéfico de Salvad las Ballenas, cuyas invitaciones habían sido enviadas indiscriminadamente.

—Oh-jo —jo —vociferó en la intimidad de su dormitorio—. ¡Conque tú eres mi noble predecesor! —Y en un aparte, añadió—: Noble, ¡y un cuerno! ¡Te odio tanto que lo sacaste de quicio!

—¿De veras? —dijo él—. Pensaba que se había mostrado muy agradable en lo que podía haber sido un encuentro violento.

—Sí, cieceertamente —convino ella, imitando al campechano Ed y permitiendo, por un segundo, que la expresión de suave y tranquila benignidad forzada se plasmase en sus propias facciones en general menudas y redondeadas—. No hay nada embarazoso entre *nosotros* ¡jo-jo! —siguió diciendo, animada por la risa de su marido—. Y dime, viejo amigo, ¿por *qué* tu cheque para la pensión de tus hijos ya no llega nunca puntualmente?

Él rió y rió, entusiasmado al ver que su esposa adquiriría lo que él consideraba característico de la feminidad: una sensibilidad plástica, despierta, del medio humano; una sensibilidad aguda dirigida en un sentido u otro por las corrientes de la propia naturaleza. Él tenía miedo de no poder comprender el mundo a menos que una mujer lo interpretase para él. Ahora, cuando volvieron de una reunión y él le preguntó qué impresión le había causado fulano o mengano, Gwen se irguió, en ropa interior, y declamó como si estuviese en un escenario:

—Bueno, querida —dijo, iniciando de pronto una parodia con voz aflautada—, si no fuese por Portugal, ¡no quedaría realmente un país *soportable* en Europa!

—¡Oh, vamos! —protestó él, encantado de ver cómo sus lindas facciones se torcían en un extraño y afectado aire caballuno.

—¿Cómo lo hacía? —preguntó Gwen, con interés profesional—. Creo que moviendo la barbilla de un lado a otro manteniendo los dientes apretados.

—¡Exacto! —dijo, aplaudiendo, él.

—Ya *saaabes* —prosiguió ella, imitando aquella voz—, antes *solía* ser Grecia, pero ahora, con todos esos horribles *árabes*...

—Oh, sí, sí —dijo él, brillándole el semblante de reír tan fuerte, orgullosamente.

En la cama, observó ella:

—Es tardísimo.

—¿Quieres que te frote la espalda?

—¡Humm! Sería realmente estupendo.

Y mientras su mano izquierda trabajaba en la suave, cálida y flexible piel, su esposa, aquella pequenez que era exclusivamente de ella, se puso fuera de su alcance. Noche tras noche, se quedaba dormida.

MANSIONES MÁS SUNTUOSAS

Sus telas de gasa viva ya no desplegadas,

¡Naufragó el barco de nácar!

Y cada una de sus celdillas,

Morada de su vida oscura y soñadora,

Concha labrada por el frágil inquilino.

Descubierta está ante ti...

¡Rajado su irisado techo, abierta su sombría cripta!

Oliver Wendell Holmes, «*The Chamberad Nautilus*» .

El otro día, uno de mis alumnos trajo a clase una concha de nautilo que había sido partida por la mitad y convertida en un recuerdo de Hawai. Tan lejos van de vacaciones algunos de los padres de aquellos muchachos, aunque, a juzgar por el aspecto de la ciudad (Mather, Massachusetts; 47.000 habitantes y población en descenso), nadie podía pensar que hubiese allí dinero.

Sostuve el *souvenir* en mi mano, observando maravillado su diseño matemático, la perfecta espiral logarítmica y el alarde de celdillas crecientes, cerrada cada una de ellas por un septo curvo y translúcido. Levanté la concha para mostrarla a la clase.

—Lo que no dice el poema —les expliqué— es que el nautilo es un bicho asqueroso y voraz que emplea sus desarrolladas celdas como medios de propulsión para maniobrar arriba y abajo cuando persigue una presa. Es un asesino.

Lo dije con voz doliente y mis alumnos, es decir, los que habían estado escuchando, me miraron fijamente. Con frecuencia, ellos conocen nuestros entresijos mejor que nosotros mismos. Aquella concha me había recordado a Karen. Karen Owens, ex esposa del difunto Alan. Ella amaba la naturaleza, sus pequeñas y ardientes complejidades, todos sus bellos y pequeños artificios para sobrevivir y para atraer sexualmente. En este nácar blanco y débilmente anaranjado, a la viva luz de las altas ventanas de la clase, había un matiz que era de ella. Mientras dibujaba en la pizarra la espiral y algunas flechas hacia arriba y hacia abajo, y el delicado mecanismo con que realiza el nautilo su depredatoria magia hidrostática, recordé cómo ella, para excitarme en el gran cuarto de invitados de la parte posterior de su casa, deslizaba suavemente sus

cabellos de color naranja pálido y sus menudos y blancos senos sobre mi miembro.

La erección no era siempre instantánea; debía sentirme nervioso, sudoroso, culpable después de robar tiempo a la hora del almuerzo o incluso (tan apremiante me parecía aquello), escabullándose del colegio en los períodos de descanso (las clases duraban cincuenta minutos en nuestro sistema), para cruzar la ciudad a toda velocidad y pasar veinte minutos con ella, y volver en quince minutos y detener chirriando en el aparcamiento el viejo «Falcon» que nos habían regalado los padres de Mónica, bajo las miradas de los chicos que haraganeaban y fumaban disimuladamente cigarrillos junto a la hilera de bicicletas. Tal vez se preguntaban qué significaba aquello, pero los maestros vienen y van; los muchachos no tienen idea de lo que se necesita para que el mundo siga rodando, y aunque estudiarnos a nosotros es una de sus muchas maneras de gastar energía, no puede creer realmente lo abismal que es la vida adulta: lo que ellos sueñan, nosotros lo hacemos. No podían saber, por mucho que dijese las paredes de sus lavabos, que el olor almizcleño de Karen estaba en las puntas de mis dedos y en mi cara, y que mi propio pequeño tentáculo estaba rebosante de satisfacción. Ella y Alan vivían en el distrito de Elm Hill, donde los dueños de las fábricas y los directores de éstas habían construido grandes casas victorianas de madera. El Instituto, inaugurado en 1950, había sido instalado en una antigua granja al otro lado del río. Si no nos hubiese separado toda la moribunda ciudad, habríamos tenido tiempo de fumar después un cigarrillo y de hablar, de manera que yo habría llegado a comprender mejor lo que significaba nuestra aventura desde su punto de vista, lo que ella creía sacar de ésta y adonde pensaba que nos llevaba. Mi padre había trabajado en aquellas fábricas vacías. Me había engendrado a edad avanzada y se había matado, tosiendo y bebiendo, cuando yo tenía veinte años, y ahora me embargaba una especie de furor contra él y las fábricas y toda Mather cuando, temeroso de llegar tarde a mi próxima clase, me quedaba atascado en las sombrías calles del distrito industrial; los padres de la ciudad las habían hecho de dirección única, de acuerdo con algún inútil plan de nuevo desarrollo.

Mi abuelo había venido de Italia para ayudar a construir aquellas fábricas, ladrillo a ladrillo. Mi hermano mayor es un ex mecánico de automóviles que ahora es dueño de la tercera parte de una tienda de accesorios, y no toca una herramienta si no es para venderla. Nuestro hermano mediano es corredor de seguros. En cuanto a mí, habían proyectado que fuese médico y ejerciese en Boston, pero, con la borra del algodón apoderándose tan pronto de los pulmones de mi padre, tuve suerte de poder acabar mis estudios en el *college*. Pude hacerme con un título de maestro y ahora enseño cultura general a los estudiantes de noveno y décimo grados. Hace algún tiempo me nombraron primer ayudante, lo cual significaba dos clases menos al día y pasar las tardes en las oficinas. Al principio había esperado salir de Mather, pero aquí estaban nuestras relaciones (el antiguo capataz de mi padre formaba parte de la junta directiva del colegio cuando me contrataron), y aquí sigo todavía. El otoño es la mejor estación, y en años recientes, cierta alta empresa tecnológica inundó la carretera 128, con grave perjuicio

para la economía local. Ésta la necesitaba. Pero las ciudades no son como las personas; siguen viviendo, aunque su razón de estar donde están se haya ido río abajo hasta el mar. El padre de Alan, el viejo Jake Owens, había sido dueño de Pilgrim, una de las fábricas más pequeñas y casi la última en cerrar entre las que estaban en la orilla del río. Esto ocurrió a finales de los años cuarenta, mucho después de que las empresas más importantes hubiesen vendido al Sur toda su maquinaria. Algunos vecinos dijeron que Jake había demostrado una conmovedora lealtad a Mather y a sus obreros; otros dijeron que los Owen nunca habían tenido capacidad para los negocios. Eran bebedores y cazadores, se consideraban señores rurales y se sentían a gusto en su pequeña porción del sucio valle, con su club de campo, su Avenida Owen, y cazando o esquiendo en New Hampshire, a una o dos horas hacia el norte. Cuando murió su padre a mediados de los sesenta, Alan vino desde la Costa del Oeste, con su título de licenciado en Derecho por la Universidad de Stanford y su esposa pelirroja.

Karen era de Santa Bárbara, tenía treinta y pico de años y era bonita, aunque estaba un poco apergaminada. Todo aquel sol del Pacífico empezaba a producirle patas de gallo y diminutas arrugas cuando sonreía, tal vez con excesiva frecuencia. Era bajita, pero tenía una linda figura que había conocido muchas playas. Se había especializado en Psicología, traído de California un título de maestra e inscrito su nombre como sustituía en la oficina del Instituto. Allí fue donde la conocí, caminando por nuestros largos, ruidosos y olorosos pasillos, con sus cabellos de color naranja oscilando sobre la espalda. No era más alta que la mayoría de las alumnas, pero diferente de ellas; un animal diferente, con el cuerpo flexible y la voz madura de una mujer.

Cuando hablábamos Karen y yo, lo hacíamos sobre la guerra, al aire libre y en lados opuestos de la valla. Había en su pacifismo una seguridad condescendiente que me enfurecía, y un filo natural y brillante de belicosidad que tal vez me daba miedo. Ahora no puedo comprender por qué me imaginaba entonces que los Estados Unidos de América no podían cuidar de sí mismos. Me sentía estúpidamente maternal, nada menos que con Lyndon B. Johnson. Parecía tan infeliz, aunque en realidad era un bruto.

—¿Por qué hablas de personas *partidarias* de la guerra? —le preguntaba yo a Karen en la sala de profesores, entre el humo de los cigarrillos y la euforia de los profesores en el intervalo de cincuenta minutos de descanso—. Esto os coloca en una cómoda posición de ventaja a los que estáis en contra de la guerra. En abstracto, nadie quiera la guerra, pero a veces ésta es considerada el mal menor.

—¿Cuándo es el mal menor? —preguntó ella—. Dímelo, Frank.

Tenía una tensa manera de entrelazar las piernas cruzadas con las patas de madera de la silla, de modo que las rótulas sobresalían, ribeteadas de blanco. Eran los días de auge de la minifalda; las bragas, que en algún momento tendrían que mostrarse, lucían dibujos de flores.

Cuando ella cruzaba las piernas de esta manera, su falda se levantaba y ponía al descubierto una cicatriz ovalada, resultante de la vacuna que el médico que la había atendido en su infancia no había creído que se viese nunca. Karen tenía muchas raras condiciones que la hacían agradable, a pesar de sus remilgadas opiniones políticas. Fumaba mucho, y sus dientes estaban manchados y ligeramente torcidos, en una era de ortodoncia universal. Sus manos tenían las venas azules e hinchadas propias de la edad madura, y temblaban un poco. A mí me encantaban los vestidos caros que, con el dinero que tenían los Owen, no podía dejar de llevar. Aunque sus suéteres eran de cachemir, siempre parecía llevarlos descuidadamente, de manera que daba una impresión de prisa y de angustia debajo de su serena actitud en público.

—Tal vez no te das cuenta de cómo es la ciudad a la que te has trasladado —le dije—. Celebramos los bailes del sábado en el local de los veteranos de Guerra. Nuestros muchachos no rehúyen la oficina de reclutamiento. Sus abuelos se alegraron mucho de llegar aquí, y cuando su país les pide que luchen, van a luchar. Tienen miedo, pero van.

—¿Por qué crees que esto es bueno? —preguntó delicadamente Karen—. Explícamelo.

El viejo truco de la psicóloga. Estaba renunciando al debate y tratándome como a un niño, como a una especie de chiflado.

Sus largos y bien peinados cabellos no eran exactamente rojos ni anaranjados, sino que tenían el fuerte y fresco color del borde de una concha de buccino; y cuanto más la miraba uno, más pecas advertía en su piel. Me estaba dando una salida, una oportunidad de librarme de la irritación que siempre me producían las discusiones sobre la guerra. LBJ había sido maestro le escuela, igual que yo ahora, y a mí me parecía que, a finales de los años sesenta, todos los estudiantes, de costa a costa, simplemente no *escuchaban*. Y él trataba de ser bueno, de sufrir por nosotros; era nuestro Cristo tortuoso de Texas.

—Sencillamente, *es así* —le dije a Karen, aceptando su oferta, falto de convicción, rindiéndome—. Quiero a esos muchachos. —Esto era mentira—. Yo me crié como ellos. —Esto era mentira a medias; yo había sido el hijo pequeño, mimado por mis hermanos, preparado para una suerte mejor, fuera de Mather—. Nos dan grandes equipos de fútbol. —Esto era verdad.

El movimiento pacifista se reducía en Mather a unos cuantos desfiles con cirios, dirigidos por el clero local, por los mismos clérigos que invocaban las bendiciones divinas el Día de Conmemoración de los Caídos, antes de que las veintiuna salvases alterasen la paz del cementerio. Cuando murió el primero de nuestros muchachos en Vietnam, pusieron su nombre a una nueva escuela de enseñanza primaria. Cuando murió el segundo, buscaron un cruce de calles en su distrito, lo llamaron plaza y le pusieron su nombre. Para el tercero u el cuarto, no hubo siquiera una encrucijada.

La casa de los Owen, en la colina, tenía un gran cuarto de estar desde el que se dominaba la ciudad a través de unas altas y señoriales ventanas. Tenía paneles de nogal y complicados adornos de madera sobre las puertas; en aquella estancia podía celebrarse fácilmente reuniones de cincuenta o sesenta personas, y se celebraban. Hombres negros importados de Roxbury, y mujeres blancas importadas de Cambridge hablaban allí, a invitación de Karen. Los derechos civiles, el feminismo, la perfidia del Pentágono y las corporaciones intrigantes y contaminadoras; se habían convertido en los grandes temas que allí se trataban, y los Owen se habían convertido en los caudillos locales del descontento, al menos en el pequeño círculo al que Mónica y yo habíamos sido atraídos. Nos dábamos el nombre de PCM: Preocupados Ciudadanos de Mather.

Mónica y yo nos habíamos criado católicos. Yo dejé de serlo en mi segundo año en el *college*, cuando murió mi padre, pero Mónica continuó siéndolo hasta que tomó la píldora. Nuestros tres hijos habían nacido en nuestros primeros cuatro años de matrimonio. Al principio, asistió a misa, aunque no podía comulgar; después dejó incluso esta práctica. Yo lo lamenté, pues era una parte de ella que había comprendido, como lamenté oírle hablar con acritud de la Iglesia. Las mujeres pueden ser así: reflexionan sobre algo y se indignan más y más en secreto y, de pronto, estallan, se convierten en revolucionarias. Yo tenía la impresión de que Karen había engatusado a Mónica en la fiesta de Navidad de los maestros, pidiéndole que fuese a su casa los días de fiesta, y la ayudase a enviar circulares. Mónica no se hizo de rogar. Entonces dejó de hacerse la permanente y de pintarse las uñas. Peinó hacia atrás sus negros e indómitos cabellos, recogidos en cola de caballo, y llevó jeans y zapatos deportivos no solamente en casa sino también para ir de compras. Dejó de luchar contra su peso. Supongo que Mónica estaba en su plenitud; había sido deportista en el Instituto de Mather (hockey sobre hierba, baloncesto femenino), y animadora, y ahora, quince años más tarde y con quince libras más de peso, había recuperado el viejo ímpetu infantil, aquel ardor incitante. A mí no me gustaba esto, pero ella no me consultó. De alguna manera, me había convertido en el opresor, en parte del «sistema», y los tres hijos que nos habíamos «dado» recíprocamente, como solían decir, habían sido una especie de mala pasada. Ella decía que la píldora era cancerígena y que yo debería someterme a una vasectomía. Yo le pregunté, irritado, si Karen y Alan no tuviesen hijos; ella lo sabía bien, y sabía que esto me interesaría. Hice caso omiso de la indirecta, excitado al considerar a Karen de esta manera y alarmado por el tono de Mónica. Una cosa era dejar de ir a misa (a fin de cuentas, la Iglesia *nos* había traicionado eliminando el latín, a San Cristóbal y el pescado de los viernes) pero esto empezaba a oler peor.

Sin embargo, asistí a las reuniones con ella, cruzando el distrito fabril de la ciudad y subiendo a Elm Hill. «Ayudad a los Negros», «Detened la Guerra», «Salvad la Ecología». Karen se sentaba a menudo al lado del orador, entrelazando las piernas con las patas de la silla de manera que aparecían unos cuadros blancos en las rótulas, y apoyando las puntas

de los dedos medio e índice sobre la comisura de sus labios, en una especie de V de Victoria, como disfrutando por no hablar demasiado. Cuando hablaba, no dejaba de meterse el pelo detrás de las orejas, además que percibí más tarde siempre que hacíamos el amor. A veces se reía, mostrando sus atractivos dientes imperfectos.

Alan se sentaba en una de las últimas hileras de sillas que habían instalado, con aire hosco y de superioridad, ya atontado por el alcohol a aquellas horas de la noche, pero apoyando a su mujer con su voz grave y autoritaria cuando ella lo necesitaba. Como abogado, había llevado ya casos de defensa de inquilinos y de prófugos, más que suficientes para hacer que los que podían pagar no formasen parte de su clientela. Era difícil saber hasta qué punto le afligía esto; era difícil descifrar lo que pensaba, sentado pesadamente en el fondo del salón y observando la escena con ojos soñolientos. Tenía largas pestañas, ralas las cejas y una frente alta y calva, tostada por el sol en verano.

Me era antipático. Me costaba respirar cuando él estaba en la sala. Cuando me miraba, no era como si no me viese, sino que me veía demasiado bien; sus ojos, con aquellas pestañas que parecían de avestruz y aquel blanco amarillento, parpadeaban y desviaban la mirada, después de captarlo todo y cansarse de ello inmediatamente. Fuese lo que fuere lo que le había ocurrido en la Costa Oeste, le había enseñado algo que hacía que el mundo no fuese ya muy útil para él. Sin embargo, tenía a Karen y su mansión victoriana, y clubes de golf y escopetas de caza y raquetas de tenis en los armarios, y los trofeos de venados de su padre en la biblioteca, y un nombre en la ciudad que todavía valdría algo cuando terminase aquella guerra y se acabasen las protestas.

Si hemos de hacerle justicia, Alan hubiese sido divertido si no hubiese bebido demasiado. Después de las reuniones, unos pocos preferidos podíamos quedarnos para ayudar a ordenar, y Alan sacaba su bajo y tocaba para nosotros. En su adolescencia, un excéntrico en los colegios particulares desde que tenía once años, se había aficionado a la música solitaria de aquel instrumento a la sazón de moda, y había aprendido por sí mismo a tocarlo. Era un buen mimo. Cuando se lanzaba, con voz cascada y aullando, yo podía ver montes verdes y un halcón cerniéndose en lo alto, y las bocas de minas de carbón, y sentir me tan patriótico que me escocían las lágrimas en las córneas; el país adorable que había sido América retornaba de inmediato, tal como había sido antes de que lo llenásemos demasiado.

Echando la cabeza atrás para dirigir el coro folclórico, Alan exhibía el flaco cuello como para que se lo cortasen.

Mientras Mónica y yo permanecíamos sentados, cautivados por la música y participando en los coros, Karen andaba de un lado a otro, recogiendo los vasos y los ceniceros, implicando con su actitud y su estereotipada sonrisa, que aquél era un acto que reservaba Alan a la compañía. Primero le había tocado a ella aullar; ahora le tocaba a él.

Cuando agotaba su repertorio, tomaba ella de nuevo la batuta, organizando juegos de palabras o ejercicios para incrementar nuestra percepción. Había traído de California aquellos juegos y ejercicios. Recuerdo que un sábado por la noche, todas las mujeres se escondieron detrás de una cortina hecha con mantas, y sacaron una mano para que los hombres las identificasen, y tengo que confesar, aunque me pese, que reconocí la de Karen, por sus venas azules, pero no pude acertar con la de Mónica, más gruesa y morena y de muñeca más velluda de lo que yo creía.

En muchos aspectos, yo no reconocía a mi esposa. Su despierta conciencia le permitía beber demasiado, permanecer levantada hasta demasiado tarde. Nunca quería volver a casa. Los Owens y los tiempos la habían corrompido. Y por inconstante que fuese mi corazón, yo quería tenerla en casa, educando a los hijos, manteniendo el orden como protección contra el día en que acabase este follón, este ir más allá de nosotros mismos. Mónica me había atraído por lo que había en ella de maternal, una gordura incipiente que se manifestaba ya a sus diecisiete años, en sus piernas lisas y rollizas con calcetines blancos de animadora. Tenía el pulso lento propio de atletas, y se dormía pronto. Cuando me acosté con Karen, en el brillante dormitorio de atrás de su grande y adornada casa, me costó aceptar el fervor febril que ponía en actos que, en Mónica, tenían cierto peso solemne, como de una concesión. Mónica me había confesado una vez que se contenía por miedo a perder su identidad en el acto sexual; Karen, en cambio, parecía buscar esta pérdida. Sus labios secos, cuando habían besado rápidamente los míos en la insegura reserva de la sala de profesores, habían tomado su estilo (se me ocurrió pensar), de los adolescentes que alborotaban a nuestro alrededor. Ciertamente, yo no merecía aquella agitación de los labios y la lengua, aquellos fuertes apretones de su delgado y ardiente cuerpo, cuyos latidos podía yo sentir contra los míos a través de nuestras cajas torácicas gemelas, y de mi chaqueta y camisa y corbata, de su jersey de lana. Incluso en el momento de la primera rendición, me di cuenta de que el cachemir era de lana. Y me pregunté si me habría tomado por un semental, por un sumiso y potente recluta de la clase trabajadora. Me repelió un poco el aire *estudiado* de su abrazo, un algo aprendido en los libros y demasiado bueno para ser verdad. Pero, con el tiempo, lo acepté como algo tan sencillo como su metabolismo, su temperamento natural. Estaba hambrienta de amor. Y también yo lo estaba.

Los días en los que ella no tenía que sustituir a nadie, se convirtieron en nuestros días, concentrados con dulces llamadas telefónicas desde la cabina que estaba junto a la cafetería, que los chicos solían atascar con chicle o fichas falsas. La casa de los Owens daba, por la parte de atrás, a unos acres de bosque que eran también de su propiedad. El gorjeo de los pájaros y el aroma de los pinos entraban por las ventanas. La fuerte luz era casi pornográfica; yo estaba acostumbrado a la oscuridad marital. Tenía, fuera, un acuario y un terrario, para aprovechar el sol, y una serie de pósters sobre la vida salvaje: *nosotros*, desnudos y en peligro, éramos vida salvaje. La eficacia bestial de nuestros encuentros tenía que compensar la ternura. Ella sabía el minuto en que yo llegaría y

estaba preparada, sin ropa y con el teléfono descolgado. Y sabía el minuto exacto en que tenía que marcharme. Cuando mis períodos de descanso eran antes o después de la hora del almuerzo y teníamos tiempo, lo empleábamos para discutir. Cuando LBJ anunció que no se presentaría a las elecciones, le dije que vendría Nixon y que esperaba que esto la satisficiera. La zaherí con esto mientras sus ojos brillaban todavía con la satisfacción del acto sexual. Tenía unos ojos de color claro de avellana, que se oscurecían cuando hacíamos el amor. Y tenía una manera de mirarme, de examinarme, que era tan reverente como la atención que prestaba al sapo y a la serpiente inofensiva de su terrario, echándose los cabellos atrás para observarme mejor o para metérsela en la boca. Yo, con mi prepucio y mi voracidad sexual y mis resentimientos de obrero, era simplemente vida para ella, una especie de tesoro.

¿Y qué era ella para mí? Una especie de cielo. Cuando salía yo a hurtadillas por la puerta de atrás, pasando junto a los cubos de basura que olían a las botellas vacías de Alan, Karen se quedaba en pie, en lo alto de la escalera, como un brillante jirón de cielo. Visto de cerca, su cuerpo era un mapa estelar, con las piernas y los hombros llenos de pecas. Incluso los trozos de piel que reproducían la forma de un traje de baño revelaban, si se observaba bien, algunas manchas oscuras donde había podido filtrarse el sol.

—Debes irte, querido —decía Karen.

Más experta que yo, según supongo, era ella quien dictaba las leyes de nuestra aventura. Y empecé a resentirme del hecho de verme sometido a su disciplina.

En el colegio, cuando actuaba ella de sustitua, me enloquecía verla en los pasillos, con sus cabellos rojos saltando sobre su espalda y su pequeño y elástico cuerpo lleno de nuestros secretos. Incluso aquí, estaba ahora el Movimiento en el ambiente; nuestros jóvenes polacos y portugueses no estaban ya dispuestos a que los reclutasen sin condiciones, y las clases de Derecho Político y de Historia, incluso de Ciencias en general, se habían convertido en campos de batalla. Aquella primavera, los estudiantes estaban alborotados en Columbia y en París. Malas enteras de arraigada presunción estaban siendo arrancadas a mi alrededor; pero me importaba un bledo. Tan locamente orgulloso me sentía al reunirme con Karen, en los minutos de Intervalo entre las clases, en aquel espeso revoltillo de perfume y goma de mascar y calor corporal.

Ella me advirtió un día:

—Me gusta que me toques, Frank, pero no debes hacerlo en público.

—¿Cuándo lo he hecho?

—Ahora mismo. En el pasillo.

Estábamos en la sala de profesores. Ella había encendido un cigarrillo. Parecía muy nerviosa, indignada.

—No me di cuenta —dije—. Estoy seguro de que nadie lo ha advertido.

—No seas estúpido. Los chicos se fijan en todo.

Era verdad. Había visto nuestros nombres escritos con lápiz y enlazados con el verbo correcto en una pared del lavabo.

—¿Te importa?

—Claro que me importa. Y también debería importarte a ti. Ambos podríamos salir perjudicados.

—¿Por quién? ¿Por la junta rectora del colegio? ¿Por la Legión Americana? Pensaba que la revolución estaba en marcha y se bailaba en cuerpo en las calles. Mira, soy partidario de esto.

—¡*Frank* ! Podría entrar alguien por aquella puerta en el momento menos pensado.

—Solíamos besarnos como locos, aquí.

—Esto fue antes de que tuviésemos nuestros días.

—Nuestras medias horas. Estoy harto de volver corriendo a la tabla de elementos con el aturdimiento posterior al coito.

—¿Lo estás?

El miedo que revelaban sus ojos fue un insulto para mí.

—Sí —le dije—, y estoy harto de la hipocresía. Estoy harto del insomnio. Ya no puedo dormir, porque te quiero a mi lado. Doy vueltas en la cama, tomo somníferos. A veces lloro para variar.

Ella se metió los cabellos detrás de las orejas. Su cara parecía afilada; su piel, tensa al lado de los ojos, a pesar de las arrugas diminutas.

—¿Se ha dado cuenta Mónica?

—No; ella sigue dormitando. Nada le despierta. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ha advertido Alan alguna diferencia en ti?

—No, y no quiero que lo advierta.

—¿No quieres? ¿Por qué?

—¿Necesitas preguntarlo?

El sarcasmo hizo que su cara pareciese malévola. Había una serie de presuntuosas suposiciones detrás de ella, que me resultaban odiosas.

Mi voz se hizo más fuerte.

—Puedes apostar tu lindo culo a que necesito preguntarlo —repetí—. ¿Por qué diablos no habría de hacerlo?

—*Calla*. Él es mi marido; ésta es la razón.

—Esto parece muy simple. Y bastante reaccionario, si me permites decirlo.

Betty Kurowski, primer año de álgebra y contabilidad, abrió la puerta, nos miró a la cara y dijo:

—¡Oh! Bueno, iré a fumar al lavabo de las chicas.

Cuando iba a cerrar la puerta, ambos le pedimos que no se fuese.

—Estábamos discutiendo sobre Vietnam —le dijo Karen—. Frank quiere bombardear el sur de China ahora.

Para aprovechar el verano, Mónica y yo trabajamos como asesores en un campamento de New Hampshire, a unos cuarenta minutos en coche desde Mather. Como si esta separación no fuese bastante, Karen y Alan pasaron un mes en Santa Bárbara visitando a la familia de ella. Vivían en una casa de un millón de dólares cerca de la playa. Ella iría sin duda en bikini durante todo el día. Por la noche, mientras Mónica dormía, yo me masturbaba como un chiquillo. Ni siquiera durante el día, entre el ruido del tenis de mesa y los gritos desaforados que sonaban en nuestro pequeño y turbio lago, podía dejar de pensar en ella, en su piel pecosa, luminosa, en su manera de comerme con los ojos y la boca. Ya estaba cansado de los niños, incluidos los míos; sin embargo, una de mis fantasías era que le haría un hijo. Un hijo con sus ojos de color avellana y mis cabellos negros: un duendecillo al que no habría que cambiar nunca los pañales.

En agosto regresaron los Owens de su mes de ausencia, y Mónica les telefoneó la primera noche, como si también ella les hubiese echado de menos. Ella y Karen convinieron en que ésta subiría un día al campamento para disfrutar de la naturaleza. Ella adaptó una lupa de joyero a una botella, para que los niños pudiesen observar en ésta una muestra de agua del estanque, y ver la vida diminuta y frenética que se desarrollaba en ella: pequeños óvalos y cilindros que saltaban de un lado a otro tratando de encontrar algo para comer sin ser comidos. Su piel era del color de la miel debido al sol de California, y sus cabellos habían sido decolorados por aquél hasta adquirir la palidez de una

mancha de zumo de naranja sobre un mantel, pero sus dientes seguían ligeramente torcidos, y sus rodillas, huesudas y vigorosas.

Después de esta visita, en que la había visto actuar con delicado afán como maestra, le escribí en el papel de nuestro campamento, que era amarillento y llevaba impreso un membrete verde con el nombre de aquél en pequeñas ramas de abedul. Encontré unas hojas hurtadas, hace unos años, cuando cambiamos de casa, y esto me hizo reír. Mi carta refería detalles de nuestros encuentros amorosos, y en ella proponía a Karen que rompiésemos nuestros matrimonios y nos casáramos los dos.

Era más un sueño violento que una proposición: el imperioso impulso de escribir, en un rincón del pabellón de picnic, mientras Mónica estaba en el lago dando clases de piragüismo, me indujo a hacerlo, así como el hecho de que estaba fuera de Mather escribiendo una carta que me llevaba de nuevo a ella. Era lo que ahora llaman una experiencia extracorporal. Me veía, muy pequeño, de nuevo en Mather, y era fácil manipularme en una vida de amor con esta otra muñeca. Me abstuve durante un día de echar la carta al correo. Pero, al releerla, las palabras me parecieron espantosas pero verdaderas, como los hechos crueles de la vida en el estanque.

En cuanto el buzón azul, cubierto de polvo en la orilla de la carretera de tres carriles de New Hampshire, hubo cerrado su boca de hierro, sentí que me había pasado de la raya. Había límites, y normas, como las paredes de cristal del terrario de Karen, dentro de las cuales me había dado ésta libertad. Fuera de aquellos límites había peligro, acechaba la muerte.

Y no era que hubiese mucho peligro de que Alan interceptase la carta. Yo sabía que la correspondencia llegaba a la casa de los Owens a eso del mediodía, cuando él estaba en su despacho o todavía en la cama con la resaca de la noche anterior. El alcohol corroía su sistema más y más, y le hacía difícil dormir por las noches. Tanto él como yo sentimos, por diferentes razones, que nuestras vidas estaban revueltas.

Siguieron días de silencio. Al principio, esto me tranquilizó. Pero cuando terminó el campamento y volvimos a estar todo el día en la ciudad esperé algún mensaje de Karen, al menos un detalle social brindado a nosotros dos. El barullo de finales de verano, al exprimir Nueva Inglaterra las últimas gotas de diversión de sus pocos meses cálidos, nos envolvía a todos, y pronto empezaría de nuevo el curso escolar. En Chicago, los demócratas nominaban a Humphrey, mientras Johnson estaba agazapado en la Casa Blanca. Por fin, Karen telefoneó un miércoles por la noche; ella y Alan habían invitado a varios miembros de la comunidad a mirar por televisión el alboroto, y la aceptación de Humphrey. La convención se prolongó, revelando ante nuestros ojos todo lo que tenía por sagrado, y nosotros seguimos los incidentes bebiendo brandy y cerveza y vino blanco. En vez de vulgares bocadillos, Karen nos sirvió platitos de alimentos saludables: uvas, sésamo y

semillas de girasol, incluso nueces de macadamia muy difíciles de encontrar. Alan no dedicó al bourbon y, a eso de las once, me encargué de ir al centro de la ciudad a comprarle otra botella. Los almacenes estaban cerrados, pero él estaba seguro de que el barman de Rudy's me vendería un quinto. Rudy's era la tasca principal del distrito fabril; mi padre había sido parroquiano asiduo de ella. Me molestó el encargo, como me habían molestado las largas veladas de mi padre en Rudy's, pero lo realicé y devolví el cambio a Alan hasta el último penique. Él dijo que podía haberme guardado el cambio y cuando se dio cuenta a pesar de lo nublada que estaba su mente, de que había metido la pata, trató de disimularlo bromeando sobre las buenas relaciones.

—Debe ser estupendo, Frank, tener buenas relaciones —me dijo—. Mi problema, en esta ciudad, es que yo no las tengo.

Lo había dicho en son de broma: evidentemente, los Owens estaban bien relacionados y nosotros éramos unos don nadie. Pero en realidad, lo que había dicho era cierto: Mather, a pesar de su lentitud, cambiaba un poco cada año y se había ido alejando de los Owens.

Alrededor de la medianoche, los otros preocupados ciudadanos empezaron a marcharse a casa. Y a eso de la una y media nos quedamos solos los cuatro, sentados a la antigua mesa de pino de la cocina, confeccionada en Mather cuando había habido aquí una comunidad de cuáqueros. La noche era cálida, con un calor de último aliento; a lo largo de la costa la brisa marina suaviza el verano, pero en nuestro valle del río, éste sigue siendo agobiante hasta que las hojas de los arces empiezan a cambiar de color. Los grillos cantaban al otro lado de la puerta persiana. Yo había tenido insomnio la noche anterior, y Mónica tenía que levantarse temprano para llevar a nuestro hijo Tommy al dentista, pero no hacíamos nada para marcharnos.

—Bueno, ¿dónde estamos? —preguntó bruscamente Alan.

Parecía centrar toda su atención en Karen, sentada frente a él. Mónica y yo lo estábamos al otro lado de la mesa.

—Aquí y allá —dijo Mónica, riendo entre dientes.

Había bebido mucho y se mostraba más maliciosa, más despierta, de como yo solía verla. Sus caóticos cabellos liberados estaban enmarañados y un poco erizados, y esto le daba el aspecto adecuado: rudo, alegre, étnico. El aspecto de Karen, con sus largos cabellos planchados y su nerviosa vulnerabilidad, pertenecía a un pasado que se desvanecía.

—No nos andemos con rodeos —insistió Alan, brumosa la mente, pestañeando, fijados sus bien dibujados labios en una irreprimible sonrisa burlona.

—¡Oh, qué buena idea! —dijo Mónica, mirándome para ver cómo me tomaba yo todo aquello.

—Alan, explica lo que *quieres decir* —dijo Karen.

Su voz, cuando hablaba con los niños, tenía a veces un tono zalamero. Era la que estaba menos embriagada de todos nosotros y, en un destello de iluminación alcohólica, vi pedantería en ella. Él se las daba de pícaro y ella le consentía, socráticamente, como me lo había consentido a mí cuando discutimos sobre los chicos que se iban a la guerra. Empleando su psicología.

—No te ocultes detrás de tu licor —siguió diciendo a Alan—. Explica lo que *quieres decir* .

Los grillos seguían cantando. Pareció renacer un viejo agravio entre los dos.

Yo tuve la impresión de que él no quería decir gran cosa, sino que hablaba por hablar. Yo estaba tan interesado en el temblor de las manos enjutas y pecosas de Karen al llevarse ' un cigarrillo a la boca, que tardé un rato en advertir la mano rolliza de Mónica sobre la de Alan. Estaba tan acostumbrado j a verla consolar a los chicos en el campamento que no hice caso de ello, considerando que también ella quería mimar a Alan.

—Él es Virgo —dijo Karen a Mónica, sonriendo después de encender el cigarrillo—. Los Virgo son *muy* reservados.

Él miró a su esposa con sus ojos de paz, soñadores y pasmados, y vi que odiaba el ingenio de ella que yo tanto adoraba. Por mucho que él me disgustase, pensé que debía tener sus razones. Abrió la boca para hablar y ella le incitó demasiado vivamente:

—¿Sí? —Su aguda sonrisa hizo que él se encerrase de nuevo en su concha.

Alan se inclinó más sobre la mesa, y la voz estridente y de vieja de Hubert Humphrey brotó de sus labios.

—Pongamos de nuevo a América por el buen camino —dijo, imitando el discurso de aceptación que habíamos oído, salpicados de manifestaciones de violencia en el exterior—. No hablemos del cinturón verde. —El último proyecto de Karen había sido despertar el interés de la comunidad para crear un cinturón verde alrededor de nuestra cansada pequeña ciudad—. Hablemos de...

—Debajo del cinturón —terminó Mónica por él, y ella y yo nos echamos a reír.

Frente a mí, al otro lado de la mesa, parecía ampliada, ahuecados los cabellos, ensanchada su cara bajo la película genial del alcohol. Su madre era gorda y tenía bigote, pero yo nunca había pensado que llegaría a parecerse a ella. Ahora ya se parecía, y no me importaba; tenía la impresión de que cuidaría de mí, aunque recientemente hubiese echado una carta al buzón ofreciendo separarme de ella. Las miradas que me dirigía eran como agujeros en la neblina que producían los Owens, urdiendo algo entre ellos. Ella y yo, y a su manera Alan, concordábamos con los grillos y con el chirrido ocasional de los coches que pesaban, pero nuestra camaradería era debilitada por algo resistente que había en Karen y por nuestra fatiga común; por ver demasiada televisión, también nosotros nos habíamos vuelto estáticos e irreales. Entonces nos dimos un beso de despedida, Karen y yo remilgadamente (¡qué seca era la boca que me ofreció!), y Alan y Mónica largamente, como un par de borrachos sentimentales. Al salir al porche, él no quería soltar la mano de Mónica. Había empezado a lloviznar. Mi esposa se quedó dormida en el coche, a mi lado, mientras el limpiaparabrisas barría las gotas de lluvia. La ciudad estaba desierta y las grandes fábricas vacías parecían majestuosas y benévolas, dormidas. Nosotros vivíamos al otro lado del río, en una urbanización a una milla del Instituto.

Fue nuestra última velada con los Owens. A la mañana siguiente, Karen telefoneó a mi casa cuando sabía que Mónica habría salido con Tommy.

—Se lo he dicho —me dijo.

—¿Se lo has dicho? —Un gran entumecimiento del corazón se mezcló con la resaca—. Pero, ¿por qué?

Le había respondido desde el teléfono del piso superior y podía ver, en la calle curva, unas cuantas hojas amarillas, las primeras en caer, yaciendo en las áreas mojadas por la lluvia de la noche.

La voz de Karen, ronca por la falta de sueño, deletreó cuidadosamente las palabras, como si estuviese explicando algo a un niño.

—¿No comprendiste lo que *Alan* —y me fastidió que hiciese hincapié en el nombre de Alan— quería *decir* la noche pasada? Estaba diciendo que quería acostarse con tu mujer.

—Bueno, supongo que sí. ¿Y qué?

Karen no respondió.

—Piensas —añadí— que hubiese debido pedírselo en privado, en vez de convertirlo en asunto de comité.

—La razón de que no pudiese expresarse claramente —dijo ella— es que no creía que tú me aceptases a mí a cambio. —Se interrumpió, y después

continuó, con la voz enturbiada por las lágrimas—: Sólo nos ha visto discutir.

—Es conmovedor —le dije.

En realidad Alan no me parecía conmovedor. Pero ella quería hacerme cómplice de su decisión.

—No puedo soportarlo, Frank. Él es tan inocente...

—¿Cómo tomó la noticia?

—Oh, se mondó de risa. Me tuvo despierta toda la noche hablando de ello. No podía creer..., esto no debería decírtelo..., no podía creer que me acostase con un vecino de la ciudad.

En la planta baja, mis dos hijos pequeños se habían cansado de la televisión y se estaban peleando. Yo dije:

—Pero, ¿lo habrás creído si se hubiese tratado de uno que no fuese vecino? ¿Con cuántos de éstos te has acostado?

—No digas eso, Frank. —Vaciló—. Tú sabes cómo estoy. Yo no le importo. Y se está hundiendo.

—Bueno, deja que se hunda.

Una frialdad, el frío de la muerte, se había apoderado de mí.

—No puedo hacerlo.

—Está bien. No creo que estuviese bien que nos delatases sin avisarle siquiera —dije, con cansada dignidad.

—Habríais discutido.

—Apuesto a que sí. Yo te amo. Te amaba. O llámalo como quieras.

—También lo hice por vosotros. Por ti y por Mónica.

—Gracias. —El día era brillante, claro, y pensé: *Cuando ella cuelgue, abriré la ventana para que entre un poco de aire* —. ¿Recibiste mi carta? —le pregunté.

—Sí. Esto era otra cosa. Me asustó.

—Quería ser una carta amable.

—*Era* amable. Sólo que... ¿un poco posesiva?

—¡Oh! Discúlpame.

Nunca volveré a acostarme con ella, nunca, nunca, pensó, y la ventana, a través de cuyos cristales estaba mirando, parecía una barrera translúcida que me separaba de enormes posibilidades: a un lado, yo, y al otro, mi vida, mi vida en el día brillante y desnudo.

Karen estaba llorando, pensé que más exasperada que afligida.

—*Yo quería* hablar de ello contigo, pero no había manera de llegar hasta ti; ni siquiera tuve ocasión de darte el regalo que te había traído de Santa Bárbara.

—¿Qué era?

—Una concha. Una concha muy bella.

—¿Que encontraste en la playa?

—No; ésas son ordinarias y pequeñas. La compré en una tienda, era una concha de los mares del Sur. Una concha excelente, de un blanco plateado por fuera y con peces de color de rosa por dentro. Ya sabes cuánto te gustan mis pecas.

—Tus deliciosas pecas —dije.

Aquel otoño, Karen no trabajó como maestra suplente; se fue a Boston y trabajó largos días para el movimiento pacifista. Amigos nuestros que habían permanecido en el círculo íntimo de los Owens, unos dijeron que algunas noches ella no volvía a casa. Si leéis las memorias de los radicales, se drogan y fornican. Karen y Alan se separaron al fin, en algún momento del período intermedio entre la orden de retirada de nuestras tropas por Nixon y Kissinger y el derrumbamiento de Vietnam del Sur. Él bebía cada día más; dejó de ejercer como abogado, a pesar de que su rótulo permanecía en el vestíbulo del edificio de oficinas del centro de la ciudad, donde tenía un local alquilado. Ella volvió a la Costa Oeste; él se quedó en nuestra población, como las fábricas vacías. Aunque sólo le veía muy de tarde en tarde, yo pensaba a menudo en él, siempre alegrándome de su caída. Mónica y yo nos habíamos trasladado a su barrio; tuvimos un cuarto hijo antes de que ella se hiciese esterilizar y, al encarecer más y más el petróleo para la calefacción, pudimos encontrar, en buenas condiciones, una casa grande de principios de siglo en Elm Hill, con una tercera planta terminada y un porche en dos de los lados. Hemos cerrado algunas habitaciones e instalado una estufa de leña en el viejo salón de techo alto.

La madre de Betty Kurowisky limpiaba dos veces a la semana la casa de Owens, a dos manzanas cuesta arriba de la nuestra, y fue Betty quien me dijo lo mal que estaba Alan.

—Un esqueleto —dijo—. Tendrías que ir a verle, Frank. Yo fui la semana pasada y hablé con él, y él preguntó por ti. Había leído en el periódico que te habían ascendido a primer auxiliar.

—¿Por qué tendría yo querer ver a ese sucio bastardo?

Betty me miró reflexivamente, por debajo de aquellas cejas negras y rectas que no concordaban con sus descoloridos cabellos.

—Por amor de los viejos tiempos —dijo con semblante severo.

Pedí a Mónica que me acompañase, y ella dijo:

—No es a mí a quien quiere ver.

—Hubo una vez que lo quiso ¿no te acuerdas?

—Aquello fue patético; fue su intento de contraatacar. Ahora ya no contraataca. ¡Pobre Alan Owens! Aquella familia era demasiado buena para este mundo.

Hablaba como su madre. Pero Mónica no ha engordado. Cuenta las calorías y sigue un curso nocturno de informática. Por las mañanas, ha estado trabajando de recepcionista y encargada de la facturación de un laboratorio de revelado de fotos, que ha alquilado media planta de la antigua fábrica «Pilgrim», y quieren que aprenda a usar el ordenador. Yo me siento orgulloso de ella, al verla salir por la noche con su elegante falda y su blusa. Es fuerte. Las que han sido animadoras en las competiciones deportivas conservan su fortaleza. A veces se gana y a veces se pierde, piensa. Cuando se supo la verdad acerca de Karen y yo, esto sólo hizo que se empeñase en ganar.

Karen envía cartas estereotipadas de Navidad. Ha vuelto a casarse, tiene un hijo y una hija y ha conseguido el título de arquitecto paisajista. Alan la había estado reteniendo, pero doce años atrás ella estaba demasiado insegura de sí misma para saberlo. A mí no se me había ocurrido entonces que el hecho de ser sexy podía constituir el medio empleado por una mujer para reprimir sus otros problemas.

Nadie respondió a mi llamada. La casa de Owens tiene una puerta principal ancha como una mesa de billar, con vidriera laterales grises y finos dibujos esmerilados, de manera que sólo pueden verse partes del interior. Las tablas del porche que quedaban a cubierto eran de color de calabaza, pero las que estaban a la intemperie se habían descolorido y se estaban descascarando. Folletos de propaganda se habían amontonado sobre el felpudo. La puerta no estaba cerrada con llave y se abrió fácilmente. En la planta baja veíase la mano de Mrs. Kurowsky; ciertamente, las grandes habitaciones estaban limpiísimas y ordenadas, como si nadie hubiese pasado por ellas. La larga cocina, con su mesita

cuadrada de ala bajada, parecía ajena a la comida. Dos mandarinas estaban medio cubiertas de moho verde en un cuenco de estaño.

—¡Alan!

Ahora lamentaba haber entrado allí; estar de nuevo en la casa después de tantos años, despertaba en mi estómago el agrio nerviosismo de aquellas visitas de mediodía que nunca habían de volver. El sol entraba sesgado como siempre por las ventanas de la cocina, haciendo brillar el mellado borde del fregadero de aluminio, y arrancando destellos a la pastilla de jabón en un plato de plástico agrietado. A ella le habían gustado esas flores y mariposas de vidrio de colores que se emplean para tirar de las persianas, y unas pocas de ellas pendían todavía aquí, captando la luz. Me detuve al pie de la oscura escalera de atrás, en cuya parte superior solía aparecer Karen desnuda como un pedazo de cielo, y llamé de nuevo:

—¿Alan?

Me asusté al oír su voz:

—Sube, Francis.

Siempre había tenido una voz más grave y melodiosa de lo que cabía esperar de su flaca y endeble complexión, y todavía conservaba su timbre, aunque la voz sonaba apagada y temblona como la de una vieja. Recordé su imitación de Hubert Humphrey. Subí la escalera, recordando cómo mis ojos se apoderaban de Karen, de sus tobillos, sus rodillas, su sedoso triángulo ambarino, cuando cada paso me acercaba al nivel de su agitado y excesivamente complacido abrazo, palpitando su corazón a través de sus costillas arqueadas y sobre mi ropa de maestro, apretadas mi corbata y mi tosca camisa de algodón contra la seda fresca-cálida de la suya.

—Aquí —dijo la voz, ya más débil.

Yo había temido que estuviese en la brillante habitación de atrás que ella y yo habíamos usado, pero estaba en el dormitorio que había sido el de ellos, en la parte delantera de la casa, sombreado por la copa de dos grandes hayas del exterior. Y las persianas estaban bajadas. Flotaba en la oscura habitación un olor que al principio me pareció de medicamentos, pero que después vi claramente que era de whisky, el vergonzoso olor que queda en la botella vacía. Alan estaba sentado en el centro de su revuelta cama, en pijama a rayas y un desabrochado albornoz azul pálido, en la posición del loto y fumando un cigarrillo. Tenía un aspecto espantoso, demacrado, con una barba negra y desigual de varias pulgadas. Había perdido los cabellos en una limpia franja en lo alto del cráneo, pero los restantes le llegaban casi hasta los hombros. Su piel era mate y fina como el papel de calco, y había algo radiante en el blanco empeine de sus pies descalzos. La habitación estaba muy

caliente, elevado el termostato al máximo, cosa un tanto ostentosa en aquellos tiempos.

—Alan —conseguí decir—. ¿Cómo te encuentras?

—No del todo mal, Francis. ¿Qué aspecto tengo?

—Bueno, estás delgado. ¿Es que no comes?

Él se llevó el cigarrillo a los labios como suelen hacer los niños que aprenden a fumar, tratando de seguir la punta con los ojos. Sin embargo, se lo quitó de la boca y exhaló el humo con naturalidad.

—He estado sosteniendo una pequeña guerra con mi estómago —dijo—. No puedo retener nada en él.

—¿Has visto a un médico?

—\Bah\ —Hizo un breve ademán con su mano, ahora toda huesos. Sus gestos se habían vuelto cansados, demasiado flexibles—. Siempre dicen lo mismo. Yo sé lo que tengo, un microbio en el estómago que hace de las tuyas. Una secuela de la gripe.

—¿Qué es lo que ellos dicen siempre? —le pregunté—. Me refiero a los médicos.

Sus manos se habían vuelto tan frágiles que el vello de sus dorsos parecía crecer con vida propia. Volvió la cabeza en dirección al polvoriento marco de luz de la persiana más próxima a la cama; aunque era muy débil, aquella luz le hacía entornar los párpados, y una sombra cóncava en su sien revelaba el borde afilado de un hueso. Se volvió de nuevo hacia mí y ladeó la cabeza con coquetería.

—Ya lo sabes, hombre —dijo arrastrando las palabras, tratando de ser simpático—: Prescinda de las salsas. Pero las salsas nunca me han hecho daño. Es cuando prescindo de ellas cuando empiezan los horrores.

Abrió mucho los ojos, recordando. Por un instante, su voz adquirió un tono sincero.

Debe tener miedo a la muerte, pensé; pero, como caballero que era, quería disimularlo. Como consecuencia de ello, parecía una especie de lúgubre marioneta: tan demacrado, abotagada la cara por el alcohol, hubiéramos dicho un pirulí con barba de Rasputín». Sentí miedo, mezclado con esa sensación de importancia que experimenta el testigo de un desastre.

Encontré valor para decirle: —No puedes seguir así, Alan. Te deshidratarás. Realmente, tienes que *hacer* algo.

Era lo que él quería que dijese, para poder desdeñarlo. Lanzó una risa burlona y carraspeó suavemente para ponerme en mi lugar.

—Yo no soy tan activo. Pero hablemos de ti. Veo que te han ascendido.

—Es lo que ocurre, si estás allí el tiempo suficiente.

—Siempre tan modesto —dijo él—. Y te trasladaste a esta calle.

—¿Te importa?

No sé si me había oído. Sus siguientes palabras brotaron como si hubiesen sido grabadas en una cinta, y movía la cabeza mientras las pronunciaba lentamente.

—Siempre supe que harías carrera dentro de tu medianía. Uno de esos elegantes patanes con traje que coméis bistec todas las noches de los viernes, en el Golden Grille, y os levantáis de la mesa para charlar con un miembro de la junta directiva del colegio, y todo el mundo está contento, diciendo que están seguros de que iréis de puerta en puerta recaudando fondos para la nueva ala del hospital, o vendiendo entradas para el mitin de K de C y todas esas monsergas, en interés público. Yo solía decirle a Karen que acabarías siendo uno de esos distinguidos palurdos con traje de tres piezas. ¿Dónde está la tercera? —Gimoteó—. Pareces un maldito galán, Frank.

Me eché a reír. Llevaba chaqueta y pantalones grises de franela. Moviendo la cabeza, extrañamente teatrales los ojos de largas pestañas, parecía estar buscando la tercera pieza en los rincones del techo. Sí, me reí con él. El ambiente de la habitación era interesante, con su penumbra y sus malos olores, y había cierta grandeza en la ruina de aquel hombre, que ya no disimulaba su desprecio por todos nosotros.

—Sí —afirmé—. Karen me dijo una vez que no podías creer que se acostase con un hombre de la ciudad.

—Con un lechuguino. Creo que dije lechuguino.

—No lo dudo.

—Estás en deuda conmigo por aquello. Estás en deuda conmigo, hermano.

—De esto hace mucho tiempo. ¿Qué ocurrió después entre vosotros dos?

Él miró de nuevo la persiana, como si pudiese ver a través de ella.

—Karen era... codiciosa. —Las palabras brotaron de su boca como si se las dictase otro, un apuntador cuya voz tenía que esforzarse en

escuchar y repetir—. Estás en deuda conmigo hermano —repitió, embriagado.

—¿Qué puedo hacer por ti, Alan? —dijo, con voz que me pareció tonante—. Yo no soy médico, pero creo que necesitas uno.

La tercera pieza que había él mencionado, el chaleco, parecía estar sobre mi pecho, haciéndome más resistente, acorazado, despiadado desde mi buena salud.

Él me rechazó con afeminados y nerviosos ademanes.

—Podrías ir a comprarme algunas cosas —dijo—. Con esa maldita gripe, apenas si puedo ir hasta el retrete. Las piernas no me llevaban.

—¿No puede la madre de Betty ir a la compra por ti?

—Ella sólo sabe comprar cosas repugnantes. Cereales para el desayuno. Zumo de naranja. No sabe...

—¿Qué es lo que no sabe Alan?

—Lo que es bueno para la gripe.

—¿Y qué es? ¿El bourbon?

Me dirigió una mirada turbia y desvalida.

—Sólo para aguantar hasta que recobre el uso de mis piernas.

—Con una condición, Alan. Que llamarás a tu médico.

—¡Oh, claro! Desde luego. Sé que dirá que no es más que una gripe. Mi cartera está encima del escritorio...

—Yo te invito.

Como había dicho Alan, yo estaba en deuda con él. Esta vez no hubo contratiempos con el barman de Rudy's; pagué 18,98 dólares por una botella con asa, de medio galón del mejor Wild Turkey, garantizado, en la caja del supermercado de licores del nuevo centro comercial, al otro lado de Elm Hill. Volví cuesta arriba y subí la escalera: estaba haciendo horas extraordinarias. Alan no estaba en la cama, sino en el cuarto de baño; escuché un momento y oí un ruido seco de náuseas. Dejé la botella sobre la mesita de noche.

¿Quién puede saber si fue aquella botella la que le mató? Le mató una multitud de botellas que se mostraban a su malograda adolescencia. No fue la mañana siguiente, sino la semana siguiente, cuando le encontraron acurrucado, rígido en la posición del loto, junto a la taza

del retrete. Cuando abrieron la puerta (la madre de Betty había llamado a la Policía, sospechando lo que había detrás de aquélla), su cuerpo se derrumbó de una pieza, como un tronco. Deshidratación, hemorragia interna, fallo del corazón. Betty nos dijo que había botellas vacías en todas partes, debajo de la cama, en el armario. Me imaginé la mía, agotada, tirada de costado en el suelo, resplandeciendo cuando al fin levantaron las persianas. Tal vez fue en aquella botella en la que pensé cuando aquel estudiante trajo la concha de nautilo. O en la concha que Karen nunca llegó a darme. O en aquella gran mansión, con todas sus habitaciones y aquella mujer desnuda y pecosa esperando en una de sus celdas.

Pensando que debería dar una nota más positiva, levanté de nuevo el *souvenir* y dije a la clase:

—En esta forma hay una clara lección. ¿Quién sabe cuál es?

Nadie lo sabía.

—Crecimiento —dije—. Todos tenemos que *crecer*.

APRENDE UN OFICIO

—¿Móviles? —repitió Fegley por teléfono, con una impresión de desaliento.

Era uno de esos escultores que trabajan con chatarra, internacionalmente famoso y cuyos ingresos anuales se escribían con seis cifras; pero, en el fondo de su mente, seguía siendo el impopular e inadaptado adolescente que se encaminaba a una oficina de correos de Missouri para enviar un sobre de papel castaño, conteniendo historietas y dirigido a *Collier's*, o para recoger un sobre del mismo papel, devuelto por la misma revista con una nota de rechazo. Partch, Hoff, Rea..., los imitaba a todos, y sin embargo, se lo devolvían todo. Una vez trató de vender una historieta al único periódico de la ciudad más próxima, y después la llevó a los grandes almacenes de la localidad, como posible base de una campaña publicitaria. Su madre fue con él, aquel día, a la ciudad, pues él era demasiado joven para conducir, y un fotógrafo callejero les tomó una instantánea caminando juntos, ella sujetando su bolso y él llevando su carpeta bajo el flaco brazo, ambos con apariencia distraída y cansada. Su madre había consentido su «creatividad», la había fomentado. Casi su primer recuerdo de ella era el de una joven sentada con él en la raída alfombra, llenando con lápiz de color un espacio en lo alto de la página de un cuaderno de dibujo abierta delante de él; al niño que él era entonces, le pareció maravilloso que ella, sentada frente a él, pudiese colorear al revés y con unos trozos tan firmes y suaves que nunca salían fuera de las líneas impresas. El padre de Fegley, que aumentaba los ingresos de la granja trabajando como carpintero por su propia cuenta, se retorció las manos al pensar que su hijo estaba desperdiciando su vida con ambiciones sin esperanza. «Aprende un oficio —le suplicaba al muchacho—. Aprende un oficio serio, y entonces podrás perder el tiempo que te sobre con esas gansadas de artesanía artística». Una noche, estando en la cama, poco antes de ir a una escuela de arte de Nueva York, Fegley oyó que su padre decía a su madre en la planta baja: «Lo único que harán será destrozarle el corazón».

Al oír esto, el muchacho se había reído burlescamente. Y en definitiva, imitando las divertidas esculturas de Picasso y de Ipoustéguy, había pasado de las historietas a un mundo de galerías y dúplex espaciosos, y salas expectantes de museo que su padre había soñado siquiera que existiesen, demostrando que su padre estaba equivocado. Sin embargo, con el paso de los años, más le parecía a Fegley que su padre había tenido esencialmente razón.

Siguiendo la pauta de su generación, se había casado joven, había tenido cuatro hijos y, finalmente, se había divorciado. Su primera esposa, a la que había conocido en la escuela de arte, ora también artista: Sarah pintaba delicados bodegones y paisajes impresionistas,

que a menudo abandonaba antes de terminar. Generalmente, había algún error de perspectiva, aunque los colores eran notablemente acertados. Durante los años que vivieron juntos, él se censuraba a veces por no haberla animado más; pero en realidad, todas aquellas «gansadas de artesanía artística» le deprimían, y esperaba que sus hijos se convirtiesen en científicos. Sobre todo a los dos muchachos, no paraba de regalarles telescopios y microscopios, juegos de química y libros de problemas matemáticos, y ellos se pasaban toda una velada observando los anillos de Saturno o toda una tarde estudiando ampliaciones de granitos de sal, y después, los caros tubos de metal cromado iban a parar a armarios atestados ya de balones deshinchados y de aparatos cuyas baterías se habían agotado. Las dos hijas de Fegley, al convertirse en mujeres, con las distancias y los silencios propios de las mujeres, se llevaban pinceles y carpetas cuando iban a tomar baños de sol, y cuando estaban en casa, escribían solemnemente haikai sobre cristales de roca con plumas de cuervo. Su madre fomentaba todo esto, después de haber dado ejemplo con sus propios esgarces que continuó, a intervalos, en su edad madura; la casa estaba llena de telas de Sarah a medio terminar. Fegley realizaba sus imponentes y triunfales esculturas (las más famosas eran las series de gigantescos y bruñidos insectos fabricados con bloques de motor y sistemas de transmisión desechados), en un viejo taller que alquiló a dos millas de la casa, a orillas del Hudson, río abajo. No invitaba a sus hijos a visitarle allí, e incluso hacía que le envasen allí la revista *Artnews*, a la que estaba suscrito. Era como el hombre que, habiéndose salvado milagrosamente en un naufragio, quiere aconsejar a todos los demás que se queden en tierra. Al hacerse mayores los dos chicos, se congratuló de que pareciesen más interesados en aplicar los pies a los balones de cuero y a los aceleradores de los coches, que en manejar instrumentos sobre el papel. A diferencia de él cuando era joven, se adaptaban bien, y eran populares y expertos en los deportes. El mayor fue a la universidad, resuelto a destacar en el fútbol ya que había sido un jugador espectacular en el internado, pero por alguna razón, bajo la nube del procedimiento de divorcio de los padres, abandonó el deporte y pase al estudio del séptimo arte; siguió cursos (¡nada menos que cursos universitarios!), en los que se analizaba el ritmo mordaz de las viejas comedias de Laurel y Hardy, y la avanzada movilidad de la cámara en las comedias musicales de los años cuarenta. Ahora vivía en un mísero desván de Manhattan junto con otros varios aspirantes al mundo cinematográfico, jóvenes al más perdidas que callejeaban y vendían virtualmente (¿quién sabe?, tal vez realmente), sus cuerpos por una promesa apenas murmurada de convertirles en ayudante del ayudante del operador, en un documental para la televisión sobre la abeja asesina africana. Las hijas de Fegley también se habían marchitado en el limbo del esfuerzo artístico; una de ellas estaba en el norte de California haciendo «cacharritos» con arcilla del jardín de atrás de la casa de su amante, y la otra dirigía una revista de genealogía en Cincinnati, mientras trabajaba, sin la menor esperanza, en una ambiciosa novela feminista titulada *Desde Eva*. El único que no había sido contaminado por la creatividad era el hijo menor, Warren, de diecinueve años, anchos hombros y ojos castaños, que durante un tiempo había coleccionado mariposas y muestras de rocas, y que era muy hábil con las manos;

incluso había dado señales de convertirse en carpintero, trabajando varios veranos con su abuelo, antes de que el viejo muriese. Por fin, había pensado Fegley, tenía un hijo práctico, que tocaba de pies en el suelo.

Por esto se sintió Fegley desalentado cuando oyó que el muchacho estaba haciendo móviles aquel verano.

—Pero, ¿y su empleo? —preguntó.

—No creo que llamase nunca al número que le dio Clara —dijo Sarah.

Clara, la actual esposa de Fegley, era ingeniero, trabajaba en una empresa de White Plains y había dado a su hijastro una Indicación que podía valerle un trabajo de verano con un equipo de reparación de carreteras.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de móviles? —preguntó Fegley.

—Son deliciosos —respondió la voz lejana—. Hay que verlo para creerlo. Deberías venir a echar un vistazo.

La voz se estaba apagando; tenía la mala costumbre, que él no había advertido realmente mientras vivieron juntos, de bajar el micro del teléfono hasta la altura de la barbilla mientras hablaba.

—Está bien, ¡maldita sea! Iré en seguida —dijo Fegley—. Quiero *hablar* con Warren. Clara se tomó mucho trabajo para encontrar un contratista que tuviese una vacante para un menor de edad.

Salió de su nuevo estudio, una gasolinera abandonada en Port Chester, con sus queridos montones de chatarra y su agradable y unificador olor a soldadura, y condujo su elegante «Porsche» hasta la maltrecha carretera, en la red atestada de tráfico que enlazaba las ocultas y verdes fuentes de riqueza de Westchester County. Hizo el trayecto de treinta minutos por la 287 hasta su antiguo suburbio.

Era extraño encontrarse en su anterior hogar. Aquella gran casa urbana, antaño llena de niños, con su música y su alboroto, estaba ahora en silencio y sus muebles no le eran ya tan familiares. La ex Mrs. Fegley tenía un nuevo marido, un acérrimo fumador de pipa cuyos rastros y olor estaban en todas partes. A semejanza de Clara, el hombre llevaba una vida utilitaria, prosaica, y trabajaba todo el día. Sarah todavía pintaba y, lo que era peor, había mejorado; sus últimas naturalezas muertas estaban terminadas hasta el último rincón, y la perspectiva era impecable. Anunció, en son de disculpa:

—Warren dijo que volvería en seguida. Le dije que tú vendrías.

—Ya. ¿Adónde dijo que iba?

—Al centro de la ciudad, a comprar más alambre de cobre. Necesita mucho para los móviles.

—Apuesto que sí. ¿Sabes lo que cuesta ahora el alambre de cobre?

—Desde luego. ¿Quién crees que le da el dinero para comprarlo?

—Entonces, ¿por qué le dejas?

—También te dejaba *a ti* —dijo ella, desviando rápidamente la mirada, gesto equivalente a dejar que el teléfono resbalase sobre su mentón.

Era verdad: ella le había dejado hacer su voluntad. Le había consentido. Durante un tiempo, ella había cuidado de la manutención de los dos, trabajando de dependienta en la antigua «Bonwit's» de la Quinta Avenida.

Sarah había engordado, sin mengua de cierta gracia natural que se proyectaba en el aire desde sus muñecas y tobillos. Adaptado a la imagen de ella y al ambiente de la casa, Fegley recordó los garabatos traídos del jardín de infancia y fijados con imanes en el frigorífico, las esculturas hechas con restos de madera, y traídas a casa desde sus residencias de verano, los collages de vidrios encontrados en las playas, los haikais dibujados con plumas de cuervo, los recortes de linóleo en Navidad, los circos de cartón. Una vez, Fegley había comprado a los niños un juego de piezas Cuisenaire para inculcarles la teoría de los números, y la niña pequeña, que tendría entonces unos cuatro años, había tomado dos de las unidades que representaban el número uno (pequeños cubos de madera), y dibujado puntos en ellas para hacer dados. Había hecho gatitos con las piezas rectangulares que representaban el número dos, perros con las más largas del tres, personas con caras y corbatas de lazo con las todavía más largas del cuatro, y rascacielos con ventanas y puertas entoldadas, con los cinco. Sarah se había quedado pasmada ante aquella muestra de «creatividad». La niña, pensó ahora Fegley, se había merecido una azotaina. Y habló con furia retardada:

—Criaste a esos chicos para vivir en un país imaginario. El mundo no *necesita* todas esas gansadas. Necesita enfermeras hábiles. Necesita agentes de seguros. Deberías *decírselo* .

—A ti nunca te lo dije —replicó ella, con la misma voz suave y remota—. ¿Por qué tendría que decírselo *a ellos* ?

—Yo era diferente —dijo él—. Era un ignorante. Estaba desesperado por salir de mi Missouri. Nuestros hijos no están desesperados; lo suyo es un juego.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo? Él está *muy* entusiasmado. Nunca le había visto trabajar con tanto empeño; se pasa todo el día y parte de la noche en el sótano, martilleando y aserrando.

Fegley recordó las manos de su padre, en las que se combinaban las blanquecinas cicatrices de heridas causadas por el cincel o por la sierra, con abultadas verrugas pardas en los dorsos. Aquellas manos habían hecho un trabajo honrado, solía pensar Fegley, y las admiraba; y ahora las suyas propias, melladas por el metal, se les parecían mucho. La imagen de su hijo de anchos hombros, en el sótano, cautivo de una ilusión, y la de una mujer a la sazón joven y esbelta, plantada sobre sus doloridos pies detrás de un mostrador de «Bonwit's», y la de su propia madre en su juventud, sentada delante de él, dibujando a lápiz en los peores tiempos de la Depresión..., todas estas imágenes superpuestas le afligían con un patetismo y una impresión de pérdida de tiempo que eran paralizadas. Su ex esposa tuvo que sacarle de su ensimismamiento.

—¿Por qué no bajas a echarles un vistazo?

—No quiero ver esas malditas cosas. He venido a verle a él.

—Si he de serte franca, es posible que tarde en volver. Creo que tenía miedo de lo que tú le dirás, y que se marchó por esto.

Warren había heredado de ella los ojos castaños, con la misma opacidad evasiva.

—¡Pobre pequeño Warren! —dijo Fegley, y bajó la escalera de su antiguo sótano.

Los trozos de madera y de chatarra de los viejos tiempos, de cuando él había trabajado en casa, habían desaparecido misteriosamente; sobre su antiguo banco de trabajo había un extraño montón de alicates y cizallas, alambres enroscados, recortes de hojalata, cola, cinta adhesiva, y hojas mutiladas de plástico y de cartón. Un tubo fluorescente nuevo iluminaba el lugar de trabajo, pero Warren había colgado los móviles terminados en la penumbra que se extendía debajo de las tuberías envueltas en telarañas, y de los travesaños del techo hasta la oscura y lejana pared. Cada móvil encarnaba una idea diferente: algunos sugerían el vuelo de los pájaros; otros, las escamas de un dragón; algunas, de alambre de cobre retorcido, terminaban como puntas curvas de helechos, y otros mostraban, en los extremos de unos brazos de alambre negro invisible, pálidas pelotas en forma de media luna o de círculo, ordenadas en secuencias que se extendían hacia fuera en precarias cascadas espaciales, que se movieron suavemente al sonar en la escalera las fuertes y proféticas pisadas de la madre del creador.

—¿Lo ves? —preguntó Sarah.

Cada móvil, por sí solo, habría podido parecer baladí pero, colgado en cantidad tan grande, sin que nadie los comprase, sin que el mundo los pidiese, esperando allí en la oscuridad, producían el efecto de una especie de bosque o de un firmamento lleno de estrellas que titilaban, una tras otra, en un alejamiento que evocaba el infinito.

—Sí —tuvo que decir Fegley, casi como hablando consigo mismo.

Su ex esposa se acercó y se quedó de pie junto a él, para lograr la misma perspectiva.

—Eso está bien —le dijo él—. Sigue destrozándome el corazón.

EL PUEBLO IDEAL

Desde luego, nuestro grupo conocía desde hacía tiempo la existencia del pueblo; sin embargo, temíamos que nuestros pilotos, Fidel y Miguel, fuesen incapaces de localizar el claro en la vastedad de la jungla. Todavía no hacía un mes que el crepúsculo había alcanzado a un avión de suministros que se dirigía a la franja de aterrizaje de cierta misión luterana situada aún más al sur, y el piloto se había asustado y tratado de buscar las luces de la costa. El carburante que tenía le había llevado hasta los Montes de Hierro, donde el rastro dejado por su caída (según vimos desde el aire) era indistinguible del vertedero de una mina. Y nuestro segundo avión, el pilotado por Miguel, perdió el contacto por radio entre las nubes (aquellas nubes extrañas que en esta parte del mundo se forman directamente sobre los ríos vaporosos, de manera que el cielo parece lleno de enormes serpientes), pero más tarde resultó que se había limitado a sintonizar su aparato con la emisora del gran campamento rebelde de los Montes de Oro, que transmitía incesantemente música *reggae*. (El campamento está precisamente junto a la frontera, y los rebeldes tratan de derrocar, no nuestro gobierno ejemplar y democrático, sino el del país vecino, cuyo régimen es deplorable). Quince minutos después de aterrizar nosotros, se materializó en el cielo el «Cessna» de Miguel, como una forma no mayor que un buitre e igualmente indolente en sus movimientos. Le ovacionamos, incluso el jefe prorrumpió en vítores, aunque había visto mucho dolor en los años en que había ejercido de quiropráctico en la ciudad, y tenía que velar siempre por su dignidad.

Él y los curas radicales se habían acercado para saludarnos, aunque con cierta renuencia, mucho después de que nuestros motores se hubiesen parado y de que la descarga de nuestro equipaje (mochilas y chinchorros y refrigeradores de plástico), hubiese formado ya pequeños montículos sobre la tierra apisonada, a la sombra de las alas de nuestro avión. La pista de aterrizaje era también la calle mayor del pueblo, y las corrientes de aire producidas por nuestro aparato habían arrancado puñados de hierba de los techos cónicos de las cabañas, y el ruido de nuestro motor había interrumpido la siesta de muchos. De los dos sacerdotes, uno era alto, pálido y elegante, con un ceceo español en su acento, y el otro era más bajo y moreno, con su sangre mezclada agitándose en su interior como algo vivo y reprimido. El jefe tenía, desde luego, facciones puramente indias, aunque debilitadas y amargadas por sus años de experiencia metropolitana. A su edad más que mediana, se había sentido atraído por la nobleza de aquel experimento (el comunismo y los valores de la raza perfectamente combinados), y regresado a su pueblo natal. Llevaba la faja de plumas de loro propia de su tribu, que no le cubría del todo las nalgas, los brazaletes de piel de mono que indicaban su rango, y el chaleco de un traje gris. Miguel aterrizó con su pequeño «Cessna» de franjas rojas, que rodó sobre el suelo hasta detenerse, seguido de una muchedumbre

de chiquillos. Algunos de éstos iban desnudos y otros llevaban téjanos azules, pero todos parecían rebosantes de salud, alegres y tranquilos, en contraste con los niños de los pueblos no ideales que habíamos visitado previamente. No había mendicidad, y los niños de ojos de ónice sólo mostraban una curiosidad táctil por nuestro aparato, o por los elegantes y llamativos vestidos urbanos de las hembras de nuestro grupo.

Nos mostraron nuestras habitaciones, donde algunos aldeanos varones colgaron nuestros chinchorros de las vigas, sujetándolos con nudos que sólo ellas sabían hacer, y con tanta rapidez que ni siquiera Ortega, nuestro experto en nudos, podía seguir sus movimientos. Cada tribu, de cultura basada en fibras y plantas trepadoras, y que hace treinta años fue el asombro de los antropólogos pioneros, debido a la complejidad de sus redes de pesca y sus puentes colgantes, se jacta de un lenguaje secreto de nudos, para cuya ejecución los autores mueven febrilmente los morenos dedos mitad, coreando la terminación de cada nudo con una carcajada, mitad de desafío y mitad de celebración, de sus bocas desfiguradas por la perpetua toma de tabaco verde.

Nos dieron un rato para descansar, y después nos acompañaron para realizar la esperada visita a los huertos de alcachofas, a los campos experimentales de algodón, a la larga cabaña donde tejen las mujeres los modelos ancestrales, en telares accionados por los generadores de la aldea, y las pequeñas chozas donde los viejos tallan en madera de kapok las eternas y siempre iguales figuras de coatí, capibara, jaguar y ciempiés, que se venderán en las tiendas de recuerdos de los aeropuertos, a mil millas de distancia. Esta industria, según explicó el cura más alto en su catalán epiceno, dista mucho de ser ideal pues, al igual que tallan las formas animales, reconocen que han perdido su significación animista sagrada. Estamos aquí en un período de transición, dijo. Estos viejos (con gesto estereotipado de la inclinada y en parte afeitada cabeza), sólo pueden crear estas formas que sus padres confundieron seriamente con criaturas vivas. La próxima generación, al menos así lo esperaba, se libraría de las viejas sombras y produciría tallas en madera que expresarían, a un tiempo, el genio individual de cada uno y la belleza del acervo común. Si tales figuras serían populares en las tiendas de los aeropuertos, era algo que estaba por verse. «Aquí avanzamos a base de pruebas y sacando provecho de los errores —dijo—. No desdeñamos los términos medios. Sólo en los fines últimos somos doctrinarios».

Estos fines, inútil es decirlo, eran la libertad, la igualdad, la fraternidad, el control del trabajador sobre los medios de producción, la eliminación de la opresión declarada o cubierta. En pocas palabras, un contrato social sin límites coercitivos. El cura más bajo se reía, con su entusiasmo de mestizo, en los campos de alcachofas donde empezaban a espesarse las sombras, hoja sobre hoja; y con sus manos rollizas, ligeramente ahuecadas, esbozó momentáneamente una forma mística delante de su sotana, una forma intangible cuyos bordes no ligaban.

Nadamos en el río. Nos aseguraron que en aquel sector no había pirañas, y que los caimanes estaban en su *sazón de letargo*. Conchita y Esmeralda estaban muy seductoras con sus bikinis, esbeltas, morenas y nerviosas. El agua parda y opaca ocultaba su carne de rodillas para abajo, como una fina capa de pintura mágica; sin embargo, salimos de allí sin cambiar de color, y sin ser devorados. La vegetación a lo largo de las riberas era alta y monótona; nuestro botánico, Fernando, nos explicó que muchas especies habían sido formadas por la naturaleza de manera que pareciesen casi exactamente iguales. Un explorador marciano, siguió diciendo, encontraría microbios y líquenes aunque aterrizase en nuestros helados polos, tan abundante es la vida en este magnífico planeta.

Al cruzar, envueltos en nuestras toallas, la ancha plaza de tierra del centro del pueblo, entre la cabana de las celebraciones y la de iniciación de los adolescentes, nos chocaron unas piedras grandes y lisas, colocadas en el lugar sin orden aparente, y que proyectaban largas sombras al acercarse el crepúsculo. Luis, nuestro antropólogo, presumió que eran hitos de algún rito o juego. No andaba muy equivocado; el melancólico jefe explicó alegremente que los jóvenes del pueblo probaban su fuerza levantando aquellas piedras. A pesar de nuestras cortesías aunque no enérgicas protestas, fue llamado el campeón del pueblo: un joven bastante gordo con pantalón vaquero y camiseta estarcida de manga corta (con un anuncio de *Zapatos Bata*, aunque él iba descalzo), que se adelantó incitado por sus compañeros, como una muchacha ruborosa. Se quitó la camiseta mostrando un pecho suave, redondeado, casi femenino. Se acercó a una de las piedras, probablemente la más pesada, pues por algo era el campeón, y, con súbita decisión, tiró de un extremo hasta que el monolito quedó de pie. En esta posición, parecía más pesado, al alargarse su sombra en gran manera. El muchacho se agachó y abrazó la piedra, como abrazaría un padre al hijo pequeño que acabase de demostrarle su necesidad de afecto. Entonces trató de erguirse con su carga, y toda la multitud (pues nuestro arco de espectadores se había multiplicado y con vertido en un círculo completo con la llegada de muchos habitantes del pueblo), guardó un tenso silencio, manifestación de empatía con su esfuerzo. Al primer intento, la piedra le desequilibró, y tuvo que soltarla bruscamente, saltando atrás para que no le aplastase los dedos de los pies descalzos. A la segunda tentativa, logró subirla sobre sus muslos y después más arriba, de manera que la piedra pareció estar buscando una entrada, como un enorme y resbaladizo parásito, hasta que, desvanecida su sonrisa por el esfuerzo, consiguió el campeón cargarse el monstruo sobre los hombros. Dio una vuelta para enfrentarse con todo el círculo de espectadores y dejó caer la piedra al suelo, con un ruido sordo que se confundió con la salva de aplausos. La rapidez con que el joven se hundió entre las sombras pareció atestiguar, modestamente, que no se trataba de un mérito personal sino de un don divino que le había sido otorgado; ahora había sido empujado por los otros, como los paseantes ociosos de mi Norteamérica natal empujarían a uno de los suyos, para ser interrogado por el hipotético marciano de Fernando.

El jefe y los dos curas habían presenciado también la exhibición y, al advertir nuestro entusiasmo, hicieron que trajesen una cerbatana y llamaron a un aldeano particularmente hábil en su manejo, un viejo estevado con varios dientes artísticamente extraído, y unas cicatrices en forma de cheurón en cada mejilla, para que acertase con sus dardos emplumados en pequeños blancos (una hoja doblada, una pelota de ping-pong), dejados caer a muchos pasos de distancia en la plaza. La cerbatana tenía al menos tres metros de largo. También nuestras sombras se habían alargado notablemente, mientras el frío del anochecer se dejaba sentir en nuestros cuerpos mojados; Conchita tenía carne de gallina en los muslos, cada uno de los bultitos proyectando su propia sombra diminuta, y el fino vello se había erizado en los antebrazos de Esmeralda, como plumosos llecos de una *rara avis* tropical. Sin embargo, invitados a probar la cerbatana, nos resignamos a hacerlo, divirtiendo a la multitud con nuestras hinchadas mejillas y nuestra mala puntería.

Hay que recalcar que todo se hizo con un tacto no siempre obligado en tales intersecciones culturales. Rápida y ligeramente, se dispersó la multitud. El humo de las cocinas, a un tiempo dulce y acre, impregnó el aire con su olor. Una luna gibosa y traslúcida había aparecido en el cielo todavía cerúleo. Fuimos a nuestras habitaciones a prepararnos para el festín.

¡El festín! Carne de oso hormiguero y de coatí nadando en una salsa salpicada de trocitos de insecto, y acompañada de pasta de alcachofa y fruta Pijigao hervida, servido todo ello en la larga mesa de tablas de la cabaña de los banquetes, entre una plétora de brindis al progreso, la amistad y la destrucción del imperialismo. Después, nos sentamos al aire libre, a la luz de la luna; el suelo de la plaza era tan firme y nivelado como el de un salón. El sacerdote indígena se agachó para rascar afectuosamente el cuello de un perro lampiño que, como unos cuantos niños desnudos, había acudido silenciosamente para reunirse con nosotros. El jefe había desaparecido. Nuestros pilotos se habían retirado con algunas muchachas de ojos de ónice a las que habían conocido en la orilla del río. El cura alto y pálido, que era un chiquillo cuando sus padres habían huido de Franco, esbozó su opinión y respondió a nuestras preguntas. Las rápidas y segmentadas palabras españolas (*comunidad, economía, advenimiento, modos de producción*), fluían como agua chispeante a través de mis oídos. Una botella de vino proyectaba su sombra medio vacía sobre la tierra blanquecina, a la sorprendente luz de la luna. El perro se acurrucó hecho una bola maciza, como un armadillo, junto a los zapatos de pulidas punteras del sacerdote rollizo. Las manos del otro cura, con sus apasionados ademanes, parecían elegantes y blancas, aleteando como murciélagos en una película en negativo; pero su voz nunca se elevaba sobre su tono igual, amable, prudente, explicativo. La resplandeciente y ladeada luna parecía teñir en lo alto un gran reino de los cielos a su alrededor, de un color de espliego que anegaba las propias estrellas. La franja de jungla que se extendía a lo lejos, en torno a nosotros era baja y tan continua como el horizonte oceánico. Y pensar que era aquélla la única

conversación de esta clase que se desarrollaba en un espacio de mil o más millas cuadradas... Era un verdadero lujo, expresión de la tranquila grandeza humana.

—Lo único que pedimos al Gobierno —proclamó nuestro anfitrión, en su tono melódico y suave aunque apremiante—, ¡es que nos deje en paz!

Cuando los buenos sacerdotes se fueron a la cama, se materializó otra botella de vino y, como los niños que salen del colegio, fuimos a dar un paseo que se convirtió en carrera. El trozo de calle iluminada por la luna, que había servido de pista de aterrizaje a nuestros aviones, era una invitación a la velocidad; nuestras pisadas resonaban, nuestra risa contenida se convertía en un jadeo estático; volábamos. Pepe, Ortega y Raúl, nuestro experto en lingüística, llevaban la delantera. Conchita y Esmeralda, sorprendentemente ágiles y veloces, les seguían, asidas de la mano y riendo. Fernando, Salvador, nuestro prosaico agrónomo y yo, corríamos pesadamente en retaguardia.

Nos detuvimos en el lugar donde los árboles de la jungla, al acercarse, parecían más altos. Sus copas, entrelazadas con lianas, se inclinaban sobre nosotros como cabezas de solícitos gigantes. Detrás de aquella pared de oscuridad, se percibía un alegre murmullo de vida y, a lo lejos, el suave e incansable rugido de las cataratas del río, a nuestra izquierda. Más allá de esta pared, la profundidad del bosque se extendía como prácticamente infinita, semejante a la profundidad del cielo nocturno que nos cubría. Al mirar hacia atrás, vimos la pista como debe verla un piloto en el momento antes de aterrizar: como un cono de seguridad luminosa flanqueado de vagas formas fatales. Su aislamiento era parte esencial del plan del pueblo ideal. Si no hubiese estado tan lejos, la mano del Gobierno lo habría alcanzado, y el jefe no habría abandonado su quiropráctica, ni se habría puesto su cinturón de plumas.

Como era de prever, dormimos mal en nuestros chinchorros, incapaces de volvernos boca abajo y produciendo, cada movimiento un balanceo que nos mareaba. Hubo un curioso sonido de risas ahogadas al otro lado de nuestras ventanas a la mañana temprano, en la hora sedosa y negra que media entre la puesta de la luna y la salida del sol. La partida resultó ser una operación presurosa y sin gracia. Los pilotos sufrían visiblemente la depresión que sigue al coito, así como la ansiedad producida por las millas y millas de tierra verde y salvaje que habían de sobrevolar. El jefe se presentó sin su chaleco gris, que por lo visto se había puesto ayer en consideración a nuestro presunto sentido de la decencia. A Conchita le regalaron un collar de dientes de tapir; Esmeralda pudo comprar con descuento una figura tallada de coatí. Nos despedimos y agitamos las manos mientras nuestros dos aviones cruzaban al unísono la plaza de tierra batida, volaban sobre el río y se alejaban.

Sólo semanas más tarde, cotejando nuestros Diarios al preparar el informe para el Gobierno, nos dimos cuenta de que todos nos habíamos

sentido dichosos, dichosos, dichosos, de marcharnos de allí. El hombre no fue creado para morar en el paraíso.

UNA ENTREVISTA MÁS

La gira había llevado al actor a una ciudad del Medio Oeste, a quince millas de la pequeña población donde se había criado, y un entrevistador le telefoneó sugiriéndole que la visitasen juntos.

—Nos proporcionaría una buena perspectiva —dijo.

El periódico para el que trabajaba el entrevistador, era el único que quedaba en la ciudad y esto le daba una aureola de poder monolítico, de oportunidad definitiva. Y el actor estaba en aquella edad crítica en la que se es demasiado viejo para papeles de galán joven, pero no lo bastante para papeles de carácter. La oportunidad, le había dicho más de una vez su agente, no llama todos los días a la puerta. No le vendría mal un poco de publicidad.

—No puedo soportar las entrevistas —dijo.

El presunto entrevistador no dijo nada; sólo esperó.

—Son intrínsecamente imprecisas —siguió diciendo el actor—. Tristemente indiscretas.

La persona al otro extremo de la línea siguió guardando silencio. Exclamaciones femeninas, de otra conversación, sona ron débilmente en un cruce.

—Está bien —dijo el actor, y fijaron la hora en que se encontrarían en el aparcamiento del hotel.

El entrevistador esperaba de pie junto a un pequeño automóvil de color de calabaza; llevaba pantalón pardo acampanado y una chaqueta de mahón, corta, como las de los camareros. Era un joven atildado y apuesto, con una boca excepcionalmente pequeña y unos cabellos negros y gruesos que, sin ser exactamente ensortijados, tenían un brillo de energía reprimida, una especie de crepitación acrílica, silenciosa, que garantizaba que nunca se despeinarían. El actor vio que no tendría compasión. Tendría que vigilar sus propias palabras con tanto cuidado como si se hallase ante un tribunal. Las palabras desafortunadas pasaban a la imprenta cuando un distraído asentimiento de la cabeza permitía, cortésmente, una pregunta indiscreta.

El actor tenía varias ex esposas cada una de ellas asistida de vigilantes abogados, y él se movía, según le parecía a veces, en los oscuros cielos de la vida privada, como una cometa arrastrando una rígida cola de sobres blancos llenos de notificaciones judiciales. Por consiguiente, nada de cortesía hoy, nada de ridículas «entregas», nada de compartir

indiscreciones con esa persona para quien él no era, a fin de cuentas, una persona, sino un nombre, un objeto a explotar, un montón ambulante de escoria para ser cernido, una vez más, en busca de los restos de metal utilizable.

—¿Quiere que conduzca yo, para que pueda usted tomar notas? — preguntó el actor.

Era un hombre huesudo y de piel tosca, fuera del escenario, y se complugo amenazando con aquella extravagante colaboración a su enjuto y pequeño perseguidor.

—Pues, sí, pensándolo bien, sería magnífico.

El coche era un modelo japonés, bonito y deslumbrante como una caja de música. Tenía cuatro marchas hacia delante, y una hacia atrás que se metía en alguna parte del ángulo inferior derecho, precisamente donde está Nueva Zelanda en los mapas. El tablero zumbaba y pronunciaba monosílabos de instrucción y de advertencia. El actor se sintió torpe.

—Ahora ya no conduzco mucho —explicó—. Me dejo llevar de una parte a otra por esas limusinas.

—¿Y qué me dice de su casa de veraneo, en Amagansett? —preguntó el entrevistador, que había sacado ya su libreta de notas.

—Como probablemente sabe, se la quedó mi última esposa. La casa, el «Porsche», las obras.

—No, no lo sabía.

El hombre escribió frenéticamente.

—No ponga esto, por Dios —suplicó el actor, cambiando directamente de primera a cuarta, con fuertes protestas del motor.

—Ya consta en otro sitio, ¿verdad?

—Bueno, no lo saquemos de nuevo a relucir. Parecería que no sé hablar de otra cosa.

—Desde luego —dijo el entrevistador, guardándose la libreta y mirando por la ventanilla.

Al actor tampoco le gustó esta rápida y delicada docilidad; parecía fingida. Vista de lado, la boca de aquel hombre era como una mella irritada en su perfil. Sin duda se resentía de que le hubiesen echado del asiento del conductor.

—No pretendía sacar a colación su persona y sus... asuntos —dijo el entrevistador—, sino la casa. Usted y la casa en la que se crió.

—No es una mansión, y éste era precisamente su atractivo —dijo el actor, y dominó un impulso de pedir: «Tampoco ponga esto».

Fueron pasando las millas. Los arrabales urbanos fueron seguidos de suburbios de extrarradio y después, de una especie de zonas rurales, detrás de las gasolineras y de las casas campestres de piedra, con globos reflectantes en los jardines delanteros. El entrevistador permanecía sentado en silencio, como enfurruñado, y el actor tuvo la extraña impresión de que aquel hombre había sido un deportista escolar, un segunda base: rápido en el giro, molesto como bateador. Resuelto a mostrarse sociable, a disipar el mar humor del otro, el actor empezó a hablar de la obra en la que estaba trabajando, de las primeras actrices con las que había actuado, de sus teorías sobre el arte escénico, de su filosofía acerca de los altibajos profesionales. El entrevistador no sacaba su libreta de notas. El pequeño automóvil respondía ahora perfectamente a las maniobras del actor, siguiendo unas curvas que él se sabía de memoria por haberlas recorrido de pequeño, primero con su padre al volante, y después llevando él mismo el control.

—Desde luego —explicó, cuando se acercaban a la población—, todo esto eran entonces campos y arboledas. Donde hay aquel montón de casas sólo había una granja de vacas y un arroyuelo que cruzaba unos pastos, y donde los pintorescos parientes de mi madre solían ir a buscar berros. Allá abajo había un dique y un estanque en el que fornidos chicos y lindas muchachas solían ir a nadar. Yo no fui nunca. Mi madre pensaba que podía ahogarme o perder mi virginidad o algo parecido.

—¡Hum! —dijo el entrevistador, como si hubiese oído otras veces la misma historia.

—No ponga eso sobre mi madre y mi virginidad —dijo el actor—. Ella todavía tiene primos en este sector, la mayoría de ellos en sanatorios. Allí había una tasca —anunció bruscamente—, que estaba abierta toda la noche. Se podía ir allí a las dos de la madrugada, después de una cita, con el corazón ligero y la cara manchada de carmín, y comer una hamburguesa. Éste era mi concepto de la vida refinada: comer una hamburguesa a las dos de la mañana. La dirigía un hombre llamado Smoky Moser. Parecía que no dormía nunca. Nosotros le apreciábamos. Le queríamos como a un padre, se podría decir.

—¿Era ciertamente así?

—Bueno, tal vez he exagerado un poco. Pero Smoky era un buen hombre. Murió joven, de alguna enfermedad que nadie quiso mencionar. Pero será mejor que omita esto; puede que su viuda viva todavía.

El entrevistador había sacado, de mala gana, su libreta y tomó unas pocas notas. El solar cubierto de grava que había rodeado antaño la

tasca, estaba ahora ocupado por un gran cubo de cristales de color castaño, la sucursal de un banco de ámbito estatal. Unas flechas amarillas, pintadas sobre el liso asfalto, indicaban a los automóviles el camino a seguir para llegar a las ventanillas. El actor estudió las caras de las personas que entraban y salían del Banco y no reconoció a ninguna, aunque había algo que sí reconoció: un tono, una palidez y una densidad carnales en sus brazos y en sus caras; una manera de mirar hacia atrás y hacia arriba, sin sonreír, temiendo que lo peor cayese del cielo, de modo que mostraban el blanco de los ojos.

—Allá arriba había un molino donde...

Donde algunas de las chicas más atrevidas habían dejado, según se decía, que les hiciese aquello, en la zona herbosa entre los dos muros cubiertos con tablillas de amianto. El actor estaba sorprendido, después de más de un decenio, de lo sexy que era aquella población, de lo saturada que estaba de amor y de esa aceleración psicósomática que el amor trae consigo. El cielo algodonoso, los gruesos y polvorientos árboles floreciendo donde Dios había arrojado distraídamente sus semillas, el mismo tono rojo oscuro de los ladrillos predominantes, adquirirían al unísono algo parecido a la propia temperatura exacta corporal de uno. Rodeada de tierras labrantías, era una especie de pueblo montañés, dividido a la mitad por una avenida que seguía la curva de una vía férrea abandonada. La parte baja de la población, al sur de la avenida, había sido sólidamente construida en los años inmediatamente anteriores a la Depresión, en hileras de casas de ladrillos, algo separadas, casas con grandes ventanas simétricas de salones, y porches frontales con columnas cuadradas. Había una seguridad en estas hileras de casas de color rosa, cada una de ellas con su pequeño delantal de césped y dos escalones de hormigón que llevaban a la primera terraza, y pequeños macizos con pensamientos, o setos de berberís a lo largo del paseo de entrada. Las calles rectilíneas y uniformes eran muy concurridas, y el actor recordó el ritmo que había que dar al coche, frenando suavemente y acelerando con precaución en cada cruce. Muchas tardes de domingo había pasado por estas calles en el viejo «Dodge» pardo de sus padres y, después, en el «Chrysler» azul marino con el retocado parche iridiscente en el parachoques, en busca de acción, de un coche conocido aparcado delante de una casa amiga, que podía indicar una tarde de canasta, una velada divertida en «Liberace» o unas carreras en aquel nuevo juguete llamado televisión; cualquier pretexto para una reunión, aunque sólo fueron dos o tres los reunidos.

—Esta parte de la población no ha cambiado mucho —dijo al entrevistador—. ¿Cómo habría podido hacerlo? No dejando ningún solar vacante.

Cada uno de los apretados dúplex, se le ocurrió pensar ahora, era como un matrimonio; desde un lado de la pared era imposible no oír los murmullos y las riñas que se producían en el otro.

—Por alguna razón —dijo el actor—, todas las chicas estupendas solían vivir en este sector. Mi familia vivía en una casa aislada, en la parte vieja de la ciudad. Basta cruzar la avenida para que se advierta claramente el cambio. Las casas, muchas de ellas, son de madera y parecen, ¿cómo lo diría?, lúgubres. Atenazadas. Pavorosas. No ponga eso.

Condujo el elegante cochecito más allá de un semáforo que no estaba allí treinta años atrás, y siguió cuesta arriba, saliendo del acogedor sector de casas de ladrillos rojos, hacia el inclinado y pavoroso barrio en que se había criado.

—Aquí había una barbería —dijo al subir por Liberty Street—. Todavía puede ver la señal rayada, aunque Jake murió hace años. De apoplejía, si no me engaña la memoria. ¿Sabe usted deletrearlo?

El corte de pelo, la larga espera y el permanecer después sentado inmóvil, mientras un instrumento de metal rechina sobre el cráneo, había producido en el actor, cuando era pequeño, un temor y una inquietud rayando en pánico. Había habido allí una gran ventana con cristales y, mientras las tijeras proseguían interminablemente su labor, la luz del sol y el tráfico en el otro lado le habían parecido un paraíso inalcanzable. Ahora la ventana tenía persiana, y un rótulo anunciando que allí se podía comprar y vender oro y plata. Recordó de pronto los dibujos octogonales en verde y crema, del suelo de linóleo, salpicado de cabellos cortados y donde Jake bailaba un zapateado. Tal vez no un zapateado, sino unos cómicos pasitos de costado sobre el resbaladizo suelo. Jake odiaba a Roosevelt, sólo pensar en él le ponía al borde de la apoplejía pero, en medio de sus furiosas diatribas, debió sentir el peligro de perder su clientela, pues se interrumpía de pronto, cambiando de tema, y volvía a sus cómicos pasos de baile, a veces con la escoba como pareja.

—Y donde ve usted aquel toldo con el rótulo de «Bingo», estaba el viejo cine donde yo aprendí a soñar —dijo el actor—. A soñar y a posar, podríamos decir.

En realidad, el rótulo decía INGO, y el aspecto de abandonado en su nuevo papel de casa de juego era manifiesto. Los viejos escaparates donde habían cambiado cada semana los carteles de películas (Alan Ladd, Lana Turner, Lassie), estaban ahora completamente vacíos.

—¿Cuál era su casa? —preguntó el entrevistador.

—Aquélla.

—¿Cuál?

—No la habría distinguido. Es exactamente igual que las que la rodean.

—Creí que había dicho que era una casa aislada en su solar.

—Los solares eran pequeños.

¿Por qué se mostraba perverso, se preguntó el actor, al negar al otro la pequeña indiscreción de echar una mirada a la casa tosca y vulgar en la que había nacido? ¿Era que la propia casa, por lo que había visto de ella al pasar, parecía suplicar que no la descubriese? Ahora estaba pintada de otro color, de un verde limón brillante, como un disfraz desesperado. ¿O era él mismo quien se avergonzaba de ella, porque en realidad no había sido exactamente igual que las que la rodeaban? Había sido y seguía siendo un poco más pequeña que sus vecinas contiguas, unas casas mejor cuidadas y de tejado más alto que, cuando él era pequeño, habían sido propiedad de los Behn y los Murchison, que, según pensaba su madre, los miraban con desprecio porque su padre era un trabajador manual, porque su padre estaba sin empleo, porque su padre llegaba borracho a casa y cantaba en el jardín... Había muchas razones que justificaban que los Behn y los Murchison les mirasen con desdén.

Sin embargo, la mirada furtiva del actor no había sido tan rápida como para no espiar, en los arbustos que rodean el porche de entrada, con su baranda de historiados barrotes, a los fantasmas invisibles que le habían hecho compañía cuando se escondía allí, donde la tierra estaba demasiado apisonada para que pudiese crecer la hierba, y era como un suelo duro. Los espacios entre los arbustos habían sido como pequeñas habitaciones de una casa en la que sólo vivía él y donde oía voces. ¿Quiénes habían sido aquellos seres que habían respondido a la voz que hablaba en su mente? Todavía estaban allí, agrupados alrededor del porche, llamándole. Incluso había algunos junto a un lado de la casa donde su madre había tratado de plantar peonías, pero sin resultado por falta de sol. ¿O acaso había plantado las raíces a demasiada profundidad? Mrs. Behn así se lo había dicho, y entonces habían estado un año sin hablarse. «Imaginaos —había dicho su madre—, espiarme desde las ventanas del salón, y no decirme una palabra hasta que fue demasiado tarde y no brotaron las peonías». El sendero de ladrillos que pasaba por allí, a la sombra, había acumulado hormigueros en sus rendijas, así como el encono del vecindario. En la puerta de atrás había habido un cajón de arena, cuyas pequeñas ondulaciones habían sido dunas del Sahara y los tanques verdes de plomo habían estado persiguiendo a Rommel. Las voces que había oído el actor, cuando jugaba en el cajón de arena, habían sido diferentes; habían sido voces nuevas, radiadas desde ultramar.

—Ha dicho usted que aprendió a soñar y a posar en el cine —apuntó el entrevistador.

Ahora pasaban por delante de otra manzana, y su vieja casa había quedado atrás.

—Y en el Instituto —dijo el actor—. Le llevaré a verlo. Lo construyeron en la cima de la colina; lo único que está más arriba en la población, es el cementerio. Y ahora voy a hacerle una confesión. Quiere usted conclusiones, ¿no?

Una vez más, silencio.

—Sufrió un fuerte acné cuando era muchacho, de los catorce años en adelante. Bueno, cuando me maquillaba para representar alguna comedia en el Instituto, durante el noveno curso, ¡mi propia piel desaparecía! Mientras estaba en el escenario, era como todos los demás: era humano. Por consiguiente, me dije: «Ya está. Tengo que ser actor».

—Muchos adolescentes tienen acné, ¿no es cierto?

Me pareció que había en esto una censura, una llamada a bajar de las nubes.

—No lo sé. ¿Lo tuvo usted?

—En realidad, no tan fuerte.

—Bien. Apuesto a que era usted todo un tipo en su juventud.

—Bueno, yo era...

—No sea modesto. Jugaba de segunda base, ¿no?

—Generalmente, en el campo.

—Lo mismo da. En todo caso, a mí no me importaba cómo fuesen los otros chicos. Ellos eran ellos, y yo era yo. No cambie la forma gramatical de lo que he dicho.

—De acuerdo. Aunque no sé si podré transcribir todo lo que usted me dice; ha sido muy generoso al concederme tanto tiempo.

—Pero no era solamente el maquillaje; también me gustaba representar un papel. El papel era como una máscara, una máscara espiritual detrás de la cual me sentía seguro. Si la gente reía, no se reía exactamente de mí. Me encantaba oírles un Oigamos cómo ríe usted.

Silencio.

—Vamos, hágalo por mí.

Fue un ruido seco, desconcertado.

—Me gusta —dijo el actor—. Allí puede usted ver el Instituto. Según el viejo estilo, con columnas romanas y todo lo demás. Dicen que cuando uno vuelve a un lugar todo parece más pequeño, pero esto me parece más grande que nunca. Me parece enorme. He oído decir que ahora no tienen bastantes estudiantes para llenarlo —giró la esquina a gran velocidad—. Este cacharrito tiene verdadero empuje, ¿no? Aquí había una tienda de artículos diversos, con escalones al bies y un pequeño alero, y máscaras de carnaval en el escaparate, en la época adecuada, y felicitaciones de Navidad y huevos de Pascua... Era una especie de calendario en tres dimensiones, en el que uno podía entrar y sentarse en un taburete. Y había un mostrador en el que también podíamos sentarnos y fumar. Y mirarnos al espejo mientras fumábamos. Apuesto a que usted no ha fumado nunca, ¿verdad?

—No. Tal como ha adivinado usted, yo era un gran deportista.

—Yo fumaba mucho. Era otra manera de poner una máscara delante de mi cara. Ahora ya no está. Me refiero a la tienda.

Los nuevos propietarios lo habían pintado todo de blanco, incluso los escaparates, de manera que nadie podía mirar al interior. Alguien debía vivir detrás de aquellos escaparates en blanco. Las personas que habían venido a vivir en la población, después de marcharse el actor, eran para él como extraños llegados del espacio exterior; no podía imaginar sus vidas.

—Ahora llegamos a una parte de la ciudad que entonces era nueva; nosotros pensábamos que eran casas ricas, aunque ahora ya no lo parecen tanto. Este barrio se llamaba Oak Slope. Vivir en Oak Slope era casi el mayor lujo que podía yo imaginar, vivir en Oak Slope y tener grandes armarios llenos de ropa, con una camisa de pana diferente para cada día de la semana. Camisas de pana: esto le dará una idea de mi edad. Y solíamos llevar jerseys reno; supongo que usted no sabe lo que era un jersey reno, ¿verdad?

—Puedo imaginármelo.

—No estoy tan seguro. Los chicos elegantes, entonces había una palabra para ellos, «pera», p-e-r-a, los pollos pera, cuyos padres vendían inmuebles o eran capataces en la fábrica, poseían montones de aquellos jerseys, bellamente tejidos, con diferentes motivos, no solamente renos, sino también copos de nieve, mariposas...

—Todavía se usan.

—No es lo mismo. Yo solía ponerme del revés el único que tenía, algunos días, como si fuese otro. Con ello no engañaba a nadie, pero hacía que me sintiese, podríamos decir, un poco pera. Como le digo, yo era un tipo patético. Peor aún, era odioso. Todavía con acné. El mero hecho de pasar ahora en coche por Oak Slope hace que me *sienta* odioso. ¿Cómo estoy actuando? —No obtuvo respuesta—. Mire, ahí abajo cuando yo

era pequeño —explicó el actor—, esa calle curva era, más allá de las últimas casas construidas, había un callejón, una especie de camino que no iba a ninguna parte y era un sitio estupendo para aparcar, para los que tenían novia.

A los diecisiete años, él había tenido una novia, Ermajean Willis.

—¡Cielo santo! —exclamó el actor, esta vez sinceramente, sin representar un papel—. Todavía está en el mismo sitio. Pensaba que habrían construido casas en él, hace mucho tiempo.

El lugar de los besos. El sentimiento especial de aquel sitio, con un alto talud a un lado, recién amontonado entonces y todavía bastante tosco y descuidado ahora, y una elevación menor al otro lado, con hierbas tupidas desde los tiempos en que había sido un campo de heno, permanecía inalterado, incorrupto, sexy. El actor frenó, muy excitado; el entrevistador miró, sorprendido.

—Extraordinario —dijo el actor, espaciando las sílabas, representando de nuevo—. Me pregunto si seguirán utilizándolo.

—Veo unas cuantas botellas de cervezas —dijo, inquieto, el entrevistador.

—No puede usted comprender lo agradable que es esta sorpresa para mí. Que perdure un espacio como éste, en la América moderna. Los guardias solían pasar, de vez en cuando, y enfocar las ventanillas con sus linternas.

El caminito sin pavimentar, improvisado por generaciones de coches furtivos y cómplices en el amor, continuaba unas cuantas yardas entre los dos taludes encubridores y después descendía para reunirse con una calle lateral llamada Button. Bullón conducía a Maple; Maple cruzaba la avenida y, recorriendo otras dos manzanas, uno se encontraba en Sycamore; Ermajean vivía en la esquina de Sycamore y Pierce. Una especie de vago calor, como el que experimentaba después de medianoche al entrar en la tasca de Smoky, había invadido el semblante del actor. Sin que él se diese cuenta, el pequeño automóvil japonés que conducía había seguido el camino recordado, en aquel reino rojo e invitante, de hileras de casas de ladrillo para dos familiares. El coche había llegado a la esquina de Pierce y Sycamore, a la casa grande cuyos muros de cerca estaban adornados con bolas de hormigón cubiertas de musgo, y en cuya entrada lateral había una serie de escalones con una barandilla de hierro a la que él se había cogido a menudo. Frenó suavemente. Ella había bajado aquellos mismos escalones para acudir a una cita, compuesta, perfumada e ilusionada, aunque él sólo podía ofrecerle una película de reestreno, una hamburguesa y un helado después, en el cine al aire libre. Al cruzar ella presurosamente la calle en dirección al viejo «Dodge», su vestido claro se ceñía a sus muslos con la prisa, a causa del aire que ella levantaba al correr ansiosa por estar con él.

—Mi novia vivía aquí —confesó a su entrevistador.

—¿Sólo tenía una?

—Pues, sí. ¿Cuántas recomienda usted? Yo pensaba que era afortunado al tenerla, aunque sólo fuese una. Iba un curso detrás de mí en el Instituto, y después de graduarme, no volví a saber de ella. Supongo que estará casada, en alguna parte.

Al actor le costaba creer que el entrevistador pudiese ser tan insensible a las cosas bellas que les rodeaban, a las barandas y a los muros de cerca, y a los acogedores y pequeños jardines de aquellas casas macizas e inmutables de las que, en el momento menos pensado, podía salir Ermajeán, corriendo ágilmente hacia ellos, con tirabuzones hechos de cabellos, y las redondas piernas rematadas por esos zapatos blancos de puntera abierta que llevaban las actrices de las comedias de Hollywood (Jean Arthur, Rosalind Russell). El actor se sentía embargado por el amor; físicamente mareado, al pensar que aquella escena no había sido solamente real, sino también corriente, y que él había representado en ésta un primer papel.

Soltó el pedal del embrague, y el coche volvió a arrancar de mala gana.

—Deje que le muestre algo más de la ciudad —ofreció—. Hay un lugar donde solíamos patinar sobre hielo. Y un campo de deportes. A una manzana de aquí, donde construyeron un nuevo anexo del Ayuntamiento, había un pequeño edificio muy extraño, una pequeña torre redonda, que parecía sacada de Disneylandia, donde se pagaban las facturas del agua.

Recordó que a Ermajeán le encantaban los helados de pacana con soda de vainilla, y que siempre discutía con él si debía pedir cebolla con la hamburguesa. Si él la pedía, la pediría ella también. Y su piel... Durante toda su vida él había tenido que tratar con mujeres que cuidaban el cutis: cremas con vitamina E, afeites, cremas hidratantes. En cambio, la piel de Ermajeán era de un tono absolutamente neutro, neutro y natural, sin duda que la tñese, una pura piel animal debajo de los vestidos claros. Y también olía de aquella manera: un olor natural, limpio ligeramente dulzón. El actor sentía un fuerte calor en su cara habría querido seguir rodando eternamente por aquella mitad de la población, con el coche obedeciendo sus instrucciones en cada encrucijada.

El entrevistador carraspeó y dijo:

—Creo que ya he visto bastante. Sólo tengo que llenar una columna.

—Espere. ¿Qué le parecería si fuésemos a mi antigua tasca y comiésemos un poco, y tomásemos un helado de pacana?

El otro se echó a reír, forzadamente, como antes, cuando él le había ordenado que riese.

—Está el problema del tiempo —dijo—. Si no puedo entregar mi artículo esta noche, ustedes se habrán marchado cuando se publique.

—Está bien. La verdad es que la tasca es ahora una floristería. Por favor, no cite el nombre de mi antigua novia en el artículo.

—Usted no lo ha mencionado.

—Ermajean Willis. E-r-m-a-j-e-a-n. ¿No es un nombre maravilloso, por lo raro?

—Tal vez será mejor que me ponga yo al volante.

—No. No suelte su lápiz, truhán. Voy a decirle los nombres de todas las familias que vivían entonces en toda esta manzana.

LA OTRA

Hank Arnold conoció a Priscilla Hunter en el *college*, en los años cincuenta, y el hecho de que ella fuese gemela pareció importar tan poco, como la circunstancia de que él hubiese sido educado como episcopaliano, y ella como baptista. ¡Cuán poco parecía importar todo esto en los años cincuenta! La política, la religión, la clase social..., parecían no venir al caso. Entonces, cuando Eisenhower había resuelto retirarse de Corea y McCarthy se había autodestruido como un duende de cuento de hadas, las vidas de los jóvenes parecían estar compuestas de candores eternos y viejas verdades, del tiempo y de obras de arte en lados opuestos de una pared de museo; de viejos profesores, arrogantes y apenas audibles en la seguridad de su cargo, dando lecciones sobre Dante y sobre Kant, a base de notas amarillentas, mientras la luz del sol se filtraba por las altas ventanas, a su espalda, después de pasar entre las ramas de los frondosos olmos. En aquellos tiempos, Harvard Yar desconocía la enfermedad holandesa de los olmos. Y en aquellos tiempos, un amplio, y en modo alguno irrisorio territorio sexual, existía dentro de los límites de la virginidad, donde las partes físicas eran entregadas una a una al compañero, Hank y Priscilla habían estado cruzando ese territorio a lo largo de varias semanas antes de que ella le confesase que era melliza. Uno de sus senos, oculto debajo de un suéter de lana de angora y del rígido sujetador, era en aquel momento sujeto por la mano de él. Sus caras estaban tan juntas que él pudo percibir el olor a tabaco mentolado del aliento de ella, mientras hacía ella su confesión:

—Tengo que decírtelo, Henry. Tengo una hermana que es exactamente igual que yo.

Priscilla parecía pensar que esto era un poco vergonzoso, cuando en realidad era excitante.

Su gemela, la otra, se llamaba Susan y estudiaba en la Universidad de Chicago, aunque también había sido admitida en Radcliffe. Sus padres (los dos abogados en Minneápolis, el padre especialista en derecho de sociedades y la madre en divorcios y asuntos de oficio), habían procurado siempre que las dos chicas se diferenciases: desde el principio las habían vestido de un modo diferente y las habían enviado a colegios partícula res distintos desde edad muy temprana. Dentro de la familia se había fomentado el mito de que Priscilla era la «artista» y Susan la «práctica» y «científica», aunque, para las propias mellizas, sus intereses y actitudes parecían casi idénticas. De pe quenas habían padecido simultáneamente las mismas enfermedades (viruela, paperas), e incluso cuando eran enviadas a diferentes campamentos de verano, y según revelaban sus conversaciones en setiembre, salvaban de igual manera las mismas pruebas e iniciaciones. Aprendieron a nadar la misma semana, en lagos muy distantes, y se habían dejado besar virtualmente al mismo tiempo en bosques diferentes. Se habían

enamorado del mismo astro del cine (Montgomery Clift), tenían la misma canción predilecta (*Two Loves Have I*, cantada por Frankie Laine), y preferían al mismo hermano Everly (Don, el más moreno y de aspecto más astuto). Hank preguntó a Priscilla si añoraba a su hermana gemela. Ella dijo que no; pero decir otra cosa habría sido insultante, pues estaba yaciendo con él, despeinada y ardiente, en la habitación de una sola ventana en la quinta planta, la buhardilla, que él tenía en Wintrop House.

Hank era hijo único y su madre había enviudado.

—¿Qué impresión produce —preguntó— tener una hermana gemela?

Priscilla hizo un gesto reflexivo con la boca; finas y pequeñas arrugas aparecieron en el fruncido labio superior.

—Buena —respondió, después de una larga pausa que secó la amorosa humedad de sus ojos. Unos ojos castaños, de un delicioso color caramelo, más oscuros que éste pero más pálidos que los besos de Hershey—. Tienes un respaldo, alguien que ve las cosas igual que tú. Una especie de póliza de seguro, aunque parezca gracioso.

—¿Incluso cuando os envían a diferentes colegios y todo lo demás?

—Eso importa poco. Suzie y yo siempre supimos que cada una era cada una y que tendríamos que llevar vidas diferentes, el caso es que, cuando estoy con ella, tengo muchas menos cosas que explicar. Tal vez por esto no sé dar explicaciones. Lo siento —dijo Priscilla.

Todavía tenía la cara colorada por la suave lucha que había sostenido en la cama de él.

—Te explicas bastante bien —dijo Hank, y abandonó el tema, pues éste había interrumpido el lento viaje que estaban haciendo, paso a paso, el uno hacia el otro. Se consideraba afortunado por haberla conquistado. Priscilla tenía una figura atlética adorable, de músculos largos, fuertes caderas y hombros anchos o inclinados hacia abajo, pero estrechándose con delicada firmeza en los tobillos y en las muñecas; el gozo de él al verla desnuda la desconcertó al principio, por su intensidad, y pasó algún tiempo antes de que pudiese aceptarlo como algo que le era debido y, todavía virgen, le ofreció tranquilamente, en la pequeña habitación, en el reducido espacio entre la cama de hierro y el escritorio de roble, aquellos pequeños «desfiles» unipersonales. Aunque no podían hacer el amor, por todas aquellas buenas razones de los años cincuenta (el embarazo, el valor social de la castidad femenina), él le había enseñado aquella representación. Erguía ella valerosamente la barbilla y giraba lentamente sobre los pies, imitando a las modelos y mostrando todos sus contornos, y aquella visión era tan magnífica que Hank casi no podía soportarla, y tenía que desviar la mirada y ver cómo los pies descalzos de ella, enfriados por las heladas botas, y ribeteados de color de rosa, giraban despacio sobre la estera ovalada, hecha de harapos

trenzados, que le había regalado su madre para hacer más cómoda su habitación. Terminado aquel momento de embriaguez por parte de él, Priscilla se ruborizaba súbitamente y se reía, y corría a la cama y se tendía junto a él, debajo de las toscas mantas azules que les proporcionaba Harvard en aquellos tiempos, como si fuesen monjas o soldados. Entonces trataban de leer el mismo libro; seguían los dos aquel curso de Filosofía: «El Idealismo desde Platón hasta Whitehead».

Cuando ella le hubo dicho que era melliza, Hank ya no pudo olvidarlo ni perdonarla del todo. En el fondo de su mente germinaba la monstruosa idea de que ella era media persona; en la imagen que se forjaba de ella había algo oculto, algo engañoso y falso, aunque su noviazgo prosiguió normalmente con vistas al matrimonio. Él quería ser abogado; ella era doblemente hija de abogados, e ideal en todos los aspectos, dadas las inevitables pequeñas diferencias entre dos individuos. Ella se había criado en un ambiente bastante rico y él, en un ambiente bastante pobre. La educación piadosa y gris de Hank era embarazosa para él. Había tenido la indignante impresión de que le ahogaban, aquel día absurdo en que, vestido con una tosca bata blanca, se había sometido al trauma de la inmersión, a la vergüenza de ser derribado de espaldas y sumergido por las firmes y asesinas manos de un pastor calzado con botas altas impermeables; mientras que Priscilla guardaba en su habitación, como un oso de trapo de su infancia, el devocionario repujado que le habían dado en la confirmación, y a veces lo llevaba en sus manos enguantadas de blanco a los oficios de la pequeña y bonita iglesia episcopaliana, situada frente al Busch-Reisinger Museum. Ambos jóvenes fueron partidarios de Stevenson en 1956, pero ella pareció secretamente complacida cuando Eisenhower volvió a ganar, mientras que Hank había deseado que se presentase Henry Wallace. Hank quería ser abogado por una razón perversa: para vengar a su padre. Su padre, que aún no había cumplido los cincuenta cuando murió de la enfermedad de Hodgkin antes de que se aplicase la quimioterapia, había sido mecánico de automóviles, se había empeñado para abrir un taller propio, y habían sido unos abogados, abogados del Banco y de otros acreedores, quienes se habían apresurado, con perfecta legalidad, a administrar el desastre económico, y frustrar los intentos del moribundo para salvar el dinero para sus supervivientes.

Nada de esto parecía importar ahora; lo que importaba era la belleza de ella, el ardor y la gratitud de él, y la fría estimación por parte de ella del valor futuro de aquella gratitud, mientras se exhibía deslumbradora ante él, con un aplomo magnífico que parecía tener un débil matiz de crueldad. El hecho de que fuese melliza ponía una aureola alrededor de su forma, un halo de duplicación, una sugerencia curiosamente platónica de que, en alguna otra parte, invisible, había otra versión de esta realidad, de este cuerpo.

Los padres de Priscilla vivían en Saint Paul, en una casa grande de color amarillento y con muchas ventanas en los desvanes, situada a pocas manzanas de la garganta del Mississippi, que no era muy ancha en aquellos parajes nortños. Aunque Hank fue varias veces allí para

exhibirse, con su mejor atuendo, a sus futuros parientes políticos, no conoció a Susan hasta el día de la boda. Ella había estado siempre fuera, en un viaje colectivo por Europa o haciendo de camarera en el sur de California, adonde había sido encaminada por algunas de sus amigas de la Universidad de Chicago. Cuando al fin Hank la conoció, había venido de Santa Bárbara para ser dama de honor de Priscilla. Aunque estaban a primeros de julio y todavía hacía fresco en Minnesota, tenía la piel tostada por haber estado practicando el surfing, y llevaba los cabellos cortos como un chico. Quien no hubiese conocido a la familia, tal vez no la habría identificado como la hermana gemela de la novia, entre aquella confusión de primas y hermanas. Pero Hank sabía a qué atenerse y, al estrechar la cálida mano de ella, la corriente de identidad le dejó tan pasmado que se quedó sin habla. Su cara era la de Priscilla, incluso en el labio superior, saliente y resuelto, y en las pestañas que, al doblarse hacia abajo en la comisura externa de los párpados, daban a sus ojos una expresión ligeramente triste. Él se puso colorado y se imaginó que lo propio le había ocurrido a Susan, aunque ella se mostró inmediatamente irónica, jactanciosa y lánguida, tal vez a la manera de las mujeres de la Costa Oeste. Encerrada dentro del cuerpo conocido de Priscilla, la frialdad de la desconocida parecía ruda, incluso hostil. Hank observó lo que parecía ser una pizca menos de caramelo en los iris de Susan, una mayor lisura en su color de chocolate. Estos ojos más oscuros hacían que pareciese más apasionada, más descarada y veleidosa, al moverse en su vieja casa sin ninguna de las responsabilidades de una novia. Y Hank pensó, al observar repetidamente a Susan en medio de aquel ajetreo social, que era claramente más grande que Priscilla, aunque sólo fuese por un centímetro y una onza.

Pero, cuando estuvieron solos, Priscilla le dijo que sus impresiones eran equivocadas: Susan había esperado simpatizar con él, y así había sido. Y aunque había sido la primera en nacer, nunca había sido, como suele ocurrir, la más vigorosa o más pesada. Sus estaturas y sus pesos habían sido siempre exactamente iguales. Aunque ahora, pensaba Priscilla, Suzie había perdido un poco de peso correteando por allí con aquella pandilla de holgazanes de playa. Sus padres estaban indignados porque había anunciado su intención de graduarse en Historia del Arte en UCLA, donde realmente no había arte alguno, cuando en Chicago tenían toda la maravillosa colección Chester Dale en el Instituto de Arte, junto con otras muchas cosas. ¿O por qué no ir al Este, como Priscilla? Sus padres habían esperado que Susan se hiciese física, o al menos psicóloga. A Hank le gustaba oír a Priscilla, que normalmente no era muy locuaz, comentar de esta manera las cosas de su hermana. El hecho de estar cerca de su gemela parecía envalentonarla, soltarle la lengua. Le gustaba el bullicio de aquella numerosa y ambiciosa familia, entre cuyos muchos miembros, la madre de él, invitada para el fin de semana, parecía un pálido y predestinado injerto. La gran mansión estaba atestada de muebles acolchonados de colores claros y de recuerdos de vacaciones; la madre de Hank encontró un rincón tranquilo en la poco usada biblioteca, y trabajó en una labor de punto de aguja para cubrir un escabel que había traído de Carolina del Norte.

En la iglesia, las mellizas, una de ellas majestuosa cubierta de blanco de tul, y la otra un poco tímida en su traje de tafetán malva, eran claramente distinguibles. Sin embargo, Hank, de pie ante el altar, aturdido por el esplendor episcopaliano, con el fuerte olor del incienso en la nariz y el dorado retablo de los apóstoles desplegándose hacia un lado, sintió el inquietante estremecimiento de la confusión, como si la dama de honor de ojos burlones pudiese ser su amiga íntima de los días de Winthrop House, y la misteriosa figura asida al brazo de su padre fuese una mujer virtualmente desconocida para él, una mujer de piel tostada y cabellos cortos bajo el velo y la guirnalda de florecillas. Susan tenía la voz ligeramente más grave, y por esto supo él que era Priscilla quien, con voz tímida y sincera, recitó con él los arcaicos votos. En la recepción, en el momento de los besuqueos, Hank besó a su cuñada y le sorprendió que ella ladease la mejilla con torpeza y la bajase tercamente; él había esperado reflexivamente la actitud fácil y frontal de Priscilla. Y cuando bailaron, Susan pareció rígida en sus brazos. Sin embargo, nada de esto mermó su fascinación, la autenticidad superior de que gozaba sobre la realidad actual, mientras transcurría la velada de la boda entre copas de champaña y forzadas muestras de regocijo, acercándose al manido e íntimo final. Fue como si Susan estuviese con ellos (su recordada rigidez y silencio como si ella y Hank tuviesen demasiado que decirse para arriesgarse una palabra, y sus imaginadas estatura y corpulencia ligeramente mayores), durante la chapucería de la desfloración; ella lo excitaba, haciéndolo continuar a pesar de los dolores de Priscilla. Aunque sabía que había empezado con mal pie en este infantil matrimonio, y su largamente cultivado ardor no había quedado muy bien parado, se durmió con feliz agotamiento, como si toda su culpa hubiese sido transferida al cuerpo de un hermano gemelo de él.

Hank no fue aceptado en la Facultad de Derecho de Harvard; pero la bondadosa Yale le admitió. Más valió que fuese así, pues si Cambridge era, en aquellos años, el camino de Washington, New Haven estaba más cerca de Nueva York y de Wall Street, donde estaba el verdadero dinero. Al cabo de unos años en la ciudad, los Arnold se establecieron en Greenwich y tuvieron hijos: una niña, un niño y otra niña. Susan se casó con un constructor de casas lujosas, de San Diego, y se mantuvo a la altura de aquéllos con una niña, un niño y otro niño. Al parecer, esta ruptura de la simetría condujo a ambos matrimonios a no tener más hijos. También había aparecido la píldora, haciendo irresistible el control de la natalidad. Kennedy había sido asesinado, y algo llamado rock atronaba en la radio en cuanto se conectaba ésta. Pero las mellizas estaban seguras en sus nidos. El marido de Susan se llamaba Jeb Herrera; alardeaba de ser descendiente de una de las viejas familias españolas de rancheros de la Alta California, pero, cuando estaba de broma, afirmaba que su tatarabuelo había sido hijo ilegítimo de un misionero. Era un hombre de cabellos rizados, corpulento, amable y entusiasta y, para el gusto de Hank, demasiado enamorado de la vida. Cuando sonreía entre los negros rizos de su barba, sus dientes pequeños e iguales parecían los de un pirata. Era uno de los primeros hombres que había conocido Hank, que llevaba barba entera y poseía un

ordenador, una caja de metal más alta que un hombre, y un armario independiente que escupía papel. Jeb lo había programado para que respondiese a las preguntas de los niños con bromas impresas. Su oficina era una barraca arreglada en el muelle, en la que docenas de empleados revolvían papeles junto a ventanas inclinadas con vistas al Pacífico. Ninguno de aquellos empleados llevaba corbata. Aunque las mellizas, al convertirse en madres, podían ser todavía confundidas, no podía decirse lo mismo de sus maridos. Por lo visto, Susan tenía talento artístico y Priscilla había apostado por lo práctico. Hank se había especializado en Derecho Fiscal, vio su nombre incluido en la lista de socios jóvenes en el membrete de la empresa, y se olvidó de vengar a su padre.

Las dos crecientes familias se visitaban recíprocamente; había algo concordante en sus casas, aunque una era de tablas de madera blanca, montadas primorosamente sobre un césped verde y fresco, y la otra era de madera de secoya y estuco, y parecía incrustada en una ladera donde pequeños y gordos cactus, intrincados como copos de nieve, florecían entre rocas estudiadamente dispuestas. Ambas casas eran alegres para los niños, con escaleras posteriores, grandes ventanas y cierto aire deportivo. Los Arnold tenían un largo solarío con una mesa de ping-pong y, encima de éste, en la segunda planta, un porche donde se podía dormir en una hamaca. En cuanto pudieron permitírselo, instalaron una pista de tenis entre el garaje y la cerca, en un lugar donde el césped había sido siempre raquíutico y los hierbajos invadían el huerto cada mes de julio. La casa de los Herréra, en La Jolla, que dominaba la calle quince de un campo de golf, combinaba el interior y el aire libre con unas puertas correderas de cristales, y una terraza con un baño familiar de agua caliente.

Hank vio, por primera vez, desnuda a su cuñada, un templado atardecer durante las vacaciones de Navidad, cuando Susan se despojó de una gran toalla blanca y deslizó su silenciosa silueta en el agua caliente del baño. Hank y su esposa estaban ya en él, luchando con los cuerpos escurridizos y alegres de sus hijos; por esto, aquélla pasó casi inadvertido entre el tumulto familiar. Casi. Susan se distinguía claramente de Priscilla; sus pieles habían envejecido de un modo diferente en las dos costas diferentes. La de Priscilla era absolutamente blanca en aquella época del año, perdido hacía tiempo el bronceado del verano, mientras que la de Susan permanecía curtida, con sus delicadas y diminutas arrugas y su tono permanentemente dorado. Con un movimiento habitual, había descargado el peso de sus nalgas en el vaporoso y amplio círculo de agua. Su expresión parecía solemne, mellada por la sombra. Hank recordó la misma expresión, resuelta y desenfocada, en la cara de Priscilla, en los días en los que le brindaba su pequeño «desfile» en la penumbra de la pequeña habitación del *college*. Las dos hermanas tenían los ojos castaños, las cuencas hundidas y una nariz que parecía respingona, de largas ventanas, y un hoyuelo central sobre el labio superior. Ambas llevaban flequillo aquel invierno. Sus cabezas y sus hombros flotaban juntos en el agua. Los

pechos de Susan parecían más blancos en contraste con el bronceado permanente de la piel que no había sido cubierta por el traje de baño.

—¿Cuántas veces haces esto? —preguntó Priscilla, su melliza, con cierto nerviosismo, mirando a Hank.

—¡Oh! De vez en cuando, y generalmente cuando estoy con personas conocidas; es una costumbre local. En cierto modo, es como si una se dejase disolver.

Sin embargo, también ella dirigió a Hank una mirada alerta. Él se estaba ya disolviendo, confundiéndose su vapor de doble amor con el calor, el vino abundante de la comida, el aroma de los eucaliptos cerniéndose sobre la terraza, las estrellas en lo alto, y la rareza de que todo esto ocurriese pocos días antes de la Navidad. Sus cuerpos, inmersos, se habían convertido en muñones acortados de carne, en cómicos goterones de mercurio. Jeb apareció en la terraza, sosteniendo bajo un brazo un niño desnudo (el pequeño Lucas), y bajo el otro una botella de dos litros de Gallo Chablis. Se dejó caer entre ellos como un Neptuno velludo, y se derramó el agua del baño. Y al calmarse el oleaje, su pene se deslizó bajo la mirada de Hank como un pez que nadase hacia ninguna parte.

Las familias dejaron de viajar de un lado a otro en unidades completas cuando los hijos, al crecer, contrajeron ligámenes locales y consiguieron empleos de verano. Las dos primas mayores, Karen y Rose, habían sido íntimas amigas desde el principio, aunque no se las podía tomar por gemelas: Karen se había convertido en una rubia tan desvaída y de rostro tan apacible como la madre de Hank (ahora muerta), y Rose era tan morena que los chicos la interpelaban en español por la calle. Los dos chicos mayores, Henry y Gabriel, hacían una pareja más extraña, cargado el primero con las alergias de Hank y una apatía y una timidez que eran exclusivamente suyas, y siendo el segundo un pequeño atleta de voluminosa espalda, y con la inconsciente crueldad de aquellos cuyos cuerpos están perfectamente adaptados a su voluntad. La chica y el muchacho que completaban la serie, Jennifer y Lucas, declaraban que se detestaban mutuamente y, ciertamente, reñían sin parar, tal vez para defenderse contra cualquier idea de que se casarían algún día. Cuanto más crecían los hijos, más se iban separando y más se desgastaban las relaciones entre los padres. Cuando el pequeño Lucas se hubo desarrollado demasiado para sujetarlo con un brazo y presumir con él, Jeb pareció perder su interés por las familias y por las reuniones familiares. Había llamadas telefónicas a larga distancia entre las dos hermanas, y secretos guardados de los hijos.

De pronto, Susan tuvo más cabellos grises que Priscilla, Hank se sentía conmovido, y atraído de otra manera, cuando ella les visitaba por unas pocas semanas en verano, sin Jeb, tal vez llevando a remolque a la inescrutable Rose y al resentido Lucas. Más de una vez había ido Hank a esperar el avión de Los Ángeles, en el aeropuerto de La Guardia, y había sido besado en la puerta por Susan, como si fuese su salvador;

había habido borrachos en el avión, y estudiantes; nadie podía dormir, Lucas se había empeñado en ver una horrible película de Jerry Lewis, Rose había vomitado al sobrevolar algún lugar de Nebraska, habían tenido que desviarse hacia el norte para esquivar una tormenta, un viejo libertino con uniforme de almirante había querido invitarla a tomar unas copas a las tres de la mañana... Dios mío, ¡nunca más! Y al conducir Hank suavemente el coche por las curvas flanqueadas de verde de la Merritt Parkway, Susan se quedaba dormida y parecía su esposa. Y cuando dormía, su piel se arrugaba también irremediablemente, como la de Priscilla.

Susan, en su calidad de invitada, dormía en la galería superior. El ruido de los automóviles que se dirigían a la estación, y el canto de los pájaros (mucho más agresivos, decía, que los de la Costa Oeste), la despertaban demasiado temprano. Y por la noche, los Arnold la llevaban a muchas fiestas.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntaba a su melliza.

—Oh, una se acostumbra. Trata de dormir la siesta por la tarde. Es lo que yo hago.

—Jeb y yo casi no vamos ya a ninguna parte. Decidimos que los otros no contribuían a mejorar nuestro matrimonio.

Esto era una clave, pero no la única. Su figura era ahora huesuda, como si pasara hambre. A semejanza del enfermo que es capaz de probar cualquier cura, Susan sólo bebía té de hierbas (nada de cafeína ni de alcohol), y comía la menor cantidad de carne que podía sin parecer descortés. Mientras que Priscilla, que antaño había parecido ser un centímetro más baja, era ahora relativamente fornida. Ancha de hombros y de caderas, se movía en las fiestas con cierto balanceo, como un barco que sabía dónde estaban los puertos: las mujeres confidenciales y los hombres desgraciados, y la mesa de las bebidas en el rincón. A veces, después de medianoche, Hank observaba cómo se desnudaba en su dormitorio, y pensaba en todos los Martinis y Manhattans, tallos de apio y huevos con salsa picante que habían ido a parar a aquellos imponentes brazos y caderas.

—Los otros no pueden ayudar en *esto* —respondió Priscilla a Susan—. Pero podrían hacer algo por *ti*. Por ti, una mujer. Porque tú eres una mujer, no solamente una parte de un matrimonio, ¿verdad?

Hank temía que ella no le hubiese perdonado nunca aquella noche de bodas tan poco ideal.

La pobre Susan parecía una visión de castidad a la que encontraban cada mañana en la mesa del desayuno, agotada después de otra noche de insomnio, caídos los cabellos sobre las solapas del albornoz prestado, consumido desde hacía rato su ascético desayuno de pomelo y cereales, esparcidas a su alrededor las hojas del *Times* leídas

desesperadamente de arriba abajo. Hank quería obligarla a comer tocino y torrijas, y darle buenas noticias para contrarrestar las malas que habían hecho que sus cabellos se volvieran grises. Priscilla sabía a qué se debía aquello, pero le costaba explicarlo.

—Jeb es un bastardo —decía simplemente, en su habitación—. Siempre lo fue. Mis padres lo sabían, pero ¿qué podían hacer? Al casarme yo, ella tenía que hacerlo también. Y todos los hombres son unos bastardos, en diferentes grados.

—¡Dios mío, qué dura te has vuelto! Yo pensaba que él había sido siempre muy cariñoso con los niños. Al menos cuando eran pequeños. Y construye casas que valen millones de dólares.

—Pero ahora ya no es como antes —dijo ella.

Y al girar sobre la mullida alfombra, mostró unos callos amarillos en los talones.

—¿Qué quieres decir?

—Pregúntaselo a *ella*, si tanto te interesa.

Pero él no podía hacerlo. No podía pedir a Susan que le confiase su vida privada, como no podía entrar de puntillas en la galería donde estaba su dormitorio y contemplar (¡qué clara estaba la imagen en su mente!), la cara misma de su esposa, plasmada en otro ser afligido, frágilmente dormido en esta casa extraña, en este clima extraño y con un horario diferente. Una mujer extraña y mágica que podía despertarse bajo la pasión de su mirada. Y él habría sido un intruso. Habría echado a perder algo que estaba guardando.

La pequeña recesión de 1975 dio el empujón final al vacilante y demasiado extendido negocio de Jeb; y como todo se deshizo al mismo tiempo, los Herrera iniciaron su divorcio mientras se realizaba la liquidación. Cuando Susan visitó a Hank y a Priscilla en el año del bicentenario, lo hizo como mujer independiente, para quien la delgadez no era obstáculo para una renovada disponibilidad. Pero, desde luego, no disponible para Hank; el derrumbamiento del matrimonio de una de las gemelas hacía que el de la otra fuese doblemente preciso.

Como en otros veranos, Hank se sintió conmovido por la solicitud de Susan para con los chicos, conduciendo al tren y a la ciudad a todos los que podía capturar, para visitar el Museo de Historia Natural o ver los grandes barcos en un hermoso y brillante día de julio. Rose no estaba con ella; se había acercado más a su padre en su aflicción, y estaba trabajando de camarera en una sandwichería de San Diego. Y Karen, ahora despampanante con sus rubios cabellos y su blanca cara de luna sobre un esbelto cuerpo, sólo pensaba en los chicos y en el ballet. Un sábado en que Priscilla se quedó en casa, pues había quedado en almorzar en el club con una de aquellas borrachinas a las que llamaba

«amigas», Hank acompañó a Susan en una excursión a New Haven, que ésta había proyectado para los no muy bien dispuestos Jennifer y Lucas, para ver la Biblioteca Beinecke, con su mármol translúcido y las tres Noguchis, maravillosas, parecidas a juguetes y monumentales en su profundo pozo. Hank no había visto estas maravillas; habían llegado a Yale después de haber estado él allí. Y disfrutaba bastante en aquellas excursiones con su cuñada; como si a ellos correspondiese perpetuar el viejo bullicio de la vida familiar. Dejaba que ella condujese su «Mercedes» y él se sentaba a su lado, haciendo inventario, en secreto, de todos los pequeños detalles en que se diferenciaba de Priscilla: el labio superior un poco más saliente, la red de diminutas arrugas que el sol había grabado junto a las comisuras de los párpados, el par de pelos más en la espesura de sus cejas, después más grises, aparecían ahora teñidos de un color castaño oscuro uniforme, con artificiales reflejos rojizos. Ella se volvió durante un segundo hacia él, en un largo tramo recto de la carretera.

—Nunca me has preguntado acerca de Jeb y yo —dijo.

—¿Qué tenía qué preguntar? Hay cosas que hablan por sí solas.

—Adoraba esa actitud tuya —declaró Susan. El verbo le alarmó; «adorar» era una palabra que asociaba con los vulgares sermones de su juventud—. Ha sido una pesadilla que ha durado años —siguió diciendo ella, y él se dio cuenta de que estaba tratando de ofrecerle una nueva imagen, ya no la de un fantasma extraño detrás de una máscara conocida. En cierto sentido se había desnudado. Pero él, después de casi dos decenios de lugar al buen marido, había descubierto las aventuras y se había enamorado de otra mujer del lugar. La imagen de la amante (era una de las «amigas» de Priscilla), surgió en su mente con la cabeza echada atrás y corrida la pintura de los labios, y pareció ensordecérle; sin oír las palabras de la mujer con quien estaba, vio la boca de Susan, aquella boca característica y complicada común a las dos hermanas, que se fruncía expresivamente, como la de una maestra de escuela recalcando un punto crucial.

Lucas, en el asiento de atrás, estaba escuchando y gritó:

—Mamá, deja de hablarle mal de papá al tío Hank. ¡Lo haces con *todo* el mundo!

Jennifer dijo:

—¡Oh! Mirad cómo protege este gran hombre a su horrible papaíto.

Sonó un golpe y la niña sollozó a pesar de su enojo.

—Me das asco, ¿lo sabías? —le dijo Lucas, con voz temblorosa y también lacrimosa—. Siempre has sido un mal bicho, lo digo en serio.

—Papá —dijo Jennifer, con cierta altivez femenina—, ese bruto acaba de romperme un brazo.

La conversación de los adultos no se reanudó. Unos días más tarde, Priscilla llevó en coche a su hermana de regreso a La Guardia, para empezar una nueva vida. Susan proyectaba coger su mitad del dinero que quedase cuando se vendiese la casa de La Jolla, trasladarse con sus dos hijos menores a la zona de la Bahía y estudiar cerámica en Berkeley.

—Le he dicho que está loca —dijo Priscilla a Hank—. En San Francisco no hay más que gays.

—Tal vez no necesita el consuelo de un varón tanto como algunas.

—¿Qué quieres decir con esto? Parece que a ti no te va mal lo del consuelo, por lo que he oído decir.

—Calma, calma. Los niños están arriba.

—Karen no está arriba; está en Nueva York, dejando que aquel ladrón de cunas, que conoció en el club, la lleve a Alvin Ailey. Despierta. ¿Sabes cuál ha sido siempre tu mal? No eres más que un chiquillo. Nunca me amaste; sólo te gustó la idea de infiltrarte en una familia. Te gustaba mi familia, numerosa, rica y episcopaliana, etcétera.

—Lo episcopaliano no me interesaba. Pensé que no pararía de estornudar en toda la boda. Por el incienso; no podía creerlo.

—¡Pobre muchacho baptista! ¿Sabes lo que dijo entonces mi padre? Nunca te lo había dicho.

—Entonces no lo digas.

—Dijo: «Nunca se adaptará. Es un golfillo, aunque remilgado».

—¡Uf! ¿Dijo realmente «golfillo»? ¿Y a qué tenía que adaptarme? ¿A la Orden de San Pablo? ¡Caray! Yo le tuve siempre bastante simpatía. Sobre todo por la mañana temprano, cuando estaba sereno.

—Él te *despreciaba*. Pero entonces Sue pilló a Jeb, y éste fue mucho peor.

—*Fue* una suerte.

—Él hizo que tú parecieses bueno, ésta es la triste verdad.

—Sí, y tú haces que Sue parezca buena, conque estamos iguales. Bueno, dejemos esto para la medianoche. Aquí viene Henry.

Pero el muchacho, que había crecido rápidamente hasta alcanzar un metro ochenta, llevaba unos auriculares conectados a una radio del tamaño de un morral, y al dirigirse al solarío dedicó a sus padres una fría y distraída sonrisa.

Cualquier sentimiento de superioridad que pudiesen experimentar los Arnold en vista de los desastres de los Herrera, duró menos de un año. Un ingenioso truco para evadir impuestos, que Hank había aconsejado a bastantes clientes, fue invalidado por el Fisco, y aquellos clientes se encontraron de pronto con que debían cientos de miles de dólares al Gobierno, incluidas decenas de millares en concepto de multas. Aunque habían sido debidamente advertidos y no hubo querellas criminales, Hank fue despedido. Pronto siguió su divorcio. Uno de los hombres con quienes se había relacionado Priscilla, se había librado de su propia esposa y estaba dispuesto a cargar con ella; Hank se preguntó qué haría ahora Priscilla, con sus sesenta y ocho kilos de peso, que justificase todo aquel trabajo. ¡Y pensar que él la había iniciado en la vida sexual con aquellas formales y castas «exhibiciones»!

Ella se instaló con los chicos en Cos Cob. Y Hank, después de haber echado a perder su carrera profesional en el Este, aceptó con gratitud el ofrecimiento de un antiguo colega, para ingresar en un bufete colectivo de Los Ángeles, con menos categoría que la de un socio joven. Siempre había disfrutado en sus visitas al sur de California y, aunque un apartamento de una sola habitación en Westwood no era una casa de madera de secoya con vistas a un campo de golf de La Jolla, el viejo cascarrabias había tenido razón: aquí se adaptaba mejor. En California meridional se respiraba un ambiente baptista que contribuía a cicatrizar sus heridas. La mayoría de la gente procedía de pequeñas poblaciones del Medio Oeste, y había ingenuidad incluso en el pecado: actuaciones de mujeres desnudas en los bares y las pintadas niñas trotacalles en pantalón corto en Hollywood Boulevard. Los grandes cines estucados, de los años treinta, proyectaban películas X; jóvenes parejas de caras pecosas las miraban, asidos de la mano y comiendo palomitas de maíz. En esta ciudad donde el sexo era una especie de moneda oficial, Hank se resarcía de toda la diversión que se había perdido cuando tenía que pillar el tren y cuidar de sus hijos en Greenwich, y se desquitó de su ex esposa. Los Ángeles fue como aquella temprana inmersión, en la edad de la decisión religiosa, que coincidía con la pubertad; aquella manaza brutal le había sumergido en el agua, y él había emergido sintiéndose, aunque desalentado e indignado, limpio y renacido.

Un día, subiendo en la escalera mecánica de Figueroa Street al Bonaventure, se encontró detrás de una vivaz muchacha de cabellos negros, a la que reconoció al cabo de unos momentos como su sobrina Rose. Le tocó el hombro desnudo y la invitó a una copa en el bar de la planta baja, entre todo aquel bullicio. Rose tenía ahora veinticuatro años; él casi no podía creerlo, aunque Karen era de la misma edad. Rose le dijo que su padre trabajaba como capataz de otro constructor, y se había comprado un cacharro y se iba a México los fines de semana; sus amigos drogadictos la habían tomado con ella y la volvían loca, y por

esto se había separado de aquél hacía algún tiempo. Ahora trabajaba como dependienta en una tienda de artículos de cuero de importación en los sótanos de Arco Plaza, que iba de mal en peor, mientras que sus probabilidades de convertirse en actriz, disminuían en proporción geométrica a cada año que pasaba. Actualmente, le explicó, quien no se hace ver cuando tiene diecinueve años está *finito*. Y ciertamente, pensó Hank, su cara no era la adecuada para una carrera espectacular: enmarcada en una maraña de espesos rizos negros, tenía mucho de la cruda desesperación de Jeb, un brillante cóndor un poco tosco. Hank se sintió excitado por aquella joven y frustrada belleza; pero las mujeres de su edad, de senos redondos y ojos enormes de un blanco purísimo, le asustaban bastante, como los automóviles nuevos y demasiado caros. Le preguntó por su madre, y ella le dio la dirección de Susan.

—Le va muy bien —le advirtió Rose.

Siguió un intercambio de cartas. La caligrafía de Susan era un poco más redondeada que la de Priscilla, pero con las mismas «ges» que parecían «eses» y las mismas «tes» sin vírgula, como sombreritos que se lleva el viento. Un sábado de otoño, Hank voló a la zona de la Bahía. Había allí trescientas mil las de costa sin nubes, y los montes se habían puesto sus inflamables capas de verano, de aquel color de oro que adoran los californianos, como adoran los de Nueva Inglaterra el escarlata de los arcos cuando cambian de color. En cuanto se salía del cenagal de Oakland, Berkeley se parecía sorprendentemente a Cambridge: grandes casas construidas por una especie de clase media que había emigrado a otros lugares, y carteles xerografiados, de protesta, pegados en los buzones de correos o clavados en los árboles. Susan vivía en la segunda planta, en la parte de atrás de una gran casa amarilla que, de no haber sido por la pintura desconchada y la improvisada escalera exterior, le habría recordado su casa ancestral de Saint Paul. Ella le estaba esperando, y se besaron desmañadamente en mitad de la escalera de acceso.

El apartamento estaba lleno de viejas fotos de los hijos de ella y de muestras de su propia cerámica, unos objetos duros y extrañamente deliciosos, en su mayoría barnizados de color turquesa o naranja oscuro. Todavía vendían unos pocos, en una tienda que tenía una amiga suya en Sausalito. Y daba clases, a horas, en un colegio particular de primera enseñanza. Y todavía asistía a ciertos cursos: los otros estudiantes la llamaban Abuelita, pero ella les quería, aunque sus conceptos de los valores eran tan distintos de los nuestros a su edad. Dijo todo esto rápidamente, agitando tímidamente las manos y metiéndose los cabellos detrás de las orejas, como para oír mejor. Algo en su actitud implicaba que éste era un deber ligeramente fatigoso que había inventado para ellos. Él era un viejo pariente, una página del pasado. Y ella estaba más delgada que nunca y había dejado que sus cabellos volviesen a ser grises, no con mechuras, sino totalmente grises, colgando hasta más abajo de los hombros de un suéter rojizo con cuello de tortuga, como los que suelen llevar los hombres en los anuncios de whisky escocés. Hank no había visto nunca un aire parecido en Priscilla.

Con sus ceñidos y manchados jeans y sus pies descalzos, la delgadez de Susan era excitante; sintió el deseo de agarrarla antes de que acabase de desvanecerse.

Ella le llevó a dar un paseo en su «Mazda», como si todavía tuviesen que distraer juntos a unos niños. Las abruptas y doradas colinas entrelazadas con el mar y las lagunas, los ondulantes caminos llenos de ciclistas, *joggers* y jóvenes padres con hijos pequeños sobre la espalda, ofrecían un espectáculo idílico, una visión del futuro, un país encantado, no de perpetuo verano, como aquel en que él vivía, sino de eterna primavera. Ella llevaba ahora zapatos de tacón alto con los jeans, y un chaleco de piel de oveja sobre el suéter, y estos complementos le conferían una elegancia sorprendente. Fueron a comer a un restaurante típico, donde les sirvieron *tabbouleh* después de una sopa de alcachofas. A diferencia de la mayoría de las parejas en la primera cita, no les faltaron cosas de que hablar. El recuerdo eludió pasados agravios y evocó, sobre todo, a los seis hijos, sus diversos y todavía inciertos destinos. Priscilla se convirtió en un enorme vacío en su charla, una especie de cueva en la que moraban, mientras sus voces se hacían confusas y vacilaba la llama de la vela sobre la mesa. ¿Era que Susan trataba de ahorrar a Hank el reconocimiento de que su matrimonio había sido, a fin de cuentas, un gran fracaso? ¿O era Hank quien no quería proyectar sobre ella la sombra de una comparación, la responsabilidad de ser media persona? Ella le llevó de nuevo a su apartamento; lo cierto es que él no había propuesto otro sitio donde ir.

Suzie se quitó los zapatos, encendió una estufa eléctrica y sacó del frigorífico una botella de dos litros de «Gallo». Ella estaba cansada y a él aquello le gustó, porque también estaba cansado, como si hubiesen estado arrastrando juntos la misma carga durante todos aquellos años. Se sentaron en el suelo, en lados opuestos de la mesa de café, de cristal, en cuya superficie se reflejaba la cara de ella, los ondulantes cabellos de bruja, las cuencas hundidas de los ojos y el pensativo labio superior.

—Has hecho un viaje muy largo —dijo ella, con aquella voz que un día le había parecido a él más grave que otra, pero que, en esta habitación, parecía tan frágil como los cacharritos turquesa de los estantes.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo hiciste para verme. ¿Me ves? *A mí*, quiero decir.

—¿A quién, si no? Siempre te aprecié. ¿O debería decir te quise? Tal vez esto sería demasiado.

—Creo que sí. Entre nosotros, las cosas fueron siempre...

—Complicadas —terminó Hank.

—Exacto. No quiero ser un simple medio del que te valgas para corregir un error.

Él pensó un largo rato, tan largo que se pintó ansiedad en la cara de ella, antes de responder:

—¿Por qué no?

Sabía que la mayoría de la gente, incluida Susan, tenía más opciones que él, pero también confiaba en que, en nuestra opulenta nación, una necesidad sinceramente confesada tendría muchas probabilidades de ser atendida.

Como esto ocurría en los años ochenta, ella temía la herpes y todas esas otras enfermedades nuevas. No sabía lo que había estado haciendo él en Los Ángeles; realmente, tendría que conocerle mucho mejor antes de acostarse con él. Mientras tanto, *podían* hacer cosas. Viéndola desnudarse y moverse deliberadamente, con el mentón erguido, realizando una pequeña «exhibición» en la estancia, Hank pensó que era magnífica, aunque estuviese tan delgada. Platón estaba equivocado: no somos meras sombras de otra cosa. La demora impuesta por Susan, la distancia entre ellos que no podía alterarse tan de prisa, contribuyeron a que captase la maravillosa verdad de que ella era, simplemente, otra mujer.

UN DESCUIDO

Un terremoto no muy débil (5,4 en la escala de Richter), se dejó sentir en la zona en la que se encontraba Harrison, a las 6.07 de una mañana, según dijeron más tarde los periódicos; él se despertó bruscamente, mareado sin saber por qué.

Entonces el último temblor hizo tintinear la lámpara de la mesita de noche y, durante aquella breve oscilación, como si la cama fuese una barca deslizándose en el seno de las olas, el hombre miró en derredor, observando la habitación con los ojos muy abiertos para ver los daños que se habían causado. Al parecer, no se había producido ninguno; el cielo raso estaba intacto hasta el último rincón, no había cristales rotos en los antepechos de las ventanas, el vaso de agua, el despertador y las gafas plegadas permanecían en su sitio al pie de la lámpara. Su esposa, que dormía a su lado, no se había movido. Sólo era visible la parte superior de la cabeza de ésta, unos largos y revueltos mechones de cabello rubio. Siempre dormía como hundida debajo de la sábana, con la cabeza fuera de la almohada, como si durante la noche hubiese resbalado hacia los pies de la cama. Su cuerpo yacía plano, causando cierta mala impresión. Él buscó una posición más segura sobre el colchón, pero con los ojos abiertos a que se repitiese el balanceo; esperó el fin del mundo. Pero el pequeño terremoto había terminado y, al cabo de una hora, se había convertido en una noticia más del telediario, de esas que hacen que los presentadores, después de tensos relatos de matanzas y negociaciones internacionales, se relajen y cedan alegremente su sitio al hombre del tiempo.

No se había informado de ningún daño importante. El epicentro había estado situado en una región montañosa y poco poblada, a ochenta millas al norte. Los residentes del sector no paraban de llamar a la emisora de televisión.

—Es interesante ver cómo la gente llama siempre a la televisión —dijo Harrison a su esposa, mientras tomaban la segunda taza de café.

—¿En vez de qué? —Ella era mucho más joven que él, y parecía irritada como una niña pequeña por las mañanas, con la cara todavía marcada por las arrugas de la revuelta sábana—. ¿A dónde *tendrían* que llamar?

—Oh, no sé. A las comisarías de Policía. Al Ayuntamiento. Parecen pensar que la emisora de televisión es la única que posee autoridad.

—En todo caso, es una estupidez telefonar a *cualquier* parte por un terremoto —dijo ella, con irritación.

—Estoy de acuerdo —se apresuró a decir Harrison, previendo que la conversación degeneraría en disputa.

—¿De veras te despertaste mareado, o ha sido, una vez más, cosa de tu imaginación?

La memoria de él era mucho mejor que la de ella, por esto gustaba ella de atribuir a la imaginación su superior contenido. A veces tenía Harrison la impresión de que su mujer estaba preparando el terreno para la senilidad de él, aunque apenas tenía sesenta años.

—Claro que estaba mareado. Toda la habitación tembló. La cama dio verdaderos saltos. *Tú* —añadió, en tono acusador— seguiste durmiendo como un... —no quiso decir «niño»—, como un leño.

—Estaba *cansada* —se lamentó ella, cogiendo otro cigarrillo, aunque sabía que a él no le gustaba que fumase—. Todas esas fiestas de fin de año, con profesores borrachos. La noche pasada, Keuschnig se puso sentimental conmigo, hablando de los anglosajones. Su valor, sus virtudes, ¡qué sé yo! No paraba de acariciarme la rodilla, y hubo un momento en que habría jurado que tenía lágrimas en los ojos.

Dijo todo esto como para reparar su inconsciente pecado de haber dormido durante el terremoto.

La esposa de Harrison había sido alumna de él. Él era profesor de Historia, y hoy terminaba el curso de primavera sobre el tema «Europa, 1453-1914». Los estudiantes solían aplaudir la última conferencia, y hoy le pareció que los aplausos se prolongaban más que de costumbre, se repetían con un calor y un entusiasmo de despedida que no paraban de renovarse. En una breve pausa entre dos olas de aplausos, Harrison pensó, mientras sonreía e inclinaba inquieto la cabeza gris, que aquel ruido era ciertamente una despedida: Su trabajo estaba esencialmente terminado. Aunque había escrito una notable monografía en colaboración con un colega ahora muerto, un estudio general sobre el Imperio Austríaco, todavía considerado clásico, nunca había encontrado la tesis revolucionaria, la inspiración formidable y unificadora que habría insertado para siempre su nombre en la rueda giratoria de la Historia. Cuando era un joven profesor auxiliar, había sentido que estaba a su alcance; un poco más de estudio un año sabático dedicado a escribir en momentos de inspiración, y habría conseguido una de esas percepciones radicales que, vistas retrospectivamente, parecen tan inevitables como las de un Weber o un Burckhardt. La posibilidad había estado allí, espléndida como una joven complaciente, y él no había sabido aprovecharla. Su especialidad había resultado ser un mosaico de opereta, un embrollo de «absolutismo provisional», un Imperio sin ceremonia de coronación, una monarquía reaccionaria tambaleándose a través de una ventisca de papel de decretos y concesiones, un estudio sobre la inercia y la fragmentación. Pero a pesar de todo, había pensado Harrison, un modelo de convenios humanos. Los compasivos y afectuosos aplausos de los estudiantes le estaban envolviendo en una

mortaja, cerrando su ataúd; su mente había hecho su curso, y a un nivel profundo en el que su cuerpo tenía que reconocer que estaba agotado. Y lo estaba, con su chaqueta de tweed y su pantalón de franela gris pasados de moda, sus recuerdos de la última guerra justa y de su quimera del oro intelectual que había venido con la GI Bill, su «sesgo» anticuado y su humanismo liberal capitalista, él mismo ahora Historia, una chispa de conciencia dentro del negro esquisto del tiempo.

Esta percepción le produjo una nueva sensación de náusea. Los aplausos tocaron a su fin. Harrison recogió sus gastadas notas, las páginas arrugadas de tanto manejarlas, y el texto mecanografiado lleno de inserciones manuscritas cuando se le habían ocurrido segundas y terceras ideas (ninguna de ellas recipiente), en el curso de los años. Como la persona que sube a un autobús atestado, doliéndole la espalda o con una herida de amor en el pecho, así pasó Harrison con sus náuseas, entre los irritantes alumnos. Eran alegres y ruidosos, y vestían ligeros harapos. El mes de junio estaba a punto de llegar. Un muchacho de pantalón vaquero y chaqueta holgada, de esos que empujan, un joven inteligente y con un futuro, que buscaba intimar con el profesor al iniciarse el período de exámenes, expresó perplejidad, y el deseo de discutir el un tanto irónico retrato que había hecho Harrison de un alción de Europa, envidia del globo en 1914, hasta que Austria-Hungría había tomado la tonta decisión de declarar la guerra a Serbia a causa de la muerte de un príncipe a quien nadie quería.

—Pero, señor, ¿qué nos dice de la pobreza y de las fábricas donde se explotaba a los obreros? ¿Y de las revoluciones abortadas, como la de 1905?

Harrison pasó junto al muchacho como si éste hablase en un idioma extranjero. El profesor ya no tenía ánimos para la Historia; su visión retrospectiva estaba obsesionada por aquel inmenso y sutil temblor en cuyos brazos se había despertado hacía unas horas.

El sexo, pensó Harrison mientras transcurría el día. El sexo era lo que había quedado atrás. No el hecho en sí (su joven esposa, aunque necesitaba dormir, se hacía menos de rogar que cualquier mujer de la generación de Harrison), sino la esperanza, la expectación que solía llevar todos los días y las horas hacia una meta. En años pasados, él esperaba durante todo el día el banquete de la noche, para ver a Mrs. R. o a la combativa Miss B. o a la lánguida Madame de L., del Departamento de Lenguas Románicas, con sus vestidos de noche de seda o satén; para observar cómo se ruborizaban aquellas hembras, y cómo exageraban sus ademanes bajo la influencia de lo que bebían y comían, y de lo que los científicos del comportamiento llamaban socialización, y para escuchar sus voces que se elevaban y se volvían adorablemente roncas y atrevidas. Entonces el ambiente estaba lleno de signos, de sobrentendidos, de centelleantes cuchillos inmateriales. Ahora, en los banquetes, se sorprendía de que no hubiese en la mesa una sola mujer con la que desearse acostarse. Era una especie de sordera, como una reducción del volumen del sonido en un aparato de

televisión. Las bocas se movían de un modo absurdo, como las de los peces. Corteses, incluso animados, él y sus colegas (sus *comitatus*), seguían la pauta marcada. Era, presumía Harrison, lo que Freud había entendido por civilización; en realidad, ninguna persona sana se había valido mucho de ella.

También las estudiantes habían tenido sus señales, sus actitudes y miradas de doble intención, a veces trampas deliciosamente peligrosas. Ahora las chicas, con su provocadora desnudez, eran para Harrison como el follaje de los árboles que flanqueaban suavemente su campo visual, al caminar por los senderos del campus. Aunque sólo se había casado tres veces, en una profesión famosa por sus desastres matrimoniales, había sufrido durante todos aquellos años, cuando aún estaba por descubrirse la gran teoría, la afirmación seminal, una constante fiebre de amor, hablando mentalmente y sin parar con alguna hembra, haciéndola testigo inconsciente de su ser, de sus lecciones, de sus conferencias, de su lectura de exámenes escritos, de sus trabajos de carpintería, de su rastrillar hojas, incluso de sus amores con otra. Ahora, si pensaba en mujeres, en un momento de silencioso pasatiempo, o cuando estaba a punto de dormirse, era en sus hijas, y lo hacía con gran compasión y con pesar y, vagamente, atribuyéndose la culpa. Había tenido tres, de sus dos primeras esposas, y las tres eran adultas y vivían solas en pequeñas habitaciones alquiladas en diversas ingratas ciudades. Cuando pensaba en una hija, se imaginaba un guisante suspendido en el centro de un cubo vacío, esperando que alguien lo encontrase; un diminuto, duro, ligeramente arrugado núcleo de desilusión, flotando en una habitación cuya única ventana daba a otras ventanas idénticas. El cuadro tenía la tristeza de un Magritte. Por eso se sorprendería si se enfrentase actualmente con una de sus hijas, al encontrarla robusta y llena de salud y solícita con él; se estaba haciendo viejo, leería en sus ojos. A ellas les parecía una frágil reliquia de un pasado que habían compartido, cuando ellas eran unas niñitas reidoras y él un hombre omnipotente de oscuros cabellos. Harrison habría llorado, si hubiese podido llorar tan fácilmente como Keuschnig, por sus hijas.

Sus hijas y sus dientes. El premolar inferior izquierdo, hacía largo tiempo que había perdido el molar contiguo, se estaba ahora cansando de llevar un puente de oro, y se aguantaba con la raíz casi totalmente descubierta sobre la mellada mandíbula, y Harrison comprobaba que estaba flojo cuando lo tocaba con la lengua. Y no podía dejar de tocarla para ver hasta qué punto estaba realmente floja, y hasta qué punto era ilusión morbosa; sus cosas imaginarias, como decía su esposa.

En su despacho, hojeó montones de trabajos de fin de curso, redactados bajo la inspiración de chuletas y de pastillas para no dormir. Escribió unas cuantas notas marginales; muchas veces, aquellos trabajos finales no se devolvían, sino que quedaban tirados sobre una silla del despacho cerrado durante todo el verano, para cubrirse de polvo. Fuera, transcurría la tarde con cerúlea brillantez. El cielo estaba despejado; la tierra y el cielo, poetas contrapuestos, no se avenían. El movimiento de

la cama, producido esta mañana por un trueno subterráneo, ya no era, en el recuerdo de Harrison, como el de una barca que oscilase lentamente; era un movimiento más agitado, más brusco, cómo si las patas de la cama hubiesen estado metidas en tazas de grasa. Volvió a tocar el diente flojo con la lengua. Cedía..., ¿o era cosa de su imaginación? Tenía otro banquete por la noche, la falta de excitación ante esto, parecía otro ligero reblandecimiento, un instalarse de la eventual pérdida total.

Sin embargo, fue allí, en aquella fiesta en la casa de un colega más joven (un discípulo de Braudel, enfrascado en las estadísticas del embarque de cereales y de ganado del Medio Oeste en los años de 1880), donde apareció aquella mujer sensacional. Era una invitada imprevista, que había venido a visitar a un hermano geólogo. Alta, esbelta, con los cabellos teñidos de un chillón color naranja y firmemente trenzados alrededor de su pálido semblante, entró en el salón erguida como un soldado, levantando el mentón y tendiendo la mano a la anfitriona, en un ademán que era casi de ballet, como si sus dedos sostuviesen una varita mágica. No iba acompañada de un marido. A Harrison le pareció una visión tan preciosa, tan tenue y afilada en su ceñido vestido verde pálido, que no se atrevió a hablarle. Sólo en la segunda hora del aperitivo, al dispersarse misteriosamente el grupito que la rodeaba, se encontraron frente a frente los dos. Los ojos de ella eran de un verde pálido como su vestido, y le miraron con una intensidad que parecía sugerir que se habían conocido antes, en circunstancias poco halagüeñas. Vista de cerca, la inclinación hacia atrás de su huesuda y bella cara parecía un poco artificial y tensa.

—¿Está usted jubilado? —preguntó ella, sin sonreír.

Fue él quien sonrió.

—Todavía no del todo —dijo—. ¿Cree que debería estarlo?

Ella tenía ahora la oportunidad de flirtear, pero dijo en tono sibilante.

—Sí.

Él cambió de tema.

—Su hermano es geólogo, ¿verdad?

—Mi hermano —dijo la mujer— es un bruto.

Los músculos de los extremos de la mandíbula inferior se contrajeron a intervalos, y su largo cuello pareció compuesto de tendones rígidos y verticales.

Sentía curiosidad por saber lo que piensa del terremoto de esta mañana. ¿Le ha dicho algo acerca de él? ¿Alguna teoría? ¿Puede ser el comienzo de un ciclo catastrófico?

Ella no dijo nada, sólo le miró fijamente, con una cara a punto de mostrarse ultrajada; era como si él se hubiese atrevido a hablarle empleando una clave sagrada, como si estuviese incumpliendo las condiciones de un acuerdo al que hubiesen llegado en secreto. Sin embargo, era adorable, pensó Harrison, en su estructura ósea, los amplios espacios entre los pómulos y la mandíbula inferior, y el perfil de la nariz y la oscuridad de sus delgadas fosas nasales ribeteadas de rosa. Tenía la vivacidad de un animal salvaje; lo único que él necesitaba era encontrar el tono adecuado para amansarla.

—¿No lo ha advertido usted? —preguntó, suavizando la voz—. Quiero decir, esta mañana. La perezosa de mi esposa ni siquiera se despertó, pero la televisión y los periódicos de la tarde no han hablado de otra cosa.

—Yo no quería venir —declaró ella, moviendo ligeramente el mentón de un lado a otro, y casi con los dientes apretados, como si temiese revelar alguna cosa—. Ha sido idea de mi hermano. Tengo una casa magnífica. Pero el chiflado de mi marido...

—¿Su marido?

—Él dice que yo no debería hablar de esto.

Por primera vez ella dejó de mirarlo y volvió la cabeza para mirar el salón, con tanta rapidez que los cabellos trenzados saltaron con la fuerza de aquel movimiento giratorio.

—¿Su marido dice...?

—Mi *hermano*. —Las comisuras de sus labios, que eran muy largos y estaban pintados con poca precisión de un rojo purpúreo, se torcieron hacia arriba al intentar sonreír forzosamente—. Me la está quitando, mi hermosa casa, y ahora mis hijos, ¡oh, Dios mío!, él tiene abogados, y médicos, *compra* a la gente y hace que *mientan*...

—Éste no debe ser su hermano; debe ser su marido —dijo Harrison.

Lo había dicho con la estúpida intención, propia de un profesor, de poner las cosas en claro; pero empezaba a asustarse.

La mujer le miró con asombro, y él sintió un miedo irracional de que la cara de ella se hiciese pedazos con una granada al estallar; sus pómulos, su nariz y aquellos ojos, que parecían huesos de un color diferente.

—Es usted maravilloso —dijo al fin.

Y rió en silencio, con una carcajada de fantasma, abriendo la boca más de lo que él habría creído posible, de manera que vio las estrías del paladar y los negros empastes de las muelas.

Entonces se dio cuenta de que estaba loca de remate; de pronto quedaron explicados su desafiadora entrada en la fiesta, su situación tal como ella la describía y el misterio de que todos los que la rodeaban se hubiesen escabullido, dejando que Harrison se enfrentase con ella. Y ella, al ver lo que debió ser un cambio, un descuido en el rostro de él, echó triunfalmente la cabeza atrás y se cogió a él con una mano fina, nerviosa y dura. Durante el resto de la velada, le siguió con la mirada y con la voz, sentándose a su lado en la mesa, mirándole fijamente, suplicándole que la comprendiese, que la clave que habían inventado en un pasado insondable continuase uniéndoles y se convirtiese en la base de su rescate. El vago llamamiento humano que en las fiestas pende siempre ingrávido en el aire, se había vuelto sofocante y sólido; el techo del salón parecía descender sobre él y lanzarle de un rincón a otro, de un grupo a otro, mientras la mujer le cercaba en su caza.

—¡Qué noche de pesadilla! —dijo Harrison a su esposa, cuando al fin hubo terminado todo aquello y se encontraron de nuevo en casa.

—Ella se encariñó mucho contigo —dijo ella—. ¡Pobrecilla! Por lo visto, era inteligente y encantadora, hasta que un día perdió la chaveta. Su hermano dijo que no quieren someterla a un tratamiento por electrochoque.

—Creía que este sistema ya no se empleaba. —La sola idea le daba náuseas—. Fue terrible —confesó— cuando me di cuenta de que ella no estaba *allí*, de la manera en que están las personas normales. Debí parecer un imbécil.

—No más de lo que parecen siempre los viejos conquistadores —dijo ella.

Después de despeinarse al quitarse el vestido, echó la cabeza atrás con petulante violencia, como la niña que no quiere que le pasen el peine por la enmarañada cabellera; sacudidos de aquel modo, los cabellos sedosos y rubios se desenredaban por sí solos sobre la espalda. En la cama, para hacer las paces, alisó las cejas del marido, que se habían vuelto hirsutas con los años, y le dio masaje en la frente como si quisiera borrar sus arrugas.

—Todos los que estaban en la fiesta pensaron que eras un héroe —dijo.

Todo esto era una señal, y él quiso responder a ella, porque su esposa le pareció ahora un tesoro, dormilona pero al menos cuerda; mas pasó el

momento en que hubiese debido poseerla, y ella se deslizó, entre sus brazos, hacia el completo olvido de él.

Harrison yació en la ancha cama y esperó. Aunque el techo se había retirado a la distancia adecuada, le afligía el recuerdo de aquella boca, súbita y ágilmente flexible, con su bóveda estriada y sus negras muelas. Se tocó su propia muela con la lengua, probando si cedía a la presión; tal vez se lo imaginaba. Pensó en Francisco José, puntilloso hasta el fin, levantándose el día de su muerte a las tres y media de la mañana, como de costumbre, para el acostumbrado masaje con agua fría a manos de un criado, y poniéndose sus medallas; débil, febril, abocado el mundo exterior a la ruina, por el desastroso resultado de su ultimátum a Serbia, el viejo monarca examinó y firmó documentos durante todo el día en Schönbrunn, aunque por la tarde no pudo ya arrodillarse para rezar sus oraciones. Sedl, el obispo del Hofburg, acudió a las ocho y media y acercó la antigua cruz de Habsburgo a los labios del emperador; su amante, Katherina Schratt, fue llamada demasiado tarde y colocó, sobre el lecho de muerte de Francisco José, dos rosas blancas que fueron enterradas con él. Harrison pensó en sus hijas en sus habitaciones vacías, y en las poco pobladas montañas del norte. De pronto, el colchón pareció moverse un poco hacia un lado, dar un pequeño tirón; pero la lámpara de la mesita de noche no tintineó, por lo que presumió que se lo había imaginado.

NOCHE DE PÓQUER

La fábrica había estado trabajando hasta muy tarde, ya que los detallistas tenían prisa por proveerse de existencias para la Navidad, aunque todavía estábamos en agosto; por consiguiente, tomé un tentempié de camino hacia la casa del médico, y proyecté ir directamente después a jugar al póquer. En realidad, a mi esposa le gusta que de vez en cuando no vuelva a casa por la tarde; esto le da la oportunidad de prescindir de la cena y remediar un poco el problema de su peso.

El doctor se había trasladado de su viejo consultorio de Poblzar a uno de esos nuevos centros médicos emplazados justo detrás del parque en el que hubo un campo durante muchos años, cuando yo era niño, y en el que recuerdo que los italianos cultivaban alubias escarlata, miles y miles de estas robustas plantas. El nuevo centro tiene iluminación indirecta en todos los techos, alfombras de pared a pared, y aire acondicionado en la sala de espera; pero las puertas son tan delgadas que podrían romperse fácilmente con el puño, y se puede oír a los otros médicos y pacientes a través de las paredes, todo lo que dicen, incluso su respiración.

Lo que me dijo el médico no me satisfizo mucho. En realidad, cada vez que yo trataba de hacerme ilusiones la cosa parecía empeorar.

Él, para animarme, me habló elocuentemente de los tratamientos que pueden aplicarse ahora, de la quimioterapia y del cobalto, e incluso de algo que puede hacerse con platino; peto, a mis años, he visto morir personas suficientes para saber que nada puede atajar realmente el mal, sino alargar el tormento. Si no fuese por la compañía de seguros y la Ayuda Médica, uno se pregunta cuántos de estos caros hospitales seguirían funcionando.

Yo dije que al menos me alegraba de que no hubiese sido cosa de mi imaginación. Le pregunté si pensaba que mi dolencia tenía algo que ver con los productos químicos que tenía que emplear en la fábrica, y él me respondió, prudentemente, que no podía aventurar una opinión sobre aquello.

Sin duda pensó que yo consideraba la posibilidad de entablar un pleito, pero sólo había sido curiosidad por mi parte. Siempre pensé que si no era por una causa, lo sería por otra; en estos tiempos, uno se puede parar en la esquina de una calle, esperando que cambie la luz de un semáforo, e inhalar veneno bastante como para matar a una rata.

Concertamos las futuras visitas, y él me dio un fajo de recetas. Al cerrar la puerta, tuve la impresión de que también a mí podrían romperme fácilmente de un puñetazo.

Pero los *drugstores* son lugares alegres y, mientras esperaba, tomé un Milky Way y hojeé un *People*, y cuando la joven de detrás del mostrador me entregó los medicamentos cualquiera habría dicho, por su sonrisa y por la manera en que el bolígrafo amarillo sobresalía del bolsillo de su bata, que nada muy malo podía ocurrirme. Al menos éste pareció ser el caso a cierto nivel de mi conciencia.

Las mariposas eran tan numerosas como los mosquitos, debajo de los faroles, y había la vieja alegría del verano en el susurro pegajoso de los neumáticos sobre el asfalto, y en los adolescentes que, desde dentro de los coches, saludaban incluso a los desconocidos. Subí a mi propio coche y, después de pensarlo un poco, me dirigí a las Heights a jugar al póquer.

Yo deseaba compartir con mi esposa mi estado de ánimo, pero ellos contaban conmigo como sexto de la partida, y unas horas significarían poco. Las malas noticias pueden esperar. ¿No es esto lo que solían decir los viejos?

Nuestro grupo se había estado reuniendo a miércoles alternos durante treinta años, con algunas entradas y salidas, gente que se ausentaba y volvía después. Habíamos tenido algunas defunciones, pero hasta ahora no había fallecido ninguno de los hijos, solamente sustitutos, cuñados o vecinos llamados para completar la mesa por una noche determinada.

Hoy le tocaba a Bob. Bob fabricaba marcos y tenía una tienda propia en el centro de la ciudad. Es sorprendente lo que ganan ahora los de su oficio; tal vez cuarenta o cincuenta pavos por enmarcar una pequeña acuarela pintada por una tía y heredada de ella, o el diploma de bachiller de algún muchacho.

Jerry trabaja de mecánico para una empresa de más allá de la nueva avenida; Ted es socio de un almacén de frutas del distrito comercial; Greg dirige el negocio de fontanería que fundó su padre tiempo atrás; Rick es consejero asesor de segunda enseñanza, créase o no, y Arthur es corredor de Doerner's Paints. Arthur tenía que estar de viaje esta noche, y por esto me necesitaban para ser el sexto.

Todo empezó cuando éramos recién casados y empezábamos, más o menos, a crear nuestras familias en el barrio entre Poblart y Forrest, en el lado de la avenida opuesto al que había sido la fábrica de papeles de pared «Agawam Wallpaper» antes de ser convertida en pequeñas unidades comerciales de alquiler. Una noche de abril recibí la llamada de Greg, un tipo al que apenas conocía, aunque todo el mundo conocía el camión de su padre.

Pensé que Alma opondría resistencia: Jimmy y Grace debían tener entonces menos de dos años, y ella todavía trataba de dar lecciones de piano por las noches. Pero me dijo que fuese, que había estado trabajando de firme y que creía que me convenía un poco de distracción.

Ahora, sólo Ted y yo vivimos en el barrio, y él habla de trasladarse a una de esas casas divididas en propiedad horizontal, ahora que los hijos no viven ya con ellos; pero le fastidia la idea de tener que luchar con el tráfico todos los días. Desde donde vive ahora, puede ir a pie hasta el almacén de frutas aunque haya tormenta, y la tonta de su Josie no aprendió nunca a conducir.

Arthur vive desde hace años en las Heights, a unas tres calles de la casa de Bob, Rick reside en el otro lado de la ciudad, en dirección al lago, y Jerry compró una arruinada y vieja granja de vacas en el sur; está acondicionando lo que fue corral, para alquilarlo, haciendo él mismo la mayor parte del trabajo durante los fines de semana. En el curso de los años, ha habido también algunos cambios en lo tocante a las esposas, a las situaciones y los negocios.

Pero las apuestas no han cambiado, y con la inflación y nosotros prosperando más o menos, las monedas de diez y veinticinco centavos, e incluso los billetes de un dólar, nos parecen como fichas que vienen y van. Es en realidad una buena distracción, en la que cuenta mucho más la satisfacción de ganar que el dinero ganado.

Llegué tal vez diez minutos tarde, debido a lo que había tenido que esperar en el drugstore. Las bolsitas de papel que llevaba en el bolsillo crujieron cuando arrojé la chaqueta sobre el sofá, y aquel ruido me revolvió el estómago, al recordarme mi secreto.

¿Habéis tenido, alguna vez, la fuerte impresión de que algo *tiene* que ser un sueño y de que mañana te despertarás sano y salvo? A mí me había ocurrido muchas veces cuando era pequeño, siempre que me encontraba en un apuro.

Me serví una cerveza, y me senté a la mesa entre Ted y Rick. Las cinco caras, animadas ya con la cerveza y con la emoción de los naipes, parecían globos, globos brillantes y colorados bajo la luz que había instalado Bob en su cubil, una bombilla de 100 vatios y sin pantalla, suspendida de una cuerda entre los listones descubiertos.

Había estado trabajando en su cubil durante años, bajando el techo y entrando las paredes para un mejor aislamiento. Pero el negocio de los marcos le retiene en el centro de la ciudad durante los sábados, y las tardes hasta última hora, y las hojas de cartón yeso, los maderos y los rollos de material aislante han estado tanto tiempo en esta guarida, que siempre nos valemos de ellos para zaherirle.

Nunca veré terminada esta habitación , pensé. Esta idea me produjo el efecto de un balazo en la barriga; pero me imaginé que si permanecía quieto y bebía la primera cerveza, los globos de aquellas caras me llevarían con ellos a una altura en la que podría olvidarme de mis tripas.

Y esto me dio buen resultado. Las cartas empezaron a venir a mis manos bajo la brillante luz; los ases y los doses y las reinas, con sus hermosas caras inexpresivas, y realmente sólo cometí dos errores aquella noche.

Uno de ellos fue que continué con dos parejas, jotas y ochos, hasta la apuesta de un dólar de un juego de siete cartas alta-baja, cuando Jerry tenía cuatro cartas descubiertas de una escalera, y sólo dos de los nueves, la carta que necesitaba, habían salido. Pero me imaginé que él *tendría* que pujar, tanto si la tenía como si no; en realidad, la tenía, y yo ni siquiera quedé en segundo lugar, pues Greg había estado agazapado allí con tres reyes.

El otro fue en el último juego, cuando, tal vez influido por la cerveza, tiré un pequeño full de cincos y treses en un juego de *Twien Veds* , porque había tantas parejas descubiertas sobre la mesa, que pensé que alguien tenía que ganarme. Pero estaba equivocado: Rick ganó con un flush de corazones con el as.

¿Podéis imaginaros ganar *Twien Veds* con un flush? Siempre he preferido apostar por una mano perdedora, que tirar una ganadora; me parece que es un pecado más leve contra Dios o la naturaleza o lo que sea.

Tal vez no me concentraba lo bastante; había momentos en los que me parecía una estupidez estar sentado allí, con aquellos tipos repletos de cerveza (bastante vocingleros al final), jugando como chiquillos para matar una tarde lluviosa de domingo, cuando acababan de decirme que mis días estaban contados. Las cartas, en aquellos momentos, parecían increíblemente delgadas: una especie de hoja de plata, batida hasta que sólo tenía el grueso necesario para envolver y ocultar la enorme bola de plomo que yo sentía en todas partes.

En realidad, mis cartas fueron, en general, bastante malas, de modo que tuve tiempo de mirar a mi alrededor. Las caras de aquellos hombres parecían, sí, globos colorados, pero sus manos, al alargarlas sobre la mesa, no tenían nada que ver con aquéllas: eran manos de viejos, garras pálidas, marchitas y salpicadas de manchas, con uñas ennegrecidas y vello gris y venas abultadas.

Habíamos envejecido juntos. Todos nos acercábamos a la muerte, y supongo que esto era un consuelo.

Ted derramó su cerveza, como suele hacer al tocar la velada a su fin, al alargar la mano para coger unas cartas, o la bolsa de palomitas de maíz, o sus gafas bifocales (su empleo es difícil; *con* la visión próxima se

pueden ver muy bien las propias cartas, pero las de encima de la mesa tienden a hacerse borrosas, y viceversa con la visión larga), y todo el mundo chilló y se chancó al ocurrir lo que estaban esperando, y a mí se me empezó a secar la garganta, porque todos eran terriblemente amables y les conocía desde hacía mucho tiempo, aunque nunca habíamos hablado mucho, salvo para tontear y preguntar quién daba las cartas; tal vez en esto estaba la gracia. Sus caras se volvían borrosas y resurgían en puntos brillantes, como esas imágenes desenfocadas que registran ahora las cámaras de televisión (los dientes postizos, las gafas y aquellas frentes altas que antaño habían estado cubiertas de cabellos), y entonces se me ocurrió la idea de que a las personas les importaría menos ir al colegio o al infierno, si iban acompañadas de sus amigos.

Ted tenía las manos ligeramente hinchadas, con pequeños rasguños en los lados de los dedos, y más gordas en los bordes de las palmas, supongo que debido a tanto manejar cajones, y uno habría presumido, dada la agilidad que mostraba todos los días en la frutería, escogiendo ciruelas y tomates para sus elegantes parroquianas, que sería el último en volcar el vaso de cerveza. Pero es siempre el único en hacerlo, como Rick es el único que no dice más que tonterías, y Jerry el único que pilla la única carta de la baraja que necesita.

Terminé embolsándome cinco dólares. Si hubiese tenido agallas para aguantar con aquel pequeño full, habrían sido quince.

Me puse la chaqueta, y el ruidito de papel en el bolsillo me recordó las recetas y el doctor. Por mucho que hagas, la realidad se impone al fin.

Mi mujer no estaba levantada. Y no esperaba que lo estuviese, a las doce menos cuarto de la noche.

Pero tampoco estaba dormida. Me preguntó, desde la cama, qué tal me había ido.

Le dije que había quedado aproximadamente en paz. Entonces me preguntó qué me había dicho el médico.

Yo le pregunté si no le importaría bajar a la cocina para hablar. No sé exactamente por qué no quería hablar de aquello en el dormitorio, pero lo cierto es que no quería.

Me dijo que le encantaría, pues no había cenado aquella noche y se estaba muriendo de hambre. Había quedado un poco de *lasagna* en el frigorífico, y podía calentarla en un minuto en el horno microondas; había estado pensando en esto mientras yacía en la oscuridad.

Alma no está exactamente gorda; maciza, diría yo, más bien. Cuando estoy con ella en la cama, me doy cuenta de que todavía tiene cintura, concavidades y convexidades.

Bajamos la escalera, encendimos la luz y ella, envuelta en su albornoz, calentó la fuente de Pyrex medio llena de *lasagna*, y yo pensé en tomar otra cerveza, pero resolví no hacerlo. Sin embargo, la *lasagna* estaba tan caliente (es sorprendente lo que pueden hacer las microondas; dicen que haciendo vibrar las moléculas desde dentro hacia afuera), que tuve que tomarme la cerveza para refrescarme la boca.

Le dije, lo mejor que pude, todo lo que me había dicho el médico. Sus palabras exactas en su tono de voz, como en una declaración grabada de antemano; y volví a ver las luces suspendidas sobre la mesa de reconocimiento, y el escritorio de acero, y el zócalo de madera de imitación, como si acabase de salir de allí, como si no hubiese estado jugando al póquer.

Desde luego, Alma hizo y dijo lo adecuado. Lloró, pero no tanto como para infundirme pánico, e hizo una serie de observaciones sensatas sobre segundas opiniones y curaciones misteriosas, y añadió que debíamos tomarlo con calma y tener fe.

Pero ella no era yo. Yo era yo.

Mientras estábamos hablando, sentados a la mesa de la cocina, se levantó de pronto una barrera; yo me encontraba a un lado de ella, mientras que ella se hallaba en el otro, con su peso excesivo y sus más de cincuenta años; una mujer madura y cansada, levantada después de medianoche y envuelta en un albornoz de un azul pálido, pero con unos ojos negros que, repentinamente, habían cobrado una vivacidad terrible. Yo le había dado esta tremenda ventaja.

Su mente estaba trabajando; podía verse en su cara. Estaba considerando las cartas que le habían dado; estaba pensando cómo debía jugarlas.

HECHA EN EL CIELO

Brad Schaeffer se sintió atraído hacia Jeannette Henderson por los sentimientos cristianos de ésta. En una fiesta navideña celebrada en la oficina, en el Boston de los años treinta y en uno de esos remansos de silencio que se producen entre la algazara, a semejanza de los que ocurren en un río, oyó su voz cristalina que decía:

—¿Qué? ¡La salvación de mi alma! Él miró en aquella dirección. Ella estaba de pie junto a la Ventana, presa entre un radiador caliente y Arthur Yardley, el Romeo de la oficina. Fuera, más allá de la negra ventana, había empezado a nevar, y las ventanas iluminadas del edificio de oficinas del otro lado de Milk Street se volvían borrosas y vacilantes. Jeannette había ingresado en otoño en la agencia de corretaje, como pulcra secretaria, luciendo un vestido de lana del color del pimiento morrón y una linda blusa con chorrera. Para la celebración de esta noche, se había atrevido a ponerse zapatos de puntera abierta y un vestido de gabardina de color de ¡espliego, con pliegues en zigzag rematados con lacitos planchados. El rubor que el ponche había puesto en sus mejillas y en su cuello, contribuyó a que él advirtiese, por primera vez, un algo sumamente refinado en su firme figura, la impresión de un objeto finamente elaborado hasta los dedos de los pies, que asomaban a través de las puntas de sus zapatos. Su perfil pareció firme y vivaz al levantar ella la cabeza para mirar la cara dominante, sombría y de gruesas cejas, de Arthur. Brad se acercó a ellos y al vaporoso calor del radiador. La nevada arreciaba; al otro lado de la calle, las doradas ventanas parecían ablandarse como porciones de mantequilla.

Jeannette volvió la cara hacia su salvador. Estaba ligeramente sudorosa. El fuerte rubor de sus mejillas hacía que el azul de sus ojos pareciese de hielo.

—¡Arthur decía que sólo importa el dinero! —declaró.

—Y yo le he preguntado a esta locuela qué es lo que tiene importancia para ella —dijo Arthur, desprendiendo calor a través de su traje negro de sarga.

Llevaba un ramito pálido y mustio, de muérdago, prendido en la solapa.

—Y yo le he dicho lo primero que me ha pasado por la cabeza —dijo Jeannette, cuyos cabellos ondulados y recogidos, tenían esta noche un dolor castaño claro que no parecía ratonil—. Desde luego —añadió—, hay muchas cosas que me importan más que el dinero.

—¿Eres católica? —le preguntó Brad.

Esta pregunta era más seria que las triviales palabras de Arthur. La cara de Jeannette adoptó una expresión grave, y el tono de su voz se hizo formal, práctico.

—Claro que no. Soy metodista.

Brad se sintió aliviado. Ahora podía amarla. En Boston, un hombre con aspiraciones no podía amar a las católicas, aunque viniese de Ohio y se llamase Schaeffer.

—¿Te he parecido muy tonta? —preguntó, cuando Arthur se hubo marchado en busca de otro vaso de ponche y de otra muchacha.

—Original, pero no tonta.

Brad, en el fondo de su corazón, no esperaba que el capitalismo durase otro decenio, y con él se acabarían todas las iglesias que quedaban; presumía que la religión estaba ya tan muerta como habían proclamado Marx y Mencken. Había algo fatídico en las calles, en diciembre, y en las estadísticas que llegaban a la oficina, y esto hacía que los alegres villancicos navideños sonasen como obscenidades. Desde las profundas entradas de los edificios comerciales, adornadas como pequeñas capillas góticas, atisbaban personas que realmente se morían de hambre, demasiado aturcidas y desesperadas para mendigar. Cada mañana se recogían cuerpos congelados en el parque público.

—Yo soy creyente —dijo Jeannette, como disculpándose. El contraste entre sus ojos azules y su piel suave y sonrosada resultaba llamativo—. Lo soy desde los días más remotos que puedo recordar, incluso antes de que me diesen explicaciones. Me parece natural, necesario. ¿Crees que es extraño?

—Creo que es magnífico —le dijo él.

En Cuaresma fueron juntos a la iglesia. Fue él quien quiso acompañarla; le gustaba verla en ambientes nuevos, bajo la nueva luz que cada uno proyectaba sobre ella. En su lugar de trabajo era normal y eficiente, un poco apartada de las otras «chicas», con una manera seca de fruncir los labios, que hacía que pareciese mayor de lo que era. En su casa ancestral de Framingham, con sus padres y hermanos, se volvía infantil y ligeramente embriagada por la atmósfera familiar, como bajo los efectos del ponche; inhalaba ávidamente el aire peculiar de su vieja casa, con sus raídas alfombras orientales y sus sofás de cuero y crin de caballo, reconociendo en él el aroma de su infancia. En la calle y en los restaurantes, Jeanette era la dama perfecta, como una figura grabada al aguafuerte en una escena ciudadana, haciendo de él, en su anonimato escénico, un caballero, un noble acompañante, un galán. Su cara sonriente resplandecía, lo mismo que las solapas de satén de su abrigo azul de lana, y las afiladas punteras de sus lustradas botas negras. Él le rodeaba involuntariamente la cintura con un brazo, al cruzar la calle, y no podía soltarla cuando estaban a salvo en el otro lado. Su porte era

tan distinguido en todos sus movimientos (por ejemplo, al quitarse los guantes de cabritilla, dedo a dedo, en Locke-Ober's), que Brad fingía a veces torpeza sólo para ver cómo se alteraba su expresión serena con un sonrojo o una mueca. Temía que, de no hacerlo así, pudiese ella dejar de pensar en él.

No advertía que, cuando le daba un codazo y murmuraba Un chiste a su oído, durante un emotivo *pianissimo* en el Symphony Hall, rasgaba algo que era precioso para ella, invadía un frágil espacio femenino. En la iglesia, le gustaba permanecer en pie a su lado y escuchar su delicada y cristalina voz cantando la letra de los himnos. Le encantaba su gravedad, en la que había algo de timidez e incluso de incertidumbre, como si temiese que un exceso de sentimiento pudiese rebasar los viejos y mohosos moldes, y agobiarla. Él conocía los moldes; había sido educado como presbiteriano, aunque solamente su madre asistía a los oficios, y sólo los domingos en que no era necesaria su presencia en los campos o en el henil. Jeanette se había opuesto, al principio, a que él la acompañase. Tenía miedo de que la distrajesen. Y con razón; su tímida y vacilante devoción hacía que él, perversamente, sintiese deseos de volverse y abrazarla y levantarla del suelo, con un grito de orgullo y de regocijo animal.

Él tenía veintiocho años, y ella veinticinco..., lo bastante mayor para que pudiese quedarse soltera. Su compostura, el esmero acabado de su figura, parecían ya los propios de la solterona. Compartía su vivienda en Marlborough Street con otra joven; él vivía en Joy, sobre el lado oscuro de Beacon Hill donde está Cambridge Street. Ella había ido, hasta entonces, a la iglesia metodista de Newbury Street, con su alto campanario en cúpula y su dorado techo bizantino, pero Brad encontró, a poca distancia de su propio apartamento (doblando una curva de Chambers Street y subiendo por un callejón frente a la Mayhew School), una rareza preciosa, una iglesia de madera, del renacimiento griego, embutida entre casas de vecindad del West End. Construido por los unitarios en la década de 1830, y tomada por los wesleyanos durante su resurgimiento de después de la Guerra Civil, el pequeño edificio tenía bancos macizos, pequeñas ventanas de cristales grises emplomados, y un púlpito de roble en forma de violón. Brad recordaría, más tarde, con especial cariño, las veces en que fue allí con Jeanette para los oficios nocturnos de los miércoles de Cuaresma, en unas claras noches de primavera en que el viento del este traía el olor a brea del puerto. Las estrechas y oscuras calles serpenteaban y resonaban como, se imaginaban ellos, las de los barrios viejos de Europa; la joven pareja caminaba entre el parloteo y los olores de guisos de las familias judías, italianas y lituanas, y llegaba a aquel refugio del protestantismo, a aquel espacio callado y vacío (apenas una docena de cabezas sobresaliendo del respaldo de los bancos), donde hacía tanto frío que nadie se quitaba el abrigo. No había coro, y cada movimiento sobre un asiento de los bancos producía un ruido como de tos. Tal vez seguía Brad siendo incrédulo en aquellos momentos, pues se divertía (como si murmurase un chiste a Jeanette), con el vacío, el frío, el patetismo del manido y entrecortado sermón del pastor, cuando el viejo clérigo, condenado a morir en su moribunda parroquia, conducía a sus oyentes por el trillado

camino del Calvario y el desconcertante final. Durante aquellos patéticos sermones, la mente de Brad volaba muy lejos, como un halcón escrutando su futuro, mientras Jeanette permanecía sentada a su lado, serena y quieta y exquisita. Brad tenía la impresión de que ella le elevaría. En el vacío virtual de aquel viejo lugar de reunión, ella le parecía más íntimamente suya.

Roosevelt era entonces nuevo presidente, y Curley era todavía alcalde; los alardes de ambos resultaron acertados, pues el país sobrevivió. La preciosa iglesia, con sus columnas jónicas de madera, y su púlpito en forma de violón, fue barrida en los años cincuenta junto con las casas de vecinos del West End. Por aquel entonces, Brad y Jeanette se habían trasladado con sus hijos a Newton, y convertido en episcopalianos.

En su noche de bodas, esperando complacerla, él había abrazado a su esposa y rezado en voz alta. Dio gracias a Dios por haberles unido, y pidió que pudiesen llevar juntos una vida útil y fructífera. Su oración fue escuchada con el tiempo, aunque en aquella ocasión sirvió de poco para tranquilizar a Jeanette. Su amor por ella, siempre que lo manifestara claramente, hacía que se mostrase un poco reservada y tensa, como si temiese alguna amenaza disfrazada, y que pudiese abrirse una trampa.

Sus cuatro hijos nacieron perfectamente sanos, y los cuatro años de servicio de Brad, como oficial de la Marina, transcurrieron sin más daño para él que la devastadora impresión que le producía el negro firmamento salpicado de estrellas cuando lo observaba desde la cubierta de un portaaviones en medio del Pacífico. ¡Qué pequenez la suya, hasta casi no ser nada, bajo aquellas estrellas! Incluso el gran buque, el *Enterprise*, que era como un edificio alto sobre el imponente océano, quedaba reducido al tamaño de la punta de una aguja desde aquella perspectiva. Y sin embargo, era él quien observaba las estrellas; éstas no sabían nada de sí mismas de modo que, en esta dimensión, él era más grande que ellas. Su razón le decía que la religión empezaba con esta rareza, con este estancamiento; después, la fe inclinaba la balanza a favor de la punta de aguja. Así, aunque nunca había tenido las gozosas intuiciones ni las sensaciones de certidumbre de Jeannette, se convirtió mentalmente en creyente.

Diez años más tarde, a mediados de los años cincuenta, sugirió que se hiciesen los dos episcopalianos, porque la iglesia estaba cerca de su casa de Newton, una casa de tejado cubierto con tablillas, con muchos pasillos para una servidumbre ya inexistente, e incluso con una cúpula. Una estrecha escalera subía su espiral hasta una pequeña habitación redonda que se convirtió en el «refugio» de Jeannette. Ésta cubrió el suelo con alfombras e instaló muebles acolchados, y se dedicó a hacer labor de ganchillo y pintar acuarela. Desde sus curvas ventanas se veía, hacia el este, la luz roja de advertencia en la cima del John Hancock Building. Brad no necesitaba decir que sus asociados y clientes solían ser episcopalianos, y que asistían a aquella iglesia muchas personas a las que les interesaba conocer. Aunque nunca llegó a acostumbrarse del todo a la verbosidad murmurante de los oficios y a tanto arrodillarse y

levantarse, le gustaba el aspecto de la congregación: los hombres rubicundos, con sus chaquetas deportivas azules y sus cabellos siempre recién cortados, y las elegantes mujeres episcopalianas, con sus abrigo de piel en invierno y sus grandes pamelas de tonos pastel en verano, que dejaban la nuca al descubierto cada vez que inclinaban la cabeza. Le gustaba ver a Jeannette entre ellas, con su vestido de seda negra y su hilera de perlas auténticas, cada una de las cuales costaba tanto como un frigorífico, y que él le había regalado en su vigésimo aniversario. El dinero resplandecía agradablemente en sus dedos y orejas. Ahora resultaba que lo único que había necesitado el capitalismo era una infusión de guerra. El mercado de valores había subido verticalmente en la posguerra; incluso los fontaneros y los abaceros necesitaban ahora un agente. Las acciones que Brad había adquirido por el valor de un plato de lentejas durante la Depresión, doblaron su valor y lo redoblaron en lapsos de pocos años.

Jeannette nunca representó, en la vida de la iglesia, un papel tan activo como él había esperado. Él, por su parte, enseñaba en la escuela dominical, pasaba la bandeja, se sentaba en la sacristía y hacía la lectura. Era como una prolongación de su vida de negocios; se sentía como en su casa en la sala de juntas, en los despachos de suelo revestido con linóleo, y en los vestuarios que los simples feligreses no veían nunca. Siempre había alguna razón para que fuese a la iglesia los domingos por la mañana, aunque Jeannette, en la estación en que crecían las plantas, se quedaba a menudo en casa para cuidar el jardín, a semejanza de lo que había hecho la madre de Brad cuando trabajaba en los campos. Su cuerpo esbelto y fino, que al principio le había encantado, era ahora un poco más rollizo y vigoroso. En cambio, su cristianismo, según se lo imaginaba él, era como el agua encerrada en una cisterna subterránea, pura e inmutable. De pie junto a ella en la iglesia, al escuchar su sincera voz aguda elevándose en los cánticos, se sentía autorizado por ella, en el bullicio que seguía a la función, a ceñirle automáticamente la cintura con un brazo, y a soltarla solamente para estrechar la cansada mano del pastor.

—Quisiera que no me sobases en la iglesia —le dijo ella un domingo, cuando volvían a casa—. Somos demasiado viejos para esto.

—No te sobaba; te conducía entre la multitud —se disculpó, confuso, él.

—No *necesito* que me conduzcas —dijo Jeannette.

Dio una patada en el suelo del coche, pero resultó ineficaz por culpa de la alfombra.

Aquí estamos, pensó Brad, volviendo a casa desde la iglesia, en nuestro «Mercedes» beige, discutiendo; y él no tenía ni idea del porqué. Se veía con ella desde lejos, con ojos esperanzados, como una pareja madura en un anuncio en cuatricromía, y la imagen era perfecta.

—Si no puedo dejar de tocarte —dijo— es porque te quiero. Hay algo malo en esto?

—No —dijo ella, enfurruñada, y añadió—: ¿Estás seguro de que es a mí a quien quieres, y no a la idea que tienes de mí? Brad pensó que era ésta una distinción afectada. Quería afirmar su personalidad «real», distinta de aquella con quien se había casado. Pero, ¿cuál era, a menos que fuesen la mujer que tomaba una taza de té y subía la escalera de caracol para ir a su cúpula en los ratos perdidos? Esta mujer desaparecía.

Y en cuanto había desaparecido, si estaba él en casa, dos de sus hijos empezaban a pelearse o la camioneta de la lavandería se detenía en el paseo de la entrada, y ella tenía que bajar de nuevo.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez —preguntó ahora— que me quieres porque te conviene? ¿Que es, para ti, como un ejercicio de poder masculino?

—¡Dios mío! —exclamó indignado él—. ¿Qué has estado leyendo? ¿Preferirías que te amase porque *no* me conviene?

—Sería más romántico —confesó ella, con su remilgada vocecilla, y él comprendió que era una broma conciliadora, y que la misteriosa ruptura de armonía acabaría pronto.

Se convirtió en presidente de la junta parroquial y pasó horas en la iglesia, haciendo política, alisando plumas erizadas. Cuando el último de sus hijos hubo sido confirmado y excusado de una asistencia continuada, Jeannette empezó a ir al oficio de las ocho de la mañana, antes de que Brad se despertase del todo. Volvía, resplandeciente el semblante, cuando él, todavía adormilado, estaba tomando su segunda taza de café y hojeando el *Globe* del domingo. Le gustaba que no hubiese sermón, le explicó ella, ni aquel fastidioso coro con sus arreglos musicales. No le dijo que le gustaba estar sola en la iglesia, como lo había estado hacía muchos años en Boston. En el oficio de las diez, él la echaba de menos, echaba en falta su fina y dulce voz cantando a su lado. Se sentía desnudo, como cuando estaba sobre la cubierta del *Enterprise* en peligro. Explicó a Jeannette que le gustaría levantarse temprano e ir con ella a las ocho, pero que los de la junta parroquial, con quienes tenía que hablar, le esperaban a las diez. Ella cedió gradualmente y volvió a ocupar su sitio a su lado. Pero se quejaba de lo largos que eran los sermones, y se estremecía cuando el coro cantaba con demasiada fuerza. Y Brad se preguntaba si sus hijos, que cada vez se mostraban más contrarios al orden establecido, y por ende a las Iglesias, le habían contagiado su rebeldía.

Ike fue presidente, y después lo fue J. F. K. Cuando Bratl era joven, Joseph Kennedy había sido objeto de muchas habladurías en los círculos financieros de Boston: un engreído que había tenido el mal gusto, no solamente de hacer mucho dinero, sino de marcharse de Boston y presidir la SEC en tiempos de Roosevelt y de sus furibundos liberales.

Brad no comprendía los matices de la contienda regional entre irlandeses y yanquis, y ésta le divertía, ya que, a sus ojos de hombre del Medio Oeste, ambos bandos hostiles se parecían mucho: hombres susceptibles y sociables de las húmedas islas verdes, amantes de las pullas y de los largos y maliciosos cuentos. Aunque Brad vivió prácticamente toda su vida adulta en y alrededor de Boston, nunca pudo captar su acento ni pronunciar las «aes» como lo hacía el joven presidente de modo tan resonante en la televisión. Los Schaeffer tuvieron suerte con sus hijos: los varones eran ya demasiado mayores para caer en la locura de la droga, y las hembras se habían casado como era debido antes de que se pusiese de moda el juntarse las parejas sin requisito alguno. Uno de los chicos no terminó sus estudios, y se estableció de carpintero en Vermont; el otro sí que los terminó, en Amherst, pero después se fue a vivir en la Costa Oeste. En cambio, las dos chicas se quedaron en la región y les dieron nietos a intervalos regulares. A juzgar por todas las apariencias, la oración de Brad, en su noche de bodas, seguía siendo escuchada.

Al empezar los años setenta, algunas desgracias afligieron a los Schaeffer, como otras afligieron a la nación. Ambas hijas entablaron sucios procedimientos de divorcio, con contraataques por parte de los maridos, escandalosas declaraciones y extraños actos de violencia nocturna en los cuidados jardines y en los dormitorios neocoloniales de Wellesley y Dover. Freddy, el hijo que había marchado a la Costa Oeste, parecía ser incapaz de conseguir lo que podía llamarse un verdadero trabajo; siempre estaba «metido» en cosas (propiedad inmobiliaria, relaciones públicas, inversiones), sin conseguir nunca un salario ni, por lo que Brad podía presumir, ganar algún dinero. Como Brad, Freddy había encanecido pronto y, a sus bastante más de treinta años, se encontró con que no era más que un muchacho de cabellos grises, amable y de gustos caros y exquisitos, que jamás había encontrado el camino de la fortuna. Preocupaba a Jeannette que, al ayudarle, defraudaba a sus otros hijos, en particular al carpintero, que ahora se había convertido en contratista y tenía, además, una participación en una estación de esquí. Se afligieron, pero no se sorprendieron demasiado, cuando el pobre Freddy fue encontrado muerto, en Glendale, a causa de lo que llamaron una accidental sobredosis de droga. El hábito de la cocaína le había arruinado económicamente. Le encontraron pulcramente vestido, con chaqueta deportiva azul y pantalón de lino, caballero hasta el fin, cosa que Brad, según reconoció interiormente, no había sido nunca.

Como la casa de Newton les parecía vacía y demasiado grande, la pareja habló de trasladarse a un apartamento, pero les pareció más fácil cerrar los radiadores de unas cuantas habitaciones y quedarse donde estaban. Entre las murallas del mobiliario familiar, estaban colgadas o apoyadas, fotografías de los hijos en los momentos cruciales de sus vidas: graduaciones, matrimonios, viajes al extranjero. Y los sonrientes y coloridos personajes se extendían ahora a la tercera generación, y eran más reales y estaban más presentes que a través de sus cartas intermitentes y de sus llamadas telefónicas. Brad sabía, en abstracto, que había cambiado pañales, llevado a los chicos al hockey y

a las chicas al ballet, supervisado las oraciones a la hora de acostarse, aguantado paternalmente los llantos y los juegos, y soportado los traumas de la pubertad; sin embargo, no podía experimentar una verdadera sensación de paternidad: aquellos años eran como un serial de televisión en el que se observaba ahora, como representando el papel de padre. Más vívidos, evocados con tan inesperado detalle que le escocían los ojos y tenía que jadear al recordar su pérdida, eran los días que él y Jeannette habían pasado en Boston, en el apartamento en forma de L de Saint Botolph Street, y después en el quinto piso de la casa de Commonwealth Avenue, con su claraboya con goteras y su ascensor que era como una jaula, y los viejos tiempos en la empresa, antes de que ésta se trasladase de las oficinas con paneles de nogal de Milk Street, al vulgar y resplandeciente nuevo rascacielos de State. Ciertas operaciones afortunadas (tarde de trabajo en que un pronóstico daba resultado, o una amistad cuidadosamente cultivada que producía una importante comisión), podían todavía poner el sabor del triunfo en su paladar. Pero estos éxitos habían dejado de producirse en el negocio cuando el mercado de valores habíase colapsado en los años sesenta. Todas las personas de quienes él dependía, los curtidos magnates yanquis del dinero, se habían retirado. El propio Brad se retiró a la edad de sesenta y ocho años, el mismo verano en que dimitió Nixon. Y en aquellos primeros meses de soledad, de inquietud culpable por haber abandonado el negocio, se acostumbró a visitar a Jeanette en su cúpula.

Ella no decía que aquello la molestase, pero todo parecía detenerse al subir él los últimos peldaños en forma de tajadas de pastel, de manera que caía sobre la habitación el bruñido silencio de un reloj que acaba de pararse. Ella estaba sentada, rodeada de ventanas, iluminada desde todos los lados, con sus finos cabellos castaños apenas salpicados de gris y sin ninguna arruga profunda en su cara, de manera que su cabeza parecía la misma que en su juventud, pero suavizada por un velo de tela de araña. La alfombra que había estado anudando permanecía en su marco al lado de su sillón, y una revista yacía sobre su falda, pero al parecer ella no estaba haciendo nada, tan abstraída en la contemplación de las copas de las hayas a través de la ventana, que ni siquiera movió la cabeza al entrar él. Su inmovilidad asustó un poco a Brad, que se quedó un momento quieto y recobrando el aliento, precisamente en el lugar donde era reflejado el sol por la punta del viejo Hancock Building que antaño se había mostrado por encima de las copas de los árboles, y era ahora un plateado racimo de altos tubos de cristal. Siempre le habían puesto nervioso las alturas, y al mirar ahora paralelamente a la mirada de ella, a través de las ramas desnudas, y en dirección al césped muerto tres pisos más abajo, sintió un nudo en el estómago y caminó prudentemente hacia el centro de la estancia.

Como ella no decía nada, le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Claro que sí —respondió Jeannette, con voz firme—. ¿Por qué habría de encontrarme mal?

—No lo sé querida. Estás tan quieta...

—Me gusta estar quieta. Siempre me ha gustado, lo sabes muy bien.

—Oh, sí. —Aquello parecía un desafío y le turbó ligeramente—. Lo sé.

—Por consiguiente, pensemos en algo que tú puedas hacer —dijo ella, volviéndose al fin, con su naturalidad acostumbrada, para prestarle atención.

Y le envió de nuevo abajo, al sótano, para cambiar el cristal de un tragaluz, roto por el hijo de un vecino con una pelota de golf.

Era extraño, pensaba Brad, que Jeannette no hubiese colgado ninguna foto de los hijos o de él en aquella habitación que tenía como propia. Pero lo cierto era que había poco espacio en la pared, entre las muchas ventanas, y que los asientos acolchados de delante de las ventanas, y que ocupaban dos tercios del muro circular, estaban atestados de viejas pinturas, almohadones tejidos en punto de crochet, y libros cuyas tapas de tela habían sido descoloridas por el sol. Brad consideraba aquella habitación como lugar de meditación de Jeannette, aunque él no tenía una idea clara de lo que era meditar; incluso en los segundos de silencio entre las plegarias de rutina en la iglesia, su propio cerebro se desviaba de las exultantes cavilaciones estimuladas por el oficio divino.

La enfermedad de ella se manifestó al principio de manera casi imperceptible, y progresó después con cruel rapidez. Una noche estaban viendo la televisión: habían sido tomados unos rehenes en Irán, y cada día parecía que iba a ocurrir algo *malo*. Repentinamente, Jeannette le cogió una muñeca a Brad. Estaban sentados juntos en el sofá de estilo Hepplewhite, o confidente, tapizado de rojo, que habían comprado impulsivamente en «Paine's» a finales de los años cuarenta, durante una ventisca, antes de trasladarse a Newton. Debido a la tormenta, el vasto almacén estaba casi vacío, y pareció que ellos tenían que hacer algo para justificar su presencia y celebrar el tiempo. Su amor por ella renacía siempre con toda su fuerza cuando nevaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó ahora, sobresaltado por un desacostumbrado ademán de ella.

—Nada —dijo ella, y sonrió—. Un pequeño dolor.

—¿Dónde? —preguntó él, escuetamente.

En aquel momento, el noticiario emitía una entrevista con un joven revolucionario iraní que hablaba un fluido inglés con acento del Medio Oeste, y Brad no percibió la respuesta exacta de Jeanette. Si en el curso de su matrimonio hubo un acto del que pudiese culparse él, identificándolo como un pecado que merecía castigo, fue este momento de falta de atención, cuando Jeanette, después de semanas de ocultar

sus molestias, empezó a confesar, con su voz delicada, lo que habría preferido mantener en secreto.

Los días que siguieron y en los que menudearon los médicos y sus equipos, revelaron todo lo referente a la enfermedad y a su curso. Era cáncer de hígado, en proceso de metástasis, aunque ella nunca había sido bebedora. Aquéllos fueron para Brad días muy atareados; después de cinco años de retiro, de no saber exactamente lo que hacer, se encontró de pronto en las funciones de ama de casa, mientras sus tres hijos les visitaban ansiosamente y se marchaban corriendo para atender a sus propios problemas, y sus amigos y vecinos trataban de no traspasar la fina línea entre la amabilidad y la intromisión, aquel invierno vivió la pareja una especie de luna de miel. Un aire de aventura, de exotismo, impregnaba sus excursiones a clínicas y especialistas en sectores de Boston que nunca habían visitado con anterioridad. Pasaban todo su tiempo juntos, y se sintieron más unidos que nunca. A él le comenzó a picar el cuero cabelludo cuando a ella empezaron a caerle los cabellos a causa de la quimioterapia, y le dolía el estómago cuando ella no quería comer. Ella recibía con una brillante sonrisa el calor y el aroma de la comida que él traía a la mesa o a su cama, y tomaba un bocado para poder decirle lo sabrosa que era; después, con una lentitud mágica para hacer que el ademán resultase invisible, Jeanette dejaba descansar el tenedor sobre el plato, pero manteniendo los dedos sobre el mango de plata, como si en cualquier momento pudiese decidir emplearlo de nuevo. En esta posición se adormecía a veces, bajo los efectos de la medicación. Brad aprendió a considerar su rechazo de la comida como una falta de urbanidad que debía pasar por alto. Si quería obligarle a comer, con severidad o con halagos, tal vez un verdadero enojo semejante al de los niños rebeldes, rompería su estoica y drogada calma.

Otro elemento irritante, aunque parezca extraño, era las visitas del joven clérigo episcopaliano. Había llegado a la iglesia ese mismo año, después del largo reinado de un hombre cordial y gracioso a quien nadie había tenido que tomar en serio. El nuevo pastor tenía una voz concienzuda y melosa, y cabellos rubios y rizados que empezaban a dejar entradas a la altura de las sienes, a pesar de su juventud. Brad, que desde luego conocía la lucha que se había desarrollado entre los miembros de la junta parroquial antes de su elección, admiraba sus sermones melodiosos y su actitud conservadora; diez años atrás, un clérigo de su edad habría tratado de radicalizar a todo el mundo. Pero Jeanette se quejaba de que sus visitas la fatigaban, aunque raras veces duraban más de quince minutos. Cuando ella estuvo demasiado débil para salir de su dormitorio y constantemente adormilada, y el joven ofreció traerle la comunión, ella pidió a Brad que le dijese: «Otro día».

La habitación del Hospital General de Massachusetts, a la que por fin fue trasladada, daba, a través de un gran patio de luces, a una pared de ladrillos con ventanas idénticas a la suya. El ala era moderna, construida sobre los escombros del viejo West End. Era a finales de marzo, la primera primavera de una nueva década. Aunque en los días

de sol unas cuantas alegres enfermeras y osados pacientes tomaban el almuerzo, servido en bandejas de cartón, en aquel patio de luces, el cielo era generalmente de un gris turbulento, y la calefacción del hospital era puesta al máximo. Durante sus visitas, Brad solía quitarse la americana, pues hacía demasiado calor en la habitación de Jeanette.

Esta, con su camisón blanco de hospital y una mañanita de color de rosa, acolchada y con cintas, parecía bonita reclinada sobre las almohadas, aunque más menuda que la mujer a quien había conocido durante tanto tiempo. Sus mejillas estaban todavía un poco rollizas, y la fina y recta nariz, los ojos claros y las finas cejas arqueadas (unas cejas anticuadas, que parecían depiladas aunque no lo estaban), daban aún aquella firme y cabal impresión que siempre lo había excitado, como si su pulcro semblante encendiese una llama en su interior. Los cabellos crecían de nuevo, formando como un gorro de pelos castaños claros y erizados, ya que la quimioterapia había sido abandonada. Solamente sus manos, que yacían inertes y flacas sobre la manta, delataban que algo terrible le estaba ocurriendo.

Un día dijo a Brad, con cierta malicia:

—Nuestro joven párroco vino de Newton esta mañana, y le he dicho que no se preocupe más.

—¿Enviaste a paseo al sacerdote?

La voz vieja de Brad pareció retumbar y restallar en sus propios oídos, en contraste con la de Jeanette, cristalina y lejana como los silbidos del viento.

—El «sacerdote», ¡por el amor de Dios! —dijo ella—. ¿Por qué no puedes llamarle simplemente pastor?

Habían solido bromear entre ellos sobre lo clerical que se había vuelto aquél. Cuando visitaron, en ocasiones, la iglesia adventista de Brimmer Street, ella se había burlado del incienso, de los grupos ensotanados de acólitos.

—Me fatiga —dijo ahora.

—Pero, ¿no quieres seguir comulgando?

Era su sacramento predilecto; se forjaba una imagen interior, una especie de fantasía religiosa, de la hostia y el vino convirtiéndose, con una apagada explosión, en pura luz dentro del sistema digestivo.

—Es como «mantener» una póliza de seguro —suspiró ella, y pareció cansada, cansada mortalmente—. Parece tan inútil...

—Pero *debes* hacerlo —dijo, con espanto, Brad.

—¿Debo? ¿Por qué? ¿Quién lo dice?

El azul de sus ojos desafiantes y el rubor febril de sus mejillas, ofrecían un vivo contraste.

—Porque..., ya sabes por qué. Por la salvación de tu alma. Esto es lo que solías decir cuando te conocí.

Ella miró hacia la ventana, sonriendo débilmente.

—Cuando solía ir sola a la iglesia metodista de Copley. Me gustaba aquella iglesia; era muy chocante, con su alminar. Y el viejo y querido doctor Stidger, y todo lo demás. Ahora es una zona de aparcamientos. La salvación del alma.

Su flaco pecho se estremeció en una sonrisa que no llegó a sus labios.

Él bajó los ojos, sintiéndose burlado. Sus propias manos, garras nudosas y manchadas, de viejo, estaban cruzadas entre sus rodillas.

—¿Quieres decir que no crees?

Sintió, en su oído interno, toda la altura del espacio oculta debajo del suelo, hundiéndose más y más.

—¡Oh, querido! —dijo ella—. ¿No te parece una cosa muy fastidiosa?

—¿Ni siquiera un poco? —insistió él.

Jeanette suspiró de nuevo y no respondió.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé —dijo ella—. No, esto no es verdad. Tenemos que empezar a ser sinceros. Lo sé. Desde que tú me quitaste la fe. Tú la abrazaste. Ya no pareció necesario que los *dos* la mantuviésemos.

—Pero...

No podía decirle, tan tarde, el afán con que había pretendido alistarse en su bando.

Ella intentó consolarlo:

—No importa, ¿verdad?

Y al guardar silencio él, viéndolo todo negro a su alrededor, en todos los puntos del horizonte, como aquellas noches que había pasado en el Pacífico, ella adoptó un tono burlón:

—Querido, ¿por qué importa?

Ella lo sabía. Porque la muerte de él estaba también próxima. Brad levantó la mirada y la vio envidiablemente serena, después de haber fraguado esta venganza. Una enfermera apareció en la puerta, con la jeringuilla repicando en su bandeja de aluminio, y al otro lado del patio de luces, en el crepúsculo primaveral, se habían iluminado las ventanas como rectángulos de oro. Unos pocos copos secos indicaron que había empezado a nevar.

Aunque ella había pedido que no se celebrase ningún oficio religioso, Brad y el joven pastor concertaron uno, siguiendo el rito impersonal, según la costumbre más antigua. Jeanette habría cumplido setenta y un años en mayo, y él le llevaba tres. Siguió yendo al oficio de las diez, con su erguida figura exhibiendo sus blancos cabellos como una bandera. Pero no era más que un puro movimiento de inercia; ya no había vuelos de halcón de su mente, ni una vocecilla verdadera a su lado. No había nada. Hubiese querido poder pensar de otra manera, pero había creído en ella durante todos estos años y no podía dejar de hacerlo ahora.

ENTRADA EN LA ALTA SOCIEDAD

Durante los primeros años en los que Nick y Katie Higginson vivieron en aquella pequeña población de Nueva Inglaterra, estuvieron preocupados por su casa, edificio de principios del siglo dieciocho, con dos pinos en la parte delantera y uno en la de atrás, que parecía peligrosamente condenada a una ruina total. Las vigas del sótano sin embaldosar estaban carcomidas; las viejas chimeneas antiguas, con sus espetones de hierro forjado y sus hornos para cocinar, habían sido tapiadas y entalladas. Los suelos, los insustituibles entarimados con anchas tablas de pino, habían sido pintados de colores oscuros y el de la habitación, que se convirtió en el comedor de los Higgins, cubierto con varias capas de linóleo. La casa, aunque no grande, había sido dividida para conveniencia de las familias que vivían en ambas mitades: las habitaciones de arriba habían sido partidas con tabiques, se habían eliminado puertas en la planta baja, y se habían instalado tuberías de agua y cables de electricidad, perforando la vieja y preciosa obra de madera. Algunos paneles habían sido empapelados, y capas de odiosa pintura verde habían casi destruido la belleza de la alacena, a la izquierda de la chimenea del salón, la joya de la casa, con sus ondulados anaqueles y sus negros paneles curvos, todo encuadrado en un marco perfecto y con pilastras estriadas. Nick y Katie rascaron y restauraron, y lo que no pudieron hacer ellos, pagaron a otros para que lo hiciesen. Los suelos, gastados y visiblemente hundidos cerca de las puertas y a lo largo del pasillo central, fueron levantados tabla a tabla, rellenados y nivelados. En la planta baja se instaló un cuarto de baño, en el espacio que antes ocupaba una escalera inutilizada. Una discreta calefacción por agua caliente instalada en los zócalos, sustituyó a los pesados radiadores cuya pintura se había desconchado por el calor de aquéllos; elegantes ventanas de guillotina de doce por doce fueron repuestas donde un anterior propietario había instalado bárbaramente ventanas de Thermopans.

A través de las nuevas ventanas, podía Katie observar la calle, una de las principales de la población; una manzana más abajo, empezaban las tiendas, y la gente que iba de compras tenía a menudo que aparcar sus coches delante de la casa de los Higginson. Durante los primeros años, se dio cuenta de que había en la población una serie de personas, aproximadamente de la edad de ella y de Nick, que se saludaban en la acera e incluso se abrazaban, como si se hallasen constantemente en una reunión jovial. Aquellos jóvenes adultos, de poco más de treinta años, tenían un aire descuidado y desenvuelto, pero de gente adinerada; bajo el sol en invierno o a la sombra en verano, con sus chaquetas acolchadas o sus shorts de algodón, parecían estar siempre de fiesta. Ella y Nick habían ingresado en las organizaciones que estaban a su alcance, en el grupo conservador y en la Iglesia congregacionalista y en sociedad histórica, pero no habían sido invitados a las fiestas; ella aprendió los nombres de algunos de los miembros de la buena sociedad

(Brick Matthews y su esposa Dorothea; Tory Riddle y su marido Trevor; los Ledyard, Joan y Kenneth), pero no la manera de entrar en aquélla.

Katie era una mujer de buena estatura, de frente alta y lisa que la hacía parecer un poco frágil y afectada. Sin embargo, tenía buena figura y un alma insatisfecha. Se había casado con Nick cuando sólo tenía veinte años y no había terminado sus estudios, y dos hijos, un varón y una hembra, habían llegado rápidamente, agotando su instinto de maternidad. Ahora que ambos hijos iban al colegio, los días se le hacían largos; le habían dado labores caseras más adecuadas para una vieja solterona. Los padres de Nick habían muerto prematuramente, dejando a la joven pareja una gran cantidad de bellos muebles antiguos, incluida una mesa de caoba de comedor, de doble pie, y seis sillas Chippendale, también de comedor, cuya tapicería de estambre se había deshilachado y manchado con los años. Ella había elegido tres modelos florales que hacían juego pero no eran idénticos, y emprendido la larga tarea de realizarlos, como si necesitase un trabajo interminable para llenar el tiempo desde ahora hasta la tumba. Nick había encontrado ya un trabajo para él: estaba pavimentando la vieja bodega, mezclando cada vez unas pocas bolsas de arena y de cemento, bajando a menudo allí después de la cena y subiendo, sucio y pestañeando, mucho después de que Katie, fatigada por el ritual nocturno de acostar a sus hijos, se hubiese quedado a su vez dormida. Su labor de aguja hacía que le escociesen los ojos al cabo de una hora pero, a su edad, lo resistía bien poniéndose gafas de visión cercana.

Los hijos le permitieron dar el primer paso, en la playa. Katie se sentía más confiada en traje de baño; además, había en la playa una especie de democracia alentadora, tan soleada y amplia y ruidosa era. El manso murmullo del oleaje se confundía en el oído con las voces de los bañistas, cientos de exclamaciones y de conversaciones dando fe, todas ellas, de algún tesoro central, de algún panal escondido. Su hijo Chris, de ocho años, se había juntado con otro niño para construir un castillo de arena, y cuando el castillo fue derrumbado por una ola, aquel niño se había reunido con un grupo de chiquillos y de madres, entre las cuales se hallaban Dorothea Matthews y Joan Ledyard. Chris siguió a su nuevo amigo, y Katie, vacilando, fue detrás de él para que no molestase.

—En absoluto —dijo vivamente la elegante y morena señora Matthews, mirándola con unos ojos reducidos a pequeños diamantes por la luz del sol.

Había otras madres jóvenes a las que Katie no conocía ni de vista, y se sintió torpe, plantada allí. Su sombra proyectada sobre las otras.

—Siéntese, si quiere —dijo la señora Ledyard, después de una pausa en la que Katie se imaginó que se había sostenido un mudo debate en el aire.

Katie se sentó desgarbadamente en la arena mojada, y escuchó la charla de las otras mujeres. Chris tardó poco en aburrirse; el niño cuyo

castillo había ayudado a construir, prescindió de él en favor de otros compañeros de juego más familiares, arracimados en aquel nido de sillas extensibles y mujeres recostadas. Cuando Chris fue a reunirse con su hermana, sobre una toalla lejana, su madre tuvo que seguirle. Katie trató de expresar, al despedirse, lo mucho que agradecía aquellos diez minutos de compañía; los adioses de las otras sonaron débiles y superficiales, como zumbidos del viento.

Pero se había dado un paso. Por la tarde, Katie describió el encuentro a Nick.

—Parecieron muy amables, y también muy divertidas, realmente con su manera de decir las cosas.

—¿Por ejemplo?

—No sé, es difícil recordarlo. Mucho se debía al tono de las voces. Y la manera en que Dorothea llamaba «el viejo» a su marido y se refería a sus hijos como «los pequeños». Cuando yo lo digo no parece tan gracioso, pero en el contexto...

—Está bien —dijo Nick, ansioso por bajar al sótano.

Aunque le daban miedo las ratas, ella había bajado más de una vez la escalera de la bodega con él, y compartido su entusiasmo y su sentimiento de triunfo gradual, al ver que las juntas de las piezas colocadas un día se habían endurecido el día siguiente, afirmando un pedazo de suelo gris. Era como un ejército: su ejército de partículas, consolidándose y extendiéndose a todos los rincones oscuros y cubiertos de telarañas. Los cimientos de la casa habían sido construidos con piedras de los campos, superpuestas sin mortero, y después de terminar con el suelo, Nick pensaba cimentar aquellas piedras, fijándolas para siempre en su lugar.

Ahora Katie se atrevía, a veces en la playa, a sentarse con una o dos de las esposas de la buena sociedad, pero no cuando eran demasiadas. Desistía de integrarse en grupos de más de tres, imaginándose que ganaba puntos con su tacto. Incluso cuando sólo eran dos o tres, se daba cuenta de que su presencia impedía numerosos comentarios, alusiones a escándalos que se estaban produciendo o se habían de producir, a reuniones que se habían celebrado o que se celebrarían. Durante la temporada, la buena sociedad jugaba al tenis, navegaba a vela, hacía esquí acuático y celebraba meriendas en el campo. Katie se enteró de que, a finales de la primavera se realizaba, cada año, una excursión en canoa río abajo, hasta la fábrica y las cascadas y que, en otoño, los hombres jugaban el *touch* fútbol en el campo de alguien.

—¡Oh, Nick jugaba al fútbol en el Instituto! —explicó un día de agosto, cuando salió a relucir el tema en la conversación. ¡Durante aquellas semanas de verano, Dorothea, Tory y Joan habían empezado a hablar con más libertad en su presencia. En una ocasión, Katie les había hecho

un retrato verbal de Nick y de su sótano, y como un marido cómico parecía garantizar la aceptación por aquellas mujeres, ahora dijo:

—Jugaba de extremo flotante, o comoquiera que llamen a esos jugadores que no son muy vigorosos ni saben arrojar debidamente la pelota.

Se hizo un silencio, sólo turbado por los sonidos inconexos del verano moribundo, cuando las olas se calman y hay poca gente en la playa.

—Tal vez no lo hagan este año —dijo Joan Ledyard al fin—. Todos han envejecido un año.

—Pero si lo hacen y les falta alguien —insistió Katie, ruborizándose por su atrevimiento—, podrían llamar a Nick; esto sería muy *bueno* para él.

Cuando, un mes más tarde, se recibió la llamada, Katie se sobresaltó, incluso se asustó, al oír la ronca y fuerte voz del hombre que hablaba en el otro extremo de la línea. Éste no se identificó, sino que sólo preguntó por Nick; ella llamó a su marido, que estaba en la bodega. Nick respondió con cohibidos monosílabos.

—¿Quién era? —preguntó Katie, cuando él hubo colgado.

Pensó que los ojos de él parecían apagados detrás de las gafas de plástico que se había puesto para protegerlos del polvo de cemento.

—Un tipo llamado Trevor Riddle. Dijo que sabía que yo jugaba al touch fútbol. No sé cómo se habrá enterado. Odio ese maldito juego; estuve a punto de romperme el cuello jugando a eso en el Instituto.

—¡No le habrás dicho que no!

—Ya me has oído. Le he dado las gracias y le he dicho que lo tendré presente. Esto equivale a una negativa.

Katie contuvo sus ganas de llorar, aunque sentía lo mismo que si le hubiese cerrado de golpe una puerta ante las narices. Nick se levantó las gafas para verla mejor; ella se alejó, enojada. Aquella noche no se puso la camisa corta de color rojoanaranjado que a él tanto le gustaba, y que era para ellos como una tradición del sábado por la noche, sino el camisón de franela y manga larga que él decía que hacía que pareciese una vieja.

El día siguiente resultó ser un fresco domingo de septiembre con olor de manzanas y de heno en el aire. Después del almuerzo, aunque había prometido a sus hijos una excursión en bicicleta, Nick se puso un viejo pantalón de pana, un suéter y los zapatos deportivos, y se fue a jugar a touch fútbol. Cuando volvió, andaba cojeando; se había torcido un tobillo. Además, hablaba con voz ligeramente fuerte y estropajosa.

Habían tomado unas copas después del partido, en casa de alguien. Katie contuvo nuevamente las lágrimas; a ella no la habían invitado.

—Sólo vinieron algunas esposas; muchas no estaban allí. Yo no sabía que hacer, y pensé tomar rápidamente una copa y volver en seguida a casa. Pero entonces empecé a hablar con un tipo llamado Leadman, Leadbelly...

—Ken Ledyard.

—Sí. Sobre revestimientos. Dice que tienen unas nuevas planchas de fibra de vidrio que huelen igual que la madera.

—Estás borracho, Nick, y no vas a arruinar esta vieja y adorable casa con revestimientos de fibra de vidrio. Ya es bastante malo la que has hecho en el sótano, cubriendo el bello y viejo suelo de tierra.

Salió corriendo de la habitación, como para ocultar sus lágrimas; pero la verdad es que se acordó de que le había dado la vuelta a la carne de cordero que estaba en el horno, cuando Nick había vuelto a casa, y había que volverla de nuevo. Además, Katie necesitaba estar a solas para reflexionar sobre la nueva información, y proyectar el paso que daría ahora.

—Deberías invitarles a tomar aquí unas copas —dijo un domingo a Nick, al volver éste cojeando a casa, con las rodilla manchadas por la hierba y los ojos vidriosos.

La bebida después del partido se ofrecía por turno en las diversas casas, dijo él; habían estado jugando seis semanas \ era casi noviembre.

—No sé —dijo él—. Podría parecer que quiero obligarles.

—¿Por qué no habría de parecer simplemente un acto de cortesía?

—Parecen muy satisfechos con la manera en que funciona todo.

—Esto está muy bien que lo digas tú, pues les ves cada semana.

—De hecho, no son tan divertidos. En realidad, son ruidosos y tontos, y sólo saben hablar entre ellos. ¿Por qué no vienes algún domingo a ver el final de partido y después nos acompañas? Muchas mujeres lo hacen. Hoy he pillado una pelota de una manera formidable, por encima del hombro, corriendo a toda velocidad; tendrías que haberlo visto.

—Yo no *soñaría* en ir a un sitio donde no he sido invitada.

—En realidad no *invitan* a nadie, ¿sabes? Sólo hay que ir allí y seguir la corriente.

—¡Oh, eres insoportable! Podrías invitarles el próximo domingo para el siguiente.

—Bueno..., es embarazoso.

—Exacto. También yo encuentro embarazoso tu actitud —dijo Katie, sintiendo que el sonrojo de irritación pasaba de sus mejillas a su frente, hasta el borde de su cabello.

El domingo siguiente, él le dijo:

—Brick Matthews ha dicho que le encantaría, pero que no estaba seguro de que jugásemos el próximo domingo; todo dependerá de la escarcha. No les gusta jugar cuando hay escarcha en el suelo; se pone demasiado resbaladizo.

—A mí me parece —dijo Katie— que el resbaladizo es Brick Matthews. El tiempo será todavía bueno hasta después del Día de Acción de Gracias. Pero he cambiado de idea. No quiero que vengan. Son *tus* amigos; por consiguiente llévalos a todos al bar de los Veteranos.

La tarde del domingo siguiente, sólo por si acaso, ordenó la planta baja e improvisó un bar en la bonita alacena, con botellas recién compradas y vasos de plástico y servilletas de papel. Estaba haciendo encaje de aguja para distraerse, a la luz del crepúsculo, cuando resonaron muchas y fuertes pisadas en el porche. La casa pareció temblar. La aldaba repicó, sonora e insistentemente; pero ella abrió alegremente la puerta. Nick, pálido y sosteniéndose sobre una pierna, se apoyaba en dos hombres corpulentos, coloradotes y manchados de barro.

—Se ha torcido el tobillo otra vez —dijo ella, antes de que los otros pudiesen hablar.

Más coches se detenían junto al bordillo, y de ellos se apeaban hombres con zapatos deportivos y mujeres con chaquetones acolchados y pantalones de lana. El frío había arreciado en noviembre; se producían heladas desde hacía varias noches. Los recién llegados se quedaron de pie ante la acera, contemplando la casa, sus nuevas y resplandecientes ventanas con maineles, el águila dorada, y azul recién pintada sobre la majestuosa puerta georgiana, mientras el grupo del porche seguía conversando.

—Habría podido ser mucho peor —dijo uno de los hombres que sostenían a Nick, con un tímido aire de complicidad.

Su voz ronca era la misma que había alarmado a Katie por teléfono: la voz de Trevor Riddle.

—Oí que algo se rompía —dijo Nick, con el irritante tono quejumbroso que adoptaba cuando estaba resfriado o sufría algún contratiempo en

su trabajo—. Me volví para coger la pelota y algún torpe bastardo chocó contra mí.

—Fui yo —explicó el otro hombre que le sostenía. Katie le reconoció tardíamente como Brick Matthews; sólo le había visto una vez en la Sociedad Histórica, y entonces vestía un traje gris. Ahora llevaba un sucio y grueso suéter amarillo y sus rizados cabellos de color de cedro estaban erizados en su totalidad—. Traté de cortar el pase y resbalé sobre el barro. Ya sabe, la escarcha se introduce en el suelo y después se funde en su parte superior.

—Estoy segura de que será la misma torcedura de siempre —dijo Katie—. ¿Por qué no entran todos a beber algo?

Al entrar en la casa, aquellos hombres parecieron enorme casi todos de más de un metro ochenta y todos exhalando calor animal y un despreocupado olor a sudor. También las mujeres con sus suéteres en vez de los trajes de baño, parecían más voluminosas de lo que recordaba Katie. Se dirigieron al bar en tropel. Mientras ella corría a la cocina para reponer el hielo, Tory Riddle y una mujer de negros cabellos a la que no conocía, se ocuparon de Nick, acomodándole en el sillón marrón de orejas y colocando debajo del tobillo lesionado el escabel de Newport tapizado de seda, y de patas encorvadas. Muebles heredados que, debido a su fragilidad, eran raras veces usados por Nick y Katie, fueron súbitamente arrastrados de un lado a otro por aquella oleada de gente campechana. Dos sillas de mimbre fueron sacadas de su posición fundamentalmente ornamental junto a la venerada mesa de juego cuya silueta, con un ala doblada, se recortaba sobre la pared. La oscura arca japonesa colocada al pie de una ventana y de cuya superficie, con su dorada y fantástica escena de arqueros cazando un león sin melenas, estaba Katie quitando continuamente los periódicos que Nick dejaba descuidadamente, servía ahora de asiento a Joan Ledyard, que empleaba la cestita de porcelana Minton como cenicero. Nick y Katie no fumaban, y se advirtió de pronto la falta de ceniceros. Algunos hombres fumaban incluso gordos cigarros. Al dirigirse Katie a la cocina, en busca de recipientes adecuados, vio que el grupo había invadido el comedor y que aparecían varios círculos de humedad sobre la mesa de caoba, mientras Dorothea y varios hombres, cuyos nombres no conocía, se hallaban enfrascados en animada conversación. Y cuando volvía corriendo al salón con unos platitos, una toalla de papel y un mantel, Brick Matthews le asió el antebrazo con una mano velluda y le dijo:

—¿Por qué no bebe algo y descansa?

Algo que advirtió en él hizo que Katie lo interpretase mal.

—Estoy preocupada por Nick —dijo—. ¿Cree que se ha roto el tobillo, como dijo él?

—Supongo que sí; pero no viene de una hora. Está en su segunda copa y no siente dolor. ¿Y qué me dice de usted?

—¿De mí?

Todavía estaba pensando en enjuagar aquellos círculos antes de que estropeasen el barniz.

—Mi mujer no paró en todo el verano de hablarme de su estupenda figura en la playa.

—Si busca a su esposa, está en el comedor hablando con alguien.

—Ya lo sé. ¿Qué puedo servirle, Katie?

—¿Servirme?

Era uno de esos hombres de pecho muy velludo; una pelusa del color de virutas de lápiz asomaba por encima del cuello de su chándal.

—Gintónico, whisky, ¿o tal vez un Bloody Mary?

—Sólo vino blanco con sifón —dijo ella—. Muy aguado.

—¡Caray! —dijo él, con divertido reproche, y no la siguió al comedor.

Allí la conversación de Dorothea se había hecho más confidencial: ladeando la cara, mientras un hombre alto y de malhumorado aspecto murmuraba algo a su oído, se dedicaba a arrancar pétalos del jarrón de crisantemos que Katie había colocado en el centro de la mesa, y los enrollaba en finos tubos que dejaba caer sobre aquella. Katie, rápidamente y disculpándose, extendió el mantel sobre toda aquella porquería y se retiró al salón.

Una espesa nube azul de humo de tabaco flotaba debajo del techo recién enyesado. Ahora había allí más ruido; unos comentaban el partido de fútbol y otros deploraban el resultado de las últimas elecciones municipales. Los dos hijos habían bajado, después de ver la televisión, y estaban de pie, como dos pequeños centinelas, asombrados pero alertas, junto a los brazos del sillón de Nick. Éste levantó la mirada y sonrió forzosamente, mientras Trevor Riddle se reía a fuertes carcajadas; la broma decía de haber sido a expensas de Nick, pues éste la celebró de mala gana. Aquel ruido, pensó Katie, era como el vocerío de la playa, pero más próximo y apretado contra sus oídos. Brick Matthews le ofreció un vaso de vino lleno de un fluido pálido del que le bastó tomar un sorbo para saber que no era vino, sino Martini.

—El vino blanco se ha acabado —dijo.

—Esto es fatal; veré si queda algo en el frigorífico.

—Descanse. Ya lo he mirado yo. Ken ha ido a buscar un poco, así como otra botellita de ginebra. Y ahora, dígame qué hace para conservarse tan guapa.

—Hago encaje de aguja —dijo ella, sabiendo la reacción que provocaría con ello, pero dando menos importancia de la que le habría dado una hora antes a su fuerte y cálida risa, a su resuelto esfuerzo de hacer que la mirada de ella se encontrase con la de sus ojos acuosos, a la ligeramente dolorosa presión de la mano de él en su antebrazo.

Bebió rápidamente el Martini, ya que aborrecía su sabor, y escuchó varias animadas conversaciones sin intervenir en ellas. Le ofrecieron otro Martini, y entonces empezó a tener algo que decir. El tiempo pasó de prisa, de modo que algunas personas se marcharon y otras parecieron volver, y más tarde recordó que había llevado los niños al piso de arriba y los había arrojado, y que le había parecido un milagro ver marcadas las nueve en la esfera del alto reloj de caja (con su pálido paisaje celestial), que el bisabuelo de Nick había traído de Filadelfia. Nick ya no estaba en el sillón de orejas. Sólo quedaba la mujer de negros cabellos en el salón. Tenía un cutis exótico de color de oliva, tan igual que parecía pintado. Se presentó a Katie y le estrechó la mano con fuerza.

—Soy Vivían Crewes. Mi marido ha estado todo el tiempo en el comedor. Brick los está reuniendo a todos para marcharnos. Han sido ustedes maravillosos. Esta casa es adorable; han sacado ustedes gran provecho de ella. Espero que Nickie no traiga malas noticias del hospital.

—¿Ha ido Nick al hospital?

—Creo que estaba usted en la cocina tratando de hacer más cubitos de hielo. El tobillo se estaba hinchando cada vez más, y los dedos de los pies se estaban volviendo insensibles. Ken Ledyard le llevó en el coche de los Matthews, ya que Joan tenía que marcharse a casa para dar de comer a sus hijos.

Llegó del comedor el ruido apagado de unos gruñidos masculinos, seguidos de un chasquido de madera al romperse y de un tintineo en cierto modo frío de cristales. Katie trató de vencer su pereza alcohólica para ir a ver el estropicio, pero encontró el pasillo bloqueado por Brick Matthews, que arrastraba tras de sí un bulto que resultó ser Dorothea. La había cogido de un brazo y ella rebotaba sobre su trasero y pataleaba retorciéndose para ponerse en pie. Brick hizo un guiño a Katie.

—A mi esposa le encantan las fiestas —dijo—. Siempre tengo que sacarla a rastras.

Después de esta chanza, permitió que Dorothea se levantara y apartó a un lado su cara grande y colorada, para el caso de que ella quisiera abofetearle.

El hombre alto le siguió. Se estaba acariciando la boca; tenía los labios fruncidos y posiblemente contusos.

—Lo peor es, querida —dijo a su esposa—, que tendremos que ir todos en nuestro coche, ya que esos malditos imbéciles le han dado el suyo a Ken.

La mujer de cabellos negros estrechó una mano de Katie entre las suyas; sus manos oliváceas eran finas y frescas, pero temblorosas, como impelidas por el pulso de un colibrí.

—Discúlpenos, por favor —dijo—. Ha sido todo delicioso. Usted y Nick tienen que venir pronto a nuestra casa.

El último coche se alejó zumbando, donde Katie había visto más de una vez a miembros de la buena sociedad abrazándose. Las blandas y viejas tablas de pino presentaban largas mellas grises en los sitios donde habían sido golpeadas por los tacones de Dorothea. En el comedor, el nerviosismo de la mujer había consumido todo un crisantemo, convirtiendo sus pétalos en tubitos que cubrían el mantel. Este había sido desplazado a un lado, y mojados vasos de plástico y la cuarta parte de una lima descansaban sobre la brillante madera. Una de las sillas Chippendale, una de las dos cuyo tapizado de punto estaba terminado, había sido derribada al pelearse los hombres y, peor aún, la nueva ventana estaba completamente estropeada: varios de los delicados maineles «de época» fabricados ex profeso, habían saltado, y tres hojas de cristal se habían roto.

En el salón, donde el olor del humo permanecería en las cortinas durante semanas, los daños eran más sutiles. Cacahuets salados y patatas fritas para la salsa de cebolla habían sido dejados caer al suelo y pisoteados sobre la antigua y bella Tabriz de la madre de Nick. Todos los hombres llevaban aquellos zapatos deportivos con dibujos en las suelas, que recogen tierra entre sus pequeños clavos, y en todas partes, en las alfombras y en las anchas tablas de madera de pino, había huellas y migajas de barro seco. El arca japonesa mostraba una raja en su barnizada tapa, atravesando las flotantes montañas doradas. El cojín de seda del escabel se había empapado al fundirse el hielo aplicado al tobillo de Nick.

Los ceniceros podían vaciarse y lavarse, y los vasos de plástico, recogerse y tirarse, pero, ¿y las quemaduras de los cigarrillos? No una, sino varias personas, al servirse bebidas en el bar montado en la alacena georgiana, habían dejado que se consumiesen sus cigarrillos sobre los bordes ondulados de los estantes de madera de cerezo. Y eran tantas las huellas chamuscadas en hilera, que parecía que habían estado jugando a un juego o practicando un rito de iniciación. Katie conocía,

pulgada a pulgada, aquellos estantes; ella y Nick habían pasado horas en la alacena enturbiadas sus cabezas por los vapores del disolvente y sin más ruido que el que producían sus herramientas, al rascar cuidadosamente la pintura. Se volvió, para contemplar la arruinada habitación con ojos cálidos. Ahora podía llorar; sus lágrimas tenían el sabor salobre del triunfo de la dicha.

BILLETERA

Fulham se había labrado una vida agradable (una esposa de ojos azules todavía presentable y elegante después de treinta y tres años de matrimonio, una hija pelirroja en buena posición, una hermosa casa blanca en uno de los antiguos suburbios), y sin embargo, las tinieblas no habían sido del todo disipadas. Curiosamente, le asaltaban los temores en el cine, durante la proyección de películas infantiles de evasión. A sus setenta y cinco años, tenía un nieto de once, Tod, y una nieta de nueve, Antoinette, y los no infrecuentes fines de semana en que se les pedía a los abuelos que cuidasen de los niños, su contribución a las diversiones era llevarles al cine el sábado o el domingo por la tarde.

El complejo cinematográfico de la avenida cercana, había sido construido con cuatro salas y vuelto a dividir después para hacer seis; las paredes, revestidas de grandes colgaduras psicodélicas, eran tan endebles que el estruendo del clímax de una película penetraba fácilmente en la sala contigua, en los momentos de silencio de la que se exhibía en ella. Por alguna razón económica de los constructores, las pantallas no eran exactamente paralelas a las hileras de butacas y, por consiguiente, el público tendía a situarse en un lado del cine, como los pasajeros de un barco de excursiones al ponerse el sol. Estas condiciones visuales era un contratiempo que divertía a Fulham, lo mismo que los suelos notablemente pegajosos, tan saturados de frescos derramados que las suelas de sus zapatos producían audibles chasquidos al pisarlos. También le divertía la extraordinaria juventud de los otros espectadores: muchachas de cabellos rizados, que masticaban chicle y llevaban camisetas de manga corta y pantalones ajustados a las nalgas, y chicos cuyo aire amenazador, con sus chaquetas andrajosas y sus cortes de pelo punk, era mitigado por una suavidad andrógina de forma y una curiosa mansedumbre de expresión, que en nada se parecía a las de los brutos realmente amenazadores, endurecidos por la Depresión, de la remota juventud del viejo.

Su afición al cine había empezado en una pequeña población de Massachusetts, en un local decorado según un estilo vagamente mexicano, con órgano de imitación. Como sus padres trabajaban hasta muy tarde en el *drugstore* familiar, él iba mucho al cine; incluso tenía una butaca predilecta, la primera de la izquierda en la última hilera, y su risa se había hecho famosa. Personas mayores a las que apenas conocía dirían a sus padres, en el mostrador del *drugstore*, que su chico había estado en el cine la noche pasada, pues le habían oído. Le encantaba el mundo en blanco y negro que Hollywood creaba en aquellos años; le gustaba seguir la actuación de actores secundarios, Guy Kibbee y Edward Everett Horton, Adolphe Menjou y Charles Coburn, de papel en papel, una numerosa familia de caras conocidas, familiares, y voces rápidas y simuladamente furiosas. Después había asistido Fulham a las salas de diversiones llenas de uniformes caqui de

las bases militares del Sur, y en sus días de universidad y de galanteo, a los cines de arte y ensayo de Cambridge y Brookline, donde se esperaba, en los salones que olían a café, absorber los últimos boletines de posguerra emitidos por los turbados espíritus de Bergman y Antonioni, Fellini y Buñuel. Con el matrimonio y los hijos y el advenimiento de la televisión, Fulham se convirtió cada vez más en un hombre casero, en un miembro más de ese vasto público perdido, cortejado al principio por Hollywood con exhibiciones de carne y de sangre, y completamente abandonado al fin. Contemplando, adormilado, con su esposa, la reposición colmada de anuncios, de una película que tenía para ambos un valor sentimental, fue comprendiendo Fulham lo endeble y cínicamente mecánicas que eran aquellas cintas clásicas de antes del cinemascopio, aquellos devencijados y viejos vehículos que antaño le habían sacado de sus cabales, y cuyos momentos culminantes habían permanecido en millones de cerebros como el suyo, en vez de las visiones religiosas.

Solamente ahora, cuando ya no era joven, se daba cuenta de que el mundo se inclinaba hacia la ignorante juventud. En compañía de sus nietos, iba a ver películas clasificadas como aptas o toleradas, aventuras hábilmente urdidas, con naves espaciales y payasadas, efectos especiales y marionetas místicas, y con intempestivas alusiones a la marihuana y al sexo, encaminadas, según pensaba Fulham, a halagar a los adolescentes que se hallaban entre el público. Su nieto impúber se reía a mandíbula batiente al ver aquellas escenas atrevidas, con una risa estridente que le recordaba a Fulham su propia niñez, mientras que la pequeña, atiborrándose de palomitas de maíz, se negaba a sonreír por algo que no comprendía. Había heredado los cabellos rubios y finos de la madre.

Sentado entre aquellas pequeñas cabecitas, bajo la luz centelleante, mientras un dragón mecánico desplegaba sus alas en la pantalla, o una nave interestelar desarrollaba una espectacular batalla a base de presuntos rayos láser, Fulham se sentía embargado por el terror: las paredes del cine se derrumbaban y el pegajoso suelo se convertía en un cenagal bajo sus pies. Iba a serle revelada su situación en el tiempo y en el espacio: una chispa de conciencia de más de setenta años, un cuerpo mortal destinado a volver al polvo, un miembro de una civilización perdida que existió antaño en un continente deslizante. La curvatura de la enorme Tierra debajo de su butaca y el trozo de tierra que cubriría su tumba se volvían, en un instante, sofocantes y reales para él; él empezaba a sudar. Había algo *serio* en la existencia humana, una irreversibilidad absoluta, de la que todas nuestras componendas sociales y nuestras diversiones pretendían distraernos. Pero no, no eran conceptos «plurales»; era *su* existencia, su posesión totalmente solitaria de ella, lo que era tan repugnantemente serio.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que ocurrirle aquí? Las imágenes y la música que brotaban de la pantalla eran, de alguna manera, medios de poner al alcance de su comprensión aquellas pesadas e insoportables verdades. Las películas habían sido siempre, para él, más reales que la vida,

brillantes claros en su sumisa niebla cotidiana. Estas películas «infantiles» eran toscamente míticas; reflejaban otros mundos, se decía, y la muerte, hacia la que se encaminaba, era también otro mundo. Uno de sus recuerdos más antiguos era su miedo a llegar tarde a casa, de verse atascado en algún sitio. Su madre había sido una mujer aprensiva y tirana, y su comedido padre, un fanático de la puntualidad. Ahora le quedaban a Fulham pocos años de vida, y hétele aquí, en un cine cochambroso, malgastando una tarde preciosa, cuando habría podido estar podando sus arbustos o poniendo sus cuentas al día. Este autoanálisis diluía, poco a poco, la premonición de extinción que se había cernido sobre él al estar sentado entre sus nietos. Y cuando los villanos habían sido totalmente liquidados y aparecían los títulos de crédito en la pantalla, y se encendían las luces, Fulham había recobrado el aspecto y los modales de un abuelo alegre y normal.

Entonces, el pequeño Tod, su nieto, le pedía veinticinco centavos para un juego de vídeo en el vestíbulo. Fulham se maravillaba de la destreza con que manipulaba el chiquillo los fantasmas electrónicos, al saltar éstos de un lado a otro. Hoy cameló a su abuelo para que jugase también.

—Gracias, pero prefiero no hacerlo.

—¡Vamos! Es barato y emocionante.

—El abuelo no quiere jugar —terció Antoinette—. No se encuentra bien.

—¿Quién dice que no me encuentro bien?

La niña le observó solemnemente, con sus brillantes ojos debajo de sus brillantes cabellos.

—Parece que te duele el estómago —dijo ella.

Y le dolían los músculos abdominales, como si hubiese levantado algo pesado.

—Tal vez necesito divertirme un poco —dijo él.

Ella se encogió de hombros y su hermano mostró a Fulham cómo tenía que manejar los controles. Pero el pequeño buque de guerra de Fulham, una cosita triangular como un trozo de papel doblado a estilo japonés, se atascó en un rincón y nada de lo que hizo con los confusos y numerosos botones pudo sacarlo de allí. En cambio, el buque empezó a revolverse como un animal atrapado y, cuando disparó sus cañones, fue aniquilado por el rebote de sus propios rayos, con grande e incrédulo regocijo del pequeño Tod. JUEGO TERMINADO, anunció la pantalla.

Fulham no veía que su torpeza fuese tan divertida. Algunos de los que estaban en el vestíbulo habían vuelto la cabeza al oír las risotadas de Tod. Fulham estaba sudando de nuevo, y tardó algunos segundos en darse cuenta de que la insistente carita, redonda y blanca y marcada

como la esfera de un reloj, le estaba transmitiendo un mensaje: le estaba pidiendo otros veinticinco centavos.

—Vamos, abuelo. Sólo serán dos minutos.

—No —dijo Fulham, satisfecho, y los llevó a los dos a casa.

Cuando compareció su propia hija con su marido, ambos jóvenes adultos de rostro colorado y muy animados después de su partido de tenis o su cóctel con los amigos, se alegró de que se llevasen a sus nietos y de que su casa grande y blanca recobrase el orden que él y su esposa se empeñaban en conservar.

Con un historial de hipertensión, Fulham se había retirado prematuramente de su empresa de corretaje, y administraba sus propias inversiones y las de unos pocos antiguos y predilectos clientes, en un despacho del piso alto. Todas las mañanas iba a esta habitación, con vistas sobre los bien cuidados arbustos del jardín lateral, con su *Wall Street Journal* y una segunda taza de café descafeinado. Llevaba sus cuentas y su correspondencia, hacía sus llamadas telefónicas e iba diariamente a visitar la oficina de Correos; pero la ilusión de integración en los círculos más amplios del mundo era más difícil de mantener aquí, que cuando disfrutaba de un despacho en una esquina de la vigésimo segunda planta de un rascacielos de Boston, con activas y peripuestas secretarías para escudarle y apoyarle, y convertir sus vacilantes dictados en comunicaciones oficiales sobre papel timbrado de la compañía. Ahora que los carteros de un Gobierno, cada vez más perezoso e insolente, tenían prohibido acercarse a los portales rebasando una distancia determinada desde la acera, recibía su correspondencia en un buzón metálico junto a la valla pintada de blanco de la casa, y éste recipiente vulgar y aleatorio acentuaba el contraste con la antigua pompa de la oficina financiera.

Hacía varios días que esperaba un cheque importante, cuyo remitente, una compañía de petróleo de Houston, no había querido enviar por correo certificado, ni por los servicios de mensajeros ahora en auge. El cheque de seis cifras, aunque pequeñas, era fruto de la perspicacia de una inversión inicial por parte de Fulham, y éste estaba ansioso por depositarlo en una de sus cuentas bancarias. Cada mediodía, después de que el cartero (un joven que, con fastidiosa afición a la música, silbaba arias de ópera mientras hacía su reparto), hubiese cerrado la tapa del buzón, Fulham bajaba presuroso por el largo paseo enladrillado para ver si, junto con los montones de facturas y de anuncios, había o no había llegado el cheque. Y día tras día, se encontraba con que no había llegado. De pie junto al buzón, podía sentir palpar su corazón inquieto, como uno de aquellos grandes camiones que pasaban de vez en cuando por su tranquila calle de Wellesley, sacudiendo la casa. Transcurrió una semana, y después otra. Las llamadas telefónicas a Houston eran siempre contestadas asegurándole que el cheque había sido enviado y no había sido cobrado, por lo que tendría que recibirlo indudablemente. Una dama, que por el tono de su voz parecía ser negra y, como el

cartero, demasiado musical, le explicó incluso que la compañía nunca enviaba cheques por correo certificado, fundándose en la teoría de que esto llamaba la atención y, en algunos casos, había inducido al latrocinio a los más pobres empleados de Correos.

A Fulham no se le había ocurrido nunca la posibilidad de un latrocinio; siempre había pensado en el servicio postal como una entidad infalible, como la vaga programación nocturna del Canal 5 que, por imprevisible que sea, acaba inevitablemente por dar todo aquello que se le ha confiado. Pero ahora se había suscitado la posibilidad de que el sistema tuviese grietas, a través de una de las cuales se había deslizado una cantidad de dinero que era suyo, unos números que habrían tenido que haber pasado ya por el ordenador de su banco, y estar produciendo intereses a su favor. Calculaba que cada día que transcurría sin llegar el cheque, perdía más dinero que el que gastaban para comer él y su esposa. Sus llamadas a Houston se hicieron más insistentes y, consiguiendo que cada vez le respondiese un personaje más encumbrado en la jerarquía de la compañía pero, en definitiva, todos acababan diciéndole que esperase unos días más antes de pedirles, como sin duda estaba en su derecho de hacer, que anulasen el cheque y extendiese otro.

Dormía poco, agitado por la injusticia de la situación. No podía culpar a nadie ni acudir a un tribunal; sólo se trataba de un sistema de reparto impenetrable, tendido a la ligera entre Nueva Inglaterra y Texas. Despertando a las horas más intempestivas, se imaginaba pasos cautelosos en la acera y manos que hurgaban en su buzón. El propio buzón, que por orden del Gobierno había sustituido a la infalible rendija de la puerta de la entrada, parecía una peligrosa prolongación de él mismo, una avanzadilla indefendible, sometida a pintadas y a golpes casuales. Trataba de imaginarse detalladamente las operaciones postales: las correas sin fin, los sacos, el transporte, las máquinas clasificadoras que lanzan sobres en todas direcciones. Ansiaba agarrar y sacudir aquel enorme sistema imaginado, obligándole a soltar aquella pequeña fortuna tan ciegamente confiada a un trozo de papel cerrado dentro de otro trozo de papel plegado. Y el deseo de sacudir lo sacudía a él; las palpitaciones de su corazón pulposo e intimidado llenaban su cráneo, la cama y todo el dormitorio.

Su esposa, despertada por su furiosa rotación debajo de la sábana, no podía captar el problema, la indignante situación. Todos los días seguía consumiendo concienzudamente tres comidas escogidas y bien preparadas; seguía cuidando su jardín en las claras y frescas mañanas de aquellos días de finales de verano, y después se iba al club para almorzar y nadar, o hacer nueve hoyos en el campo de golf con su grupo de cuatro mujeres alegres y de piernas morenas. Para Diane, tal vez la cosa no era tan grave. Cuarenta años atrás, había sido maestra de escuela, e inculcado a las jóvenes mentes lecciones de causa y efecto, y de paciencia.

—El hombre dijo —recordó a Fulham en mitad de la noche— que, si no aparecía dentro de unos pocos días más, anularían el cheque y enviarían otro.

—Esto significa esperar *más* días. Yo debería estar percibiendo los intereses de aquella suma.

—Pero nosotros no necesitamos los intereses.

—No es cuestión de *necesidad* ; es cuestión de *derecho* . Tenemos derecho a aquel dinero. Además, cada día que pasa sin abonarse el cheque, la compañía se lucra con su interés. No solo perdemos nosotros una ganancia, sino que ellos salen ganando, ¡gracias a su propia ineficacia!

—Creo que exageras. No hay ningún problema; son cosas que pasan. Habrá quedado en el fondo de un saco, en alguna parte.

De esta manera al tratar de apaciguarle, tropezó con las imágenes que más le enfurecían a él: el fallo de aquel sistema insensato, la carta perdida para siempre en el fondo de un saco; el delito sin delincuente, o al menos sin un autor que pudiese ser descubierto, que pudiese dar explicaciones; una horrible suficiencia, dentro de una realidad imperfecta y defectuosa; una *irresponsabilidad* cósmica.

El delincuente atacó de nuevo, esta vez dentro de casa. Al despertarse el viernes por la mañana, Fulham descubrió que su billetera no estaba encima de su escritorio, donde la dejaba casi invariablemente al retirarse. Buscó en el bolsillo de atrás del pantalón que había llevado el día anterior, y después, con creciente desesperación, en el suelo del armario, debajo de la cama, en la mesita de noche, sobre el lavabo del cuarto de baño, en los bolsillos de todos los pantalones colgados en los armarios y, estúpidamente, en todos los bolsillos de todas sus chaquetas, incluso aquellas que habían estado colgadas desde el mes de junio, sin sacarlas de las bolsas de la lavandería.

Durante sus años y decenios de trabajo en la ciudad, Fulham había llevado siempre una billetera en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, un pequeño escudo de cuero sobre el corazón, que se había hecho gradualmente más grueso con el tiempo. Desde su retiro, sólo llevaba americana cuando salía de noche, y así, en un pequeño rito transitorio, un ligero cambio de armadura, compró otra billetera para el bolsillo de atrás del pantalón, más adecuada a su nuevo uniforme de trabajo, compuesto de pantalón y camisa deportivos. Extraña al principio y propensa a ser olvidada, y un poco incómoda, aquella billetera se convirtió muy pronto en un simpático complemento de su persona, un recordatorio, con su delicada presión sobre la nalga izquierda, de su nueva y más libre posición en la vida.

Era casi demasiado abultada para sentarse sobre ella, pues contenía tarjetas de crédito de BayBank, NYNEX, Brooks Brothers, Hertz, Visa,

Amoco, American Express, MasterCharge, The Harvard Coop, Filene's, el Newton-Wellesley Hospital y Massachusetts General Hospital, además de su licencia de conductor plastificada y tarjetas de papel acreditando su pertenencia al Museo de Bellas Artes, al Ateneo, al Wellesley Country Club, al Tavern Club, al Harvard Club, Blue Cross/Blue Shields, y Seguridad Social. Fulham era un hombre sentimental y conservador; la cartera contenía también, en sus compartimentos transparentes, fotos de su esposa, de su hija y de sus dos nietos, y, en sus varios compartimentos de cuero, una tarjeta en la que constaba su última clasificación militar (5-A), la tarjeta de su agente de seguros, seis tarjetas de negocio propias, un amarillento recorte de periódico en el que se consignaba su victoria, hacía muchos años, en un campeonato universitario de tenis, y una pequeña fotografía en color castaño, tomada en una caseta de la Feria de Topsfield, de una muchacha de diecisiete años, con flequillo, de la que había estado enamorado. Había también unos cuantos recibos antiguos (de películas fotográficas dejadas en el *drugstore*, de la tintorería, de una segadora de césped llevada a afilar, de un reloj para ser reparado), y tal vez sesenta dólares en efectivo.

El dinero era lo de menos; lo que no podía soportar era la desaparición de otras cosas: los recordatorios insustituibles, las tarjetas de crédito cuya renovación era infinitamente tediosa. Metódicamente, pero con aquel frenesí que destruye el método, registró la vasta casa, buscando en el suelo del cuarto de baño, detrás de los cojines del sofá, en los cajones de su escritorio, en los espacios sobre los libros de la biblioteca. Fulham sabía que, en raras ocasiones, casi inconscientemente, encontraba molesto el bulto de la cartera y se la sacaba del bolsillo para dejarla en algún lugar adecuado. Repasó lo que había hecho la noche anterior, extrayéndolo de sus viejas células grises: la cena, un paseo por el jardín para admirar los ásteres y las primeras hojas que cambiaban de color, un rato pasado en la biblioteca ojeando el último número de *Barron's*, media hora mirando, con Diane una reposición de una vieja película, *La bella de Moscú* con Fred Astaire y Cyd Charisse. Las escenas espectaculares carecían de grandeza en la pequeña pantalla, y el argumento se desarrollaba con monotonía. Él había olvidado lo aguda y ligera que era la voz de Astaire. Y Charisse, a la que antaño había adorado, parecía rígida e insegura bajo el peso de su fingido acento ruso. Fulham se había ido a la cama antes que su esposa, desnudándose como de costumbre, si no recordaba mal, leyendo hasta adormilarse una novela de Agatha Christie que tal vez había leído ya hacía muchos años; débiles impresiones de *déjà vu* flotaban en los bordes de su menguante conciencia, mientras Poirot daba pasos precisos en el salón del crimen.

Por la mañana recordó que, entre los ratos pasados en la biblioteca y en el cuarto de la televisión, había recibido una llamada de su hija, diciendo que traerían a sus hijos temprano por la mañana, para poder, Rob y ella, ir a Providence y ver una comedia de Sam Shepard, y pasar la noche en la casa de otro matrimonio. Fulham fue al lugar desde el que había contestado a la llamada, un rincón donde había muchos pequeños estantes, junto a la cocina. Súbitamente inspirado, dedujo que

allí, entre los libros de cocina y los raras veces utilizados platos para entremeses, tenía que estar su billetera; y ciertamente la *vio*, gruesa, castaña, con las puntas descoloridas y la forma de una tarjeta de crédito marcándose en el cuero, de manera parecida a cómo se muestran a veces, en bajo relieve, las bragas de una mujer en un vestido muy ceñido; lanzó una pequeña exclamación de triunfo antes de darse cuenta de que lo que había tomado por la billetera era una vieja libreta de direcciones que Diane no se había molestado en tirar. Su alucinación le irritó y redobló la furia en que registró la casa, de habitación en habitación y de rincón en rincón. La billetera había dejado de existir.

—Alguien la ha robado —dijo a su esposa durante el almuerzo.

Diane había tenido una cara muy bella y distinguida, y cuando levantaba la barbilla y alisaba así los pliegues de debajo de aquélla, era todavía hermosa, con sus abundantes cabellos tan blancos que no parecían naturales, sino que le habían costado mucho dinero.

—¿Cómo es posible?

—Muy fácil. La casa es lo bastante grande para que cualquiera pueda introducirse en ella y salir al cabo de un minuto sin que nos demos cuenta. En todo caso, no soy yo quien debe imaginar la manera de lograrlo, sino *ellos*. Y lo han hecho. Los muy bastardos lo han hecho y yo tendré que anular todas mis malditas tarjetas de crédito.

Ella le miró serenamente prestándole, por una vez, toda su atención, y dijo:

—Nunca te había visto así.

—¿Cómo estoy?

—Estás furioso.

—Era mi billetera. Lo llevaba todo en ella. Todo. Sin mi billetera, no soy nada. —Su lengua se había anticipado a su pensamiento; pero, en cuanto hubo dicho esto, se dio cuenta de que era la verdad: sin su cartera, era un fantasma que vivía en una casa sin paredes—. Y sé *por qué* la robaron —siguió diciendo—. Para hacerse con la tarjeta del Banco. Con esa tarjeta pueden ahora depositar y cobrar el cheque que robaron.

—¿Depositarlo en tu cuenta?

—Y después transferirlo a la suya, de alguna manera. No lo sé, no sé exactamente cómo trabajan los delincuentes; esto es cosa de *ellos*. Pero sé que, con esos ordenadores, ya no hay sentido común en la Banca; un borracho que pasa por la calle puede largarse con diez mil dólares si sabe cómo engatusar a la maldita máquina. La gente y las instituciones están siendo..., ¿cómo dicen ahora los chicos...?, birlados

continuamente. A nosotros acaban de birlarnos... —Nombró el importe del cheque perdido, y ella abrió mucho sus ojos azules, al empezar a creer en él—. ¿No lo ves? —insistió Fulham—. Primero el cheque, y ahora la cartera. ¿No es demasiada coincidencia?

—No puedo creerlo —dijo débilmente Diane—. Tal como lo dices parece muy sencillo; pero con todas esas garantías..., por ejemplo, nuestra palabra en clave.

Él se echó a reír.

—Cientos de personas conocen ahora nuestra palabra en clave: todos los empleados del banco, y todos lo que estuvieron con nosotros en la cola.

Le parecía irrefutablemente claro que unas fuerzas desconocidas, más allá de las copas de las hayas y de los tejados de pizarra con buhardillas, conspiraban invisibles y en silencio para atacarle y despojarlo de su tesoro. Cada puerta y cada ventana, incluso las pequeñas rendijas del buzón, y el teléfono, eran agujeros a través de los cuales se extraía lo que había acumulado en toda su vida. Ruinosamente, el mundo había dado a la propiedad una forma de nebulosa y mecanizada fluidez. Las tarjetas que la cartera hurtada había contenido, abrían resbaladizos túneles de crédito, venas de su sangre. Fulham se levantó, sintiéndose mareado.

—Voy a telefonar a Houston para que anulen el cheque —dijo a su esposa—. Después llamaré al Banco y bloquearé mi cuenta.

Ella asintió con la cabeza, bajando los ojos para guiar al tenedor que troceaba con su borde las hojas de lechuga debajo de la tajada de queso de granja.

Incluso mientras actuaba, sabía Fulham que sus enemigos, armados con su cartera, estaban realizando grandes operaciones: comprando automóviles y trajes, sacando localidades de primera fila en los teatros, encargando dispendiosos ágapes. Sin embargo, las jóvenes con quienes habló aquel viernes por la tarde le aconsejaron que esperase; todas parecían tener diecisiete años, con voces tranquilas de mascaduras de chicle. Parecía que no era la primera vez que tenían que habérselas con carteras momentáneamente desaparecidas. Houston accedió a suspender el pago del cheque; en cambio, el Banco dijo que no podía programar el ordenador para bloquear su cuenta antes de primeros de la semana próxima. Todas las oficinas libradoras de las tarjetas de crédito tenían los teléfonos comunicando o dieron largas al asunto, y cuando Fulham, agotado, colgó el aparato, su crédito estaba hecho un verdadero lío, era como una hidra con algunas cabezas cortadas pero con la mayoría de ellas retorciéndose aún. Volvió a recorrer toda la casa, tratando de recordar lo que había hecho el día anterior en cada habitación, incluido el pequeño cuarto, antaño de costura, donde veían ahora la televisión. Para no perder demasiado tiempo con ésta, los

Fulham habían amueblado austeramente el cuarto; sólo había en él el televisor desnudo, una estera ovalada y un confidente Windsor sin cojines, con una manta a cuadros plegada sobre uno de sus brazos. La desaparición de la cartera resonaba en todas las habitaciones, como un disparo de pistola que ensordece al que lo oye, y él quedaba pasmado al advertir que un ausencia pudiese ser tan decisiva. Se le ocurrió pensar que la casa produciría el mismo efecto cuando él se muriese.

En la planta baja, la puerta de la entrada se cerró de golpe.

—Ha llegado el correo —gritó Diane.

Fulham estaba tan distraído que había olvidado su acostumbrada visita del mediodía al buzón del extremo de la cerca. Pero hacía horas que se había filtrado en su subconsciente la «*Che gélida maniría*—» de Rodolfo, en *La Bohème*, silbada desafinadamente.

La correspondencia estaba sobre la mesa del vestíbulo, junto a los pétalos caídos de las últimas rosas del verano. Un sobre largo y de color de arena, procedente de Houston, yacía entre el montón de propaganda y de facturas. Contenía el cheque y estaba fechado tres semanas atrás. Ningún mensaje oculto, ninguna indicación en el sobre de dirección equivocada o de exceso de peso, justificaban el retraso. Fulham vio, en aquel vacío, una especie de magnificencia, la magnificencia del que rehúsa escuchar una plegaria. Y no se sintió consolado. El cheque había sido anulado; no valía nada.

A la mañana siguiente, la del sábado, se despertó con dolor de estómago, con un asfixiante nudo de vaga ansiedad que se fue aclarando en su conciencia al tomar la forma de esta idea: *Soy un hombre que ha perdido su cartera*. La llegada del cheque había mitigado su miedo a una conspiración criminal, pero aislaba la pérdida de la cartera en un plano superior, donde se confundía con paisajes y caras que habían sido antaño parte de su vida y que nunca volvería a ver, fundidos en el vacío irreversible, como el triste, pegajoso y extrañamente plausible tejido de los sueños. La vergüenza sustituyó a la ira como sensación primordial; no tenía ganas de salir de casa, ni de ir a su improvisado despacho, ni de enfrentarse con sus nietos que, en la planta baja, entraban ruidosamente en el vestíbulo. Las voces de su hija y de su esposa se entremezclaron en una breve música que terminó con el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse de golpe, y con el repiqueteo de unos altos tacones bajando rápidamente por el paseo. Los niños pasaron la mañana enfrascados en la televisión y, al llegar la hora del almuerzo, Tod tendió a Fulham su cartera.

—¿Necesitabas esto, abuelito? —dijo—. Estaba envuelto en la manta.

Su abultada y gastada cartera. Su cartera.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Diane, llevándose una mano a la mejilla, en un ademán que a Fulham le pareció una parodia del desconsuelo—. Cuando

terminó *La bella de Moscú* , arreglé cuarto y debí de envolver tu cartera en la manta sin darme cuenta. ¿Recuerdas que nos cubrimos las rodillas con la manta para resguardarnos de la corriente de aire?

Era lógico. Las noches eran cada vez más frescas. Ahora recordó vagamente Fulham que, sentado en el duro confidente Windsor, le había molestado aquel bulto en el bolsillo de atrás. Debió de sacar la cartera de allí, mientras contemplaba a Cyd Charisse. Como si fuese otra escena de la película, se vio en primer plano, sosteniendo en su mano la cartera, que se desvaneció después como un copo de nieve.

—El abuelito tiene muchas carteras —canturreó la hermanita de lustrosos cabellos—. Ésta no le importa.

—Bueno, creo que estás un poco equivocada —le dijo Fulham, apretando el querido y doblado objeto de cuero entre las palmas de las manos y sintiéndose muy abuelo, frágil y juicioso y dispuesto a morir.

CUANDO CAEN LAS HOJAS

¡Allá vamos! Es una mañana de sábado y viajamos en nuestros coches, con los niños y los perros y todo lo demás, hacia el norte hacia Vermont, en la estación en que caen las hojas, para ir a la casa de los Tremayne el fin de semana del Día de Colón. Se ha convertido en una costumbre para las cuatro o cinco familias, en un proceso que no puede interrumpirse sin correr el riesgo de romper un hechizo. Salimos de la gran Boston por sus sucias y atestadas carreteras, seguimos con más tranquilidad hacia el norte por la 93 y después por la 89, cruzamos el río Connecticut, y entramos en Vermont. Inmediatamente se percibe la diferencia: todo parece más limpio, menos denso que en New Hampshire. Cuando salimos de la 89, los pueblos por los que pasan las serpenteantes carreteras del Estado, con sus iglesias blancas, sus irregulares prados segados como al azar, y sus almacenes rurales con rótulos rojos anunciando FÁBRICA DE CAMELOS o ALMACENES DE CALABAZAS, tienen un encanto aguzado, una belleza teatral de calendario que, al cabo de un rato, fatiga los ojos tan implacablemente como la fealdad industrial. Y el follaje, cubriendo valles y montes enteros: las estridentes rosa y escarlata de los arces, el oro estruendoso de los nogales americanos, el acompañamiento metálico de los abedules y las hayas, a ambos lados de la carretera, cuesta tras cuesta, un tumulto celeste ligado a nuestra tierra opaca sólo por anchas cintas de verdor perennes y por afloramientos de granito. Estamos llegando y nos sentimos molidos por aquel esplendor natural, por las ráfagas de viento y las débiles explosiones de la gasolina que se suceden continua y apresuradamente. El camino de tierra (en realidad, sólo surcos marcados por los viejos carros y carretas en el césped, y que en tiempos modernos fueron cubiertas con una capa de gravilla), parte, en ángulo recto, de una carretera anónima de macadán, que a su vez procede de una carretera numerada del Estado, y ésta de una autopista federal de manera que, cuando llegamos al fin, tenemos la impresión de que hemos levantado la cubierta interior de un regalo lujosamente envuelto, o solucionado un problema matemático hasta el último y definitivo resto, o escalado una montaña, o reventado una caja fuerte.

La gravilla chirría y salta debajo de nuestros neumáticos. Marge Tremayne está de pie en el porche. Tiene muy buen aspecto. Un poco mayor, una pizca más gruesa, pero de buen ver.

Ella y Ralph compraron la gran casa de campo amarilla, con su granero y veinte acres de terreno, durante un invierno en que él hizo una buena operación con acciones de petróleo, el año de las primeras conducciones de gas natural, y cuando sus tres hijos estaban entusiasmados con el esquí. También Ralph estaba entusiasmado por este deporte: se dejó crecer el bigote al estilo de Pancho Villa, imitando a los instructores de esquí y, con un grueso cigarro en el centro de la boca, las gafas de color de rosa, el traje amarillo claro de esquiador y

las altas botas de color naranja, era todo un espectáculo en las pistas. Marge, con los ajustados pantalones, el anorak plateado, una cinta verde ciñéndole la cabeza y los cabellos ondeando sobre su espalda, tenía también una maravillosa apariencia; su sentido del estilo, y su antiguo aprendizaje de danza, le permitían imitar con bastante gracia los movimientos básicos al deslizarse por la pendiente pero, en el fondo, no era esquiadora. «Soy demasiado cobarde», solía decir. O, en otro estado de ánimo, a otro interlocutor: «Soy una madre demasiado práctica». Entonces le dio por utilizar la casa de Vermont en verano (cuando Ralph había pensado alquilarla), y cultivó verduras en grandes cantidades, hizo conservas a gran escala, hiló lana y crió champiñones, e incluso empezó a mostrar cierto talento en la busca de agua con una varilla de zahorí, siguiendo las lecciones que le había dado un viejo montañés de más allá de Montpelier. Ralph seguía trabajando en la ciudad y, salvo en los meses de agosto, iba todos los fines de semana a reunirse con su esposa (cinco horas de ida y otras tantas de vueltas), llevando a los hijos y los amigos, y cuidando él solo de su casa en Brookline. Así, este fin de semana de otoño se ha convertido en visita a Marge, y tendremos oportunidad de ver cómo se desenvuelve ella.

Marge y los recién llegados Neusner, están de pie en el porche lateral cuando llegan los Maloney. Los niños Maloney saltan o se apean concienzudamente, según sus edades, del automóvil donde estaban confinados. Hay una agradable confusión y un agotamiento proclamado a voces, una agitación de idas y venidas; el gozo de haber sobrevivido a la aventura anima a las familias mientras descargan, poco a poco, su equipaje, y se ponen en manos de Marge. Tiene una voz cansada, práctica, ligeramente nasal, como si estuviese acatarrada.

—Este año también habrá dormitorios separados para hombres y mujeres. En el piso de arriba, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda. Los chicos de once años o más dormirán en el granero, y las niñas en las dos habitaciones de atrás. Los Tyler han llegado ya; Linda ha llevado a algunos pequeños a dar un paseo, y Andrew está ayudando a Ralph a llenar la leñera. Ralph dice que cada hombre tiene que partir su peso en leña. Cada mujer será responsable de un almuerzo o de una cena. El desayuno será por cuenta de cada cual, como de costumbre, y no pongáis los cuchillos y tenedores untados, directamente en la máquina lavaplatos. Me refiero especialmente a *ti*. Teddy Maloney.

El niño de ocho años, tan súbitamente aludido, ríe nerviosamente, asustado; ha estado muy preocupado tratando de sacar del coche, con halagos, a Ginger, el perro de la familia, una setter de pelo rojo, a pesar de la amenazadora curiosidad de Wolf, el perro chino de pelo entrecano de los Tremayns, y Toby Nausner, un pequeño perro cobrador negro.

Bernadette Maloney abraza a Marge, y la besa en la mejilla que parece áspera, mientras su cuerpo parece grueso, y después se echa atrás y le pregunta, quizá con demasiada solemnidad:

—¿Qué tal te van las cosas?

Marge la mira con la misma solemnidad, sus ojos de color azul de pizarra salpicados de notas amarillas.

—El verano ha sido maravilloso —dice, y desvía la mirada con un pequeño y estoico encogimiento de hombros—. No sé. \$Va no puedo manejar a la gente.

Hoy lleva una cinta marrón en la cabeza. Sus espesos, largos y rubios cabellos se han mezclado con indistinguibles hebras grises en el curso de los años, y esta sutil opacidad intensifica su extraño aire indio, no el de los indios auténticos, sino el de las pálidas doncellas capturadas y educadas en sus humosas cabañas, en sus costumbres naturalmente crueles; aquí, su cara se ha vuelto más dura y cincelada; sus labios sin pintar, más finos; sus ojos más opacos. Su rostro, más que tostado, está arrebolado, como si le hubiesen frotado la piel infundiéndole salud. Su cuerpo está más grueso, pero con su viejo sentido del estilo lleva bien el aumento de peso, ceñidos los jeans a las caderas y con una camisa a cuadros, de leñador, que pende por encima del cinturón como una blusa premamá. Con su barriga, los cabellos grises y todo lo demás, sigue siendo nuestra belleza, y Ralph (que por lo visto fue directamente a su trabajo al apearse del coche, pues su camisa de Brooks Brothers está arrugada y manchada por la leña que ha estado transportando, (y sus zapatos de ciudad salpicados de serrín), sigue siendo un ogro amigable; tiene un aire paternal, prorrumpe en ladridos y carcajadas de bienvenida. Sus ojos están enrojecidos por el humo del cigarro; tartamudea y escupe en su afanosa prisa por soltar sus chistes, y ríe con fuerza antes de acabar de contarlos. Parece haber adelgazado un poco.

—M-mis hijas cocinan pésimamente —explica—. Están t-tra-tando, *ija!*, de envenenar al pobre viejo.

¿Qué edad tenemos? Pasamos muy poco de los cuarenta. Todavía nos queda mucha vida por delante. Aquí el aire es delicioso, más puro y más seco que el de los alrededores de Boston. Ahora empezamos a respirarlo, y a darnos cuenta de donde estamos. Hay mucho menos ruido, y éste es diferente, compuesto de sonidos individuales: un coche que pasa por la carretera, un cuervo solitario que grazna sobre el rastrojo, una persiana golpeteando al impulso de un viento ligero que no habíamos advertido cuando descargábamos los automóviles. Los olores de la casa son los mismos del campo: linóleo, ceniza, leña partida, yeso, la humedad prístina de la bodega que se filtra a través de las tablas del suelo y nos sigue por la empinada y gastada escalera hasta la segunda planta, donde vemos a los niños y sus sacos de dormir en el laberinto de las habitaciones intermedias. La casa, como la mayoría de las casas de campo de Vermont, ha sufrido muchas modificaciones con los años; en los viejos tiempos, no pensaban en hacer escaleras de caracol ni armarios empotrados. Reservamos nuestras literas poniendo en ellas las maletas como señal, en las dos grandes habitaciones de delante, que los Tremayne, cuando estaban más entusiasmados con el esquí, habían convertido en dormitorios separados para damas o caballeros.

Deborah Neusner está junto a la ventana del vestíbulo superior, contemplando la carretera desierta, el campo al otro lado de aquella, los bosques más allá del campo, con sus diversas hojas. Bernadette Maloney se reúne con ella, y se acerca tanto que las dos mujeres sienten cada una el calor del cuerpo de la otra, lo mismo que el del radiador de debajo de la ventana.

—Los Englehardt llegarán un poco tarde. El pequeño Kenneth tiene un partido de fútbol.

—No tan pequeño —dice secamente Deborah, volviendo su bello perfil.

La luz de Vermont arranca destellos de sus húmedos ojos castaños, y reflejos de plata de su piel suave. Los Englehardt significan cosas diferentes para personas diferentes pero, para todos nosotros, hacen (Lee, tan calvo y animado y divertido; Ruth, tan delgada, rizada, vivaracha y parlanchína), que todo marche bien. Hasta que ellos lleguen, nos preguntaremos inquietos por qué estamos aquí, en lo más alto del mapa, en esta fría y grande casa de campo amarilla, rodeada de una naturaleza oro y gualda, casi vulgarmente espléndida.

¡El anfitrión está debajo de la casa! Durante toda la tarde, yace Ralph en el frío suelo de debajo de la cocina, envolviendo las tuberías con amarillo Fiberglas aislante. Ha habido ya algunas heladas, y el invierno pasado, cuando los Tremayne alquilaban habitaciones a los esquiadores, se heló el agua en las tuberías y los huéspedes se trasladaron a un motel, y más tarde les pusieron pleito. Ralph conserva el cigarro en la boca, mientras se estira gruñendo en el reducido espacio; Bill Maloney dice a Andy Tyler que ojalá no haya ningún escape de gas debajo de la cocina. Ambos (Bill, corpulento y plácido; Andy, flaco y ligeramente sobreexcitado), permanecen allí como para ayudar, pasando de vez en cuando más aislante u otro rollo de cinta de aluminio a su tumbado anfitrión. Josh Neusner está cortando su peso en leña, una tarea nueva para él y, por ende, romántica. La aventura se intensifica cuando el hacha rebota en un trozo de madera particularmente duro y se hunde en el suelo a pocas pulgadas de sus pies. Calza unos finos mocasines negros con borlas. Hay astillas y ramitas esparcidas en el patio, a su alrededor, y blancos excrementos secos de animales, de los días en que esto era una granja y había gallinas. El granero está flojamente entablado con listones, de manera que los rayos de luz que pasan entre ellas trazan dibujos cambiantes cuando uno mueve la cabeza. Es como una escultura Op Art en una galería, pero más grande, piensa Josh, y el efecto tiene la tosca y rotunda autoridad de lo real, de lo no intencionado. Todo este ambiente y el oficio de leñador son tan exóticos para él, que hace vacilar su despierta conciencia, como una bombilla en mal estado. Minutos de mente en blanco (idiotez rural, lo llamó Marx), son súbitamente iluminados por un destello cuando el hacha hunde de nuevo su afilado borde junto a las puntas de sus zapatos; entonces los guijarros, la arena, las ramitas se iluminan, vividas como los granos de pintura en un Dubuffet, y parte de esta

sorprendente radiación es, si él levanta la cabeza, transferida al cielo, a los campos, a los bosques de vivos colores.

Linda Tyler vuelve del paseo con los niños que se había llevado y, como han sido buenos, les recompensa con unos bocadillos de manteca de cacahuete y jalea. Otros niños, que llegaron tarde, y adolescentes demasiado fatigados para ir de paseo, salen del largo salón, donde la leña verde echa humo en la chimenea, y donde han estado jugando con barajas grasientas y viejos juegos con tableros, con calderilla y botones que, en el curso de los años, sustituyeron a las fichas originales. Aunque estuvieron aquí en otros fines de semana del Día de Colón, se sienten incómodos en la cocina. Otros años, Mrs. Tremayne se encargaba alegremente de todo; pero este año se ha retirado a su dormitorio de la planta baja y ha cerrado la puerta; a través de ésta, se oye el zumbido y los suaves chasquidos de una rueca. Pero los niños, al oír que se prepara la comida en la cocina, se agrupan como pájaros alrededor de un plato de semillas, y Linda les da galletas, manzanas y barritas de pan tostado, con sal. Es menuda, de piel blanca y pecosa, y amables ojos verdes, y lleva ropas holgadas que disimulan su extrañamente buena figura. Como no solamente sabe su marido, su cuerpo tiene, a su modesta escala, aquella curva en los hombros y aquel balanceo de caderas que llaman inmediatamente la atención a los varones. Da de comer a los niños, pero les advierte que dejen sitio para la cena tradicional de esta noche, a base de perros calientes y chile, que se servirá cuando lleguen los Englehardt. Los niños presentes este fin de semana son: Milly, Skip y Christine Tremayne; Matthew, Mark, Mary, Teddy y Teresa Maloney; Fritz y Audrey Tyler, y Rebecca, Eve, y Seth y zebulón (gemelos) Neuser. Los Englehardt traerán a Kenneth, Betsey y una hija inesperada, ahora de un año y medio, que lleva el jocoso nombre de Dorothea (regalo de Dios); este nombre habría podido parecer una maldición si la niña no hubiese sobrevivido a pesar de él: una niña etérea, con la agilidad de su madre y los ojos azules de suave y abstraída mirada de su padre, pero no bajo de cráneo calvo, sino en una cabeza de rizados cabellos. Los animalitos, mimados presentes son Toby Neuser, Ginger Maloney, Wolf Tremayne y dos gatos, uno de ellos soñoliento, vanidoso y de largos pelos blancos, y el otro de pelo gris y corto, con un dedo de más en las patas y que aparece en los lugares más extraños de la casa, en habitaciones cerradas y en cajones de escritorio, como un fantasma. Todo esto es demasiado, cuando los hijos crecen. Los dos mayores, Milly Tremayne y Fritz Tyler, tienen diecisiete años y les fastidia estar aquí. Ya les fastidió el año pasado, pero no tanto como éste.

Ralph sale al fin de debajo de la casa y anuncia, escupiendo humo y tartamudeando amablemente, que ya es hora de hacer un partido de softball.

—¿Q-qué estáis haciendo, zopencos, d-dentro de casa en un sábado t-tan espléndido como éste? ¡Vayamos a jugar!

Se agacha como un jugador de rugby y, con el cigarro sobre saliendo de su boca como un cuerpo de rinoceronte, parece realmente furioso.

Se organiza el softball en un campo lateral. Juegan todos, incluso Deborah Neusner y Bernadette Maloney, que han estado horas murmurando en el piso de arriba. ¿Sobre qué? Sobre el presente, el pasado reciente y el futuro próximo; un discurso suave y fluido que deja, después, un residuo apenas perceptible de nueva información, que acentúa el sentido de quiénes son y de dónde están.

Fritz Tyler derriba a Milly Tremayne al ir a alcanzar una pelota.

—¡Bastardo! ¿No has oído que te grité el fuera de juego? —le pregunta, tumbada sobre la hierba larga y seca; sus piernas levantadas y ceñidas por los jeans parecen finas y elegantes.

Tiene los cabellos negros como Ralph pero, aunque no rubios, se parecen a los de Marge en lo espesos y gruesos, y se mantienen tiesos, como los de ella antes de que empezase a trenzarlos y sujetarlos con horquillas, como una esposa de granjero del siglo XIX. Bill Maloney consigue un *home run*, por encima de las cabezas de Seth y Zebulon que han sido colocados juntos en el campo de la derecha, como si dos chicos de ocho años pudiesen hacer un buen *fielder* adulto. Su perro negro y saltarín, Toby, les ayuda a buscar la pelota entre los matorrales de más allá de la estropeada valla. En el oeste, sobre las montañas cuyo arrebol se está volviendo azul, el cielo empieza a teñirse con unas rayas oblicuas de color de rosa; el heno pisoteado del campo se está humedeciendo, y cada tallo doblado proyecta una sombra más larga. Aunque se anima a los niños para que continúen el juego hasta que anochezca, los mayores se marchan de allí y encienden fuego con leños secos cogidos de la leñera de debajo de la escalera (los niños habían tratado en el encenderlo con troncos recién cortados debajo del granero), en el estrecho y largo salón, mientras se acumula una imponente colección de botellas en el aparador. Cada cual trae la suya: es una norma.

Marge se sienta en el sofá y teje un suéter con la lana sin teñir que ha hilado, y bebe sidra sin fermentar; a eso de las siete, Linda y Bernadette entran en la cocina para dar de comer a los niños pequeños. Los mayores se han ido a las habitaciones de arriba o al granero. Cuando al fin llegen los Englehardt, los adultos no sólo están bebidos, sino que han consumido dos cajas de galletas y un trozo de queso de Vermont que tenía que durar todo el fin de semana.

Aquéllos son recibidos con aclamaciones. El rechoncho y adormilado Lee se quita la gorra de cazador y descubre la brillante bóveda de su cráneo perfectamente liso. Ruth, alta de cabellos rizados, se queda de pie y observa la escena a través de sus grandes gafas, captándolo todo. Las patillas de las gafas tienen la forma zigzagueante de un rayo, y el puente está tan bajo sobre la nariz que ésta queda reducida a una pequeña punta redondeada, como la nariz de un recién nacido. Kenneth

y Betsey traen mochilas y maletas del coche, y las suben al piso de arriba; también transportan a Dorothea en una cesta de plástico.

—¿Quién ha ganado al fútbol? —pregunta ansiosamente el anfitrión.

—Nosotros —le dice Ruth, en el tono desafiante de quien hace un chiste a su propia costa—, pero Kenny no ha jugado.

El cansancio del largo viaje persiste en su voz. Las palabras de Ruth son como capas superpuestas de cristal que reflejan un significado evidente en el primer nivel, otro menos evidente en el segundo, y así sucesivamente hasta lo más hondo.

—El pobre muchacho no se ha movido del banco —añade.

—¡Oh!

Ralph pestañea viendo que ha metido la pata. Mira a Marge, como buscando su apoyo. Ella tiene los ojos bajos sobre la labor de punto. Wolf, que tiene fama de fiero, duerme a sus pies.

En el piso de arriba, Kenneth y Betsey buscan la compañía de los otros niños, mientras los Englehardt se mezclan con el grupo de adultos en la planta baja, y la hilaridad y el griterío aumentan con su presencia.

Después es difícil recordar qué fue lo que les hizo reír tanto. El hecho de estar todos aquí, en Vermont, en esta vieja casa de campo que conserva el ambiente de otro siglo, es por sí solo divertido; y la comida de la noche del sábado, a base de algo tan simpático y occidental como el chile y los perros calientes, es divertido; y los medios galones de vino barato, que se suceden sobre la mesa, como generaciones sucesivas de gordos enanos verdes, son parte de la delicada y alucinante chanza.

Después organizan dos mesas de bridge y, como todos saben que están achispados, esto resulta también gracioso.

—Doblo —dice solemnemente Lee Englehardt, frunciendo la brillante frente, más grises que el año pasado los largos mechones de cabellos de encima de las orejas, a la luz de la lámpara con pantalla de papel que, como la mayoría de los accesorios de la casa, no será echada en falta si los arrendatarios esquiadores la destruyen.

—Cuatro diamantes —dice Andrew Tyler, esperando que Deborah Neusner tendrá la sensatez de volver a picos.

Los Neusner, que pasan su tiempo en el *college* menos frívolamente que los otros, raras veces juegan a las cartas, y Deborah ha tenido que hacerlo ahora porque Marge ha dicho que tenía jaqueca y ha vuelto a su habitación. Los maridos y las esposas no pueden formar pareja en el

bridge, y no deberían jugar en la misma mesa, pero esta segunda regla no se cumple siempre.

—Doblo —dice Lee Englehardts.

Sácame de los diamantes, piensa intensamente Andrew Tyler, de modo que el mensaje parece grabarse en el humo sobre sus cabezas.

—Paso —dice débilmente Deborah Neusner.

—Cuatro corazones —dice Bernadette Maloney, compadeciéndose de Deborah, porque sabe que la conturba el hecho de estar tan cerca de Lee; los dos tuvieron una aventura hace años, una aventura que quedó en el aire, por lo que, en cierto sentido, no terminó nunca. Ésta es una de las virtudes de los Englehardt: su habilidad de dejar las cosas en el aire, como malabaristas cuya imagen se fijase de repente.

—Cuatro picos —declara Andy con gran alivio, esperando que Deborah tenga la sensatez de pasar de nuevo.

—¿Cinco diamantes? —dice ella, vacilando.

Josh Neusner lee un viejo ejemplar de *National Geographic* que ha encontrado en la leñera de debajo de la escalera. Es tan viejo que casi todas las fotos son en blanco y negro, la tipografía es diferente y las tendencias culturales son muy amplias. Mujeres con el pecho desnudo y jefes de tribu con huesos atravesados en el tabique nasal son claras y alegremente tolerados, antropológicamente hablando. ¿Acaso no es uno de los grandes principios de nuestros tiempos que todas las formaciones culturales, incluso el canibalismo y el vendado deformante de los pies, tienen un sentido igualmente válido? A Josh le duelen el cuello y los hombros de partir su peso en madera. Ha tomado un vaso del vino de la cena de encima de la mesa, y lo coloca sobre el ancho brazo de madera del barato sillón, junto al fuego que encendió Ralph y que se está apagando. De pronto, el vino le parece una sustancia fermentada odiosa, y la alegre charla en las mesas de bridge, estúpida y ponzoñosa. Sobre su cabeza, en el oscilante techo, resuenan pasos y carreras como de ratas gigantes. Son los niños; quisiera subir para ver qué hacen las niñas y arropar a los gemelos, pero, durante estos otoñales fines de semana, los niños son autorizados para formar su propia sociedad, y existen como un hatajo de sombras en los rincones del mundo divertido de los mayores. A lugares extraños, costumbres extrañas; el canibalismo, lee, casi nunca es debido al hambre, sino al deseo de ingerir las virtudes espirituales del enemigo. ¿Por qué llaman espíritu de vino al alcohol? El vino barato sabe a muerto. Los pasos y las carreras en el piso de arriba van menguando poco a poco, pierden su fuerza. Y él, cuando en la medianoche, ambas masas anuncian a voces que van a jugar otro rubber, sube la escalera y se mete en una de las literas superiores del dormitorio de los hombres. La ventana del vestíbulo de arriba, delante de la cual se encontraron y hablaron Deborah y

Bernadette durante la tarde, muestra ahora blancos heléchos de escarcha, irregulares y de muchos tentáculos, sobre el radiador.

La litera no es lo bastante larga para que pueda estirarse en ella. Piensa en Margo, sola en su habitación debajo de él. Con su enfurruñado aire misterioso y su bello cuerpo de bailarina. Ella era la reina del lugar, y está tratando ahora de retirarse. Podría bajar de nuevo la escalera, y tejer los dos juntos. Josh no puede dormir. El ruido de abajo, el sonido de espíritus desenfrenados, es demasiado fuerte. Y cuando al fin termine el bridge y la gente empieza a subir la escalera, todavía no puede dormir. Andy debajo de él, y Lee y Bill en la doble litera del otro lado de la habitación, se duermen rápidamente y roncan. Lee es el más espectacular (arpegios nasales que abarcan octavas, recorriendo la escala en ambas direcciones), pero Bill persevera en su rítmico resuello, como un motor oxidado quino quiere pararse, y Andy hace una exhibición, a pocos palmos debajo de la cara de Josh, de su extraño talento de toser en sueños, de toser largamente sin despertarse, Josh se siente atrapado. Un ancho rayo de luz se proyecta en diagonal sobre el suelo, y se oyen unos pasos débiles y vacilantes. Uno de los gatos de los Tremayne ha abierto la puerta y está husmeando en los rincones. Josh aguza la mirada y ve que es el gato gris de seis dedos en las patas. Saca el pie de la litera y empuja la puerta para cerrarla de nuevo. El gran caudal de protoplasma de la casa se sume poco a poco en la quietud, en el sueño: otros veintiséis seres humanos (los cuenta), absorbiendo REM y sueños reparadores, y dejándole a él en la estacada, arriba, escuchando, como si mirase con los oídos un tenso desierto circundante. Nunca más. Esta es la última vez que él y su familia pasarán este fin de semana en Vermont. Es un tormento.

¡Bacon! El fuerte, y apetecible olor penetra en la habitación, en su nariz, en su cerebro. Josh ve que las otras tres literas están vacías; debe ser muy tarde. Sin duda se quedó dormido a pesar de todo. Recuerda que, mientras se alargaban las horas de la madrugada y se hacía la luz, realizó negociaciones mentales en medio del estruendo de los ronquidos de los otros, con el gato gris, que parecía estar en todas partes en la habitación. Ahora el animal ha desaparecido, y Josh piensa que ha debido dormir un par de horas.

La casa, como un barco en movimiento, se estremece y tiembla con las pisadas y la actividad de sus ocupantes. Suenan los golpes de un mazo sobre la cuña: Lee Englahardt está cortando su peso en madera. Se cierran de golpe las portezuelas de un coche: los Maloney, los siete Maloney, se van a misa. Traerán los periódicos del domingo y toda una lista de artículos (galletas, zumo de naranja, queso de Cheddar, agua tónica), que Marge les ha encargado. Ésta parece de mejor humor. En vez de la tosca falda de campesina, el suéter y el chaide la noche pasada, se ha puesto unos ajustados pantalones de color rojo vivo que hacen que sus piernas parezcan casi tan finas y sexys como las de su hija Milly. Ha peinado sus cabellos en una gruesa trenza rubia grisácea, que salta sobre su espalda mientras prepara alegre y enérgicamente el desayuno.

Plato tras plato, recogiendo seis pedazos de tocino cada vez con una larga espátula de aluminio.

—Tres trozos por persona, y esto va también por ti, Fritz Tyler —dice severamente—. Los que quieran los huevos revueltos poco hechos que vengan y se sirvan en seguida. Los que no, que se pongan al final de la cola. En esta casa no creemos en los Sugar Pops, Seth Nausner. Aquí, en la montaña, todo es a base de salvado y cereales y fibra vegetal. Sabe mejor y llena menos. Betsey, va donde tu padre está cortando leña y dile que la pequeña está llena de habas, y que tu madre está en el cuarto de baño.

Ralph entra soñoliento en la cocina, con el primer cigarro del día en la boca, y la punta encendida de éste forma un triángulo con los dos ojos enrojecidos. Va descalzo (unos patéticos pies blancos, con uñas amarillentas y torcidos hacia dentro, y largos dedos aplastados), y viene en dirección contraria, si presumimos que ha dormido en la habitación del dueño de la casa, que está en la parte delantera de la planta baja.

Pero no ha dormido allí. Más allá de la cocina, hay un cuarto con unas pocas literas, por si es excesivo el número de esquiadores. Ralph ha dormido en él. ¡No ha dormido con Marge! Y las heterogéneas familias se dan cuenta de ello y guardan silencio, afligidas. Pues este fin de semana, Marge y Ralph son como el padre y la madre, incluso para los adultos. Nosotros queremos que se amen. Pues, si no se aman, ¿cómo pueden querernos y cuidar de nosotros?

Marge parece empeñada en demostrar que lo puede hacer todo. Revuelve los cabellos de Ralph al sentarse éste, aturdido, a la mesa del desayuno. Los mayores comen en la larga mesa del comedor, donde se jugó una de las partidas de bridge la noche pasada, y los chicos, en la mesa redonda del centro de la cocina.

—¿Te duele algo? —pregunta, zalamera, Marge.

—De-demasiado zumo de uvas, mamá —dice Ralph.

Están tratando de hacer las paces. Todos nos sentimos mejor, más a nuestras anchas. Josh Neusner describe cómicamente la terrible noche que ha pasado, revelando sus negociaciones mentales con el misterioso gato; pero Lee Englehardt, que después de cortar leña ha tenido que ir a cuidar de Dorothea, dice muy serio:

—Los judíos son malos campistas.

Es una de esas cosas que sólo pueden decirse entre amigos íntimos o enemigos declarados. ¿Y por qué tendría que haber aquí enemigos?

Josh, recordando los agresivos arpegios inconscientes de Lee, y su posición junto a Deborah en la mesa de bridge, prefiere aceptar la observación como un dato etnográfico, citado inocentemente. Lee es

agente de seguros y su padre fue profesor de Historia, y como para resarcirse de su modesta carrera, le gusta sacar conclusiones tan pedantes como la de que los judíos son unos malos campistas; Josh prefiere seguir haciendo el payaso. Apoya la pesada cabeza en una mano y gime:

—No puedo dormir sin una mujer. Los hombres son odiosos.

Un poco más tarde, cuando se encuentran en el descansillo de la escalera, Deborah le dice:

—Siento que hayas dormido tan mal, hijo mío; hubieses debido jugar al bridge.

—No me invitasteis a hacerlo.

—Tú no querías que te invitásemos. Te habría cedido mi puesto gustosamente. Andy Tyler me habría matado, te lo aseguro.

—La única persona que me gusta de aquí es Linda —declara, malhumorado, Josh—. Y Dorothea —añade, para suavizar sus palabras.

Esto recuerda una cosa a Deborah:

—Ruth no durmió en el dormitorio de las chicas la noche pasada; Marge la instaló en el salón con la pequeña, cuando todos los demás se habían ido a la cama, para el caso de que Dorothea llorase. Por consiguiente, la litera de encima de la mía está vacía, y puedes dormir en ella si quieres. A Linda y a Bernadette no les importará.

—Esto haría que pareciese un marica —dice él. Después añade—: Ayer estuve a punto de cortarme un pie al partir su maldita leña.

—Vamos, querido, trata de comprender el espíritu de las cosas.

—Todo esto es bárbaro —dice él, cuya falta de sueño hace que toda percepción le parezca reveladora y translúcida.

De pronto, se siente divertido. Desciende a la planta baja y toma un poco más de café y de tocino, y discute acerca de los colegios particulares de la zona de Boston con Linda y Lee, que están desilusionados con el tan encomiado Instituto de Brookline.

Los Maloney regresan cargados con el *Times* del domingo de Nueva York, el *Globe* de Boston y la *Free Press* de Burlington. Los niños se disputan los pasatiempos, y los hombres, las páginas deportivas y financieras. El día prosigue de aquel modo irreal, peculiar de los domingos; una hora parece durar dos, y la siguiente transcurre en diez minutos. Los que se han quedado conversan sobre los lugares donde han ido los otros. Mar-ge está en el coche con sus hijos Skip y su perro Wolf, realizando ciertas gestiones referentes a compras de lana natural

(sin cardar, húmeda de lanolina), en una casa de campo a quince millas de distancia. Resulta que Andy Tyler se ha ido con ella. Bernadette Maloney está en el huerto de Marge recogiendo tomates y calabacines afectados por la helada de la noche; Mark y Mary y Teddy la ayudan, sosteniendo la bolsa de papel con aire aburrido, y después arrojándose unos a otros las hortalizas podridas. Linda Tyler, al enterarse de que su marido se ha ido con Marge, anuncia que irá a buscar setas en el bosque; su hija Audrey, Betsey Englehardt y las dos niñas Neusner, la siguen como una procesión de pequeñas brujas. Christine Tremayne, que ha heredado el cutis mate de Marge y la robustez de Ralph, está mostrando el granero a Teresa Maloney, y los gemelos Neusner van detrás de ellas. El inventor es impresionante; las rendijas entre las tablillas del techo y algunos ventanucos altos permiten la entrada de rayos de luz, como en una catedral. Todos han visto diapositivas de catedrales en el colegio. La luz revela una atmósfera llena de polvo, polvo del heno todavía amontonado y formando una escalera de balas en el fondo del granero; un polvo que espesa el aire, que, oscureciéndola, hace la luz más visible. Los niños se sienten como sumidos en el mar del tiempo. Elementos de vieja maquinaria agrícola se oxidan en los rincones, donde hay también trozos de leña, bidones de leche de diez galones, cajas para fresas, y huevos de vidrio. Encuentran un viejo juego de tejos, y juegan los cuatro hasta que una disputa entre Seth y Zebulon hace que ya no sea divertido.

Milly Tremayne y Fritz Tyler..., ¿quién sabe adónde habrán ido! Mary Maloney, que se ha ido enfadada del huerto cuando Mark le ha dado en la boca con un calabacín podrido, ha entrado en la casa; el aparato de televisión sólo capta un canal, y éste está lleno de parásitos a causa de los montes y valles que separan este lugar de la emisora, pero ella observa satisfecha a un hombre de gruesas cejas y acento del Sur que pronunciaba un sermón, y a un montón de señoras gordas y lujosamente ataviadas que cantan himnos, hasta que entra su padre y le dice que debería estar al aire libre, tomando el sol.

¿Qué sol? Una nube acaba de cubrirlo, no una nube pequeña sino grande, con un vasto centro plumoso y de bordes movedizos y revueltos; una nube que parece haber nacido de las montañas circundantes.

Bill Maloney y Lee Englehardy encuentran una pala y ahondan los hoyos para colocar los postes de la red de balonbolea. La naturaleza llena estos hoyos de una estación a otra. Después buscan y desenredan los palos y la red, y las cuerdas y las clavijas en el lugar del granero donde han estado hechos un lío desde octubre del año pasado. Mientras se mueven lentamente, en la sombra rápidamente móvil de la nube, cumpliendo el tedioso ritual de montar la red, Lee pregunta a Bill:

—¿Cómo ha estado la misa?

Bill, que tiene cara de luna y delicada tez irlandesa, mira bizqueando a Lee y dice:

—Como siempre. Eso es lo que tiene de bello, Mr. Eng.

Lee asiente con la cabeza, como arrepintiéndose de sus palabras y diciéndose que ésta es la esencia del compañerismo entre varones: no mostrar las cartas.

En la cocina, Bernadette y Deborah están preparando el almuerzo: una olla de sopa de almejas traídas por Bernadette desde Boston; una ensalada de atún que Deborah está mezclando, a base de cuatro latas de atún y dos cogollos de lechuga, y jamón de York para aquellos que, como la mayoría de los niños, aborrecen el pescado. Mientras las dos mujeres trajinan entre el anticuado fregadero de esteatita y los tableros a ambos lados de aquél, hablan en voz baja de la situación entre Marge y Ralph, que parece haber llegado muy lejos, y la de Andrew y Linda, que parece que va a terminar mal.

Ruth Englehardt entra en la cocina con la pequeña de rizados cabellos apoyada en la cadera y un cigarrillo colgando del ángulo opuesto de su boca.

—Conque la Reina de Saba se ha fugado con el manitas —dice, refiriéndose a Marge y a Andy, no sólo por el nombre de éste^[2] sino también por su tendencia, bien conocida de todas las mujeres de alargar la mano debajo de la mesa y tocar—. Si ibais a hablar de Lee y de mí, me marcharé —añade, y después empieza a toser y a llorarle un ojo a causa del humo.

Deja en el suelo la pesada criatura y observa cómo se tambalea sobre el gastado linóleo y se dirige a uno de los viejos tableros bajos de caoba, donde Dorothea más rápida que el pensamiento, estira un brazo y hace caer un afilado cuchillo que pasa muy cerca de su oreja. Ruth recobra inmediatamente el cuchillo y a su hija pequeña la cual, al asistir que la levantan, abre las piernas para sentarse a horcajadas sobre la cadera de la madre. Las tres mujeres hablan, tocando verbalmente a sus amigos, no para perjudicarles, sino para propia satisfacción; poco pueden decirse de nuevo; sólo unos granitos de pimienta que añadir a la ensalada, pequeñas y casi insignificantes observaciones o comentarios para hacer más picante su labor. La conversación obedece también a un propósito de localización, de situar a los otros en un mundo de felicidad o en su contrario, de convencerse las que hablan de que los otros están a poca distancia en el oscuro pasillo por el que andamos en la vida, con sus apareamientos y nacimientos, sus ganancias y sus gastos, sus uniones y desuniones. Ciertamente, algunos están a una distancia mínima, pues de pronto se oye rascar debajo del suelo: es el anfitrión que vuelve a colocar más material aislante.

Se sirve el almuerzo; después, es la hora del boleivol. Pero dejemos el boleivol. Digamos solamente que antaño había cinco jugadores en cada equipo y que ahora, al haber crecido los niños, tienen que ser tres equipos de ocho jugadores, y que algunos de los muchachos saltan y se

contonean y golpean la pelota con tanto entusiasmo como sus padres. Incluso con más entusiasmo, pues es algo nuevo para ellos. Matthew Maloney hace caer de espaldas a Audrey Tyler, y Fritz Tyler, al dar un salto, cae sobre un dedo del pie de Deborah Neusner, la cual piensa que puede haberse fracturado. Jura que oyó crujir el hueso, en el centro silencioso de la roja nube de dolor que la envuelve. Sale del campo cojeando.

—No ha sido un buen fin de semana para ellos —dice secamente Ruth Englehardt a Marge, que ha vuelto de su viaje de compra de lana.

—A mí no me entusiasma esto en absoluto —confiesa Marge a Ruth, al pie de la red, mientras Bill Maloney, con jocosa y estudiada ceremonia, se dispone a servir.

A pesar del esfuerzo, la pelota sale fuera. El otro equipo le abuchea. El espectáculo de aquel grupo numeroso, con pantalones cortos, blusas sin espalda y suéteres estarcidos, es tan insólito en Vermont en esta época del año, que los coches y las camionetas que pasan por la estrecha y tranquila carretera reducen su marcha. Un camión (todos convienen más tarde en que pasaba por cuarta vez), no frena cuando la pelota, lanzada al buen tuntún por Eve Neusner, salta debajo de su chasis y estalla con un ruido tan repelente como el de una tortuga aplastada por las ruedas. Entonces se detiene el camión; Ralph conoce ligeramente al conductor, y unas corteses palabras de disculpa llegan a través de la valla, aunque la cara colorada del camionero no parece en modo alguno compungida. Mark Maloney ha traído su pelota de fútbol y ésta sustituye a la otra, aunque es tan pesada que varias de las hembras se quejan de que duelen las manos y se dislocan las muñecas.

A fin de cuentas, hemos hablado del boleivol. El sol, apareciendo momentáneamente entre la cumbre de una montaña y el borde de otra nube grande, proyecta las sombras de los postes hasta la orilla de la carretera. Los hijos más pequeños (Teddy y Teri Maloney, Seth y Zebulon Neusner, incluso la pequeña Dorothea Englehardt, que tiene sucias las rodillas y el delantal, y que babea por haber chupado una vaina de algodoncillo), luchan sobre la pisoteada hierba y tratan de lanzar la pesada pelota de fútbol, hábilmente confeccionada en pentágonos cosidos, por encima de la combada red. Las nubes se han espesado y oscurecido tanto, que forman un dosel continuo y deshilachado. Sopla un viento fresco, como si pasara a través de un agujero en una tienda.

El ejercicio ha hecho que los adultos se sientan pendencieros, vigorosos y sedientos. Corren en busca de las botellas. Suben por turno al piso de arriba para ducharse en el único cuarto de baño, que está en aquella planta. Josh Neuser está delirante a causa de la fatiga, y experimenta pequeños y fugaces arrebatos de amor por cada uno de sus amigos que entran y salen del salón, que suben la escalera, que salen de la casa y vuelven a entrar. Todos, incluso los niños, le parecen muy altos, tumbado como esté en el sofá, luchando contra el sueño que le fue

negado la noche pasada. Cierra un momento los ojos y, cuando los abre, Bill Maloney y Matthew, su hijo mayor, y su esposa Lee Englehardt y la de Josh, Deborah, están junto a la pared del fondo, donde el papel fue chamuscado por los tubos de una antigua estufa de leña que fue sacada de allí cuando Ralph instaló el nuevo sistema de calefacción, cuyas tuberías ha estado aislando tan desesperada y pacientemente. Los cuatro están empeñados en un concurso de resistencia, para ver cuál de ellos puede estar más tiempo sentado contra la pared, como en una silla inexistente, hasta que el dolor de los músculos les obligue a rendirse y ponerse en pie. Bill Maloney cronometra el tiempo de cada concursante; su propio hijo parece que va a ser el ganador, hasta que Lee Englehardt, dando muestras de aquella furiosa fuerza de voluntad que se oculta detrás de sus ojos tranquilos, sigue aguantando (recta la espalda contra la pared, dobladas las rodillas en ángulo de noventa grados), hasta que transcurra el tiempo necesario para ganar. Bill cuenta los segundos. La cabeza calva de Lee se llena de sangre, como la cubeta de un termómetro. Deborah está visiblemente impresionada, incluso conmovida por el esfuerzo varonil de Lee. Ha abierto la boca como si fuese a desmayarse. En las mujeres, piensa Josh, la admiración, la compasión y la burla son tres factores de una sola emoción.

Se practican otros juegos, se realizan otras hazañas. Ahora resulta que Andy Tyler, ágil y delgado, puede sujetar una escoba con ambas manos y saltar sobre ella sin soltarla. Después, sosteniendo la escoba detrás de sí, puede hacer la misma maniobra a la inversa, saltando como un pañuelo pasado por una anilla. Otros tratan de imitarle y hacen caer la escoba al suelo con un chasquido, o son ellos los que se caen como balas de cañón al fallar éste. Ralph Tremayne demuestra su habilidad en poner una moneda sobre su codo levantado y vuelto hacia arriba, y cogerla en el aire con la mano del mismo brazo. Incluso sabe hacerlo con un montoncito de monedas. Ahora vuelan monedas por la estancia, desparramándose en todos los rincones. Y Ralph, animado por su éxito, recuerda un ejercicio de sus años de estudiante y jugador de fútbol; uno se agacha, explica ansiosamente, se deja caer hacia atrás, salta apoyando las manos en los hombros y vuelves a quedar en pie. Cada vez que lo intenta, tiembla sobre la repisa de la chimenea la colección de adornadas tazas de leche de Marge, y Ralph, después de un momento ilusionado en que está a punto de alcanzar el triunfo, cae de espaldas con un ruido sordo. Otros lo intentan y también fracasan. Josh, en un ambiente de ruidoso escepticismo, se levanta del sofá y lo consigue al primer intento. Él mismo se queda sorprendido. Había sido bueno en gimnasia, una habilidad que había pensado que no le serviría de nada en la vida práctica. Después de su ejercicio, toda la habitación llena de gente parece oscilar ligeramente, como el primer movimiento vacilante de un tiovivo cuando se han vendido todas las plazas.

Linda Tyler propone un juego consistente en poner una caja de cerillas en el suelo, en posición vertical a una distancia equivalente a la longitud del antebrazo, de las rodillas de la persona arrodillada. Y hace una demostración. Explica que tratará, con las manos cruzadas a la espalda, de derribar la caja de cerillas con la nariz. Lo hace con gran facilidad. Pero cuando lo intenta Bill Maloney, ésta cae hacia adelante y da en el

suelo con su cara de luna de delicada piel. Incluso Lee fracasa, a pesar de su terco empeño: su nariz, por más muecas que haga, no llega a la caja por un milímetro. En cambio, Bernadette realiza el truco sin esforzarse, y también lo consigue Deborah. La posición que adopta la mujer arrodillada en el suelo tiene algo de humillante, con los cabellos caídos hacia delante, las manos cruzadas en la espalda como las de una esclava esposada, las caderas anchas y redondas al tener que permanecer agachada, y los pies, descalzos o con zapatillas de bailarina, doblados debajo de las nalgas. Todo depende de las nalgas, explica Linda, acariciándose las suyas, bellamente convexas: hay que distribuir el peso. Casi ningún hombre logra derribar la caja de cerillas, y casi todas las mujeres lo consiguen. Incluso Ruth, larga y desgarrada como es, accede a probar y confirma esta habilidad de su sexo: aunque hay un momento en que parece que va a perder el equilibrio, la caja cae. Todo el mundo prorrumpe en aclamaciones, y Dorothea, que duerme en la habitación de Mar-ge, se despierta con el ruido y llora.

Después hay una lucha de piernas de hombre contra hombre y de hombre contra mujer, siempre que ésta lleva pantalones. ¡Qué extrañamente delicioso y clarificador es estar tumbados cadera contra cadera, cara contra pies, con alguien del sexo contrario, mientras el círculo de caras excitadas cuenta: «Uno, dos, tres»! A la cuenta de tres, las piernas contiguas de los adversarios, que se han ido levantando a cada cuenta, se entrelazan, y sigue una breve lucha, tan breve como una cópula entre animales, y termina con un momento de fatigado reposo, lado a lado. Y hay maneras en que una mujer puede levantar a un hombre, manteniéndose espalda contra espalda y enganchando los brazos por los codos, y maneras en que dos personas, sujetando con fuerza cada cual los tobillos de la otra, pueden dar vueltas de campana a lo largo de la alfombra. Parece infinito lo que pueden hacer los cuerpos pero, al fin, Bill Maloney se lamenta de que, si toma otra copa, se caerá al suelo, y pregunta dónde diablos está la comida.

Los Englehardt se acuerdan del guisado de buey que iban a comer. Afortunadamente, Milly Tremayne, con la ayuda de Fritz Tyler, Becky Neusner, Betsey Englehardt y Mark Maloney, ha puesto la comida en el horno y alimentado a los voraces chiquillos con grandes bocadillos, y con chile y ensalada de atún que han sobrado de otras comidas. El aparato de televisión ha sido rescatado del salón y enchufado en el piso de arriba, aumentadas sus orejas de conejo con hojas de aluminio que los gemelos Neusner, muy hábiles en estas cosas, encontraron en un cajón de la cocina. Los niños han dado también de comer a los tres perros y a los dos gatos, aunque, sin que nadie lo supiera salvo los animales (que no lo dirán), Marge les había dado antes su comida. Marge desapareció en su habitación cuando la pequeña Dorothea empezó a llorar y, ahora que lo pensamos, no volvió a salir de allí. Cansados de beber y de luchar, los mayores, en súbitos accesos de conciencia familiar, riñen ahora a sus hijos por ser tan aficionados a la televisión (una horrible persecución en automóvil, absolutamente estúpida), y los meten en sus literas o catres o sacos de dormir.

La cena, servida a las diez, pone fin al anterior entusiasmo; ángeles extraños de silencio parecen pasar por encima de ellos, y Linda Tyler, no sin elegancia, bosteza continuamente, mostrando el forro aterciopelado de su boca, su tensa lengua y los arcos en herradura de sus empastados dientes. Deborah Neusner está segura de que tiene roto el dedo del pie; se lo volvió a lesionar cuando el sillón tapizado de pana volcó, al tratar ella de hacer la vertical encima de él. Ruth Englehardt dice:

—Hay un hospital en Montpelier.

Con lo cual puede querer decir que deberían llevarla a él, o que está demasiado lejos para llevar a nadie allí, o que Deborah exagera al decir que se ha fracturado el dedo. Ruth no ha dejado de advertir la frecuencia con que, durante las acrobacias de la noche, Deborah y Lee chocaban o se rozaban. Bernadette Maloney dice que no puede mantener los ojos abiertos un minuto más; debe ser el aire de Vermont.

Sólo se puede formar una mesa de bridge. Bill y Lee están ansiosos de jugar, y parece que Ruth había estado dispuesta a hacerlo, pero que algo ocurrido durante la velada la molestó (tal vez ser la última mujer invitada a derribar la caja de cerillas, tal vez el hecho de que Marge se encargase de la pequeña Dorothea, tal vez el sentimiento de que como madre de una criatura mucho más pequeña que todas las demás, no tiene tanta libertad ni puede mostrarse tan frívola como las otras madres), y dice que no, que es mejor que vaya a meter los platos en la máquina lavadora y se acueste después. Bernadette y Linda la ayudan. Incluso Andy Tyler hace un movimiento en dirección a la cocina, levantando las delgadas manos como para acariciar algo suave y blando, pero los otros hombres insisten rudamente, con voces como engranajes sucios, en que juegue al bridge con ellos. Ralph, que, cuando estaban en la mesa, empezó de pronto a estirarse del bigote, y a ponerse verde, y a oscilar como el rey elefante de *Babar*, ha desaparecido en la lúgubre habitación de detrás de la cocina donde se hallan los catres de reserva. Las que ayudan a Ruth en la cocina parecen haber aceptado su actitud de que ha llegado el momento de decir que no y al principio con coquetería y después lisa y llanamente, se niegan a ocupar la cuarta plaza, a pesar de la insistencia de los nombres. Por consiguiente, sólo queda Deborah, que ha estado sentada en el suelo del cuarto de estar, contemplando pavorosa su pie descalzo. Sus pies y sus piernas son un poco rollizos, a la manera de los pies y las piernas infantiles; el contraste de su figura gordezuela y de cintura baja con la finura de su rostro (la larga y afilada barbilla, los húmedos ojos castaños, la boca pensativa, una pizca de altivez en el alto puente de su nariz), constituyen el secreto de su encanto, de su vulnerabilidad. Dice que, con el dolor que siento en el dedo del pie, tampoco podría dormir. Entonces, ¿por qué no? Los hombres la aclaman. Se vuelve y explica a alguien detrás de ella, poniendo los ojos en blanco de manera que parecen tomados de un cuadro bíblico:

—Querido, ¡esos hombres se empeñan en que juegue al bridge con ellos!

Pero Josh ya no está de pie solícitamente allí. Ha subido al piso de arriba. Huyendo del terrible escenario de la noche pasada, tan fatigado que parece estar flotando, cruza en pijama el pasillo y echa una mirada al dormitorio de las mujeres, donde Deborah le dijo que había una litera sobrante. Las cuatro yacijas están vacías; trata de adivinar cuál es la de su esposa y, silencioso y ligero como el gato de la noche pasada, se encarama en la de encima de aquélla. Una bombilla de pocos vatios y con una pantalla abollada está encendida en medio de la habitación; él mete la cabeza debajo de la sábana y quisiera ser invisible y muy pequeño. Oye un ruido suave a su alrededor, diferente del de las conversaciones y el arrastre de sillas en la planta baja. Un ruido que tiene vida propia, que se interrumpe brevemente y se repite, como indeciso. ¡Claro! Está lloviendo. Las nubes de esta tarde.

Se queda dormido sin darse cuenta. Le despierta un pequeño ruido, una delicada alteración en el dormitorio. Abre un ojo, temeroso de que, si abre los dos, será expulsado de este refugio. Ha entrado Linda Tyler, en un camisón blanco. Sus oscuros pezones se marcan debajo de la tela. Todo su cuerpo enfundado parece angelical, realizada en todas sus partes por una luminosidad que oculta su cara preocupada, malhumorada e incluso fea, inconscientemente de ser observada. Esta cara impasible y triste pasa cerca del ojo de Josh y se desvanece. Linda se ha metido en la litera de debajo de la de él. La lámpara, con sus brillantes agujeritos, se apaga. Josh puede apenas distinguir, a la luz que se filtra desde el pasillo como una enorme letra amarilla por debajo de la puerta, que Bernadette Maloney, con su mata de negros cabellos, está durmiendo en la litera baja del otro lado de la habitación, y que otra mujer, invisible, duerme en la de arriba. La lluvia continua ronroneando, acariciando las tablillas del tejado, discutiendo consigo misma, apagando la suave respiración de las mujeres. Es estupendo. Esto es gloria.

Cuando llega la mañana del lunes, todo el mundo está de mal talante, aunque ha cesado la lluvia. Al parecer, sólo Josh ha dormido bien. Naturalmente, Marge salió de su dormitorio cuando Ruth, después de observar la partida de Bridge durante una hora, entró para estar con Dorothea, y Marge sugirió a Deborah que compartiese aquella habitación con Ruth, para no molestar a las demás mujeres cuando terminase al fin el bridge. También había algo misterioso en el hecho de que ella no estuviese allí, para el caso de que Ralph «concibiese alguna idea». Por consiguiente, Marge tuvo que ser la mujer invisible de la otra litera superior. El bridge había durado hasta las tres. Deborah tomó tantas aspirinas que el estómago le arde y apenas si ha dormido una hora, pero esta mañana duda de que el dedo de su pie esté realmente fracturado. Si lo estuviese, no podría dar un paso; hace una demostración en la cocina, da unos pasos cojeando, y Josh piensa en la levedad con que se movía Linda la noche pasada, erguidos los senos debajo de su velo, y en cómo durmió él toda la noche con ella en la litera de abajo, y se despertó una o dos veces con una erección, pero se

durmió de nuevo con su carga, dulcemente, al escuchar el ruido de la lluvia mezclado con la suave respiración de las mujeres.

Es tanta su energía, que se ofrece para salir y cortar un poco más de leña. Ralph, que hoy sólo parece un poco mareado, pero que tiene una curiosa palidez amarilla alrededor de los ojos, como si llevase sus viejas gafas de esquíador, dice que uno de los chicos rompió el mazo al fallar el golpe sobre la cuña. El muchacho anónimo es Matthew Maloney, y Mark y Mary se confabularon esta mañana para hacer torrijas para el desayuno de los niños, con el resultado de que todos los utensilios de la cocina quedasen embadurnados con jarabe. Por consiguiente, la familia Maloney ha quedado bastante mal, y Bill y Bernadette salen al porche para discutir acerca de algo; tal vez que él se haya quedado jugando hasta las tres o quizá que ella no haya supervisado la confección de las torrijas.

En realidad, Bernadette había estado tomando café en el salón y charlando con Andy Tyler. Al terminar el fin de semana, mengua la distinción entre los sexos, a semejanza de las estatuas de piedra caliza se vuelven andróginas en la intemperie. Bernadette confió a Andy que la afición de Bill a la bebida ha ido más allá de lo correcto, y que ella tiene miedo de que esto perjudique su trabajo. En cuanto a ella misma, volverá a su oficio de enfermera y terminará sus estudios para obtener la titularidad, en cuanto Teresa vaya al jardín de infancia; una tiene que estar dispuesta a todo. La mujer tiene que pensar así en esta época, diga lo que diga la Iglesia esos viejos ridículos que no saben de amor ni han tenido hijos, y que nos dicen cómo tenemos que comportarnos. Al ver que hace una mueca al mover la cabeza, Andy le ofrece darle masaje en el cuello, y ella lo acepta, no tendiéndose en el sofá (sería demasiado, al menos en esta fase), sino sentada en el borde del sillón tapizado de pana, para que él pueda frotar con los pulgares los músculos de los hombros.

—Esto va muy bien —murmura—. Dormir con una almohada extraña me produce siempre este efecto. Mi médico dice que tengo las vértebras cervicales muy delicadas. Sobre todo las primeras.

Tal vez ha sido este masaje lo que Bill y ella han estado discutiendo. No ha sido un fin de semana muy bueno para Bernadette, y tampoco para Deborah y Ruth, disputándose a Lee. En todo caso, los Maloney son los primeros en liar los bártulos y marcharse, aunque esto les lleva toda la mañana. Les espera mucho trabajo en casa, y quieren evitar las terribles aglomeraciones que se producen el Día de Colón en las autopistas 89 y 93, especialmente en el peaje de Hooksett. Los Neusner les saludan con la mano desde el porche, y se preguntan si no deberían pensar también ellos en marcharse. Están muy cariñosos dos, después de pasar una noche sin dormir y de enamorarse más profundamente, cada uno de ellos, de una persona ajena al matrimonio: ella de Lee, él de Linda. Por otra parte, los gemelos tienen una fiesta de los Cub Scoute en Newton, y han esperado con ilusión asistir a ella. El padre de uno de sus

líderes conoce a un *linebacker* de los Patriots y se presume que acudirá, y transmitirá a los chiquillos un mensaje alentador.

En cuanto a Marge y Ralph, parecen satisfechos de haber pasado el fin de semana sin mayores complicaciones. Suplican a los Englehardt y a los Tyler que no se vayan. Los seis, el núcleo sólido del grupo, se sientan en el cuarto de estar, almuerzan con las sobras y terminan una botella de vino tinto encontrado en el fondo del frigorífico. No ha sobrado gran cosa y también la provisión de leña parece haberse agotado, pues la que queda en la chimenea echa humo y no quiere prender, ni siquiera con las astillas que añade repetidas veces Ralph, gruñendo por lo bajo. Incluso se ha apagado el cigarro del centro de su cara. Cada uno de sus movimientos parece causarle dolor: viejas lesiones del fútbol.

—Vo-vosotros, jovencitos, esp-perad a tener mi edad —dice a Andy y a Lee, aunque sólo tiene un año o dos más que ellos.

Los seis están tranquilos y soñolientos, ahora que se han marchado las otras dos parejas. Están repantigados en una especie de *deshabillé* espiritual, abiertos a la inspección, ligeros pero desprovistos de afecto sus comentarios sobre los Maloney y los Neusner, callándose los fallos y heridas respectivos, como en una silenciosa reprimenda.

—He preguntado a Bill qué tal había sido la misa —se lamenta Lee— y me ha dado una respuesta muy seca.

Andy añade:

—Bernadette me ha dicho claramente lo mucho que odia a la Iglesia. Creo que está pensando en salirse de todo ese embrollo.

—Bueno —dice Ruth—, yo no soy de las que se quejan fácilmente, pero ¿no estuvo insoportable nuestro pequeño Debbie, como un gato glotón, con su dichoso bridge?

—Ellos aprenden muy pronto —dice Lee, dejando en el aire quiénes son «ellos», y confiando en que Andy guardara silencio acerca del poco tiempo que él, Lee, pasó en la habitación de los hombres.

Sus suaves y grandes ojos azules son todavía infantiles debajo de su cráneo calvo; la rizada corona de cabellos de Ruth, rubios como la miel, parece ávida, lo mismo que su afilada nariz y sus flexibles y movedizos labios, y los demacrados huecos sombreados debajo de los pómulos. Ella y Andy son los que hablan más, mientras que Lee y Marge son los que ríen más a gusto. El buen humor de Marge es chocante; al aflojarse la presión inherente a su papel de anfitriona, se dilata, y dentro de su holgada camisa de hombre, muestra claramente su desarrollo de mujer madura, la generosidad carnal de una belleza que ha cumplido con su deber y sabe que, sea lo que fuere lo que le traiga el futuro, es esencialmente hermosa. La cinta con que ciñe sus cabellos es hoy de color turquesa. Ralph le guiña un ojo y parece confuso y sabio al mismo

tiempo, como un buho viejo de ojos enrojecidos que todavía es capaz de saltar de una rama y llevarse en sus garras un chillón y peludo tesoro.

Al cabo de una hora y media de esta agradable somnolencia, Linda no puede aguantarlo más. Se levanta de un salto y anuncia que va a dar otro paseo. ¿Quiere alguno de los pequeños ir con ella? Sorprendentemente, algunos quieren, nuevamente todas las niñas: Christine, Audrey y Betsey. También va con ellas Wolf, que echa en falta a Ginger y a Toby. Cruzan en diagonal el pisoteado campo de boleivol, dejando atrás el granero a su derecha, y penetran en la larga franja de bosques a lo largo del torrente, unos bosques que se han hecho más espesos desde los remotos tiempos en que toda esta tierra difícil fue despoblada de árboles para el cultivo. Trozos de viejas paredes de piedra y sótanos en ruinas, se ocultan en los bosques. Apenas puede oírse el ruido de los coches que pasan por la carretera.

Linda señala hacia arriba y a su alrededor.

—Los brillantes colores que todos hemos venido a admirar aquí arriba son, sobre todo, los de las hojas cambiantes del arce, especialmente del arce azucarero, del que obtenemos... ¿qué?

—Jarabe de arce —dice Christine Tremayne, que sabe que es feúcha, pero que puede compensarlo siendo útil en la vida.

—Pero todos los árboles contribuyen, desde la majestuosa haya, que podéis reconocer por su lisa corteza gris, y la familia de los abedules, de los que conocéis especialmente el blanco, del que los indios solían hacer... ¿qué?

—Canoas —dice Betsey Englehardt.

Echa en falta a los gemelos Neusner, a pesar de que Zebulon cogió el juego del tejo y lo tiró al pozo, de modo que ya no pudieron jugar a él. Cuando lloró por causa de esto, su padre le explicó prolijamente las razones de que los niños judíos estén tan mal educados.

—Los últimos árboles que pierden sus hojas son los robles —dice Linda a las niñas, cogiendo una hoja de roble y mostrándosela, para que vean su forma lobulada y fuertemente dentada—. Incluso cuando nieva en invierno, el roble sujeta sus viejas hojas pardas. El *primer* árbol en soltar las suyas suele ser otro gigante del bosque, el fresno. Sus hojas, las únicas hojas digitadas de los bosques americanos, adquieren un extraño color azul purpúreo y de pronto, un día, desaparecen todas. Niñas, mirad a vuestro alrededor. Las que vinisteis de paseo conmigo el domingo, ¿veis alguna diferencia?

—Más cielo —dice su hija Audrey, que sabe cuál es la respuesta que quiere.

—En efecto —dice Linda, sumamente agradecida—. Y sin embargo, de pie aquí, ¿quién puede ver caer una hoja?

Todas callan. Pasa un minuto. No cae una sola hoja.

—¡Oh! Lo veríamos si estuviésemos aquí el tiempo suficiente —concede Linda—, o si soplaste el viento, o si lloviese con fuerza como la noche pasada; pero en general, ocurre cuando nadie lo observaba, en el momento en que la raíz del tallo, en el sitio donde estaba la yema, decide que ha llegado la hora de soltar la hoja. Pero sucede.

Mira hacia lo alto y levanta los brazos. La intensa luz cae sobre su cara y sobre las palmas de sus manos, y las niñas se quedan inmóviles, sintiéndose amenazadas por algo que la mujer extrae del aire, del rojo y del oro que tiembla a su alrededor.

—Nadie ve cómo ocurre, pero ocurre. De pronto, parece que el bosque se queda desnudo.

MARIDOS BELLOS

Spencer Ridgeway le había tenido siempre simpatía a Kirk Matthews, e incluso cuando, después del follón de su aventura con Dulcie Matthews, se vio judicialmente atacado por él, Spencer encontró algo que admirar, algo belicoso y de buena ley, en el alud de cartas certificadas, citaciones entregadas a mano y requerimientos hechos con voz hosca por teléfono; todo ello encaminado, pensaba Spencer, menos a desconcertarle a él que a infundir miedo a Dulcie para llegar a un fácil acuerdo de divorcio. Lo cierto es que Spencer se había fijado en Kirk (en el tren, al salir de la ciudad los sábados), mucho antes de que Dulcie le causase alguna impresión. Era más alto que Spencer, con unos cabellos tupidos y esponjados, grises en los lugares adecuados (las sienes, las patillas y sobre el cuello de la camisa, como el pelaje de un perro pastor escocés sobre el collar), mientras que Spencer se estaba quedando calvo y peinaba las hebras que le quedaban en el cráneo partiendo de una raya cada vez más próxima a la punta de una de sus orejas. Kirk estaba moreno todo el año y tenía esa boca de labios finos, enérgica, con dos tensos botones de músculo debajo de ella, que Spencer envidiaba; a él le habían incomodado siempre sus propios labios, gruesos y de aspecto fofo. Como los dos hombres y sus esposas se encontraron cada vez más a menudo en los cócteles, en pistas contiguas de tenis en el club, y en los mismos grupos conservadores, las parejas fueron intimando. Kirk reía los chistes de Spencer (él no sabía contar chistes, su lengua no había sido hecha para esto), y le tomó como compañero de golf, aunque jugaba mucho mejor que Spencer.

Dulcie era una jugadora de clase intermedia, desde luego en la categoría femenina. Tenía una mata de cabellos rizados y rubios como la miel, mantenidos en su sitio por la cinta de la visera, y unas lindas piernas morenas que la estrecha falda de golf descubría hasta medio muslo. La única vez que Doris, desgraciada primera esposa de Spencer, se avino a participar en un partido de dos contra dos la tarde de un domingo, horrorizó a los otros tres al presentarse con un pantalón vaquero azul, con un parche en forma de corazón sobre el trasero, al estilo de los años sesenta, y unas sucias Adidas en vez de zapatos de golf. Todos los trajes de Dulcie eran impecables y de los años ochenta. Cuando ésta y Spencer empezaron a verse clandestinamente, sus trajes de lana, de anchos hombros y sin cinturón, y sus vestidos de verano de terliz a rayas finas o sus blusas escotadas de georgette, llevadas con una ondulante falta plisada de crépe de China, le dio la estremecedora impresión de que el propio Kirk la había vestido: Spencer podía imaginárselo, sentado, bello y serio, en la tienda de modas, rodeado de múltiples reflejos de su esponjado cabello, mientras Dulcie salía una y otra vez del probador, luciendo elegantes vestidos. Y cuando sus furtivos y alegres almuerzos con Spencer condujeron a una mayor intimidad, aquella impresión se extendió a su ropa interior (estilo bikini, con ribetes de blonda, no realmente frívola, dados sus tonos

militares de beige o negro), e incluso a su piel, que era sedosa gracias a las lociones que tal vez habían aplicado las manos de Kirk, especialmente en la zona inalcanzable de debajo de los homóplatos.

En la casa de los Matthews, después de derrumbarse el techo metafórico, Spencer, estiraba su fatigado cuerpo y relajaba su apaleado espíritu entre los pesados muebles de Kirk, tapizados de cuero. Admiraba los muebles de nogal haciendo juego en la estancia llena de Libros del Mes, las cajas del tocadiscos y el estéreo hábilmente talladas y conectadas con el generador de energía instalado por Kirk en el sótano, y, en el piso de arriba, la cama monolítica consistente, simplemente, en un colchón de espuma sobre un estrado bajo de madera. Y es que Kirk, que parecía gozar de espléndida salud, tenía la espalda delicada, según le reveló Dulcie; otro defecto insospechado era que, decía ella, se había mostrado increíblemente aburrido.

Spencer trataba siempre de defenderle.

—Yo siempre lo encontré agradable. No exactamente gracioso...

—No increíblemente amable y divertido como tú —le interrumpió ella, abrazándolo con tal fuerza que el estrado de madera crujió debajo del colchón.

Era una muestra de adoración inesperada y, según tuvo que reconocer él, inmerecida. Spencer no llegaba a comprender cómo podía estar en brazos de la mujer de ese otro, mientras trataba de apartarse de un ojo un mechón de los dorados cabellos de ella.

—... pero jovial —terminó él—. Amable.

—Era severo y brutal —insistió Dulcie—. Esta táctica de requerimiento de desalojo es típica de él; sabe lo que me espanta la Policía.

En realidad, era impresionante ver el nuevo cupé «Chevrolet Celebrity» del sheriff, con su faro giratorio azul y sus letras plateadas, detenerse en el paseo para entregar el último documento sellado oficial.

—El mero hecho de que me pusiesen una multa por aparcar mal me daba ganas de llorar. —Esta pequeña revelación, esta vislumbre de su delicadeza femenina, había tenido un sentido ligeramente distinto cuando era la esposa legítima de Kirk. Entonces había sido una vislumbre del paraíso; ahora era un simple dato—. Mientras que *él* se burlaba de las multas y solía arrancar las papeletas del parabrisas y arrojarlas al arroyo, yo solía recogerlas cuando él no miraba y pagarla.

—¿Hacía esto él? —dijo Spencer—. Es fascinante.

—A mí me ponía histérica. Y a él le gustaba aquello. Todo lo que hace ahora es también para ponerme histérica. Es su manera de actuar.

Él sintió que la piel de ella se volvía más suave al frotarla mecánicamente debajo de los omóplatos.

—Bueno —dijo, para calmarla—, no olvides que está dolido. Le hemos hecho mucho daño.

—¡Bah! —dijo ella, invisible la cara bajo la mata de pelo, salvo una comisura de sus pintados labios, donde la exclamación había formado una pequeña burbuja de saliva—. Ser mujer es algo horrible. A veces tengo la impresión de que los dos estáis contra mí. Pareces defender todo lo que él hace.

—Sólo pienso que deberíamos ser justos y tratar de comprender a Kirk. Todas estas actuaciones judiciales no son más que su manera de comportarse. Nosotros nos tenemos el uno al otro y él no tiene nada.

—Tiene su precioso y lindo cuerpo, y esto es lo único que siempre le ha interesado.

—Sí, era lindo —tuvo que reconocer Spencer.

Incluso cuando el pleito por abandono del hogar estaba muy adelantado, Spencer pensó que podía advertir, entre el torbellino de correspondencia y las horas de pomposas conferencias con tildados abogados, un guiño en los ojos de Kirk. En un momento de aquel procedimiento, cruzó la puerta acolchonada de la sala del tribunal al mismo tiempo que el demandante y bromeó: «Esto debió formar parte de una celda acolchonada», a lo que Kirk respondió con una breve y enojada risita. Privado de la cocina de Dulcie, que calculaba minuciosamente las calorías y las fibras, el hombre había aumentado de peso y parecía, mientras declaraba, que tenía un poco de papada. Su aspecto era hosco y nada simpático; entre las respuestas, apretaba los dientes y parpadeaba. Spencer (que había perdido tres kilos), se sintió decepcionado por el deterioro de Kirk, y todavía más decepcionado por la sentencia que le declaraba a él inocente, y no daba lugar a la indemnización por daños o perjuicios. El juez era una mujer para quien la mera acusación sabía a un concepto anticuado del sexo. En esta época, ¿no podía una mujer cambiar de hombre si así lo deseaba? ¿Era la mujer una especie de bien mueble con el que pudiesen jugar los hombres?

—Fue triste —confesó Spencer a Dulcie—, ver cómo se daba este batacazo.

—¿Por qué? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos—. Yo pensé que le estaba bien empleado al muy bastardo. Ahora dice que va a reclamar la custodia de los hijos.

Spencer había pensado que era admirable la erguida dignidad con que había salido Kirk al frente de su pequeño equipo de asesores jurídicos,

ninguno de los cuales era tan alto como él, ni tenía su fuerte bronceado ni sus elegantes cabellos grises.

—¡Pobre hombre! Temo que no tiene la menor probabilidad de éxito.

—Si me conviertes en una mujer honrada, no la tiene.

Casados, y reducidos a la inopia por los gastos judiciales, Spencer y Dulcie se dieron de baja del club y jugaron en campos de golf públicos, dándole ella tres golpes de ventaja. Kirk engordó más y se volvió más feo, y sus atenciones legales se convirtieron en una mera molestia. Cuando venía, enfurruñado y silencioso, a buscar a sus hijos en fines de semana alternos, Spencer le espiaba desde la ventana del piso de arriba o desde detrás de las cortinas de la biblioteca, sondeando su antigua admiración, de la misma manera que la lengua sondea cautelosamente el hueco dejado por un diente extraído. Su corazón palpitaba y su rostro se ponía colorado. La magia reluciente de Kirk tardó mucho tiempo en empañarse del todo.

A Spencer le gustaba que Dulcie le contase detalles de su anterior matrimonio, en especial de los primeros años: la lluviosa luna de miel en las Bermudas; las peleas con la dominante madre de él, las viviendas cada vez más grandes y confortables, ascendiendo en espiral desde el corazón de la ciudad hasta barrios residenciales cada vez más opulentos. Al principio, Kirk estaba casi lastimosamente delgado, como una caña, y, entre otras cosas, no probaba el alcohol. Después hubo un período en que empezó a beber y a flirtear con las provocativas muchachas ansiosas de hombre, que trabajaban en su oficina. Pero había sido un buen padre, al menos al principio, cuando los hijos eran pequeños y él se consideraba un dios, antes de que se obsesionase con su propia carrera, su propia condición, incluso su ropa.

—Mira, querido Spencer..., no me hagas cosquillas, por favor..., en aquellos tiempos no tenían la palabra «yuppie», de modo que Kirk no supo exactamente lo que era hasta que tuvo cuarenta años, y entonces era casi demasiado tarde.

Spencer había pasado sus primeros años de casado en circunstancias muy distintas, en la otra costa, en un ambiente de rebelión y de algarada, experimentando con drogas y con agricultura organizada. Doris había sido una perfecta hippie, de largos cabellos y serenamente drogada. Incluso se había tomado el divorcio con tranquilidad y filosofía.

—Cuéntame otra vez lo de los pijamas —pidió Spencer a Dulcie.

—Bueno, querido, en realidad no hay mucho que contar. Creo que empecé a odiar el matrimonio cuando él insistió en que le planchase sus pijamas. Cuando nos casamos, él era todavía un chiquillo que dormía con la ropa interior que había llevado durante el día, tal como lo había hecho en el *college*, y después, durante años, esos sencillos pijamas de

dacrón que se sujetaban con una cinta, sin monograma ni nada parecido, y se quedaba satisfecho si me limitaba a doblarlos, al sacarlos de la secadora, antes de que se arrugasen. Pero después se aficionó a los de puro algodón, que decía que había que lavar a mano y con agua tibia, y quería que las *rayas* estuviesen bien marcadas antes de meterse entre las sábanas. Y se tapaba los ojos y los oídos, y yo me sentía completamente excluida.

—¿Y los zapatos? —la indicó Spencer—. ¿Tenía muchos zapatos?

—¿Si *los* tenía? Cubrían todo el suelo de su armario ropero, hilera tras hilera, hasta la pared. Tenía un par para cada traje y, los fines de semana, si rastrillaba las hojas del jardín, se ponía Hush Puppies de ante, pero si yo le pedía que cubriese con pajote el macizo de los rosales, volvía a entrar en la casa para calzarse otro par más ordinario. Era como con los esquíes: tenía un par para la nieve granulosa, otro para la nieve helada y un tercero para la nieve en polvo. Y los *guantes*: si no podía encontrar un determinado par de guantes ya manchados de grasa, era incapaz de tocar el motor del coche, aunque sólo fuese para echar fluido para el limpiaparabrisas.

—¿Estaba mucho tiempo en el cuarto de baño, o sólo un ratito? —le preguntó Spencer, sabiendo de antemano la respuesta.

Con el tiempo, llegó a conocer todas las respuestas, había extraído de la memoria de la esposa hasta la última molécula de su ex marido: los olores y desodorantes de Kirk, sus costumbres a un tiempo fastidiosas y atractivas, las peleas que habían sostenido y los orgasmos que él le había provocado o, con creciente frecuencia durante los últimos años, dejado de provocar.

—Me encanta besarte —confesó Dulcie a Spencer—. Besarle a él era como aplicar los labios al cajero automático de un banco, a la rendija que se traga tu tarjeta de crédito. ¡Y sus cabellos! Tenía que tener mucho cuidado en no despeinarle. Aquella esponjada cabellera no era natural, ¿sabes? Era *arreglada*.

Esta clase de información tenía un límite, Kirk empezó a resultar aburrido. El velo de su primer marido se desprendió de Dulcie, de modo que ésta, en definitiva, se quedó desnuda, presta para ser amada.

Spencer la amó. Dando calor a la aurora y al anochecer de cada día, origen y fin de los viajes de ida y vuelta de él, luz y animadora de todos los fines de semana, Dulcie era su premio, el oro del que había sido separada la escoria mate de Kirk. Amaba sus cabellos en forma de cascada, sus robustas piernas, la delicadeza y la tranquilidad de sus golpes en el golf, que nunca desviaban la pelota de la calle en un insensato intento de alcanzar una mayor distancia. Como su posición económica se lo permitía ahora, y Kirk se había dado de baja hacía tiempo, volvieron a ingresar en el club de golf.

Y fue allí, en la barbacoa de después del partido de dos contra dos, en pleno entusiasmo por haber ganado el equipo de Dulcie en el campeonato femenino, donde una mujer de cabellos cobrizos se acercó a Spencer.

—Hola —dijo, presentándose del modo más escueto—. Soy Deirdre. —Su apretón de manos fue un poco demasiado fuerte, y la mirada de sus ojos verdes, una pizca demasiado fija—. Mi amiga Dulcie ha estado estupenda, aunque yo fui la única que hice el par en el hoyo undécimo, lo cual, teniendo en cuenta mi hándicap de veinte, representó dos golpes por debajo de la media.

Dulcie llegó detrás de la otra mujer, y le dio un abrazo de buena camarada. Las dos cabezas rizadas estaban ahora juntas, y la risa marcaba unas pálidas y pequeñas arrugas en sus caras tostadas, junto a las comisuras de los párpados.

—¿No es estupenda? —preguntó Dulcie, aunque Spencer no acabó de ver por qué lo era.

Pero entonces recordó que, años atrás, también se había mostrado insensible a los encantos de Dulcie.

—Los Harris —prosiguió ella— acaban de trasladarse a nuestra ciudad, y les he prometido que cuidaré de ellos.

Deirdre miró a su alrededor, un poco atolondrada.

—Voy a buscar a Ben.

Y se metió entre la muchedumbre, que vestía a la manera afectada y llamativa de los clubes provincianos (pantalones escarlata, sombreros de paja), bajo la nube de humo con olor a mezquite. Spencer sintió un nudo fatídico en el estómago.

—No quiero conocer a gente nueva —dijo a su esposa.

—Él te gustará —dijo Dulcie.

La agresiva mujer de cabellos cobrizos volvía tirando de un hombre alto, un alto y pasmado cordero para el sacrificio, de aire tímido, fina nariz aguileña, cabellos negros y alisados, y un traje de lino que, junto con la camisa azul abotonada y la corbata a rayas, le daba un aspecto agradablemente anticuado y vagamente oficial. Era, a su manera, bello.

Spencer, súbitamente acalorado, casi no tuvo tiempo de protestar.

—No quiero que me guste.

LA OTRA MUJER

Ed Marton se despertó por la noche y se levantó para orinar, y al volver a tuestas a la cama, la luz de la luna incidió extrañamente en un papel blanco que había en el cajón de arriba de la cómoda de su esposa, y que ésta no había cerrado del todo. Él sabía, después de más de veinte años de matrimonio, que Carol guardaba en aquel cajón su ropa interior y, a la izquierda, un pequeño montón de pañuelos doblados. El papel hubiese debido estar en su escritorio de la planta baja o encima de la cómoda, donde podía haber dejado distraídamente una carta recibida y leída por la tarde. Ella respiraba con regularidad, tranquilamente, como el rumor de un océano invisible en la oscuridad, a menos de diez pies de distancia de él. Con dos dedos estirados en forma de pinza y cuidando de no hacer ruido, Ed extrajo el papel de debajo del pañuelo de encima y volvió al cuarto de baño. Cerró la puerta, encendió la luz y se sentó en el water. Al desplegar el documento que había estado oculto, sus manos no sólo temblaban sino que experimentaban fuertes sacudidas.

Era una postal del Día de San Valentín, confeccionada y enviada por el marido de un matrimonio conocido, una agradable y afable pareja a la que él no había prestado nunca gran atención por hallarse en el borde del círculo de sus amistades. Sin embargo la postal había sido escrita con florido estilo y con frases de ceremonioso ardor, y el breve texto aparecía rodeado de un gran corazón en tinta roja, un corazón que, según aseguraba el remitente a la destinataria, era «todavía mayor este año que el pasado».

Un arma había sido puesta en las manos de Ed. Éste releyó la misiva más de una vez y, en su excitación nerviosa, tuvo que levantar la tapa de la taza para orinar de nuevo. Apagó la luz del cuarto de baño. La nieve iluminada por la luna, delante de la ventana, pareció saltar con un resplandor azul hacia él, introducirse en él, con sus suaves y dilatadas curvas de frialdad, con sus manchas de sombra y de claridad. Se sintió alto e imponente, como si sus pies no se apoyasen en el suelo del cuarto de baño, ahora invisible, sino en la tierra misma. Su esposa que dormía confiada, el amante que dormía en su casa calle arriba, la esposa de éste y los hijos de todos ellos, estaban en sus manos.

Todavía tembloroso, dobló de nuevo la ilícita postal y, deslizándose junto a la cama hacia la cómoda iluminada por un rayo sesgado de la luna, temblando, dejó el papel en el cajón, debajo del pañuelo de seda de encima. Mañana, Carol podría darse cuenta de su descuido y reprenderse por ello, y dar gracias a Dios de que Ed no lo hubiese advertido, aunque no era muy propensa a censurarse, ni a dar gracias a Dios.

De pronto, la voz de ella preguntó vivamente, desde la oscuridad de la cama:

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de encontrarte, cariño. He ido al cuarto de baño.

Ella no replicó, como si hubiese hablado en sueños. Cuando volvió él a meterse en la cama caliente a su lado, su respiración pareció tan profunda y tranquila como antes. El aroma de la carne dormida y sus suaves murmullos y resuellos, le embargaron delicadamente los sentidos. La vida de ella era como un manantial en un bosque oscuro, que fluía constantemente, murmurando. A lo lejos, ladró un perro, excitado por la luz de la luna sobre la nieve.

Todo concordaba, pensó él: el humor voluble de Carol en los últimos tiempos, sus arrebatos de cariño y depresión, su creciente afición a la bebida, sus no explicados retrasos al volver de ciertos viajes al centro de Nueva York y de reuniones nocturnas en su zona suburbana, reuniones de una comisión de distrito de la que (ahora lo recordaba), el otro hombre, Jason Reynolds, era presidente. En realidad, había sido él quien había propuesto a Carol como miembro de la comisión; había venido una noche, después de una llamada telefónica de mal agüero, y mientras Ed lavaba sumisamente los platos de la cena y acostaba a su hijo más pequeño, habló con ella en el piso de abajo, sentados a la mesa del comedor, sobre la crisis que amenazaba a su distrito, los codiciosos constructores y sus corrompidos colegas de la junta de planificación, de la necesidad de que hubiese en la comisión una mujer que no se ausentase los fines de semana y pudiese aportar la opinión de un ama de casa, etcétera. Carol había contado después todo esto a Ed, preguntándose si debía aceptar. Le preocupaba que ello le obligase a pasar mucho tiempo fuera de casa; Ed le había dicho que ya pasaba bastante tiempo en ella. Carol había observado que no sabía nada de planificación urbana ni de construcción, y él le había dicho que no había gran cosa que saber.

Ahora se preguntaba si ya entonces, más de dos años atrás, había empezado la aventura, y la vacilación, la resistencia, eran simuladas. En tal caso, había representado muy bien su papel. Ed sonrió en la oscuridad, apreciando el mérito. Él le había aconsejado que aceptase, porque le había parecido que estaba en peligro de convertirse en una de esas mujeres que, viviendo en las afueras de la ciudad, sufren tal agorafobia que acaban por no atreverse siquiera a salir para comprar y hacen que se lleven todo a casa mientras ellas permanecen sentadas, sorbiendo jerez detrás de las cortinas corridas. Veinticinco años y cinco hijos habían anulado la despreocupación de la joven medio bohemia y eterna viajera en Metro, de sus días de noviazgo. Durante estos últimos años, difícilmente había podido persuadirla de ir alguna vez al centro de la ciudad para cenar e ir al teatro con él; su aprensión en tomar el avión, al alcanzar sus hijos la edad de ir a la Universidad y empezar a volar de un lado a otro, se convirtió en verdadero pánico y, en

consecuencia, se resistió a los viajes que Ed y ella solían hacer al Caribe en invierno.

—En todo caso —argüía—, dicen que el sol es terrible para la piel.

Carol tenía los ojos azules y los cabellos esponjados, de un color castaño claro.

—El sol siempre ha sido terrible, y la finura de la piel no debe durar eternamente. Y nada te impide quedarte leyendo en casa. Puedes emplear una crema de protección contra el sol.

—Bueno, entonces me parece que el viaje no tendría objeto. ¿Por qué no nos quedamos en casa y nos ahorramos los billetes del avión?

—¿Sabes una cosa, querida? Te estás convirtiendo en una verdadera remora.

Ed había insistido en que aceptase el nombramiento para aquella comisión, porque quería que saliese de casa. Quería, a decir verdad, que saliese de su vida.

En realidad, ella no le había causado ningún daño; había hecho, ciertamente, todo lo que él le había pedido. Le había dado unos hijos sanos y creado un hogar que podía mostrar con orgullo a sus colegas y sus amigos. Sin embargo, al yacer junto a ella noche tras noche, levantándose a orinar una o dos veces según el grado de su insomnio, que crecía furiosamente en espiral, se había convencido de que tenía que haber una vida mejor que ésta. Una vida mejor para los dos. Carol conservaba sus buenas cualidades, una gracia flexible, aunque había aumentado de peso con los años, y una intuición jovial que era como la luz piloto azul encendida en un horno anticuado; pero Ed no se había atrevido nunca a esperar que otro hombre pudiese desearla. El mensaje de Jason Reynolds, con su alegre dibujo en rojo, tenía un tono en el que se mezclaban perfectamente la amistad y la pasión, un tono de adoración varonil. Carol, por alguna razón, era amada. Al darse cuenta de esto, Ed también se sintió amado y se durmió rápidamente como un niño en brazos de la madre.

Durante días y semanas, Ed no hizo nada, a pesar de lo que sabía; se limitó a observar. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? En las fiestas, los amantes procuraban evitarse, mostrándose deliberadamente corteses y alegres con casi todos los demás, y sólo después de la cena, cuando los invitados empiezan a descalzarse y los discos siguen sonando, y el cansado anfitrión sube más leña del sótano, Carol y Jason se dejaban llevar por la corriente y hablaban en voz baja, con esa solemnidad de las personas para quienes los detalles más triviales de sus respectivas vidas han adquirido la gravedad de lo sexual, y después bailaban juntos con una ternura que confiaban que no sería observada por los que les rodeaban, aturdidos ahora por los licores o el sueño.

Jason era un hombre delgado y digno, que estaba «en la banca» más que ser «banquero», y que observaba un régimen riguroso a base de ejercicio y de dieta: tenía un aparato de remos, jugaba al squash a la hora del almuerzo en la ciudad y, después de la cena, hacía jogging a lo largo de las onduladas calles con una camiseta reflectante de color naranja. A veces les ocurre a estas personas, que sus cuerpos se mantienen en perfecto estado y son las caras las que pagan el precio de los años. Y era esto lo que le sucedía a él: su cara de hombre maduro necesitaba un poco más de carne. Sus facciones sin grasa, enjutas, amarillentas a causa de la intemperie, sus hundidas cuencas y arrugadas mejillas y secos cabellos grises, eran los propios de un hombre más bien hacia el final que hacia el principio de la cuarentena. Jason tenía cuarenta y dos años, como Carol. En sus brazos sugerían una relajada y plena fertilidad, más que el desarrollo de una mujer entrada en años. Mientras los párpados de Jason estaban entornados sobre las profundas cuencas y parecían temblar a la luz del fuego de la chimenea, Carol mostraba unos ojos redondos y alerta, y una cara fresca e inexpresiva como de estatuilla china, cada vez que la lenta música la hacía volverse y Ed podía verla. Pero no eran sus caras las que los delataban; eran sus manos, sus manos estrechamente unidas, y la otra mano de Jason que sujetaba la espalda de Carol un par de pulgadas más abajo de lo debido.

Ed advirtió que no era el único que les observaba; a la luz vacilante del salón en penumbra, con sus sillones y cojines y cabezas rizadas y piernas enfundadas en medias, muchas sombras observaban a Jason y Carol, o fingían no observarles. La gente lo sabía; lo había sabido, con la casual exactitud de una observación indiferente, mucho antes de que se enterase él, mucho antes de la noche de San Valentín. Hasta entonces, él había vivido en una especie de burbuja, un vacío cortés en medio del conocimiento general. Se había movido a ciegas en la sociedad, sonriendo tontamente, mientras la verdad, burlona, se le escapaba de las puntas de los dedos. Esto, visto retrospectivamente, era difícil de perdonar. ¿Vivía también Patricia Reynolds en una burbuja, como él? ¿Qué sabía, o adivinaba, o sentía?

Era una mujer bajita, de compostura ejemplar, y que a Ed le parecía de madera. Incluso su rasgo más bello, sus espesos cabellos castaños, bien peinados, relucientes y cortados cortos en forma de casco, y con flequillo, parecían tener un tono de madera. Hacía jogging y ejercicios como Jason, pero el régimen que había perjudicado la cara de él daba a la suya una frescura y suavidad atléticas. Tenía cuadrado el mentón y opacos los ojos castaños. Hija de una familia acaudalada pero no famosa, había asistido a buenos colegios, aunque no los mejores, y era cabal producto de su ambiente; con su acento varonil y distinguido, más gutural de lo que cabía esperar, Pat tenía un aire de buen soldado, como si se hubiese curtido en su misión de prolongar la estirpe familiar hasta la siguiente generación. Había dos hijos Reynolds, un varón y una hembra. Pat era un poco más joven que Jason, como Carol era más joven que Ed. Ed no había oído nunca que Pat dijese algo desagradable e impertinente; pero lo cierto es que sólo en raras ocasiones la

escuchaba. En las fiestas, solían evitarse. Él tenía la impresión de que la asustaba un poco con su aire hosco de haber dormido poco, sus incorregibles cigarrillos y sus modales autoritarios, teatrales y a la vez toscos; cuando él se acercaba, ella exageraba su cortesía. Ahora, buscó él con la mirada su cincelado perfil en el salón, para ver si le estaba observando.

En realidad, ella estaba sentada en el suelo no muy lejos de él y, sin mirar a los que bailaban, discutía con otra mujer los temas más adecuados para la esposa del presidente de la comisión: la división en zonas, la trágica destrucción de las fincas locales, las escandalosas rapiñas de los urbanizadores. Ed se levantó de su sillón, se sentó en el suelo cerca de ella y dijo:

—Pero, pequeña..., ¿no te importa que te llame «pequeña», ¿verdad, Pat?, nadie quiere *vivir* en las viejas fincas. La tercera generación está toda ella en Soho haciendo pintadas en las paredes. No pueden permitirse pagar la conservación y los impuestos, y nadie puede tener criados y todos quieren tener su dinero *a mano*.

—Bueno, esto es lo que dice todo el mundo —dijo Pat—, y supongo que habrá alguna verdad en ello.

—¡Alguna verdad! Es la pura verdad, querida Pat. —Seis bourbons estaban hablando por su boca, no en perfecta sincronía—. Tú censuras a esos pobres y esforzados contratistas italianos que hacen el derribo y levantan sus casas de trescientos mil dólares, pero son los ricos, los ricos, los codiciosos, que se mueren por vender y dejar que otros pongan el nuevo tejado de pizarra sobre los viejos establos de papá. La división en propiedad horizontal —y se quedó tan satisfecho de haber pronunciado correctamente la expresión, que incluso Pat sonrió, mostrando brevemente sus perfectos dientes—, es la única manera de salvar esas viejas casas de la bola del demoledor.

La mujer que estaba sentada junto a Pat, Georgene Fuller, trató de acudir en auxilio de aquélla. Era una mujer desgarbada, perezosa y quejicosa, de largos y esponjados cabellos sueltos sobre los hombros. Años atrás, Ed se había acostado con ella durante seis meses.

—Sin embargo, Ed, tienes que admitir...

—Yo no tengo que admitir nada —dijo vivamente él—. ¿Qué dices tú, Pat? ¿Qué tienes tú que admitir?

Una sombra de desconcierto se pintó en las facciones regulares de ella. Georgene dio un codazo en la cintura de Ed. Pero no tenía por qué temer; a él le convenía tener a Pat en la oscuridad, en su burbuja.

—La bola del demoledor —prosiguió él—. Debería ser el nombre de una canción. Vamos a bailar los dos descalzos —empezó a canturrear.

Se repitió la presión sobre su espalda y entonces se le ocurrió que debería invitar a Georgene a bailar.

Cuando se ha dormido con una mujer, por muchos años que haga de esto, ella se deja llevar suavemente entre los brazos de uno.

Pero otros querían también interrumpir la conversación entre Pat y Ed; Jason y Carol se cernieron de pronto sobre ellos, como padres sobre los hijos que juegan en el suelo.

—Creemos que vosotros dos deberíais bailar con nosotros —declaró remilgadamente Carol, obligando a Ed a levantarse del suelo que, a causa del bourbon, pareció haber adquirido vida propia y elasticidad, y saltar debajo de sus pies.

Aunque parezca milagroso, Carol siempre se sentía ligeramente extraña en sus brazos, como si no llevasen veinte años de casados. Nunca habían adaptado bien sus pasos, y esta torpeza hacía que ella fuese más interesante, especialmente ahora que él sabía que, en alguna parte, ella *estaba* siguiendo los pasos de otra persona. Su cuerpo rollizo le parecía más firme con su secreto, y desacostumbradamente flexible; enlazándola delicadamente, rectificó la posición de su mano sobre la espalda de ella. Sólo a modo de experimento, la había colocado un par de pulgadas más abajo que de costumbre.

—Jason parece un buen bailarín —dijo.

—No me había dado cuenta —respondió ella.

—Ahora baila con Pat. Mírales. Dando vueltas y haciendo piruetas.

—Fueron a los mismos cotillones.

—Pero no todo son cotillones en la vida, ¿eh?

—Realmente, deberías beber menos, Ed. Te produce insomnio..., tanto azúcar en la sangre.

—Ahora me dirás que debería hacer jogging.

—O alguna otra cosa. Pero no eres sólo tú. Los *dos* estamos en pésima forma.

Él bajó de nuevo la mano, deslizándola sobre la espalda de ella, y dio unas palmadas en el firme trasero. Todavía tenía sus prerrogativas de marido.

—A mí me pareces perfecta —dijo.

Ed era ingeniero especializado en análisis de resistencia de los altos edificios con armazón de acero. Su plan para dismantelar el matrimonio exigía la continuación de la aventura de su esposa, como apoyo temporal; en otro caso, el peso de su culpa y su desvío sería excesivo en el momento de la ruptura. Los hijos eran los que pesaban más, pero la casa, la ciudad y todos los viejos hábitos conyugales pesarían también sobre él en el momento de la lucha. Temía que Jason y Carol pudiesen romper por su propia dinámica, o al verse descubiertos; sin embargo, quería dejar pasar unos meses para endurecerse. Cuando, en las frescas tardes de primavera, veía al alto Jason haciendo jogging por las calles sombrías, tenía miedo de que aquel hombre precioso fuese atropellado por un automóvil y todo su plan se viniese abajo.

El tiempo se hizo más cálido, acelerando la sangre, y entonces llegó el verano, con su relajamiento en la promiscuidad, su vaivén de idas y venidas, de luz rezagada y calurosa oscuridad, de porches resguardados y piscinas reactivadas, y bebidas en el patio. Todo el mundo se volvía más bronceado en verano, más retozón y vocinglero; las mujeres de las zonas residenciales, con sus trajes de baño y sus vestidos veraniegos, adquirirían el aire sensual de las rameritas de postín, con las uñas de los pies pintadas y los ojos ocultos detrás de las gafas de sol. Jason y Carol se hicieron más atrevidos; en más de una ocasión, Ed los descubrió asidos de la mano en un rincón, durante un cóctel y, si les preguntaban dónde habían estado al ausentarse sin motivo, ella le daba una de esas repuestas evasivas propias de las adolescentes: «Oh, por ahí». A veces añadía: «Hacía tanto calor que fui a dar un paseo hasta el río», o bien mostraba un envase de medio galón de leche descremada y una caja de galletas, como si hubiese necesitado dos horas para comprar estas cosas. Y Jason seguía frecuentando la casa con pretextos más o menos plausibles, relacionados con las urbanizaciones o él tenis o un intercambio de útiles de jardinería. Al vallar Ed su pista de tenis diez años atrás, había invertido cuarenta dólares en una de esas excavadoras de dos asas con que se abren los hoyos para los postes, y era sorprendente el número de postes que Jason parecía estar plantando en su modesto jardín trasero, y la frecuencia con que pedía prestada la sierra de metales a Ed, siendo así que sólo poseía medio acre de terreno. Naturalmente, Carol aprovechaba todas las ocasiones para ofrecerle amablemente café o té o un aperitivo, según la hora.

Pat acompañaba a veces a su marido en estas infundadas excursiones, y charlaba ingenuamente con Ed en el resguardado porche, mientras los otros dos se hallaban, por pura coincidencia, dentro de la casa: Carol tenía que hacer algo en la cocina y Jason tenía que ir al cuarto de baño o a llamar por teléfono. Aquel verano, la casa fue muy frecuentada. Con el pretexto de jugar al tenis o de bañarse en la piscina, Carol celebró pequeñas fiestas informales a las que casi siempre eran invitados los Reynolds. Un día de primeros de agosto, al regresar de la tienda donde había ido urgentemente a comprar licores, Ed llegó al paseo de la entrada en el momento en que Carol y Jason estaban saludando a otra pareja. Parecían tan naturales, de pie, juntos, bajo la dorada luz del atardecer, como *presidiendo* la escena desde un peldaño de la entrada,

él con sus cabellos grises y su espalda encorvada, y ella con sus redondos brazos y hombros de matrona, que Ed se sintió eliminado, como si ya no perteneciese a la casa; compartía en secreto el gozo de ellos y, sin embargo, una indignación primitiva hizo que aumentase su energía al dirigirse hacia ellos con las tintineantes bolsas de botellas de licor. Carol le miró y pareció sinceramente contenta de verle. ¿O eran las botellas lo que se alegraba de ver? Ella llevaba solamente una falda de algodón sobre el traje de baño negro, y se rodeaba el cuerpo con los brazos para resguardarlo del fresco de la noche que se acercaba; la hogareña sencillez de este ademán, y la escena familiar al bajar ella y alargar la mano para coger una de las bolsas, con el vello blanco erizado en la piel de gallina del antebrazo desnudo, le hirieron inesperadamente, activaron casualmente la tensión dentro de una situación que él consideraba totalmente analizada.

La temporada estaba tocando a su fin. Ed tenía que actuar. Los hijos estaban convenientemente distribuidos entre lugares de trabajo de verano y casas de amigos, salvo el más pequeño, que después de la cena, se sumía en el barullo de la televisión en su habitación del piso de arriba. Ed invitó a Carol a dar un paseo con él. Ella abrió mucho los ojos, con su aire de muñeca china, y corrió a buscar una chaqueta en el armario; el tono de la voz de su marido, sin éste pretenderlo, había sonado a acusación. Caminaron por el ancho y herboso paseo frecuentado por los que hacían jogging y, en invierno, por los que circulaban en vehículos para nieve, y que discurría sobre el acueducto de Crotón, que corría hacia el sur en una línea paralela al río y a la vía férrea. La gravedad de la ciudad lo empujaba todo en aquella dirección. Los Marston caminaron cuesta arriba, entre bosquecillos y arboledas de arces y hayas, dejando atrás los patios del colegio cercados de alambre y los jardines lindantes con aquéllos por la derecha, y Ed y Carol se sintieron como fantasmas moviéndose entre familiares cocinas al aire libre y juegos de bádmington, y la música doméstica de las máquinas lavaplatos y del noticiario de la tarde.

Él describió la noche en que había descubierto la postal del de San Valentín, y lo que había observado después. Ella le escuchó, sin interrumpirle, y él vio, por el rabillo del ojo, sobre un fondo móvil de hojas y listones de vallas, la cara pálida de Carol, que parecía una imagen inmóvil proyectada sobre una pantalla deslizante y temblorosa. Ed le propuso lo siguiente: Se marcharía de casa, alquilaría un apartamento en la ciudad y mantendría el secreto. A cambio de su silencio, ella explicaría la separación a sus hijos y a los amigos como realizada de mutuo acuerdo. Él le prestaría ayuda económica y, dentro de un año, verían cómo marchaban las cosas.

Al fin, dijo ella:

—Renunciaré a él.

—No, no hagas eso.

—¿Por qué?

Sus ojos estaban ahora más húmedos, más sombríos, buscando los de él.

—Porque le amas.

—Tal vez también te amo a ti.

—Es lo que piensas ahora, pero a la larga... —No terminó la frase. Procuró mostrarse un poco indignado—. De todos modos, no quiero que me ames *también*. Vamos, Carol —dijo—, lo hemos intentado, hemos tenido unos hijos estupendos y hemos pasado muy buenos ratos; pero no te habrías encaprichado de Jason si las cosas hubiesen ido como debían. Él y tú parecéis entenderos muy bien.

Ella pudo haberlo negado. Pero dijo simplemente:

—Él tiene a Pat.

Ed suspiró.

—Bueno, sí. Pero yo no puedo tomar a todo el mundo en consideración.

Esto ocurría un sábado, con volutas de humo de leña y voces de fútbol en el aire tranquilo de la tarde. Al día siguiente, con las deprimentes y nuevas condiciones de su matrimonio secándolo todo como una pasta invisible, y todavía ignorándolo los hijos y los animales falderos y los muebles, Carol sorprendió a Ed al decirle que quería asistir a un concierto de tarde de domingo en una iglesia local. Los Reynolds estaban también allí, en un banco al otro lado de la nave; después, fueron todos a tomar un ponche en el salón de las damas. Para quien conocía la tensión reinante tenía que ser impresionante ver a Carol bromeando ligeramente con Jason y charlando valientemente con Pat. Al volver a casa, en el coche con Ed, ella empezó a llorar y él le preguntó por qué había querido ir allí.

—Era mi única ocasión de ver a Jason —confesó ella, sin rodeos, y sin preocuparse en disimular el tono reverente que adquirió su voz al pronunciar el nombre de su amante.

De este modo, convirtió de pronto a Ed en su cómplice. Él sintió temblar y endurecerse su corazón.

—¿Sabe él que yo lo sé?

—Sólo el hecho, no los detalles.

—¿Cómo se lo has comunicado?

—Le pasé una nota. ¿No lo viste?

Ed se sintió atrapado y traicionado. Si el otro hombre lo sabía, había menos posibilidades de volverse atrás.

—No.

—Creía que te habías convertido en un buen observador.

Él le preguntó, sarcástico a su vez:

—¿No tenéis miedo de que Pat descubra alguna de vuestras maniobras?

—Ella no quiere sorprendernos —le dijo Carol.

Él la miró, y los ojos de ella, aunque enrojecidos, tenían un brillo burlón. Parecía adaptarse más de prisa que él a la idea de la separación.

Aquel otoño, Ed se halló en una extraña y nueva situación de marido a medias. Encontró un pequeño apartamento en la Ochenta Oeste, y fue a casa los fines de semana para rastrillar las hojas, colocar contraventanas y distraer a los chicos. Algunas noches dormía en la habitación de invitados, cosa que desagradaba a sus hijos. Ellos querían que volviese a la cama de mamá. El horrible Mr. Reynolds venía continuamente a la casa, enrojecido el semblante y jadeando, con sus zapatos de jogging. Ellos le llamaban Pies Grandes. «¡Pies Grandes acaba de llegar!», gritaba uno de los niños en la planta baja, y Ed, que estaba jugando con su hija mayor en la habitación de ésta, veía pasar a Carol por delante de la puerta, a rápidas y silenciosas zancadas, con animada expectación en todo el cuerpo.

En este acogedor ambiente, en el que su conspiración incluía a los hijos, Ed no pudo dejar de preguntar a Carol, con tanta envidia como curiosidad, qué hacía Jason por ella que él no hubiese hecho.

—Es muy peculiar —confesó ella, espaciando las palabras—. Sólo piensa que soy sorprendentemente maravillosa.

Y como era una valoración claramente excesiva, tuvo el acierto de bajar la mirada hacia su copa y ruborizarse.

—Bueno, ¿quién no lo cree? —preguntó él, ruborizándose a su vez. Desde que la había dejado, Ed no regateaba los halagos.

Ella levantó vivamente la cabeza. ¿Se lo imaginaba él, o sus ojos azules se habían vuelto más oscuros, más vivos en los meses que llevaba viviendo sola, siendo dueña de sus actos? Ciertamente, sus cabellos de color de roble con mucho gris, eran ahora más esponjados.

—Tú no lo creías —dijo ella—. Nunca lo creíste. Yo estaba solamente *allí* para servirte, como una viga de doble T o algo parecido. Cualquier otra viga te habría servido igual. Estoy segura de que ya has instalado otra en mi lugar.

—No —dijo pausada y casi sinceramente él.

Pues, en realidad, Ed estaba disfrutando con la austeridad sencilla, la modesta pureza de la vida de soltero. Se había casado tan joven que nunca había tenido que preparar su comida ni hacerse la cama. Estas actividades le habían parecido arcanas, y ahora resultaba que podían aprenderse, y comprendía por qué gozaban las mujeres de mejor salud que los hombres, con todos aquellos ejercicios y su aplicada atención a la contextura de las cosas. Su poblada ruidosa y sólo ligeramente peligrosa manzana, cerca de la parte alta de Broadway, le hablaba de pequeñas decisiones y servicios, de abacerías y lavanderías, más íntimamente que lo habían hecho nunca las zonas de extrarradio. Gastaba casi toda su energía en alimentarse y asearse, y hacer, casi corriendo, el trayecto de cuarenta minutos hacia el norte hasta la casa de Carol. Viviendo solo, uno se vuelve metódico; ahora bebía menos, y los fines de semana, residuos de su antigua vida social, parecíanle desabridos y monótonos.

Raras veces había visto a sus amigos, salvo los fines de semana, y en aquellos días de confusión doméstica, su deserción y sus esporádicas reapariciones eran aceptadas con naturalidad. De todas las parejas que ambos habían conocido, los Reynolds eran los más atentos y amables con Carol en su soledad, y los que visitaban la casa con más frecuencia. Pat y ella iban juntas al club, tomaban clases de aeróbic, y seguían un curso nocturno sobre los poetas románticos ingleses en el colegio local. Los niños Marston dieron a Pat el lógico apodo de Pies pequeños, como si quisieran unir más a los Reynolds por un arte de magia verbal. «Los pies están aquí otra vez», gritaba uno, y Ed, si era sorprendido en la casa, tenía a veces que hacer el cuarto en un partido de tenis.

Él insistía siempre en jugar de pareja con Pat. Así estaban más igualadas las fuerzas. Jason era un jugador con buena técnica pero pesado, y la despreocupación de Carol, su alegre indiferencia por el resultado del partido, perjudicaban su habilidad natural en el juego. Ed tenía débil el revés, pero era terrible en la red, y la pequeña Pat jugaba, en opinión de su pareja, como una máquina a la que se diese cuerda cada semana. Parecía avanzar y retroceder de puntillas, y sus movimientos se escapaban del campo visual de Ed. Si éste se hubiese hallado frente a ella, al otro lado de la red, habría atajado y devuelto sus golpes directos. Jugando como su pareja, le gritaba: «Duro con ellos, Pat», y contaba con que ella cubriría el fondo de la pista mientras él saltaba de un lado a otro, buscando la volea ganadora. Aquellos partidos eran divertidos, sobre todo cuando el nervioso y exigente Jason empezaba a murmurar para sí, y Carol se ponía colorada y trataba de

jugar para complacer a su amante, mientras captaba las miradas irónicas de Ed y mantenía indiferente su expresión por mor de Pat.

En cierto modo, eran los tres contra Pat. ¿O era más bien que los tres la mantenían a salvo en su burbuja de ignorancia? Ed tenía alternativamente la impresión de que eran una destructora máquina de engaños y una especie de cuna en la que la sostenían sobre el abismo. Porque en realidad, se preguntaba él, ¿qué habrían conseguido diciéndole la verdad, salvo precipitarla tal vez en su desastre? ¿Qué sospechaba Pat? Por lo visto, nada, aunque esto le parecía increíble a Ed; con sólo mirar a Jason y Carol al otro lado de la red oír sus voces de aliento y sentir el fácil calor que emanaba de su asociación en el juego, hubiese debido comprender Pat lo que pasaba. Una vez, él le dijo en son de chanza: «¿Sabes lo que parecen esos dos? Mr. y Mrs. Jack Sprat». Y era verdad: en la tensión de su larga aventura, Jason había adelgazado todavía más y Carol había aumentado de peso. Pat rió, cortés pero fríamente, pues concentraba toda su atención en el saque. Aunque sus golpes carecían de fuerza, le gustaba ganar; era un sentimiento humano, comprensible y agradable.

Era la más joven, su pequeña, pues aún no había cumplido los cuarenta; y Ed, a los cuarenta y cinco, se sentía paternal, sólo jugando a jugar. Su sentido de sus relaciones espaciales, fuera de la pista, hacía que se viese él mismo encerrando a los otros tres y manteniéndose aparte con líneas transparentes de fuerza, como si bajo su dirección se hubiese logrado uno de esos equilibrios de gravedad e inercia, de rigidez y masa, que forman islas de estabilidad dentro del Universo. La ignorancia de Pat, decidió, era una función de su complacencia social y, por ende, más fastidiosa que digna de compasión. Se había empeñado caprichosamente en ser sexualmente sorda.

Sólo una vez, durante aquel largo y soleado otoño que compartieron, se sintió él físicamente atraído por ella; después de tres sets, Pat se quejó de una ampolla y, sentándose en el banco al lado de la pista, se quitó el zapato y el calcetín. Pies Pequeños. La delicadeza que en todo el resto de su cuerpo parecía más bien rígida y mecánica, aquí, en su blanco pie descalzo, era exquisita; aquí, bajo los largos rayos oblicuos del atardecer, que imprimían sobre sus cuerpos sudorosos y sus claros trajes de tenis los rombos sombríos de la valla, los finos y pequeños huesos del tobillo de Pat, los tendones del metatarso y las bien cuidadas uñas de los pies, infundieron a Ed el deseo de arrodillarse en sensiblera humillación y besar aquella limpia y blanca parte de mujer, que llevaba, en su pegajosa y dorada planta, unos cuantos granos rojos-anaranjados del suelo arcilloso de la pista.

Pat sintió la mirada de él fija en su pie, y levantó la cara como si él fuese un vendedor de zapatos que hubiese dejado sin respuesta una pregunta razonable. Pero aquello pasó en seguida.

—¿No le parece extraño —preguntó Ed a Carol— que tenga que estar siempre con nosotros, que se vea siempre arrastrada hasta aquí?

—Ella me aprecia —dijo Carol, con su simpática despreocupación—. Me compadece.

—¿Te ha preguntado alguna vez por qué me fui?

—No. En realidad, no. No hablamos de estas cosas. Creo que sólo te considera una persona bastante rara e imprevisible, y no le interesa lo que hace la gente como tú.

—Al contrario de lo que hace la gente como Jason.

—Hum...

El mero hecho de pensar en Jason hizo que los labios de Carol se encogiesen como si estuviese chupando un caramelo.

—¿Qué va a hacer ella cuando lo descubra?

—No lo sé. Tal vez pedirme que le deje, y supongo que tendré que hacerlo.

—¿No has pensado nunca en dejarle ahora mismo, antes de que se produzca una crisis grave?

Carol sorbió su bebida y le recordó:

—Te ofrecí hacerlo y dijiste que no.

—Esto fue en relación con nosotros. Ahora estoy pensando solamente en ti. ¿No te sientes nunca terriblemente culpable en lo que a ella respeta?

—Siempre —confesó Carol..., bastante alegremente, pensó Ed.

—¿No tienes miedo de que yo se lo diga?

—No. Eres incapaz de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque eres cobarde —dijo rápida y ligeramente ella. Después suavizó el tono de su voz—. Por la misma razón de que nadie se lo dice; ni siquiera sus propios hijos. Éstos lo comentan con los míos. Los nuestros. Todos somos cobardes. Además, ¿qué ganarías con ello? Tienes tu visado de salida; no te importa lo que nos ocurra a los que nos quedamos en el viejo país.

—Oh, no lo creas. Me importa. Por lo visto, no fui un marido muy satisfactorio para ti. Estoy tratando de que tengas uno que lo sea.

—Esto es muy amable de tu parte, querido —dijo Carol.

Ed no pudo saber si se estaba mostrando irónica. Su propio engaño incluía una ambigüedad con respecto a Carol: ¿Quería realmente librarse de ella o pretendía recobrarla, por un medio indirecto, para demostrarle quién era el amo a fin de cuentas?

Siempre que tomaba el tren hacia el Sur, para volver a su apartamento y a su barrio, sentía cierto alivio por salir de la red suburbana que había contribuido a tejer. Pero su vida, su vida tal como la concebía su cerebro de reptil, estaba todavía allí, presenciando los rubores de esposa, de Carol al otro lado de la pista, y el pie descalzo de la otra mujer, como al pie frío y yerto de un cadáver, bajo la tibia luz del ocaso. Las noches de los domingos, en la cama, no podía dejar de recordar el partido de tenis, con sus distancias en diagonal, elásticas y cambiantes. Caras redondas y blancas, caras de niños en las gradas (aunque en realidad los niños iban raras veces a mirarlos, pues despreciaban todo aquello), se confundían lamentablemente con las deshilacliadas pelotas golpeadas en ambas direcciones. Finalmente se quedaba dormido, sin un límite claro entre el insomnio y el sueño, y sin la consoladora sensación, cuando se despertaba, de haber dormido profundamente. El hecho de estar solo en la cama hacía que incluso una habitación pequeña pareciese grande y resonante como un tambor gigantesco con el techo haciendo las veces de piel.

Por fin, afortunadamente, el tiempo se hizo demasiado frío para jugar al tenis. Carol tenía razón: él no quería volver a enfrentarse con Pat, por muy fuertemente encerrada que estuviese esta mujer en su burbuja de ignorancia. Los amantes habían llegado a aceptar su precaria situación como firmemente establecida, y la complicidad de Ed, como un derecho. Su papel de confidente se transformó sutilmente en el de alcahuete. Carol se acostumbró a preguntarle, a su manera casual e irresistible, si podía prestarles su apartamento durante el día, cuando él estaba en su trabajo. Y al volver Ed en la sombra invernal, encontraba hecha la cama con la pulcritud propia de unas manos ajenas, y a veces una botella de vino en el frigorífico, o su jarra de Martini empleada como jarrón para un alegre ramo de flores, uno de esos ramos envueltos en un cono de papel que se venden en las entradas del Metro o en los sombríos atascos del tráfico.

La ciudad absorbía lentamente a Ed. Había hecho unas pocas amistades, aunque no logrado encargos, y había pedido a Carol que le enviase los niños los fines de semana, unos chicos todavía lo bastante jóvenes como para que les interesase viajar en tren. Las resonantes salas del Museo de Historia Natural le daban la bienvenida recordándole su propia infancia; muchas de las piezas expuestas eran más modernas, y voces pedagógicas hablaban desde las paredes, pero las criaturas extinguidas no habían envejecido, y los dioramas africanos conservaban el encanto tranquilo e intrigante de los escaparates navideños a lo largo de la Quinta Avenida. Una mata de hierba seca en primer término, o unos cuantos guijarros (presumiblemente los

adecuados, geológicamente hablando), desparramados para dar verosimilitud a las escenas, le fascinaron como si estos detalles ignorados, a pocas pulgadas del gran cristal, tuviesen una vitalidad secreta negada a las rígidas y disecadas criaturas del centro de la exposición. Cuando, a finales de aquel invierno, se rompió al fin la burbuja de Pat, Ed se sintió muy apartado de la crisis, amortiguada en todo caso por una tormenta de nieve. Carol siguió telefoneándole y, en varias ocasiones, una nube de parásitos envolvió su voz y se cortó la comunicación.

Por lo visto, una tía soltera de Pat, que vivía en la ciudad vecina en dirección sur, en una de esas grandes casas a orillas del río Hudson, la cual todavía no había sido divididas en propiedades horizontales, había visto a Jason y Carol juntos en un coche, a las ocho y media de la mañana de un día laborable. Ed sabía que Jason tenía la costumbre de perder el tren cuando Pat le llevaba a la estación, caminar un par de manzanas hasta el lugar donde le recogería Carol y, después, tomar el tren siguiente en la estación siguiente; de esta manera podían estar juntos media hora. Una costumbre peligrosa y que valía poco la pena, según Ed había advertido hacía tiempo a Carol. Pero este pequeño acto propio de una esposa, de acompañar a Jason al tren, había sido precioso para ella. La tía, al verles vagamente desde su propio coche en marcha, había pensado que Carol debía ser Pat, aunque ésta había engordado mucho, y tenía la cabellera más espesa, y el coche también parecía diferente; sin embargo, Jason, con su larga cabeza, afilada como un cuchillo, era inconfundible. Inquieta por la posibilidad de estar volviéndose senil y ver visiones, la inocente anciana telefoneó para confirmar lo que había visto.

—Ahora resulta —dijo Carol a Ed— que Pat mintió tranquilamente y dijo que sí, que había llevado a Jason a una estación diferente, porque habían dejado su otro coche en una estación de servicio en las afueras de la ciudad.

—Habría sido mejor —observó Ed— que dijese que Jason había aceptado aquella mañana que le llevase una conocida de ambos que viaja también diariamente. Hubiese sido natural. Presumo que eras tú quien conducía el coche. El «Honda».

—A propósito, necesita neumáticos para la nieve. Me olvidé de hacerlos cambiar. He estado a punto de matarme.

—¿Qué ocurrió después?

—Bueno, supongo que ella estaría todo el día en ascuas, pero esperando que Jason le diese una explicación satisfactoria a su regreso. Pero lo cierto es que inmediatamente relacionó conmigo aquella imagen de una mujer gorda con los cabellos revueltos. ¿No crees que es un insulto?

Ed vio la expresión de Carol al decir esto, como burlándose de sí misma, con los ojos muy abiertos y las comisuras de los labios tontamente

incapaz de creer que él y Carol, por muy enredones y bromistas que fuesen, podían hacer algo que les afectase seriamente a ella y a su marido.

—Bueno, él está aquí. Quiero decir que estaba aquí. Ha tenido que volver porque resulta que ella no está *allí*.

En medio de un ruido de parásitos, la voz irritada de una telefonista les dijo que tenía que dejar libre la línea para una llamada urgente. En el obligado silencio, la nieve siguió amontonándose en franjas paralelas en la escalera de incendio. Las luces de Broadway teñían de un amarillo rosado el cielo bajo y chorreante. Podía oírse una sirena ocasional, tratando de abrirse paso, pero la ciudad se estaba cubriendo irremisiblemente de una capa de nieve tranquila que amortiguaba los ruidos. Ed paseaba arriba y abajo; sus manos, al prepararse una bebida, estaban temblando. Sus viejos cálculos estaban siendo frustrados, a muchas millas de distancia.

Carol consiguió restablecer la comunicación al cabo de una hora y prosiguió su relato:

—Bueno, por lo visto, ella se ha marchado de casa. Dejando allí a los dos hijos. Y en medio de esta ventisca. Es una locura. Jason está trastornado, pero yo creo que ella está haciendo las cosas a su manera. No tiene idea —dijo Carol, en el tono pedagógico de la mujer de experiencia— de cómo hay que afrontar los golpes.

—Su reacción, ¿fue de ira, de desesperación, o de qué?

Carol hizo una pausa antes de elegir la respuesta:

—De indignación. Se indignó, al principio, al pensar que su tía había sido, de algún modo, ofendida; considera que su idiota familia es algo sagrado. Después, supongo que le indignó que Jason no pudiese presentarle una excusa que nos sacase a todos del atolladero; él dice que acababa de bajar del tren después de un día terrible en el Banco, y que estaba demasiado cansado para poder pensar. Por consiguiente, se derrumbó y se lo contó todo. Lo que en realidad la sacó de sus casillas, lo que le resultó insoportable, fue que todo el mundo, menos ella, había sido o sospechado lo nuestro durante años. Y lo revivió todo, recordó todos los pequeños detalles. Ahora resulta que nos había visto un par de veces asidos de la mano, y supongo que no había dado crédito a sus ojos.

—¿No se mostró especialmente irritada contra mí? Él debió decirle que yo también lo sabía.

Carol hizo otra pausa; Ed pensó que quería mostrarse discreta.

—No especialmente. No creo que hablasen mucho de ti. No quisiera herir tus sentimientos pero, en realidad, eres un personaje muy poco

importante en todo esto. Fue más bien la idea de su posición ante la comunidad en general, de parecer una tonta delante de todos y durante tanto tiempo.

—En su linda burbuja —dijo Ed.

Carol había tenido razón; él era un cobarde. Durante un año había temido que Pat le llamase por teléfono para pedirle una entrevista y preguntarle lo que sabía. La llamada no se había producido nunca; ella, en su valiente inocencia, nunca le había preguntado, y él le había estado casi servilmente agradecido por ello. Tal vez también ella era cobarde. Ahora, por lo visto, había abandonado furiosamente su casa, en medio de la ventisca. Había perdido el control de sus actos. Ed empezó a dar vueltas por la habitación, agitado y triunfal. Durante toda la noche, mientras las máquinas quitanieves de la calle interrumpían su sueño, se imaginó que la desaparecida Pat llamaría a su puerta. El secreto que él había guardado tanto tiempo, se le había escapado de las manos y manifestado ante el mundo. La voz del viento era la voz de Pat, tan fría y reiteradamente engañada. Él le consolaría y ella se quitaría las mojadas botas y quedaría descalza, mostrando una vez más aquel pie tan pequeño y bellamente formado y, sin embargo, esencialmente inmaduro, un pie infantil, ignorante, luminoso... Se despertó, y era de mañana, y un brillo desolado, como de un ángel ofendido, se reflejaba en la ventana. El cielo era liso y azul, y un silencio como de culpa lo envolvía todo. Después, con ruido de palas y chirridos de neumáticos, la ciudad empezó a recobrar su aspecto normal.

Resultó que Pat había hecho lo más convencional: había corrido a la casa de su madre en Long Island.

—Cruzó en su coche la gran ciudad de Nueva York —explicó Carol a Ed —, y siguió por las obstruidas carreteras, a través de la tormenta cegadora.

—Toda una hazaña —dijo él, aliviado al saber que Pat seguía viva.

—He estado hablando de ello a Jason —dijo Carol, con naturalidad, como si hablase a un terapeuta—, y le he dicho que creo que ha sido algo típico en ella. Para ella, todo tiene que ser blanco o negro; no concibe los grises.

Pat nunca volvió junto a su marido ni a la ciudad que la había engañado. Dejó que Jason se apañase con sus hijos adolescentes, lo cual quería decir que era Carol quien tenía que apañarse, y así, las dos familias se fundieron gradualmente en una. Hacer de madre a los dolidos y hostiles muchachos Reynolds convenía más que la comisión de urbanismo a las aptitudes de Carol y, al llegar la primavera, Jason se trasladó a vivir con ella; siempre había codiciado, pensó Ed, su jardín más grande y las arboledas de la parte de atrás, y la pantalla de árboles de la vida, en la de delante, entre la casa y la carretera. Los jóvenes Marston inventaron un apodo para su madre: la llamaron Pies Alegres. Pat, desde lejos,

desdeñaba las nuevas realidades como había desdeñado las antiguas; aunque al principio había contado con la simpatía de toda la sociedad, y había tenido a la ley de su parte, su comportamiento rígido y vengativo, en especial para con sus propios hijos (sostenía que éstos lo habían sabido también y no le habían dicho nada), redujo su ventaja, y el abogado de Jason no tropezó con obstáculos insuperables para conseguir el divorcio y la custodia de los hijos, aunque Pat había jurado privarle de ambas cosas.

Ed se mantuvo informado de todo esto, no solamente a través de Carol, cuyas llamadas se hicieron gradualmente menos frecuentes y menos confidenciales, sino también gracias a las visitas de los hijos y a través de Georgene Fuller, su larguirucha amiga de antaño, que también le visitaba. Después, perdió interés en el episodio, como le ocurría con todo lo que estaba terminado. Su ex esposa era feliz; sus hijos eran virtualmente adultos, y los nuevos Mr. y Mrs. Reynolds le enviaron, cuando volvió febrero, una tarjeta de san Valentín confeccionada por ellos.

Un brillante primero de abril (uno de esos días en que los remolinos de polvo acumulados en el invierno obligan a cerrar los ojos y hacer muecas en las calles de la ciudad, y las verdes bolsas de basura rasgadas por los perros ruedan por las aceras), Ed vio a Pat Reynolds a media manzana de distancia. En aquel barrio, el de las calles Treinta Oeste, era muy extraño tropezarse con una persona conocida. Ed caminaba apresuradamente para acudir a una temida cita con su dentista; había caído en manos de un equipo de jóvenes especialistas que, según decían alegremente, iban a hacerle «una boca nueva». Extracción de raíces, sustitución de coronas y puentes; pero lo peor era lo que iban a hacerle en las encías, con pequeños cuchillos y garfios y raspadores, un joven que canturreaba continuamente y llevaba una gruesa cadena de oro alrededor del cuello.

Pat era, para Ed, otra clase de dolor, como el de una costilla extraída hacía tiempo, o como si, aquella primera mañana de sol después de la tormenta de nieve, hubiese expuesto a la radiación el costado que enfrentaba la ventana. Ella era, en todo el mundo, la última persona a quien quería ver. Pensó en refugiarse en la entrada de una joyería o en ocultarse en una tienda que ofrecía *souvenirs* a los turistas que volvían del Empire State Building; pero el dentista no esperaría, y Pat había vuelto momentáneamente la cara en dirección opuesta. Se cubría la cabeza con un brillante pañuelo rojo y llevaba en la mano una bolsa de la compra, la cual, junto con sus zapatos deportivos y su impermeable caqui, le daba un aire melancólico y errabundo. Él tuvo la impresión irracional de que Pat estaba en aquel barrio buscando también alguna clase de asistencia médica; estaba vacilando precisamente delante del mismo portal (un arco grande de color de mostaza), por el que debía entrar él para que le rajasen las encías. Y casi había conseguido Ed deslizarse por su lado, entornando los párpados para evitar el polvo levantado por el viento, cuando ella volvió la cabeza y le reconoció.

—¡Ed! Ed Marston. —Su voz había cambiado; el acento gutural propio del extrarradio se había vuelto más cálido, como si también curioso, animado y semieuropeo tono meloso—. Ven aquí —le ordenó, viendo que se disponía a cruzar el arco.

Él se le acercó y ella se puso de puntillas para darle un beso. Los bordes cincelados de su cara aparecían difumidados; sus facciones habían sufrido esa sutil hinchazón que suele verse en las caras de los drogadictos, incluso cuando están curados. Pero, debajo del pañuelo, sus cabellos conservaban el bello color castaño, aunque ahora los llevaba rizados en vez de lisos, y recogidos como un casco. Él trató de besarla en la mejilla, pero ella apuntó al centro de su boca y, después de apretar largamente los labios sobre un lado de aquélla, apoyó la cara en su hombro también durante un largo momento. Ed se sintió aturrullado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

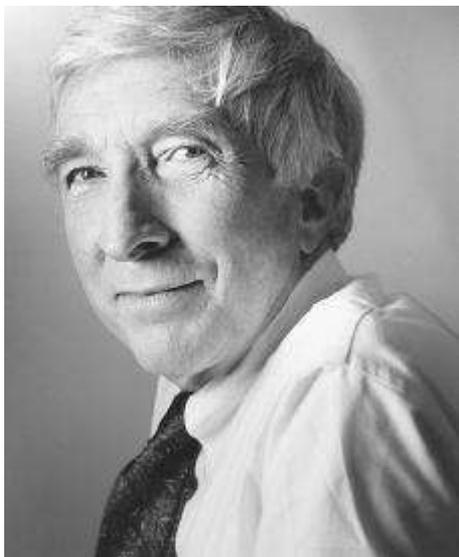
—*Bien* —dijo ella, recalando la palabra. Debía ser mentira, pero la pronunció con un fervor que hacía que pareciese verdad. Le miró a la cara, esperando otra pregunta, pero, como ésta no venía, le preguntó—: ¿Y tú?

—Terrible —dijo él, también mintiendo un poco—. Precisamente ahora voy a ver a mi dentista, y los dentistas hacen cosas terribles en las encías.

Con un gesto de payaso para disimular su confusión, hizo una mueca que descubrió las encías.

Pat tenía los ojos solemnes, brillantes. Asintió con la cabeza. Sus propias encías seguían sin duda siendo perfectas. Ed advirtió, con gran alivio, que no iba a formularle ninguna acusación ni a someterle a interrogatorio; en este aspecto, la burbuja permanecía intacta. Un poco más de charla insustancial, un fingido ademán apremiante para señalar su reloj de pulsera, y al fin pudo escapar satisfactoriamente. Nunca había tenido gran cosa que decirle a Pat. Una mirada hacia atrás al pulsar el botón del ascensor, le permitió ver el color rojo de su desacostumbrado pañuelo (ella nunca se había cubierto la cabeza, ni siquiera en pleno invierno, cuando hacía jogging junto a Jason), desfigurado y azotado al otro lado de la puerta giratoria.

Su beso, tan inesperadamente apasionado, persistía en su boca como un visible enigma. ¿Qué había significado? ¿Que ella había olvidado tontamente quién era él y cómo la había traicionado? ¿O que le perdonaba? ¿O que ahora le consideraba solamente como un trozo del pasado y se había aferrado un momento a él, como deseamos todos aferrarnos a lo que tiene que pasar y perderse? ¿O que (y esto parecía lo más acertado, pues le había llamado por su nombre cuando él se disponía a aceptar el castigo), evocaba con aquel beso la noche en que, en un exultante y tembloroso momento, la había tenido él en sus manos?



JOHN JOYER UPDIKE (Reading, Pensilvania, 18 de marzo de 1932 - Beverly Farms, Massachusetts, 27 de enero de 2009) fue un importante escritor estadounidense, autor de novelas, relatos cortos, poesías, ensayos y críticas literarias, así como de un libro de memorias personales.

La obra más importante de Updike fue la serie de novelas sobre su famoso personaje Harry Conejo Angstrom (*Corre, Conejo; El regreso de Conejo, Conejo es rico, Conejo en paz* y la novela de evocaciones y reminiscencias del personaje, titulada *Conejo en el recuerdo*). De la famosa tetralogía, *Conejo es rico* y *Conejo en paz* le permitieron ganar sendos Premio Pulitzer en 1982 y 1991, respectivamente. Describiendo su famoso personaje como «el protestante de clase media de un pequeño pueblo norteamericano», Updike, bien conocido por su escritura prolífica, que raya en un cuidado casi artesanal, llegó a publicar 22 novelas y más de una docena de colecciones de historias cortas, así como poesías, ensayos, críticas literarias e, incluso, libros para niños. Cientos de sus historias, reportajes y poemas han ido apareciendo regularmente en el semanario *The New Yorker* desde 1950. Su trabajo como escritor explora habitualmente las motivaciones humanas sobre el sexo, la fe, la razón última de la existencia, la muerte, los conflictos generacionales y las relaciones interpersonales.

Notas

[1] Esta máxima, que figura por encima de la palabra ONE en los billetes de un dólar, dice así: In God we trust (Confiamos en Dios). (N. del T.) <<

[2] Se trata de la palabra «*Handyman*» (manitas, hombre mañoso), a la que se da la primera acepción para que concuerde, valiéndose de su doble sentido, con lo que se dice después. Hay un juego de palabras entre Andy (nombre del personaje), y la palabra «*handyman*», intraducible. (N. del T.) <<

